

VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD 3

Ernest Jones

Traducción y abreviada a cargo de Lionel Trilling y Steven Marcus



ediciones
de bolsillo

ANAGRAMA

Vida y obra de Sigmund Freud

Ernest Jones

Vida y obra
de Sigmund Freud

EDICIÓN ABREVIADA A CARGO DE
LIONEL TRILLING Y STEVEN MARCUS

TOMO III



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

The Life and Work of Sigmund Freud

Edited and abridged by Lionel Trilling and Steven Marcus

© Basic Books Publishing Co., Inc.

Nueva York, 1961

Traducción:

Dr. Mario Carlisky y José Cano Tembleque

(Excepto en los fragmentos debidos a Lionel Trilling y Steve Marcus, se ha utilizado la traducción del Dr. Mario Carlisky de la edición íntegra de esta obra publicada por la Biblioteca de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Editorial Nova, Buenos Aires.)

Cubierta:

Toni Miserachs

© ERNEST JONES, 1953, 1955, 1957

© EDITORIAL ANAGRAMA

Calle de la Cruz, 44

Barcelona - 17

Depósito Legal: B. 37473 - 1970 (III)

GRÁFICAS DIAMANTE - Zamora, 83 - Barcelona, 5

I

EL REENCUENTRO

(1919-1920)

Los años que siguieron a la guerra fueron extremadamente duros. Todas las cosas habían quedado como paralizadas en Viena, y la vida se hacía allí apenas soportable. La monótona dieta de sopa de legumbres estaba muy lejos de ser un alimento adecuado y los tormentos del hambre eran continuos. Los inviernos de 1918-19 y 1919-20, con las habitaciones completamente sin calefacción y débilmente iluminadas, fueron los peores. Se necesitaba una gran fortaleza de ánimo para mantenerse inmóvil durante hora y horas, con los pacientes, con ese frío mortal, por más que se hallara equipado con un abrigo y gruesos guantes. Luego venía la noche, y Freud tenía que atender a su correspondencia, corregir numerosas pruebas de imprenta de las nuevas ediciones de sus libros y de las revistas cuya responsabilidad pesaba sobre él. Todo esto con los dedos agarrotados de frío. Y aún le quedaba la energía necesaria para ocuparse de nuevas ideas y escribir nuevos trabajos.

A todas estas inevitables dificultades se agregaban numerosos motivos de ansiedad. Pasaron meses hasta que pudo recibir noticias de su hijo mayor, prisionero de guerra en Italia. Por un par de años tuvo la preocupación de que sus hijos hallaran trabajo —uno de ellos todavía estudiante— y tenía que ocuparse no solamente de ellos sino también de su yerno de Hamburgo, amén de otros miembros de su familia y diversos amigos. La situación económica en Austria no podía ser más sombría y no eran más promisorias tampoco las perspectivas del futuro. La situación financiera muy seria y más precario aún su futuro. Sus ingresos no podían seguir el ritmo del constante aumento de los precios, y se vio forzado a acudir a sus ahorros. En octubre de 1919 calculaba que éstos habrían de alcanzar todavía para unos dieciocho meses, pero esto partiendo de la hipótesis optimista de que la inflación no seguiría progresando. Terminó por consumir sus ahorros, que llegaban a unas 150.000 coronas (cuyo valor entonces era de £ 6.000), de manera que no le quedaba nada para la vejez. Pero lo que más ansiedad le producía era el futuro de su mujer, ante la idea de que ella habría de sobrevivirle, cosa que realmente ocurrió. Había asegurado su vida a nombre de ella, por 100.000 coronas (£ 4.000). Se sintió muy satisfecho a este respecto, pero por obra de la inflación esta suma llegó pronto a ser insuficiente para pagar un viaje en automóvil.

Pronto se hizo evidente que la única esperanza de mantenerse a flote estaba en la posibilidad de conseguir pacientes norteamericanos o ingleses, que pagarían con sus divisas, relativamente fuertes. A principios de octubre de 1919 llegó un médico londinense, el doctor Forsyth, con el propósito de perma-

necer en Viena siete semanas, para aprender algo de psicoanálisis. Freud lo recibió con mucho agrado, no sólo por que su llegada representaba un buen comienzo, sino también por la distinguida personalidad del visitante, que le produjo considerable impresión. Al mes siguiente induje a un dentista norteamericano, que había solicitado mis servicios, a desafiar los rigores de la vida en Viena. Iba a abonar honorarios bajos, cinco dólares, pero Freud hizo la observación de que era justo que pagara solamente la mitad de la tarifa, ya que era sólo americano a medias; su otra mitad era de judío húngaro. En marzo del año siguiente pude enviarle un inglés que le pagaba una guinea por sesión. Freud me refirió que sin estos dos pacientes no habría podido arreglarse. Y le hizo esta pregunta a Ferenczi: «¿Qué sería de mí si Jones no hubiera podido mandarme más pacientes?» A fines de año, sin embargo, este aflujo se hizo constante. Analistas principiantes, primeramente de Inglaterra y luego de Estados Unidos, comenzaron a venir para aprender su técnica, y con esto ya tenía tarea más que suficiente. Esto condujo, empero, a otra dificultad. Freud encontraba difícil el seguir los diferentes acentos de sus discípulos y se quejaba amargamente de que el inglés no era hablado con la clara pronunciación a que lo había acostumbrado la gente del Continente. Al cabo de seis horas de esfuerzo con estos pacientes, quedaba completamente exhausto.

A pesar de varias ofertas que le fueron hechas, Freud no llegó a pensar seriamente, en ningún momento, en emigrar. Al instarle yo que viniera a Inglaterra me dio la misma respuesta que más tarde daría, en 1938: «Permaneceré en mi puesto todo el tiempo que razonablemente me sea posible». Un

poco antes de esto, sin embargo, había estado fantaseando con la idea de disponer de Inglaterra como último recurso, ya que escribió a Eitingon lo siguiente: «Hoy he tomado un profesor para pulir un poco mi inglés. La situación es aquí de desesperanza y seguramente continuará así. Confío en que Inglaterra estará dispuesta a permitir la entrada de ex enemigos para el día que yo haya gastado mis últimos ahorros, dentro de unos dieciocho meses. Mis dos hermanos descansan ya en tierra inglesa; quizá pueda yo también hallar un lugar allí». Finalmente lo consiguió.

Los catastróficos acontecimientos ocurridos en Europa, y sobre todo en Austria, en el curso de estos dos años, provocaron en Freud un estado de ánimo de desesperada pero alegre resignación. Los párrafos que vienen a continuación pertenecen a cartas escritas con un intervalo de dos semanas. En una de las primeras cartas que recibí de él después de la guerra, escribía: «Usted no va a escuchar quejas. Todavía estoy en pie y no me siento responsable de porción alguna de la tontería del mundo». A Ferenczi, que estaba esperando cierto reconocimiento oficial en Budapest, le escribía en esa misma época: «Mantenga una actitud reservada. A nosotros no puede venirnos bien ninguna clase de existencia oficial y necesitamos ser independientes en todo sentido. Tal vez tengamos razón de decir: Dios no proteja de nuestros amigos. Hasta ahora nos hemos librado con éxito de nuestros enemigos. Hay, además algo que se llama el futuro, en el que nuevamente encontraremos algún lugar. Estamos, y debemos mantenernos alejados de toda actitud tendenciosa, excepto la de investigar y ayudar.

Aproximadamente en la misma época, me escri-

bió: «No recuerdo época alguna de mi vida en que mi horizonte se mostrara tan negro, o en todo caso si lo hubo yo era más joven y no me sentía oprimido por los achaques del comienzo de la vejez. Yo sé que también ustedes lo pasaron mal y tuvieron amargas experiencias, y siento mucho no tener nada mejor que informarle ni nada que ofrecer como consuelo. Cuando nos encontremos, cosa que confío que será en este año, usted verá que me siento incommovible aún y listo para cualquier emergencia, pero esto sólo en el plano del sentimiento, porque mi razonamiento se inclina más bien al pesimismo... Estamos pasando por una mala época, pero la ciencia tiene el ingente poder de enderezarnos la nuca. Reciba mis mejores expresiones de cariño y envíe las mejores noticias que pueda a su viejo amigo Freud».

Edward Bernays, el hijo de Eli, hizo todo lo que pudo durante esos años en pro de los intereses de Freud en Estados Unidos. Hallándose en París a comienzos de 1919, encontró la manera de hacer llegar a Viena una caja de cigarros habanos, por intermedio de una misión que se hallaba investigando, sobre el terreno, las condiciones de vida. Sabía bien que ningún otro presente habría de ser mejor recibido que éste por su tío, que no había fumado un buen cigarro habano durante años. En retribución de esto Freud le envió un ejemplar de su *Introducción al Psicoanálisis*, y Edward no tardó en ofrecerse para hallar un editor y hacer traducir el libro, cosa que Freud aceptó sin vacilar. Cuando yo me encontré con él en el mes de octubre le hablé de nuestro propio plan de hacer aparecer una versión inglesa de la obra y de la dificultad que tendríamos para hallar un editor inglés en caso de que ya hubieran

sido concedidos los derechos de traducción. Hechos como éste significaron repetidos motivos de malentendido entre nosotros dos. Inmediatamente Freud telegrafió a Nueva York pidiendo que se detuviera la traducción, pero ya era tarde. Edward Bernays, sin pérdida de tiempo, había reunido un grupo de graduados en la Universidad de Columbia, a quienes encargó una traducción conjunta, a la vez que convino con *Boni and Liverigh* la publicación del libro, que apareció en la primavera siguiente, bajo el título de *A General Introduction to Psychoanalysis*. Freud se sintió disgustado al comprobar los numerosos errores y otras deficiencias de la traducción, y más tarde no dejó de expresar su arrepentimiento por haberla autorizado, a pesar de los derechos de autor que percibió, de tanta importancia en esa época de estrechez.

Joan Rivière, entretanto, hizo una cuidadosa traducción de la obra en 1922, la que apareció con el título, más correcto, de *Introductory Lectures on Psycho-Analysis*.

La estrechez económica no fue motivo suficiente para impedir a Freud que saliera de Viena en la época de verano, toda vez que había un motivo aparente para ello. El 15 de julio de 1919 partió de Bad Gastein (Villa Wassing) en compañía de Mina Bernays, los dos tenían necesidad de buscar alivio en la «cura» que allí se ofrecía. Su mujer no estaba en condiciones de acompañarlo, dado que se estaba restableciendo, en un sanatorio cercano a Salzburgo, de las secuelas de la neumonía que había contraído dos meses antes. Freud esperaba que Ferenczi y yo nos encontráramos con él allí, pero ninguno de los dos pudo conseguir el permiso necesario para penetrar en territorio de Austria. El 12 de julio partió

para Badersee, un hermoso lugar en los Alpes bábaros, a pocas millas de Partenkirchen. Aquí recibió la visita de Eitingon. El 9 de septiembre inició el incómodo viaje a Hamburgo, vía Munich, para ver a su hija Sophie. Esta resultó ser la última visita que le hacía, ya que ella falleció apenas cuatro meses más tarde. En su viaje de regreso, Freud y su esposa se encontraron con Abraham y Eitingon en Berlín, donde pasaron seis horas en la residencia temporal de Abraham. Regresó a Viena el 24 de septiembre, y pronto recibió mi visita. Fue nuestro primer encuentro después de casi cinco años.

Los sucesos que trajo consigo el final de la guerra volvieron los pensamientos de Freud hacia el mundo exterior, del cual había estado casi completamente aislado durante años. La desdichada situación reinante en Viena, junto con la falta de contacto con Hungría —donde bien poco antes había creído ver el centro más prometedor del psicoanálisis— y la extrema dificultad que encontraba incluso en comunicarse con Ferenczi, despertaron en él el ansia de recibir noticias fidedignas acerca del progreso que había alcanzado su obra en países más distantes. Su avidez de noticias no hizo más que acrecentarse con los favorables informes que le enviaba yo desde el extranjero.

Freud estaba necesitado, ciertamente, de cosas que levantaran su ánimo, ya que la actitud de la profesión hacia su obra seguía siendo tan adversa como antes, tanto en Austria como en Alemania. En las reuniones celebradas por los neurólogos y alienistas de Alemania Suroccidental en 1919, 1920 y 1921, Hoche se ocupó de difamar constantemente a Freud y sus teorías. Se trataba de «inadmisibles esfuerzos

místicos, ocultos bajo un velo científico». El lenguaje empleado por Kretschmer era similar a éste.

En los años que siguieron inmediatamente a la guerra mundial se habló mucho de Freud y de sus teorías en los círculos intelectuales ingleses. Podría notarse, en efecto, un verdadero auge y hasta una especie de culto de sus doctrinas, cosa que de ningún modo podía satisfacer a los verdaderos estudiosos de las mismas. Hicimos entonces todo lo que pudimos para limitarnos a nuestra labor científica, aun a costa de vernos motejados de sectarios o ermitaños. La Sociedad Psicoanalítica Británica fue organizada en febrero de 1919, con veinte miembros. El cambio de la palabra Londres por «Británica» siguió a una proposición que yo hice para todas las Sociedades Psicoanalíticas, de modo que la de Berlín se llamó «Alemana», la de Budapest se convirtió en «Húngara» y así sucesivamente. La Sociedad Psicológica Británica estaba sufriendo al mismo tiempo una amplia transformación. Flugel era Secretario del Consejo que la estaba llevando a cabo, y yo el Presidente, una de las consecuencias fue la creación de una Sección Médica especial, que se convirtió en un centro invalorable de discusión de nuestras ideas con otros psicólogos médicos. Con objeto de acrecentar su prestigio, logramos que W. H. R. Rivers, el distinguido antropólogo, fuera su primer Presidente. Los otros siete miembros del Consejo seguían siendo psicoanalistas, tal como ocurrió más tarde con muchos otros dirigentes de la entidad.

Por más que tanto Freud como yo estábamos ansiosos por restablecer contacto personal, las dificultades que se oponían a ello eran poco menos que insuperables. Las autoridades procedían como si el peligro de una nueva guerra iniciada por Alemania

fuera inminente —habrían de transcurrir para ello veinte años— y se mostraban extremadamente suspicaces en cuanto a los motivos que pudiera tener cualquier ciudadano para hacer un viaje al exterior. Las autoridades francesas eran aún más difíciles de persuadir. Llegué, con todo, a Berna el 15 de marzo de 1919 y allí me encontré con Otto Rank. Hans Sachs llegó dos días más tarde.

Un mes antes, Sachs había escrito a Freud desde Davos, anunciándole su decisión de cambiar su profesión de abogado por la de psicoanalista, que estaba dispuesto a ejercer. Toda perspectiva de reiniciar con éxito su anterior profesión en Viena, en medio del colapso general, era más que sombría.

El notable cambio que los años de la guerra habían provocado en Rank, me produjo un extraordinario asombro. La última vez que lo vi era un joven endeble, tímido y reverente, muy afecto al clásico saludo de juntar los talones e inclinarse profundamente. Ahora tenía ante mí a un hombre de rígida apostura, de gesto rudo y aire señorial, y cuyo primer ademán fue el de colocar sobre la mesa un enorme revólver. Cuando le pregunté qué se proponía con eso, me contestó con aire de negligencia: «Für alle Fälle» (para cualquier eventualidad). ¿Cómo había logrado pasarlo por la frontera, a pesar de la revisión aduanera? Cuando el oficial le señaló el enorme bulto que llevaba en el bolsillo, Rank contestó con toda calma: «pan». La transformación había coincidido con el hecho de reanudar su trabajo en Viena después de los años pasados en Cracovia. En ese momento sus amigos de Viena consideraban que su actitud podía ser consecuencia de su reciente casamiento, pero más tarde se hizo evidente que no podía ser otra cosa que una reacción

hipomaníaca a los tres graves ataques de melancolía que había sufrido durante su permanencia en Cracovia.

Ignotus, de Budapest, amigo de Ferenczi y de Freud, presidía una delegación húngara en Berna que en vano estaba procurando lograr contacto con las autoridades de la Entente, y no había manera de convencerle de que los primeros civiles británicos que abandonaron el país después de la guerra no podían tener una gran influencia en el sentido de obtener mejores condiciones de paz para Hungría. Sus esperanzas fracasaron rotundamente, y un día antes de separarme de él recibimos noticias de la Revolución bolchevique de Bela Kun en Hungría, que inmediatamente disolvió la delegación. Este cambio político afectó a Freud en dos sentidos. Durante cinco meses resultó apenas posible recibir una palabra de Ferenczi, cosa que no dejaba de ser una fuente de considerable ansiedad. Por otra parte, los bolcheviques —que no habían descubierto todavía que el psicoanálisis era una desviación burguesa para inventar la cual Freud había sido sobornado por los capitalistas, en su lucha contra Marx— favorecieron hasta cierto punto el movimiento y pusieron a Ferenczi como primer profesor de psicoanálisis en la Universidad. Rado tenía cierta influencia con los nuevos dueños de la situación y fue él quien lo había conseguido. Róheim había sido designado profesor de antropología un par de semanas antes. Ferenczi habría de pagar bien cara esta incauta aceptación de tal honor. Luego que los rumanos penetraron en Budapest, en el mes de agosto, el régimen reaccionario que se implantó fue violentamente antisemita y por largo tiempo Ferenczi tuvo temor de mostrarse en las calles de la ciudad. Para

gran pesar suyo fue expulsado incluso de la Sociedad Médica de Budapest, y el hecho de que él era la única persona que podía negociar con las autoridades todo lo referente a la donación de von Freund resultó un obstáculo fatal. Para Freud esto constituyó una profunda decepción.

El 22 de marzo después de pasar un par de días en Lucerna, partimos los tres a Zurich y el 24 de marzo de 1919 tuvimos ocasión de hablar ante la recién constituida Sociedad Psicoanalítica Suiza, que sustituía a la que antes de la guerra era dirigida por Jung. Pasamos un par de días en Neuchatel y yo me separé de mis amigos el 28 de marzo. El Consejo de la nueva Sociedad Suiza estaba compuesto por Binswanger, Morel, Oberholzer, Pfister y Rorschach.

Me las arreglé para volver de nuevo a Suiza en el mes de agosto, acompañado por mi asistente Bric Hille. Nos encontramos con Sachs en Basilea, el 25 de agosto. No se podía pensar en obtener un permiso para viajar a Garmisch, en Alemania, localidad cercana al lugar en que estaba pasando sus vacaciones Freud, pero tuve más suerte con el embajador austríaco en Berna. En esa su disciplente manera aristocrática nos expresó su sorpresa de que hubiera alguien capaz de querer ir a un lugar tan desdichado y maltrecho como Viena, pero, luego de agregar «es cuestión de gustos», ya no hizo ninguna objeción, como no la hicieron tampoco las autoridades suizas. De este modo pudimos partir Hiller y yo. No nos llevó mucho tiempo el confirmar la exactitud de los indicios consignados por Freud en sus cartas acerca de la desoladora situación de su país. Bastaba para ello ver el aspecto demacrado y hambriento de los funcionarios, y no puedo dejar de recordar tampoco los vanos esfuerzos de los demacrados pe-

rros para arrastrarse hasta el alimento que yo les arrojaba. Fuimos los primeros civiles extranjeros llegados a Viena y se nos recibió con gran alegría en el Hotel Regina, donde paraban siempre los analistas que visitaban la ciudad. Encontré a Freud un poco más canoso y bastante más delgado que antes de la guerra. Ya nunca más recuperó su antiguo aspecto. Pero su inteligencia no había perdido nada de su acostumbrada agudeza. Se mostraba tan cálidamente amistoso y alegre como siempre, tanto que costaba pensar que no nos habíamos visto durante casi seis años. No alcanzamos a estar reunidos mucho tiempo cuando irrumpió Ferenczi en la habitación y, para gran asombro mío, nos besó efusivamente a ambos en la mejilla. No había visto a Freud por espacio de más de un año. Mantuvimos desde ese momento numerosas conversaciones para informarnos mutuamente de todo lo que nos había ocurrido durante esos años. Hubo, naturalmente, comentarios sobre los amplios cambios operados en la situación de Europa, y Freud me sorprendió no poco al decir que había mantenido recientemente una entrevista con un fogoso comunista, quien lo había convertido «a medias» al bolchevismo, como entonces se decía. Le habían dicho que el advenimiento del bolchevismo daría por resultado algunos años de miseria y caos, que serían seguidos luego por una era de paz universal, prosperidad y felicidad. Y agregaba Freud: «Le dije que creía en la primera mitad de la predicción».

Tenía cosas muy duras que decir acerca del Presidente Wilson, cuya visión de una Europa amistosa, basada en la justicia, se estaba convirtiendo rápidamente en una simple ilusión. Cuando yo señalé la complejidad de las fuerzas que intervienen en la

concertación de un tratado de paz y que éste no podía ser dictado por un solo hombre, replicó: «No debían haber hecho, entonces, tales promesas».

Inmediatamente se le hizo evidente a Freud que lo que él denominaba «el centro de gravedad del psicoanálisis» habría de ser trasladado al oeste. Propuso entonces a Ferenczi que me transfiriera la Presidencia provisoria de la Asociación Internacional que el Congreso de Budapest le había conferido durante la guerra. Ferenczi se avino a ello de buen grado, pero años después llegó a lamentar profundamente el hecho de que nunca hubiera sido llamado nuevamente a ejercer esa función, y por mi parte tuve buenas razones, más tarde, para pensar que me guardaba un resentimiento irracional por haber tenido que ocupar su lugar. Freud observó en esta ocasión: «Cabe esperar que esta vez hemos dado con el hombre más indicado», confiando evidentemente en que mi gestión en ese cargo habría de ser duradera. Desgraciadamente para mí hubo ocasiones, más tarde, en que Freud ya no fue de esa opinión.

Fue durante esa reunión en Viena que Freud nos sugirió invitar a Eitingon a formar parte del «Comité». Consentimos en ello inmediatamente, y Abraham fue comisionado para conseguir la conformidad de Eitingon. El anillo, la necesaria insignia, le fue impuesto unos meses más tarde. En mayo de 1920 Freud le entregó a su hija Ana otro anillo igual. Las únicas mujeres que, aparte de Ana, fueron objeto de la misma distinción, fueron Lou Salomé, Marie Bonaparte y mi esposa.

En octubre de 1919, recibió Freud el título de Profesor de la Universidad. Dijo que se trataba de un «título hueco», ya que no implicaba participación alguna en el Consejo de la Facultad. Pero tampoco

significó, por suerte, ninguna responsabilidad docente.

La fatalidad reserva a Freud, en el primer mes de 1920, dos serios golpes; uno para el que estaba preparado, aunque no resignado; el otro absolutamente inesperado. El primero la muerte de Toni (Anton) von Freund. A continuación de una operación de sarcoma que sufrió a la edad de treinta y nueve años von Freund contrajo una grave neurosis que fue tratado con éxito por Freud en los años 1918-19. Pero en marzo de este último año comenzaron a aparecer signos sospechosos de una reaparición del sarcoma en el abdomen, y durante meses sus amigos fluctuaron entre la esperanza y el temor. Pero una exploración posterior dio por resultado el desvanecimiento de toda duda acerca del siniestro diagnóstico, y el estado del paciente comenzó a empeorar rápidamente. En diciembre Abraham, que había conocido a von Freund en la época del Congreso de Budapest, preguntó a Freud si aquél estaba enterado del rápido desenlace que se esperaba, a objeto de saber en qué términos debería escribirle. Freud le contestó que el enfermo lo sabía todo y que incluso había dado orden de que el anillo que Freud le había entregado fuera devuelto después de su muerte, con objeto de ser pasado a Eitingon. Como su mujer, llegado el momento, reclamó el anillo, Freud entregó a Eitingon el que él mismo había llevado hasta entonces. Freud había estado visitando al enfermo diariamente e hizo todo lo que pudo para aliviarle la situación. El fallecimiento se produjo el 20 de enero de 1920, y Freud destacó que von Freund había muerto heroicamente, sin avergonzarse al psicoanálisis. Freud le había tenido un especial cariño,

y su fallecimiento fue para él un serio golpe. Decía que era uno de los motivos de su envejecimiento.

Apenas tres días más tarde, la noche misma del día en que fue enterrado von Freund, llegó la noticia de la grave enfermedad de Sophie, la hermosa hija de Freud, a quien llamaban «la criatura primorosa», en Hamburgo, donde residía. Se trataba de la neumonía gripal que ese año constituía una verdadera epidemia. No había trenes de Viena a Alemania, de modo que no había posibilidad de dirigirse allá. Dos de sus hermanos, Oliver y Ernst, que se hallaban en Berlín, hicieron el viaje a Hamburgo, acompañados de Eitingon, pero llegaron después de su fallecimiento. Dos días después, el 25 de enero, un telegrama anunciaba la desgracia. No había pasado los 26 años, había estado gozando de perfecta salud y felicidad y dejó dos chicos, uno de ellos apenas de trece meses. La noticia cayó como un rayo en un día sin nubes. Al día siguiente me escribía Freud: «El pobre —o afortunado— Toni Freund fue enterrado el jueves pasado, el 22 de este mes. Lamento oír que ahora le toque al padre de usted¹, pero a todos nos llegará el turno y ahora me pregunto cuándo será el mío. Ayer he pasado por algo que me hace desear que ese día no tarde en llegar». Un día después escribía a Pfister: «Fue barrida de este mundo como si nunca hubiera existido». Al informar a Ferenczi lo ocurrido, agregaba: «¿Y nosotros? Mi mujer está completamente anonadada. Por mi parte, pienso: *La séance continue*. Pero ha sido un poco demasiado para una sola semana». Debajo de este estoicismo, Freud era capaz de alimentar una emoción profunda, si bien controlada. Escribiendo poco después a

1. Le acababa de comunicar que mi padre se estaba muriendo.

Eitingon, quien, como de costumbre, se mostró tan servicial como le fue posible, describía su propia reacción: «No sé qué más se puede decir. Es un hecho de efecto tan paralizante, que no puede inspirar reflexión alguna a quien no es un creyente, cosa que le evitaría a uno todos los conflictos consiguientes. Cruda fatalidad, muda sumisión».

Ferenczi se sintió muy preocupado de las consecuencias que podría tener en el ánimo de Freud este terrible golpe. Freud lo tranquilizó con estas patéticas líneas:

No se intranquilece por mí. Sigo siendo el mismo de siempre, aunque con un poco más de cansancio, con todo lo doloroso que fue el fatal acontecimiento, no ha sido capaz de trastocar mi actitud frente a la vida. Durante años he vivido preparado a sufrir la pérdida de mis hijos varones¹. Ahora viene la de mi hija. Siendo como soy profundamente antirreligioso no tengo a quien acusar y sé que no hay tampoco a quien recurrir en queja. «*Des Dienstes ewig gleichgestellte Uhr*»² y «*Des Daseins süsse Gewohnheit*»³ ya se encargarán de que las cosas continúen como antes. Muy adentro, muy en lo profundo, advierto el impacto de una honda herida narcisística, que ya no podrá ser curada. Mi mujer y Anita han sufrido una conmoción terrible, en un sentido que diríamos más humano.

Cuando un par de semanas más tarde yo informaba a Freud sobre el fallecimiento de mi padre, me replicó: «De modo que su padre ya no tendrá que seguir sufriendo, a la espera de ser devorado paulatinamente por el cáncer, como el pobre Freund.

1. En la guerra.

2. "El círculo invariable de los deberes del soldado", de *Die Piccolomini*, de Schiller, Acto I, Esc. 4.

3. "El dulce hábito de vivir", de *Egmont*, de Goethe, Acto V, Esc. 3.

¡Qué suerte para él! Pero pronto podrá darse cuenta usted de lo que esto significa para usted mismo. Yo tenía más o menos la misma edad que usted cuando falleció mi padre (43) y el hecho revolucionó mi alma».

Pero la vida tenía que proseguir su curso. La cosa que inmediatamente monopolizó el interés de Freud fue la inauguración, el 14 de febrero de 1920, del Pòliclínico de Berlín. Este hecho convirtió a Berlín, en su opinión, en el más importante de los centros psicoanalíticos. Lo que hizo posible tal fundación fue la generosidad de Eitingon. Ernst Freud, por su parte, dispuso de tal modo la distribución de las diferentes dependencias del edificio que mereció el elogio de todos. Había allí, por supuesto, una biblioteca para la investigación y se estaban trazando planes para la creación de un Instituto Didáctico. Fue el primero, y por mucho tiempo el más famoso de los establecimientos de ésta índole. En verano vino Hanns Sachs de Suiza a Berlín para colaborar en la enseñanza, y poco después se le unió, para ayudarle, Th. Reik, de Viena.

Los miembros de la sociedad de Viena, naturalmente, no querían quedar atrás, y surgió el proyecto de establecer una clínica similar con carácter de Departamento dependiente del Hospital General. Freud se opuso mucho a esta idea. Las razones que para ello dio a Abraham eran de que por su parte no podría dedicarle tiempo y que en este caso no se sabría a quién, entre los miembros de la Sociedad, podría confiar la dirección del Instituto. Pero a Ferenczi le confesó que no creía que Viena fuera un centro adecuado para el psicoanálisis, de modo que no correspondía que se creara tampoco una Clínica. «Un cuervo no puede vestir camisa blanca». Pero la necesidad

de un establecimiento de esa índole era innegable, y con el nombre de *Ambulatorium* éste fue inaugurado el 22 de mayo de 1922.

Freud intercambiaba correspondencia, de vez en cuando, con Havelock Ellis, a quien a menudo enviaba algunos de sus libros. Pero le causó desagrado un artículo que Ellis había escrito durante la guerra y que acababa de llegar a su conocimiento. Ellis sostenía en el mismo que Freud era un artista, no un hombre de ciencia. Para Freud esto constituía «una forma muy sublimada de resistencia». En la carta que me escribió calificaba el ensayo de Ellis como «la forma más refinada y amistosa de resistencia, y al considerarme un gran artista lo hacía para restar validez a nuestras pretensiones científicas».

Al finalizar la guerra se oyeron numerosas y amargas quejas acerca de la forma ruda, e incluso cruel, con que los médicos militares austríacos habían tratado a los afectados por neurosis de guerra, especialmente en la Sección de psiquiatría del Hospital General de Viena, que dirigía el profesor Wagner-Jauregg. A comienzos de 1920 las autoridades militares austríacas designaron una Comisión especial encargada de investigar la cuestión, y Freud y Raimann (el ayudante de Jauregg) fueron invitados a preparar sendos informes al respecto. Esto prueba, de paso, la jerarquía científica que a los ojos de las autoridades de Viena había alcanzado Freud. El memorándum llevaba como título «Memorándum sobre el tratamiento eléctrico de los neuróticos de guerra».

Freud comenzaba señalando las dos opiniones vigentes en el seno de la profesión médica acerca de la naturaleza de las neurosis traumáticas causadas por accidentes ferroviarios, o de otra índole. Algunos sostenían, en efecto, que eran debidas a diminutas

lesiones del sistema nervioso, aunque la existencia de las mismas no pudiera ser demostrada, mientras que para otros no serían más que perturbaciones funcionales: el sistema nervioso seguía intacto. La experiencia de la guerra, especialmente la de las neurosis de guerra producidas lejos del frente y sin que mediara un trauma tal como la explosión de bombas, decidieron la cuestión en favor de esta última opinión.

El psicoanálisis había señalado como origen de todas las neurosis los conflictos emocionales y era fácil considerar como causa inmediata, por lo menos, de las neurosis de guerra, el conflicto entre el instinto de conservación, con la necesidad consiguiente de rehuir los peligros del servicio militar, y los diversos motivos que impedían al individuo confesar enteramente esto: el sentimiento del deber, la educación anterior para la obediencia, etc. La terapia que se había creado para resolver estas situaciones, antes que en ninguna parte en el ejército alemán, consistía en la aplicación de un tratamiento eléctrico, en dosis tales que lo hacían aún más desagradable que la idea de volver al frente. «En cuanto a su utilización en las Clínicas de Viena, estoy personalmente convencido que el progresor Wagner-Jauregg nunca habría permitido que llegara a extremarse de modo tal que se convirtiera en un tratamiento cruel. No puedo asegurar lo mismo en cuanto a otros médicos a quienes no conozco. La educación psicológica de los médicos es, en general, bastante deficiente y muchos de ellos bien pueden haber olvidado que el paciente que intentaban tratar como a un simulador en realidad no lo era»...

«Los brillantes éxitos iniciales del tratamiento con cargas eléctricas poderosas no tuvieron carácter

duradero. Pacientes que se habían logrado restablecer y enviar de nuevo al frente repetían nuevamente el cuadro y sufrían una recaída, con lo cual ganaban por lo menos algún tiempo y evitaban los peligros inmediatos. Cuando el paciente se hallaba de nuevamente bajo el fuego, su temor a la carga eléctrica disminuía, del mismo modo que durante el tratamiento se había desvanecido su temor al servicio activo. Por otra parte, el colapso del entusiasmo popular —en rápido aumento— y el desagrado cada vez mayor frente a la idea de continuar la guerra, se hacían sentir cada vez más, de manera que el tratamiento comenzó a fallar. En tales circunstancias no faltó quien diera rienda suelta a la característica predisposición de los alemanes a dar cima a sus objetivos de una manera absolutamente implacable. Sucedió algo que nunca debió haber ocurrido: la intensidad de las cargas eléctricas, así como la severidad en los otros aspectos del tratamiento, fueron intensificados a un punto tan insoportable como para despojar a los neuróticos de guerra de toda ventaja que pudiera procurarles su enfermedad. Nadie desmintió jamás que en los hospitales alemanes hubo casos de fallecimiento en el curso de los tratamientos y suicidios a continuación de los mismos. No tengo idea alguna, en cambio, acerca de si las Clínicas de Viena pasaron por esta fase de la terapia.»

Debe señalarse que, en opinión de Freud, los casos de verdadera simulación eran una pequeña minoría. Este juicio ha sido ampliamente confirmado por la experiencia ulterior. No pensaban así, por cierto, la mayoría de los médicos militares. El mismo Wagner-Jauregg, que aplicaba cargas eléctricas relativamente suaves cuando el neurótico de guerra

presentaba síntomas de orden físico, tales como temblores, admitía en su *Autobiografía*: «Si todos los simuladores a quien yo he curado en la Clínica, a menudo con procedimientos bastante duros, se presentaran para acusarme, seguramente nos encontraríamos ante un proceso impresionante». Por fortuna para él, como él mismo decía, la mayor parte de ellos se hallaba dispersa por lo que había sido antes el Imperio austro-húngaro y no se podría dar con ellos, de modo tal que la Comisión se pronunció finalmente en favor del Director de la Clínica.

A su regreso a Viena, procedente del Congreso realizado en La Haya en septiembre, Freud se encontró ante la desagradable tarea de tener que atestiguar ante la Comisión que estaba investigando estas quejas acerca del tratamiento de las neurosis de guerra. Las acusaciones se centraban en el profesor Wagner-Jauregg, el hombre a quien correspondía la máxima responsabilidad en el caso. Freud manifestó que se proponía una conducta tan amistosa como le fuera posible con Wagner-Jauregg, ya que éste último no era responsable de ninguna de las cosas que habían ocurrido. En la sesión del 15 de octubre, presidía la Comisión el profesor Alexander Löffler, Presidente también de la Comisión Investigadora. Se hallaban presentes todos los neurólogos y psiquiatras de Viena, y había sido invitada también la prensa. Freud leyó primeramente, en voz alta, el memorándum que había enviado ocho meses antes y expuso a continuación, en forma tranquila y objetiva, sus puntos de vista, Wagner-Jauregg sostenía que todos los pacientes con neurosis de guerra eran simples simuladores y que su experiencia había sido mucho más amplia que la de Freud, a quien no recurrían nunca tales enfermos. Freud adujo que admi-

tía esa opinión en la medida en que todos los neuróticos, en cierto sentido, son simuladores, pero sólo de un modo inconsciente. En esto residía la diferencia esencial entre los dos puntos de vista. Admitió también que era difícil la aplicación del psicoanálisis en tales casos, en tiempo de guerra, para lo cual ya era un obstáculo los múltiples idiomas hablados en el ejército austro-húngaro, pero sostenían a la vez que un conocimiento, de parte de los médicos, de los principios psicoanalíticos habría resultado más útil que la terapéutica eléctrica que se adoptó. Señaló además el conflicto entre el deber del médico que debe poner por encima de todo el interés de su paciente y la exigencia, de parte de las autoridades militares, de preocuparse, ante todo, de reintegrar a los pacientes al servicio militar. A esto siguió un agudo debate, durante el cual toda la Comisión se puso violentamente contra Freud. En el curso del mismo se dijeron cosas muy duras contra el psicoanálisis, de modo que, una vez más, se comprobó que Freud no era profeta en su propia tierra. Más tarde dijo que la reunión no hizo más que confirmar su opinión sobre lo insinceros y odiosos que eran los psiquiatras vieneses.

Hacia esa época llegó a oídos de Freud un rumor, que había circulado en Estado Unidos durante la guerra, según el cual las difíciles condiciones de vida imperantes en Viena lo habían inducido al suicidio. Hizo el comentario de que esta idea no le parecía nada amable.

En julio de 1920 hizo Eitingon que un escultor vienés, Paul Königsberger, ejecutara un busto de Freud. Éste se hallaba demasiado recargado de trabajo, pero no podía negarle nada a Eitingon. Tal como ocurre con mucha gente ocupada, le desagra-

daban mucho estas largas «poses». Aunque le pareció que se sentiría fastidiado con el escultor, le tomó cierto cariño y se formó una alta opinión de su habilidad. «Me he de sacrificar, pues, en obsequio de la posteridad». No podía prever, por cierto, cuán profético habría de resultar este chiste, ya que fue una réplica de este busto lo que más tarde doné a la Universidad de Viena, para ser descubierto en ésta, el 4 de febrero de 1955. Tanto Freud como su familia se mostraban muy complacidos con el trabajo logrado: «Da la impresión de una cabeza de Bruto y produce un efecto muy impresionante». Los miembros del Comité hicieron una suscripción para adquirir el original y ofrecérselo a Freud como regalo en su 65° aniversario, y Eitingon descubrió la obra, ya terminada, en el aniversario del año siguiente. Había que buscar entonces un lugar en la casa de Freud «para el fantasmal y amenazante doble de él mismo en bronce». Pero, según confesaba, había caído en la trampa. «Yo creí realmente que Eitingon lo quería para él. Si no fuera así, yo no hubiera posado para el busto el año pasado».

Tan pronto como terminó la guerra habíamos comenzado a hacer cálculos acerca de la posibilidad de realizar un nuevo Congreso Internacional. El lugar más adecuado parecía ser un país neutral, y Holanda era preferible a Suiza a causa de las complicadas restricciones de los viajes a través de Francia. En la primavera de 1939 tuve la esperanza de que podríamos realizar uno en el otoño de ese mismo año, pero una pequeña investigación de las condiciones imperantes nos demostró la imposibilidad de hacerlo así.

El sexto Congreso Psicoanalítico Internacional se inauguró el 8 de septiembre de 1920 y duró cuatro

días. De los sesenta y dos miembros asistentes había dos de Estados Unidos (Feigenbaum y Stern) siete de Austria, quince de Inglaterra, once de Alemania (entre ellos Groddeck), dieciséis de Holanda (entre Jelgersma y van Renterghem), tres de Hungría (entre ellos Melanie Klein), uno de Polonia y siete de Suiza. Entre los cincuenta y siete invitados que también asistieron al Congreso se hallaban Ana Freud, James Glover y John Rickmen. Freud presentó un trabajo titulado *Complementos a la teoría onírica*. Planteaba en él tres puntos. Uno era la ampliación de su teoría de la realización de deseos para incluir en ella aquellos casos en que el deseo no procedía de la parte del inconsciente que procura el placer sino de las tendencias autopunitivas de la conciencia. Una segunda observación, más intranquilizadora, se refería a incluir en su teoría el hecho de una repetición lisa y llana en un sueño, de una experiencia traumática. Ésta y otras consideraciones fueron las que estaban induciéndolo en esa época a sostener la existencia de una «compulsión a la repetición», además del bien conocido principio de placer. El tercer punto era el rechazo de diversos intentos recientes de reconocer una «tendencia prospectiva» en los sueños, intentos que a su juicio denotaban una confusión entre el contenido manifiesto y el latente de los sueños.

Otros trabajos que se destacaron fueron: el de Abraham, *El complejo de castración femenino* y el de Ferenczi, *Progresos en la técnica activa en psicoanálisis*. Róheim produjo gran impresión al improvisar una comunicación en inglés sobre el totemismo en Australia.

En todos sentidos fue éste un Congreso muy positivo que sirvió de motivo de reunión a gente labo-

riosa que durante años había estado privada de mutuo contacto. Más tarde escribió Freud que «se sentía orgulloso del Congreso» y era motivo de congratulación general el hecho de que fue ésta la primera oportunidad en que gente de trabajo de países enemigos se reunían para fines de colaboración científica.

En oportunidad del Congreso de La Haya tomamos medidas para consolidar aún más la estructura interna del «Comité» privado, que ahora pudo reunirse en pleno por primera vez. Decidimos reemplazar, por lo menos en parte, la forma irregular de correspondencia que íbamos manteniendo entre todos los miembros por una *Rundbrief* (carta circular) que cada uno de los miembros habría de recibir y que nos mantendría al corriente de los cambiantes acontecimientos y planes. La primera serie de estas cartas circulares se inició el 7 de octubre de 1920. Al comienzo fue semanal, pero en diferentes épocas los intervalos fueron de diez días y hasta de una quincena. Sin embargo, este procedimiento, tendiente a ahorrar tiempo, no tenía el propósito de suprimir la correspondencia de carácter más personal, especialmente con Freud, que en cada caso pudiera resultar deseable.

En octubre de 1920 Freud, contento por los derechos de autor que le enviaba su sobrino de Estados Unidos, le escribió a éste ofreciendo enviar cuatro artículos para una buena revista de Nueva York. Serían de carácter popular y Freud proponía que el primero de ellos llevara el título de *No use el psicoanálisis en polémicas*. Bernays recogió inmediatamente la sugestión y entró en tratos con el *Cosmopolitan Magazine*. Ésta ofreció a Freud mil dólares por el primer artículo, y en caso de obtenerse éxito

le pediría otros mas. En lugar del tema que había sugerido Freud, proponían varios títulos, tales como *La ubicación psíquica de la mujer en el hogar*, *La ubicación psíquica del marido en el hogar*, etc. Freud se sintió ultrajado. El hecho de que la aceptación de artículos de «un autor bien conceptuado tuviera que depender de los gustos del gran público y que los temas a encarar no fueran los que él mismo proponía», hería su orgullo y dignidad. «De haber tomado en cuenta desde el comienzo de mi carrera la clase de consideraciones que mueven a su editor, seguramente no habría llegado a ser conocido de ningún modo ni en Estados Unidos ni en Europa». Escribió a Edward Bernays una carta punzante de rechazo, pero no puedo dejar de pensar que parte de su indignación provenía de un ligero sentimiento de vergüenza por haberse apartado él mismo de sus principios habituales y haber concebido el propósito de ganar dinero escribiendo artículos de carácter popular. Fue la única vez en su vida que llegó a pensar en un plan como éste.

Un mes más tarde recibía un cable de Bernays anunciándole que un grupo de personas de Nueva York le aseguraban la suma de diez mil dólares si se decidía a permanecer allí seis meses tratando pacientes por la mañana y dando conferencias por la tarde. Su respuesta cablegráfica fue simplemente «No conviene», a la que siguió una extensa carta que constituía una obra maestra de sagacidad comercial. Freud calculaba detalladamente los gastos, que correrían por su cuenta, sin excluir el incremento en los réditos, etc., y llegaba a la conclusión de que volvería a Viena agotado y más pobre que antes. Otro motivo decisivo era el hecho de tener que dar conferencias en inglés,

Más avanzado el año 1920 la situación económica de Freud comenzó a dar signos de rehabilitación. En el mes de noviembre estaba ganando las dos terceras partes de lo que había ganado antes de la guerra. Comenzó incluso a acumular una pequeña cantidad de divisas extranjeras. A este objeto hizo que yo abriera, en ese verano, una cuenta a mi nombre en un Banco holandés, a la que él pudiera remitir parte de los honorarios que recibía de pacientes extranjeros

La editorial que tan importante papel habría de desempeñar en la vida de Freud de ahí en adelante, la *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, fue fundada en Viena a mediados de enero de 1919. Constituyó en muchos sentidos una empresa muy positiva por más que significó para nosotros, durante años, un motivo de preocupación económica y llegó a motivar incluso ciertas dificultades personales. Sus directores eran Freud, Ferenczi, von Freund y Rank. En septiembre ocupé el lugar de von Freund, que estaba muriendo lentamente, y en 1921 se agregó al directorio Eitingon. Fue la única oportunidad en que vi a von Freund, y no olvidaré nunca la luctuosa expresión con que el hombre condenado a morir contempló a su sucesor. Rank fue designado Director-Gerente y pronto ocupó el lugar de ayudante Th. Reik. El primer libro publicado por la nueva empresa era de Abraham, Ferenczi, Simmel y yo, sobre *Neurosis de guerra*, y apareció en mayo de 1919.

El interés que Freud ponía en el futuro de la *Verlag* era, sobre todo, expresión de su poderoso deseo de independencia. La idea de sentirse completamente liberado de las condiciones impuestas por los editores, que siempre lo habían fastidiado, y de poder

publicar los libros que quería y cuando se le ocurriera hacerlo, ejercía una poderosa atracción sobre este aspecto de su carácter. La existencia de una Editorial propia daría, además, una mayor seguridad a la publicación ininterrumpida de las revistas psicoanalíticas, cuya existencia había sido gravemente amenazada durante la guerra. Por último los autores que no contaban con bienes de fortuna podrían tener la seguridad de poder publicar una buena obra que eventualmente podría ser rechazada por los editores comerciales. Desde el punto de vista de el público en general habría cierta garantía de que los libros publicados por una Editorial como ésta, por mucho que variara su calidad, pertenecían al acervo de la literatura psicoanalítica, que era necesario distinguir de muchas otras publicaciones que se disfrazaban con ese nombre.

La mayor parte de estos propósitos fueron logrados, si bien a costa de un considerable esfuerzo económico y de muchas energías restadas de ese modo a la labor científica. En los veinte años de su existencia la *Verlag* publicó 150 volúmenes, incluyendo cinco colecciones, además de las *Obras completas* de Freud y aparte de mantener en publicación cinco revistas psicoanalíticas. Lo que se inició en Inglaterra como rama de la editorial vienesa publicó también más de 50 volúmenes, muchos de los cuales eran traducción de los libros más valiosos de la *Verlag*. La dificultad más grande con que tropezó a lo largo de estos esfuerzos era de índole económica. La *Verlag* se costeaba por sí misma tan sólo en algunos raros períodos y los llamados a la contribución de los mismos psicoanalistas se repitieron constantemente. Freud, por su parte, no aceptó en ningún momento cobrar derechos de autor e incluso

enterró buena parte de su propio dinero en la empresa. La estrechez financiera tuvo, además, el efecto de impedir la realización de uno de los objetivos que nos habíamos propuesto, el de ayudar a los autores pobres. Nos vimos obligados más bien a pedirles que contribuyeran al pago de la impresión de sus libros, de modo que se vieron incluso menos favorecidos que si se hubieran dirigido a una firma comercial. Con todo, contemplados todos los aspectos, la *Verlag* debe ser considerada como una empresa loable. Para Freud fue una fuente considerable de ansiedad, de enorme trabajo personal, pero también de profunda satisfacción.

De lo que no cabe duda es que la *Verlag* no hubiera llegado a existir ni vivido un solo día si la capacidad y la energía verdaderamente asombrosa, tanto desde el punto de vista de la labor editorial como la gestión administrativa, con que Rank se lanzó a la tarea. Durante cuatro años no se apartó de Viena para tomarse descanso alguno y aún al cabo de ese tiempo se llevó consigo un enorme material de trabajo. Los cinco años durante los cuales continúa Rank con ese furioso ritmo de trabajo deben haber constituido un factor importante de su posterior derrumbe mental.

Von Freund había dejado una suma considerable para financiar la *Verlag* y otras cosas que Freud estaba proyectando. Representaba el equivalente de £ 100.000. Pero este fondo tuvo una vida muy accidentada. Sólo fue posible transferir a Viena una cuarta parte del mismo, medio millón de coronas. Se decidió retener la mitad de esta suma en Viena y transferir la otra mitad a Londres. Con respecto a la primera mitad, Rank cometió el único error de cálculo financiero en que le he visto incurrir

jamás. En esa época, cuando la monarquía austro-húngara se hallaba en plena disolución, se podía optar entre conservar la moneda austríaca o convertirla en coronas de la recién creada República Checoslovaca. Rank pensó como mucha otra gente, que el nuevo estado no resultaría viable y decidió conservar los billetes austríacos. Al cabo de un par de años la inflación quitó a éstos todo valor, en tanto que los billetes checos se valorizaban más. Esto era una doble desdicha, ya que el trabajo de impresión que empleábamos se hacía en Checoslovaquia y tenía que ser pagado con esa moneda. Yo me encontraba en Viena en septiembre de ese año (1919), junto con Erik Hiller, un joven que habría de colaborar en los noveles planes en que nos estábamos embarcando y dimos comienzo a la tarea de pasar de contrabando, de Austria a Inglaterra, el otro cuarto de millón de coronas. Al cruzar la frontera austríaca fuimos completamente desnudados por los funcionarios aduaneros de modo que la operación requirió de nuestra parte cierta finura. Mi valija fue la primera en ser revisada, de modo que con toda tranquilidad yo pasé el fajo de billetes de la maleta de Hiller a la mía, que ya había pasado por la Aduana. Pero las dos tenían que ser revisadas nuevamente al día siguiente, cuando el tren partía para Suiza, de modo que alquilé un automóvil a la mañana siguiente y recorrimos el puente sobre el Rin que separa los dos países. Al llegar al linde pudimos sostener que nuestro equipaje ya había sido revisado y rotulado. Pero esta hazaña no halló recompensa alguna, dado que al cabo de uno o dos años los billetes alcanzaban a valer escasamente el papel en que estaban impresos. Rank no nos había permitido cambiarlos por las pocas libras inglesas

que al comienzo nos habrían dado por ellos. Nadie podía creer en esa época que la moneda de un país pudiera desvalorizarse y desaparecer de tal manera.

A causa del régimen bolchevique implantado en Hungría y la ocupación rumana que siguió a aquél en agosto de 1919, resultaron vanos todos los esfuerzos de transferir a Viena parte alguna del núcleo principal del fondo. Al terror rojo siguió el terror blanco, con una intensa ola antisemitismo, que afectó seriamente la situación de Ferenczi. Rank, sin embargo, y con él von Freund, no cesaron en la lucha, y a fines de 1919 se tuvo la impresión de que podría salvarse de la confiscación siquiera una parte del dinero. Las autoridades municipales sostenían que, tratándose de una donación caritativa, ésta debía ser dedicada a fines filantrópico locales y que el dinero, en todo caso, no debía salir del país.

Ferenczi llevó a cabo multitud de negociaciones, pero la oposición de las fuerzas antisemitas y antipsicológicas era demasiado poderosa y tan sólo al cabo de tres años pudo rescatarse apenas una pequeña parte del fondo. Esto colocó a Freud y a la *Verlag* en una situación desastrosa, ya que entre tanto habían contraído compromisos financieros bastante considerables. Pero a esto Eitingon, el puntal que en ningún momento falló, salvó la situación unos meses más tarde, induciendo a un simpático cuñado suyo de Nueva York a hacer a la *Verlag* una donación de cinco mil dólares.

Desde muy al principio resultó evidente la conveniencia de extender nuestras actividades editoriales más allá de la esfera germanoparlante. Una semana después de la fundación de la *Verlag*, una fir-

ma comercial de Berna se ofreció a participar en las obras que se editaran en Viena.

A las firmas pertenecientes a países ex enemigos les estaba prohibido en esa época tener filiales en Inglaterra, y en el caso de que las tuvieran debían someterse a restricciones prohibitivas. Tuve que convertirme, pues, en editor independiente, creando lo que se llamó *International Psycho-Analytical Press*. Se inició con un negocio de librería en Weymouth Street, donde se vendían principalmente libros en alemán, difíciles de conseguir en otra parte. Erik Hiller, el joven ayudante de quien hemos hablado antes, se encargó de esta actividad. Esta empresa duró apenas un año, al cabo del cual vendimos las existencias de la librería por £ 100 y clausuramos el establecimiento. Luego vino la *International Psycho-Analytical Library Series* (Biblioteca Psicoanalítica Internacional), cuyo quincuagésimo volumen acabo de preparar para la publicación. Los primeros dos volúmenes aparecieron en 1921. Después de esto, en 1924, el Instituto de Londres hizo un arreglo satisfactorio con la *Hogarth Press*. Las publicaciones de esta empresa mixta han continuado hasta la fecha.

De la enorme labor que significa la traducción de los libros de Freud, lo que aquí más nos interesa es su constante y minuciosa colaboración personal. Le enviábamos pregunta tras pregunta acerca de ambigüedades en la exposición y le hacíamos diversas sugerencias acerca de ciertas contradicciones internas y cosas por el estilo. Desde aquella época, esto ha continuado todo el tiempo bajo la eficiente dirección de James Strachey, con el resultado notable de que las traducciones inglesas de los libros de Freud, bajo el nombre de *Standard Edition*, podrán ser consideradas, desde el punto de vista de la co-

rección, más valederas que cualquier versión alemana.

Para procurarme ayuda en la preparación y corrección del *International Journal of Psycho-Analysis*, la tercera y más importante de nuestras empresas, pude lograr la colaboración de Bryan y Flugel, ambos de Inglaterra. La delicada cuestión de designar a los norteamericanos que habrían de ocuparse de igual labor resultó más complicada.

Al cabo de una serie de movimientos tácticos, la elección recayó finalmente en los nombres de Brill, Frink y Oberndorf.

Desde el comienzo informé, por supuesto, de nuestros planes a Brill, que inmediatamente me prometió su cordial apoyo. Al mismo tiempo me hizo la curiosa sugerencia de que creáramos una Asociación Psicoanalítica Angloamericana en lugar de la Asociación Internacional, que en esa época era esencialmente alemana o por lo menos germano-parlante. Brill se había mostrado fuertemente proalemán en la primera parte de la guerra, pero los acontecimientos posteriores parecen haberlo norteamericanizado en exceso. Siendo yo, entre otras cosas, un buen europeo y de mentalidad invariablemente internacionalista, me mostré reacio a la sugerencia de la que no volvía a oír nunca más.

Con excepción de la amistosa carta citada, el silencio de Brill fue absoluto por mucho tiempo. Yo hubiera deseado inaugurar el *Journal* con un artículo suyo, pero repetidos requerimientos míos, incluyendo tres telegramas, resultaron inútiles. No obtuve respuesta alguna. Freud no había tenido noticias de él desde el comienzo de la guerra, y a medida que transcurría el tiempo después de la misma, su preocupación al respecto fue cada vez mayor.

Finalmente dio muestras de existencia. «De Brill recibí la traducción del *Leonardo*, *El chiste* y el *Tótem*, ninguna carta. Perdóneme que le diga que es un judío alocado (*meschugge*) (sic)». En el interín, sin embargo, con noble gesto, Brill reunió mil dólares para ayudar a la *Verlag*; y así se lo comunicó a Rank. Yo no tenía noticias de él cuando, de pronto, Freud me escribió diciendo que «Brill está realmente bien».

Brill no había asistido al Congreso de La Haya de septiembre de 1920, pero luego llegó la explicación de su prolongado silencio. «He recibido de Brill una extensa, tierna, alocada carta en la que no menciona una palabra del dinero que reunió, pero me explica el misterio de su conducta. Se trataba simplemente de celos, de sensibilidad herida y de cosas por el estilo. Haré todo lo que pueda por aplacarlo». Brill había pasado evidentemente por una época muy difícil, pero ésta fue la única de esta índole en su vida. Desde ese momento fue nuevamente, y para siempre, el viejo y leal amigo. La cosa se debió a que Brill había creído, sin fundamento por cierto, que Freud se sentía resentido con él a raíz de las severas críticas que habían merecido sus traducciones. Freud nunca había tomado la cosa a mal, pero, Brill, decidió sabiamente dejar esta tarea de ahí en adelante a otras personas.

En 1916, hacia la mitad de la Gran Guerra, Freud debe haber tenido la sensación de haber dado ya al mundo todo lo que era capaz de darle, en forma tal que poco le quedaba más allá de vivir los años de vida que le quedaban... nada más que dos, en realidad según sus cálculos. En la asombrosa, casi increíble, explosión de energía que trajo consigo la

primavera de 1915 había volcado sus pensamientos más profundos y sus ideas de más vasto alcance en la serie teórica de ensayos sobre metapsicología, y al año siguiente puso fin a su ciclo periódico de conferencias en la universidad, escribiendo y publicando, a cambio de eso, la *Introducción al Psicoanálisis*.

En los dos años que siguieron nada había esperar, al parecer, ni en cuanto a desarrollo ni a difusión de sus doctrinas. Pero el estímulo que trajeron consigo, a fines de 1918, el Congreso de Budapest, la fundación de la *Verlag* y las buenas noticias que llegaron de allende los mares, tuvieron por efecto reanimar el espíritu de Freud. A comienzos del nuevo año manifestó a Ferenczi que se mantenía aún completamente atascado en cuanto a ideas científicas, pero apenas un par de semanas más tarde tenemos noticias de algunas nuevas ideas sobre el tema del masoquismo, de cuya corrección se sentía seguro.

En marzo llegó una revelación más extensa de las ideas que evidentemente estaban germinando durante esa primavera. «Acabo de dar fin a un trabajo de veintiseis páginas sobre la génesis del masoquismo, que llevará por título “Pegan a un niño”. Estoy comenzando otro con el misterioso encabezamiento de “Más allá del principio del placer”. No sé si es esta fría primavera o la dieta vegetariana lo que repentinamente me han hecho tan productivo». Quince días más tarde escribía: «Estoy escribiendo el nuevo ensayo titulado: “Más allá del principio de placer” y cuento que lo entenderá usted, cuya comprensión no me ha faltado nunca. Mucho de lo que allí digo es bastante oscuro y el lector se verá obligado a arreglarse como pueda. Algunas veces no puedo hacer otra cosa que eso. Así y todo confío

en que usted encontrará en él muchas cosas de interés».

Al cabo de dos meses estaba listo un primer borrador, pero se proponía volver a escribirlo durante el tratamiento a realizar en Bad Gastein. Entre tanto se ocupó, durante las escasas horas libres que le quedaban antes de partir, en volver a escribir un viejo artículo suyo que había descubierto en un cajón. Era un trabajo interesante sobre *Lo siniestro*, que publicó en *Imago* hacia fines de ese año

Poco fue lo que adelantó durante sus vacaciones, y tal como me manifestó a mí, el trabajo no progresaba porque se sentía demasiado bien. Evidentemente no se sentía satisfecho de su esfuerzo, y al parecer lo abandonó postergándolo hasta el verano siguiente. Escribió en el intervalo uno de sus grandes historiales clínicos, el que se refiere a la homosexualidad femenina.

En mayo manifestó a Eitingon: «Estoy corrigiendo y completando ahora el *Más allá del principio de placer* y me encuentro en una etapa productiva». El 16 de junio expuso un resumen del mismo en la Sociedad de Viena. En ese mismo mes escribió a Ferenczi que se habían producido en ese trabajo «curiosas derivaciones», con lo que presumiblemente se refería a la inmortalidad virtual de los protozoarios. Terminó el trabajo antes de partir para sus vacaciones de verano y más tarde pidió Eitingon que fuera testigo de que ya había estado terminado a medias en la época en que su hija Sophie se hallaba todavía en perfecto estado de salud. Agregaba: «Mucha gente, frente a esto, sacudirá la cabeza en señal de duda». Esta petición a Eitingon resulta realmente curiosa y sería el caso de preguntarse si no era manifestación de una negación interna de que los nuevos

pensamientos acerca de la muerte pudieran haber sido influidos por la depresión causada por la pérdida de su hija, de no haberse referido casualmente en otra carta, escrita apenas dos semanas después del desdichado acontecimiento, a lo que estaba escribiendo entonces acerca del «instinto de muerte».

Las asombrosas ideas expuestas por Freud aquí sobre la relación entre la vida y la muerte, y la introducción de su concepto de un «instinto de muerte», no sólo eran profundamente filosóficas sino también altamente especulativas por su índole. Freud mismo las ofreció como tales y con carácter indudablemente de ensayo, si bien más tarde llegó a aceptarlas enteramente. Hasta entonces no había escrito nada por el estilo en toda su vida, y esto mismo ya es un hecho del más grande interés para todo aquél que se interese por la vida de Freud. Es verdad que a menudo había admitido la existencia de cierta tendencia especulativa e incluso inclinada a la fantasía como parte de su naturaleza, tendencia que por muchos años había cohibido vigorosamente. Ahora estaba dejando de lado la violencia que durante tantos años se había impuesto y permitiendo que sus pensamientos se elevaran hacia regiones distantes.

Al tratar de esos problemas trascendentales, cual el origen de la vida y la naturaleza de la muerte, Freud desplegaba una audacia especulativa única en todos sus escritos; nada de lo que escribiera en cualquier otra parte podía comparársele. Este libro es aún más digno de notar por ser el único del que Freud ha recibido escaso reconocimiento por parte de sus seguidores.

El problema que constituía el punto de partida

de los pensamientos de Freud fue el dualismo de la mente. En toda su obra psicológica se sintió cautivado por la idea de un profundo conflicto dentro de la mente, y como era muy natural, interesado en captar la naturaleza de las fuerzas opuestas. Durante los primeros veinte años de su obra, aproximadamente, Freud se contentó con afirmar que el carácter del conflicto mental derivaba de impulsos eróticos, que procedían de lo que los biólogos denominan el instinto de reproducción, por un lado, y de los impulsos del yo, incluyendo en especial el instinto de conservación, por el otro. Esta formulación quedó radicalmente trastornada en 1914, cuando razones muy atendibles le obligaron a postular el concepto de narcisismo, y opinó que había que incluir en este autoenamoramamiento el instinto de conservación. De forma que el único conflicto entonces perceptible era el existente entre los impulsos narcisistas y aloeróticos, es decir, entre dos formas de instinto sexual. Esto resultaba extraordinariamente insatisfactorio, pues Freud siempre estuvo seguro de que debía haber algún instinto en la mente, probablemente en el yo, aparte del instinto sexual, al que denominó provisionalmente «egoísta». Fue este el origen de la idea de una parte del yo no libidinal que podía contraponerse a los instintos sexuales. Por esta época había observado en diversas ocasiones un juego de su nieto mayor, quien estuvo realizando una y otra vez acciones que sólo podían encerrar para él un significado no placentero: acciones relacionadas con la ausencia de su madre.

Comenzaba su exposición replanteando su opinión acerca de la importancia del principio placer-displacer que, de acuerdo con Fechner había considerado como continuador del principio de estabili-

dad que este último había sentado. Según éste, la función principal de la actividad mental consiste en reducir hasta el grado más bajo posible las tensiones motivadas por excitaciones instintivas, o exteriores. Freud empleó un término sugerido por Barbara Low, el «principio del Nirvana», que habría de aplicarse tanto si el objetivo consistía en suprimir la excitación, como en reducirla simplemente. El principio parecía avenirse bien con la experiencia de Freud sobre la resistencia, e incluso con toda su teoría del cumplimiento de los deseos, en donde los impulsos encuentran satisfacción y luego quedan acallados. Pero por aquel entonces llegó a descubrir que la correlación existente entre el aumento de la excitación y el displacer, y entre el alivio y el placer, no podía ser tan estrecha como había supuesto hasta entonces. El placer logrado por el aumento de la tensión sexual parecía hallarse en flagrante contradicción con la regla, y ahora la experiencia de los «sueños de guerra» parecía igualmente curiosa.

A continuación relataba Freud la historia del juego del niño antes aludido y se refería a la afición que mostraban los niños por repetir juegos, historias y demás, independientemente de si eran o no placenteras. Fue esta observación la que le hizo preguntarse sobre si existía algún principio independiente del principio placer-displacer, y sugirió que existía uno al que él daba el nombre de *obsesión de repetición*. Entonces le vino a su mente un cierto número de fenómenos aparentemente similares que parecían encajar en esta idea: los sueños periódicos de los neuróticos de guerra, en los que el trauma original se revive una y otra vez; el modelo de conducta autoagresiva que puede trazarse mediante las vidas de ciertas personas; la tendencia de muchos

pacientes a representar una vez tras otra durante el psicoanálisis experiencias no placenteras de su infancia. No es difícil descubrir en todos esos casos algún otro motivo para esas repeticiones, y el mismo Freud adelantó alguno. De aquí que en el caso de los sueños de guerra, en donde la conmoción había traspasado la barrera defensiva, dada la ausencia de toda preparación, señalaba que la repetición durante el sueño, acompañada de intensa angustia, puede representar un intento de servir de «señal de angustia» como advertencia cuya falta explicaba el efecto traumático de la conmoción. No obstante, Freud pensaba que esos sueños parecían ser una excepción a su teoría general de los sueños, que representaba el cumplimiento de un deseo. Volvía a la distinción que él había propuesto juntamente con Breuer entre energía libre y energía reprimida, sobre la que erigió una de las bases fundamentales de su propia psicología, y esto lo correlacionaba ahora con el intento de «dominar» o «reprimir» experiencias no placenteras que en su opinión facilitaban el sentido de las repeticiones de que se trataba.

Freud había encontrado ya el segundo principio que buscaba. Se trataba de la necesidad de reprimir o dominar las impresiones primitivas, para transformarlas desde el «sistema primario» al «sistema secundario», por decirlo con su terminología característica. Entonces consideraba Freud a éste como más fundamental que el principio del placer; era en verdad un preliminar necesario antes de que se permitiera operar a este último.

Tres ideas, de igual importancia para el pensamiento de Freud, vinieron entonces a su mente. Los procesos primarios que habían de reprimirse antes de que el principio del placer pudiera operar, ema-

naban de estímulos internos y pertenecían, por tanto, a los instintos. La tendencia a la repetición mostraba asimismo con toda evidencia una naturaleza instintiva. Era más fundamental que el principio del placer, y contrastaba con él por su carácter «demoníaco»; el primero quedaba limitado muy a menudo al «principio de la realidad». La tendencia hacia la estabilidad, también denominada «el principio de constancia», era un atributo fundamental de la mente. De esas tres ideas acabadas de mencionar, otras dos nuevas comenzaron a surgir en el proceso mental de Freud, constituyendo su definitiva teoría de la mente.

En este aspecto fue la tendencia a la repetición la que ocupó sobre todo la mente de Freud. Percibía con razón que esta tendencia era un rasgo típico de la vida instintiva, que por naturaleza era esencialmente conservadora. Los instintos humanos, es cierto, se caracterizan por su extraordinaria plasticidad, pero cuanto más descendemos en la escala animal, más estereotipada aparece la conducta instintiva. Hasta aquí, no obstante, nos hallamos dentro de un ámbito biológico, pero la imaginación de Freud comienza a atribuir a la dualidad repetición-obsesión un significado más trascendental. Incluso nos extraña hasta qué punto fue influido a este respecto por la memoria de la ley de la periodicidad inevitable de Fliess, que había de explicar todos los sucesos de la vida, y por la doctrina de Nietzsche acerca del «eterno retorno», una expresión que Freud citaba en el libro. En cualquier caso, se presenta aquí un paso en el razonamiento que no es fácil seguir y que ha dado origen a muchos recelos.

El paso en cuestión consistía en equiparar la tendencia a la repetición con la de restaurar un *previo*

estado de cosas, una equiparación que dista mucho de ser clara. Sea como fuere, Freud llegó a la conclusión de que el objetivo fundamental de todo instinto es volver a un estado primitivo, una regresión. Y si los instintos miraban al pasado, ¿por qué habían de detenerse antes de reducir un organismo vivo a un estado prevital, el de la materia inorgánica? De forma que el objetivo final de la vida debía ser la muerte. De esta manera surgió la célebre idea de Freud sobre el *Instinto de Muerte*.

Al centrarse en un «instinto» omnipresente, con un alcance tal, Freud se hallaba en peligro de tener que reconocer una idea monística de la vida, el peligro al que escapó por muy poco en 1914, cuando el concepto de narcisismo amplió el alcance del instinto sexual a un campo inmenso. En su opinión, el instinto sexual era el más conservador de todos, mientras que el instinto de conservación, al que uno podía haber esperado que hubiera sido opuesto al instinto de muerte, acabó convirtiéndose en su sirviente; su única función era asegurar en todo lo posible que el organismo moría según le correspondía conforme a su ley interna y en el momento previsto para ello, y no por un accidente o enfermedad evitables. Incluso el famoso principio del placer, que tan valiosos servicios ha prestado, fue entonces planteado como si se tratara del asistente del instinto de muerte. Esta vez el callejón sin salida parecía total, y Freud parecía haber llegado a la misma posición que Schopenhauer, quien enseñaba que «la muerte es el objetivo de la vida». Dicho sea de paso, el propio Goethe había expresado en una de sus conversaciones una idea muy similar. Pero Freud se zafó hábilmente una vez más, en esta ocasión señalando que aunque los instintos sexuales eran con-

servadores y obedecían tanto a la obsesión de repetición como al principio constancia-nirvana, lo hacían en una forma que les era muy peculiar. Era cierto que tendían a reinstaurar primitivas formas de vida, y por tanto debían formar parte del instinto de muerte, pero al menos su modo de acción tenía el mérito de posponer el objetivo final de este último. Incluso cabía decir que al proceder así, a través de la creación permanente de nueva vida, burlaban el objetivo del instinto de muerte, de forma que podían contraponérsele. De esta manera Freud tuvo éxito, después de todo, al establecer en la mente dos fuerzas opuestas: designándolas respectivamente instintos de vida e instintos de muerte, englobando a los primeros bajo el nombre de *Eros*. Ambos tenían igual validez y posición, y se hallaban en lucha constante entre sí, aunque al final terminara ganando inevitablemente el último.

Se planteaba luego un problema más. Esta fuerza muda que operaba tanto en la mente como en cada una de las células del cuerpo, cuyo objetivo final no era otro que la destrucción del ser vivo, cumplía su tarea silenciosamente. ¿Existía alguna forma de descubrir los signos de su existencia? Freud imaginó que podía descubrir dos de esos signos, o al menos sus indicios, derivables del hipotético instinto de muerte. Lo que brindaba la clave era la crueldad en la vida; la gran guerra misma había ofrecido recientemente un monstruoso espectáculo de agresión, brutalidad y crueldad. No mucho antes, Freud había admitido la existencia de un instinto *primordialmente* agresivo o destructor, un instinto que cuando se fundía con los impulsos sexuales se convertía en la conocida perversión denominada sadismo. Cuando lo planteó así por primera vez en

1915, lo incluyó como una parte de los instintos del yo, pero con posterioridad le otorgó una posición más fundamental, independientemente del yo y anterior a su formación. Freud había considerado siempre hasta aquí al masoquismo como un sadismo secundario, un impulso sádico que había sido vuelto hacia adentro contra el yo. Ahora trocaba el orden y aducía que podía existir un masoquismo primario, una tendencia autodestructora que representaría un indicio del instinto de muerte. Los impulsos destructivos y sádicos derivarían de éste, dejando de ser su fuente. La idea de Freud consistía en que los instintos sexuales o de vida —responsables del «clamor» de vida— en la lucha contra su contrario intentaba prolongar algo más la vida, desviando la tendencia a la autodestrucción hacia otras personas, de la misma forma en que un gobernante puede torcer los impulsos rebeldes o revolucionarios contra el exterior mediante la instigación a la guerra: el motivo real con el que su país, Austria, provocó la gran guerra mundial. Era una concepción muy ingeniosa, y con ella Freud redondeó a su plena satisfacción sus dinámicas ideas del funcionamiento mental.

Aunque Freud presentó al principio como pura tentativas las ideas a las que acabamos de referirnos (un enfoque, digamos, muy personal de la cuestión que le divertía, pero de cuya validez siempre distó mucho de estar convencido), a los dos años terminó por aceptarlas completamente en su libro *El Yo y el ello*, y conforme pasaba el tiempo con una convicción cada vez más absoluta. Como una vez me dijo, no podía ya andar su camino sin ellas, pues se le habían hecho indispensables.

Con todo, las nuevas teorías encontraron entre los analistas una acogida muy diversa, y ello a pe-

sar del enorme prestigio de Freud. Unos cuantos, incluyendo entre ellos a Alexander¹, Eitingon y Ferenczi, las aceptaron inmediatamente. Por lo que a mí me consta, los únicos analistas, que aún emplean el término «instinto de muerte» —es decir Melanie Klein, Karl Menninger y Hermann Nunberg— lo utilizan en un sentido estrictamente clínico que se halla muy distante de la teoría original de Freud. Cualesquiera aplicaciones clínicas que él llevó a cabo teniéndola en cuenta se realizaron después, y no antes, de su invención. De aquí tenemos las observaciones puramente psicológicas de las fantasías agresivas y canibalísticas del niño, seguidas luego por las fantasías homicidas, pero no cabe inferir de ellas ninguna voluntad activa por parte de las células del cuerpo a conducir ese cuerpo a la muerte. La misma frase «deseos de muerte», es decir, deseos homicidas, que es inevitable en la labor psicoanalítica, parece haber sembrado mucha confusión en este caso con el simple uso de la palabra «muerte». La circunstancia de que en casos raros de melancolía tales deseos puedan llevar a un suicidio, por medio complicados mecanismos de identificación, etc., no constituye sin embargo, una prueba de que surja de un deseo primario de autodestrucción por parte del cuerpo; precisamente la experiencia clínica señala con claridad a la dirección opuesta.

Es algo completamente esencial distinguir entre los aspectos hipotéticos de la teoría del instinto de muerte y las observaciones clínicas a las que se han asociado secundariamente. Edward Bibring ha señalado bien este extremo con la siguiente afirmación.

1. La opinión de Alexander cambió luego.

«Los instintos de vida y muerte no son psicológicamente perceptibles en cuanto tales; son instintos biológicos cuya existencia sólo la postulan las hipótesis. Siendo esto así, se deduce que, propiamente hablando, la teoría de los instintos primarios es un concepto que sólo debiera aducirse en un contexto teórico, y no en una discusión de naturaleza clínica o empírica. En ellos, la idea de instintos de agresión y destrucción bastará para explicar todos los hechos que aparecen ante nosotros».

La complicada ideación del libro a que nos hemos referido convierte el hilo del pensamiento en algo nada fácil de seguir, y varios analistas, entre los que yo mismo me incluyo, han tratado de presentarlo en un lenguaje más llano, pues los puntos de vista de Freud sobre el tema han sido muy a menudo falsamente interpretados.

El segundo de los libros de este período, *Psicología de las masas y análisis del yo* fue concebido en el mismo impulso de productividad al que se debía *Más allá del principio del placer*. Lo comenzó el invierno de 1919-20, cuando se hallaba superando las dificultades inherentes a su libro anterior, y lo acabó en la primavera de 1921.

Vemos, pues, que en estos dos primeros años que siguieron a la guerra Freud había reiniciado, lleno de esperanzas, su vida activa, estaba colmado de nuevas y fecundas ideas y de planes prácticos para la difusión de su obra en todo el mundo. Después de este período las cosas no volverían nunca más a mostrarse tan favorables. Las decepciones con los amigos y su terrible enfermedad física habrían de poner a dura prueba su fortaleza de ánimo.

II

DIVERGENCIAS

(1921-26)

En la actitud de Freud hacia el «Comité» había algo que iba más allá de la cordialidad hacia los miembros que lo constituían, y será bueno no olvidarlo a propósito de lo que ahora vamos a relatar. Más aún que la amistad individual, Freud valoraba la importancia de sus descubrimientos y de todo aquello que de los mismos derivaba. Había tenido la suerte de realizarlos, pero esto sólo no bastaba para hacer de él un gran hombre. Parecía como si se le hubiera confiado un acceso sumamente valioso al conocimiento y que su función fuera la de fomentarlo y ampliarlo, algo así como la de un concienzudo heredero con respecto a sus bienes. Por otra parte Freud no confió nunca en vivir una larga existencia, de modo que sentía inevitablemente la preocupación de transmitir esa función de su vida, el cuidado del psicoanálisis, a quienes —para mantener el simil— podrían ser considerados sus herederos. Durante el viaje realizado a Estados Unidos en 1909, Freud solía relatar sus sueños a sus com-

pañeros, Jung y Ferenczi, tal como ellos le relataban los suyos, y poco después éstos me hicieron saber que el tema que dominaba los sueños de Freud era la ansiedad con relación a sus hijos y al psicoanálisis.

Sería erróneo suponer que Freud abrigara algún sentimiento de dependencia personal con respecto a algunos de los miembros del Comité, ni aún con Ferenczi, el más cercano a él. Todo rastro de dependencia de esa índole se había desvanecido para siempre después de su ruptura con Fliess. Era cosa natural que su actitud hacia nosotros fuera más bien la de un padre que la de un colega de nuestra propia edad. Se mostraba interesado en lo que se refiere a nuestro bienestar y a nuestra vida familiar, especialmente en lo referente a nuestros hijos, pero no tuvo ocasión alguna de penetrar en nuestra intimidad con excepción del caso de Ferenczi, quien constantemente requería ayuda en sus dificultades íntimas.

La armonía que había prevalecido durante cerca de una década habría de verse perturbada ahora, y de una manera bastante grave. Comenzó a mostrar su cabeza el espíritu maligno de la disensión, y en 1923 el Comité, tan importante para la tranquilidad del espíritu de Freud, empezó a mostrar signos de desintegración. Por espacio de varios meses dejó realmente de funcionar. No es de extrañar que esta calamidad haya sido para Freud un motivo de honda desazón, especialmente por cuanto coincidía con los comienzos de lo que, indudablemente para él, habría de ser una enfermedad fatal de su organismo. Su capacidad filosófica de resignación, que ya tantas otras veces había resistido fuertes golpes de la fatalidad, no tardó en aparecer en su ayuda y se

le vio sobrellevar todo con su habitual fortaleza de ánimo. Pero sería exigir de él algo más que humano el esperar que no hiciera responsables de lo ocurrido a aquéllos de entre nosotros que le parecían los responsables de la situación creada. Hizo objeto de sus críticas a Abraham, y en menor grado a mí. Sólo unos cuantos años más tarde pudo evidenciarse con toda claridad la verdadera fuente del malentendido: la inestabilidad mental de Rank y Ferenczi.

El primer indicio de que las cosas no marchaban bien fue una creciente tensión entre Rank y yo, a propósito de asuntos editoriales. Las circunstancias del momento, más cierta incompatibilidad de temperamento entre los dos, fueron la causa de ello. Yo siempre había sentido un gran afecto hacia Rank y ello siguió así hasta el momento mismo de la ruptura final. Coincidíamos siempre todas las veces que debíamos tratar asuntos personalmente. Pero operando a distancia ya era otra cosa, y surgían dificultades que probablemente habrían sido en gran parte allanadas de haber vivido los dos en la misma ciudad. En nuestros planes comunes de crear en 1919 la Editorial Inglesa, que habría de apuntalar la *Verlag*, habíamos cometido fatales errores de cálculo.

Además toda la maquinaria de la vida, en Austria, había descendido tanto después de la guerra que las dificultades para realizar cualquier trabajo eran realmente indescriptibles. El papel y los tipos de imprenta debían ser conseguidos de cualquier modo, hurgando en viejos rincones, los conflictos laborales eran frecuentes y las comunicaciones desesperadamente lentas. Rank enfrentaba heroicamente infinitos problemas y realizaba hazañas sobrehumanas para resolverlos, casi sin ninguna ayuda.

A título de simple ejemplo ilustrativo, para hacerse los paquetes libros tenía que procurarse él mismo la cuerda, hacer empaquetar y despachar los bultos transportándolos él mismo a la oficina de correos. Este esfuerzo no dejó de tener su efecto sobre su sensible naturaleza.

Desde el punto de vista personal nuestras relaciones se veían perjudicadas por una tendencia mía que con toda frecuencia me ha creado dificultades en la vida: una forma bastante obsesiva de realizar las cosas en la forma que a mí me parecía mejor, con cierta impaciencia con respecto a la torpeza y el riesgo consiguiente de despertar la susceptibilidad ajena. Rank, por su parte, trabajaba con una furia casi maniaca, de manera tal que mis ocasionales protestas lo irritaban más allá de toda medida. Reaccionaba —¿o acaso era él el que iniciaba todo?— usando conmigo un tono prepotente y fanfarrón que me resultaba sumamente extemporáneo, viniendo, como venía, de un viejo amigo. Esta actitud se fue transformando gradualmente en la ignorancia o la contravención de decisiones que me correspondía a mí tomar en cuanto al manejo de la editorial. Esto hacía que toda colaboración, por no decir más que eso, resultara difícil. No era fácil sospechar qué era lo que había hecho surgir en Rank esta manera tajante y dictatorial, que hasta ese momento no le conocíamos. Debieron pasar dos años hasta que se hizo evidente que se trataba de una fase maniaca de su ciclotimia, que gradualmente se iba desarrollando e intensificando.

Yo sabía que Rank había sufrido mucho, en su infancia, de una hostilidad fuertemente reprimida contra su hermano, y que tras de ésta se escondía habitualmente una actitud similar con el padre. En

ese momento esa hostilidad se estaba descargando sobre mí y mi preocupación dominante era la de proteger a Freud de las consecuencias de este hecho. Yo sentía, con toda razón, lo mucho que para Freud significaba la conservación de la armonía en el Comité, de modo que me empeñé en ocultarle las dificultades entre Rank y yo. Mi compañero, en cambio, no ahorra esfuerzos en sacar su buena causa y no tenía los mismos escrúpulos que yo. Constantemente se empeñaba en hacer llegar a los oídos de Freud historias a cerca de lo insoportable que yo era como compañero, y el innato escepticismo de Freud solía no ampararlo mucho en situaciones personales como ésta. Yo no dejaba de asegurarle constantemente que no tenía por qué preocuparse en cuanto a nosotros dos, que seguramente sabríamos arreglar solos nuestras dificultades, pero a medida que su opinión con respecto a mí iba empeorando, esta actitud mía dejó de tener efecto alguno.

Durante tres años viví con el temor de que «la hostilidad fraterna» de Rank regresara hasta transformarse en una «hostilidad hacia el padre», y con toda esperanza confiaba de que esto último habría de ocurrir en vida de Freud. Mi temor era, por desgracia, justificado, ya que al final de esa época Rank manifestó abiertamente una irrefrenable hostilidad contra Freud.

El hecho que servía de base a esto era la intensa oposición que el psicoanálisis despertaba en Inglaterra. Después de la Primera Guerra Mundial, nuestros oponentes explotaron al máximo los sentimientos antialemanes de los ingleses, y el psicoanálisis, que tenía que subrayar especialmente los aspectos menos verosímiles de la naturaleza humana, fue vilipendiado como un típico producto de una deca-

dencia y una total brutalidad alemana¹. Mis protestas en el sentido de que Freud era más judío que alemán surtían poco efecto —bastaba para ello que escribiera en alemán— pero era comprensible mi ansiedad en el sentido de no destacar de ningún modo lo que hubiera de alemán en su obra. Ya era bastante desdichado el hecho de que el *International Journal* tuviera que imprimirse inevitablemente con caracteres visiblemente extranjeros, ya que en Austria no había manera de conseguir tipos ingleses. Los impresores extranjeros, además, sin conocimiento del inglés, plagaban el texto de germanismos, que a mí me daba un poco de trabajo expurgar. Por otra parte Rank, que en esa época sabía muy poco inglés, se puso a corregir las pruebas por su cuenta, sin informarme de ello. Tuvimos que dejar por lo tanto

1. Los prejuicios antigermanos eran, por supuesto, nada más que un aspecto de la oposición general al psicoanálisis, y los años 1921-22, que aquí nos ocupan, fueron particularmente difíciles para nosotros en Londres. Aparecieron montones de "analistas silvestres" y todas sus fechorías fueron adscriptas a las iniquidades del psicoanálisis. (Una "Compañía Editora Psicoanalítica" publicó el siguiente anuncio: "¿Desearía Vd. ganar £ 1.000 por año como psicoanalista? Nosotros le enseñaremos cómo lograrlo. Reciba nuestras ocho clases por correspondencia al precio de ¡cuatro guineas por curso!" L., Febr., 11 de 1921.) La prensa desbordaba de relatos acerca de pacientes violadas, que luego eran vendidas al mejor postor, y otras cosas por el estilo. Cuando un maestro estadounidense fue enviado a la prisión, y luego deportado por su comportamiento indecente con "pacientes", esto era, una vez más, un ejemplo de nuestra perfidia, y *The Times* se negó a publicar una carta que le enviáramos negando toda conexión nuestra con ese individuo. Los periódicos pregonaban estas noticias, con grandes titulares, denunciando a gritos los supuestos peligros del psicoanálisis, y el *Daily Graphic* designó una comisión de abogados y médicos encargada de investigar nuestra actividad profesional. Esta comisión publicaba informes diarios de su labor. El arzobispo de Canterbury designó una comisión encargada de estudiar la ética de la masturbación con motivo de un librito sobre el tema escrito por un clérigo, ex paciente mío, cosa que me procuró bastante trabajo pues tuve que aparecer como testigo ante la misma.

Se clamaba por una resolución en virtud de la cual algún organismo oficial, preferentemente el Consejo Médico General investigara de nuestra labor profesional. Invitado a ello el Royal College of Physicians, se negó a intervenir, pero un poco más tarde lo hizo la British Medical Association, con un resultado que nos fue enteramente favorable.

una persona en Viena, encargada de corregir las pruebas allí mismo y ahorrar de este modo el tiempo que tomaba su envío a Londres. Eric Hiller, fue enviado a Viena en diciembre de 1920, con lo cual las cosas mejoraron bastante. Otra adquisición invalorable, aunque en esa época pareciera accidental fue la colaboración de Ana Freud en la sección inglesa, en Viena, labor ésta que la acercó al psicoanálisis mucho más que antes y resultó ser el anticipo de su futura carrera.

Aún cuando el asunto no le concernía, Rank seguía enviándome incisivas críticas sobre la forma en que yo conducía el *Journal*. Llegó incluso al extremo de rechazar los artículos que yo le enviaba para imprimir cuando no eran de su gusto. Lo que merecía especialmente su crítica era lo que él denominaba «la basura allende el Atlántico», y esto fue el primer indicio del conflicto entre Viena y Nueva York, al que yo tendría que dedicar mis próximos veinte años. Yo quería que el *Journal* no fuera simplemente un duplicado del *Zeitschrift* alemán, sino que sirviera también para que los analistas recién iniciados de Inglaterra y Estados Unidos pudieran publicar en él sus trabajos, aun cuando sus primeros esfuerzos no llegaban a ser, por cierto, de carácter clásico. También Freud se mostró insatisfecho con el material de los dos primeros años del *Journal*.

Pero las dificultades creadas por el *Journal* eran poca cosa en comparación con las que surgieron en relación con la traducción de las obras de Freud, asunto éste, que, por supuesto, le concernía más directamente. Durante mucho tiempo, cosa curiosa, se mostró indiferente al respecto y se oponía a que yo «perdiera el tiempo» incluso en revisar las traduc-

ciones que se hicieran en Inglaterra. Pero, luego, cuando vio los ambiciosos planes que yo estaba concibiendo al respecto, cambió de actitud, comenzó a mostrarse ansioso de ver aparecer, mientras vivía, algunos de los volúmenes prometidos, y empezó a expresar crecientes censuras con motivo de cualquier demora. Freud aceptó plenamente la opinión de Rank de que yo era el único culpable de la tardanza, así como de las demoras en la aparición del *Journal*. Todo se debía a mi omnímoda intromisión.

En los catorce años transcurridos desde que yo había conocido a Freud, nuestras relaciones personales habían sido excelentes y nunca se vieron enturbiadas por rastro alguno de desacuerdo. Una y otra vez me había hecho objeto de los más finos cumplidos, tanto desde el punto de vista personal como en lo que se refería a mis trabajos. A principios de 1922, con asombro y, por supuesto, con verdadera pena, recibí de él la siguiente carta:

Querido Jones:

Me apena saber que usted sigue enfermo, y como yo mismo tampoco estuve bien estas últimas dos semanas, siento una gran compasión por usted.

Este año último ha traído una decepción difícil de sobrellevar. He tenido que convencerme de que usted no controla sus estados de ánimo y pasiones ni es tampoco bastante constante, sincero y responsable, como yo tenía que esperar de usted y tal cual correspondía a la copiscua posición que ocupa. Y a pesar de haber sido usted mismo quien tuvo la iniciativa de crear el Comité, veo que no se ha abstenido de poner en peligro la armonía entre los miembros del mismo con sus injustas susceptibilidades. Usted sabe que no está en mi hábito el coartar mis verdaderos juicios en lo que se refiere a las relaciones de amistad y que estoy siempre

dispuesto a correr el riesgo que tal actitud comporta.

Usted tiene razón cuando pide que los amigos se traten entre sí con la misma implacabilidad con que lo hace el destino, pero piense usted cuánto más satisfactorio resulta para un amigo el reconocer o apreciar o admirar al otro, que a perdonarlo...

Con deseos de un completo restablecimiento de la lealtad y la amistad en 1923 (*sic.*).

Afectuosamente suyo,

Freud

Debo dejar a otros que juzguen si lo que Freud exponía aquí era objetivo y justo o bien una prueba más de la facilidad con que se dejaba sugestionar. Me intrigaban especialmente las alusiones a mis «pasiones», que difícilmente podían tener su origen en Rank, y más aún porque a ellas siguieron, en cartas posteriores, misteriosas alusiones a «aventuras» (que no podían ser sino amorosas) y a lo que significaban como peligro de distraerle a uno de su labor. La explicación llegó unos meses después. Entre los numerosos pacientes que yo enviaba a Freud en esos años, se hallaba una mujer a quien yo había analizado ya parcialmente, de modo que le envié a Freud un informe del caso. La paciente había tomado algunas atenciones que yo le mostrara como signos de afecto personal de mi parte y, como lo declaraba yo en mi carta a Freud, «esto condujo a una declaración de amor» de su parte. Freud entendió mal este párrafo, entendiendo que se trataba de una declaración mía, e incluso llegó a suponer que mantuve relaciones sexuales con ella. Cuando se puso en análisis con él, Freud tuvo la satisfacción de comprobar su error.

Bien pronto llegó a hacerme Freud objeto de crí-

ticas más concretas con respecto a mi conducta, que resultaron mucho más fáciles de desvirtuar. El problema esencial implicado en esto era el origen de la indebida demora que sufría la publicación de sus libros en inglés. Cada vez se mostraba más impaciente y surgían dudas en su ánimo acerca de si viviría lo suficiente como para llegar a ver alguno de los tomos.

Otra rueda de la maquinaria parece estar fallando y me imagino que en medio de todo esto está usted, y está el «ritual» que prescribe su intromisión personal en cada paso del proceso. Es así que se me informa que cada una de las *Korrekturen*¹ ha de pasar por sus manos y, como son cinco seis las personas que intervienen en la corrección, se me hace fácil comprender cómo yo recibo apenas una hoja de los manuscritos de *Psicología de las masas* en dos semanas. Es así como no parece haber posibilidad alguna de que yo llegue a ver terminados en vida los dos tristes folletos, *Jenseits* y *Mass*², para no hablar ya de cosas mayores, tales como el *Sammlung*. No puedo comprender por qué se empeña usted en hacerlo todo por sí mismo y verse aplastado por el fárrago de las labores rutinarias... Bastaría con que usted echara un vistazo a la última prueba, la diera por definitiva y dejara las fases inmediatas en manos de otros... Se podrían ahorrar muchos meses si se le pudiera inducir a desprenderse de partes de esta pesada tarea...

Perdóneme que me entrometa en sus asuntos, pero éstos son de todos nosotros y Rank, por su parte es bastante débil para oponerse a usted en esas cosas. Mis anchas espaldas son, como usted dice, más apropiadas para soportar esa carga...

1. Prueba de imprenta.

2. *Más allá del principio del placer y Psicología de las masas y análisis del yo.*

La inocente alusión a Rank, que provocó lo que los novelistas denominan una carcajada homérica, me demostraba que Freud no había visto nunca las prepotentes cartas que constantemente recibía de aquél. En mi respuesta le decía: «...Tenemos que ver también, como usted dice, qué es lo que puede hacerse para apresurar las cosas en este extremo londinense, y en este aspecto le agradecería mucho si me hiciera sugerencias bien definidas. La única que me ha hecho usted, la que se refiere a dejar todas las correcciones, menos la final, en manos de la gente de Viena, es algo que he estado poniendo en práctica hace cosa de dieciocho meses.

»No siento apego alguno a los trabajos minuciosos de esta índole, sino todo lo contrario, y había abrigado el temor de haberme quejado demasiado al expresar mi intenso deseo de verme aliviado de las tareas rutinarias en todos los casos posibles... Las dificultades en que me veo mezclado se deben más bien al hecho de delegar en exceso las tareas (me refiero a las traducciones para el *Journal*)... Como usted ve, mi propia inquietud coincidió con su consejo de liberarme del peso de tanta tarea y no se trata de ningún modo, como lo cree erróneamente Rank, del deseo de controlar todos los detalles. Más me hubiera valido dirigirme a él, describiéndole ampliamente el proceso, tal cual se desarrolla desde la recepción del trabajo hasta su aparición, y pedirle que me sugiriera algunas modificaciones, que yo recibiría con el mayor agrado... usted sabe cuánto me aflige el ver que sus traducciones no estén más avanzadas, pero éste es otro asunto que vale la pena considerar. Usted se queja con toda razón por los dos folletos, el *Jenseits* y el *Massenpsychologie*. Bien, juzgue usted por ellos. He revisado la tra-

ducción del primero hace un año, enviándola a Viena, para su impresión, en mayo. Desde entonces no he tenido nada que ver con su existencia, salvo el hecho de recibir en diciembre último los dos primeros *Bogen*¹ y de haber preguntado repetidas veces acerca de la suerte que corrían. Hasta aquí lo que se refiere a mi intromisión en todos los detalles. Lo mismo puedo decir con respecto al *Massenpsychologie*. He dado fin a la revisión en agosto último, y Stranchey lo llevó consigo a Viena. Esta semana he recibido las primeras pruebas.

»Lamento molestar a usted con un informe tan largo, pero el asunto nos interesa a todos y he querido exponerle la verdadera situación, ya que usted ha tenido a bien interesarse tan profundamente por ella. Usted sabe que, esencialmente, es por usted que todos trabajamos y que por ello su inspiración y su aprobación significan tanto para nosotros. Si logro publicar antes de mi muerte una edición completa de sus obras y dejar organizado el *Journal* sobre una base sólida sentiré que mi vida ha valido la pena ser vivida por más que espero poder hacer aún algo más que esto en pro del psicoanálisis».

Esta objetiva carta trajo como respuesta una postal: «Le agradezco mucho su amable carta. Temo estar envejeciendo y hacerme gruñón. Se ha abstenido de todas las críticas que yo merecía.» En la carta siguiente me escribió «Podía haberle escrito esta carta hace algunas semanas, pero... He aliviado mi conciencia, además, con aquella postal en que le confesaba mi error con respecto a usted... Tengo que retirar mi sospecha primitiva de que la culpa era suya y pedirle disculpas. Me he sentido profun-

1. Folios.

damente conmovido ante la afirmación suya de que consideraba la publicación de mis libros en inglés como uno de los objetivos principales de su propia labor, y confío que usted consentirá en juzgar esto como una cariñosa exageración, fruto de impulso súbito, ya que la parte capital de su obra tiene que tender forzosamente a objetivos más elevados y al margen de mis intereses personales. Aprecio de todos modos sus palabras como expresión de una invariable amabilidad hacia mí, que yo trato siempre como usted sabe, de retribuir».

Después de esto las críticas de Freud, aunque se repitieron de tiempo en tiempo, se hicieron más suaves, al mismo tiempo que mis relaciones con Rank seguían de mal en peor. En esa época comenzó a censurar mi conducción de los asuntos de la Asociación Internacional, con críticas que habitualmente no era nada difícil desbaratar. Poco después cuando Abraham se hizo Secretario de la Asociación Internacional, Rank, sin informar de ello a ninguno de nosotros dos, se dirigió en carta circular a las diversas Sociedades, ocupándose de asuntos que correspondían exclusivamente al Ejecutivo Central. La reacción de Abraham a la actitud de Rank fue mucho más violenta de lo que había sido la mía en cualquier momento y Freud dirigió una carta personal a nosotros dos, en la que defendía a Rank de nuestras supuestas susceptibilidades neuróticas. Los dos nos opusimos, naturalmente a este planteo de Freud.

Los asuntos de la editorial inglesa y de la *Verlag* empeoraban continuamente. Hiller se había negado a seguir trabajando con Rank y había renunciado a su puesto. Finalmente dejó Viena en marzo de 1923. Sin contar con un representante de habla inglesa

en Viena, estaba fuera de cuestión toda posible continuación de las publicaciones en inglés según los planes anteriores, y luego de intentar diversos compromisos se convino finalmente en que la editorial inglesa con la ayuda del Instituto de Psicoanálisis que acababa de ser creado en Londres, habría de tener existencia independiente.

Yo había abrigado la esperanza de que la separación en nuestras relaciones comerciales conduciría a un alivio en el aspecto personal, pero con verdadera sorpresa me encontré con que la hostilidad de Rank hacia mí se hacía cada vez más patente. Esto llegó a su culminación en la última de todas las reuniones de nuestro Comité, hacia fines de agosto de 1923. Ferenczi y Rank habían pasado el mes anterior en Klobenstein y el Tirol, donde trabajaron juntos para dar fin a un libro, *El desarrollo del psicoanálisis*, en el que estuvieron ocupados durante un par de años.

Nos reunimos todos en San Cristoforo, junto al lago Caldonazzo, en los Dolomitas, para poder estar cerca de Freud, quien entonces estaba pasando sus vacaciones en Lavarone, a seiscientos metros más arriba que nosotros.

Freud nos había propuesto que hiciéramos la experiencia de reunirnos para tratar de restablecer la armonía sin su intervención. En caso de acompañarnos el éxito, él se uniría a nosotros más tarde. Parece ser que yo había hecho alguna crítica de Rank —no puedo recordar a quién— y éste no tardó en destacar mi falta de espíritu amistoso. Le pedí disculpas por haber herido su susceptibilidad, pero él se negó a aceptarlas y pidió mi expulsión del Comité. Esto, por supuesto, no fue admitido por los otros miembros y mi defensa fue hecha particularmente

por Abraham, pero tuvo lugar una escena muy penosa, durante la cual yo no hice más que asistir, intrigado y en silencio, a un arranque incontrolable de ira de parte de Rank.

A pesar de no haberse logrado el restablecimiento de la armonía esperada Freud consintió en unirse a nosotros y yo no olvidaré nunca la insistente amabilidad con que él se esforzó hasta donde le fue posible por lograr algún grado de reconciliación entre nosotros.

Después de esto más bien desaparecí de la escena y mi lugar «como perturbador de la tranquilidad» fue ocupado por Abraham. A fines de ese año, 1923, Ferenczi y Rank publicaron en colaboración, un libro titulado *Los Objetivos del Desarrollo del Psicoanálisis*. Este libro notable, que habría de desempeñar un papel decisivo en todo este asunto, apareció repentinamente, sin que ningún miembro del Comité, excepto Freud, tuviera noticia alguna al respecto. Bastó este solo hecho para suscitar la sorpresa de los demás miembros, que no pudieron menos que considerarlo como una circunstancia poco propicia, nada acorde con nuestra manera habitual de actuar y, por supuesto, con las mutuas promesas que nos habíamos hecho. Tratábase de un libro valioso en cuanto ofrecía una exposición brillante de numerosos aspectos de la técnica psicoanalítica, pero había en él párrafos llenos de contradicciones, y todo él parecía estar pregonando algo así como una nueva era del psicoanálisis. Su tema principal era el de la inclinación de los pacientes a vivir sus impulsos inconscientes, llevándolos a la acción. Freud había dedicado un trabajo especial a este tema, subrayando el conflicto entre esta inclinación y la finalidad más analítica de revivir los impulsos

infantiles, ahora reprimidos. Este libro señalaba, muy atinadamente, que el análisis del *acting out*, por sí mismo, podría ser de gran valor, y Freud aceptó esta conclusión como una corrección de su actitud y su técnica anteriores. En realidad, en los siete años transcurridos desde que había escrito este trabajo, Freud había progresado en su técnica y hacía un uso más activo de las tendencias del *living out* que antes.

Pero había en el libro numerosos párrafos que dejaban traslucir la idea aunque no fuera en una forma enteramente explícita, de que el análisis de dichas tendencias podría ser suficiente y hacer innecesario el penetrar en las fuentes históricas de las mismas en la infancia. Esto me hacía recordar el cargo que yo había hecho a Jung en el Congreso de Munich de 1913, en el sentido de que estaba reemplazando el análisis de la infancia por la simple consideración de asuntos actuales, y que ello podría ser aprovechado, en este sentido, por analistas ambiciosos o reaccionarios. También Freud tenía sus dudas, si bien estaba convencido de que esto no se aplicaría a los autores de este libro. Los analistas de Berlín, especialmente Abraham y Rado, no se sentían tan felices al respecto, y el correr del tiempo no haría más que justificar sus temores.

Freud había leído el libro antes de su aparición y había hecho una serie de sugerencias. Manifestó a Ferenczi, más tarde, que al comienzo se había sentido cautivado por el libro, especialmente por la forma en que destacaba los progresos que él mismo había estado introduciendo en la técnica. Pero a esto agregó que, a medida que transcurría el tiempo, el libro llamaba cada vez menos su atención. No le parecía «sincero». Se escondían tras de él las ideas

de Rank acerca del trauma de nacimiento y el método de la técnica «activa», de Ferenczi, tendientes tanto aquéllas como éste, al acortamiento del análisis, aun cuando ninguna de las dos cosas era explícitamente mencionada en el libro.

El 2 de enero de 1924, Ferenczi leyó un ensayo del libro ante la Sociedad de Viena en presencia de Freud. Cuando luego le preguntó su opinión, Freud le contestó por carta que aquél había producido en el auditorio una curiosa impresión, puesto que Ferenczi no se refirió al tema principal del libro —la tendencia a obrar conforme a los recuerdos, en vez de recordarlos— y sólo trató de su nueva técnica de la «terapia activa». Freud también incluyó en esta carta una moderada observación acerca de que no estaba enteramente de acuerdo con todo el contenido del libro.

En una carta de diez páginas, decía Ferenczi que se había sentido «destrozado» por esta observación y hacía acaloradas protestas en el sentido de que él no soñaba jamás apartarse en nada de las teorías de Freud. Freud replicó: «En cuanto a su empeño de mantenerse completamente de acuerdo conmigo, lo valoro como una expresión de su amistad, si bien considero que tal propósito no es necesario ni fácil de lograr. Bien sé que no soy fácilmente accesible y que, por mi parte, me resulta difícil asimilar los pensamientos de los demás que no coinciden con el propio curso de los míos. Se requiere por ello bastante tiempo hasta que yo pueda formarme un juicio acerca de los conceptos ajenos, de modo tal que entretanto me es forzoso abstenerme de todo juicio crítico. Si tuvieran ustedes que esperar tanto en cada caso, ello significaría el fin de toda creación para ustedes. Tal conducta sería, pues, ino-

perante. La idea de que usted o Rank, en sus elucubraciones propias, puedan algún día abandonar el terreno común del psicoanálisis me parece absolutamente fuera de cuestión. ¿Por qué no habrían de tener ustedes el derecho, entonces, de hacer sus propios intentos de probar si las cosas no han de marchar mejor por un camino diferente del mío propio? Si en algún momento, al proceder así, se apartaran demasiado lejos, ya lo comprobarán ustedes mismos de una manera u otra, o bien yo me tomaré la libertad de señalárselo tan pronto yo mismo esté realmente convencido de ello».

Todo esto se complicó enormemente por la aparición, en esa misma época —diciembre de 1923—, de un libro de Rank, mucho más intranquilizador, titulado *El trauma del nacimiento*. Ni Freud ni Ferenczi lo había leído antes de su aparición, si bien estaban enterados de que Rank lo estaba escribiendo, y para todos los demás, por supuesto, el hecho constituyó un motivo de gran sorpresa. Durante mucho tiempo ya había estado pensando Freud que la experiencia del nacimiento, en circunstancias en que la posibilidad de asfixia coloca al recién nacido, inevitablemente, en un peligro mortal, era el prototipo de todos los posteriores accesos de miedo. Ahora Rank, aplicando a este episodio el nombre de «trauma», sostenía que el resto de su vida consistía en complicados esfuerzos tendientes a superarlo o anularlo. La neurosis no sería otra cosa, de paso, que el resultado del fracaso de estos esfuerzos. El libro, mal escrito y confuso, denotaba un estilo hiperbólico, más apropiado para el anuncio de un nuevo evangelio. No contenía dato ninguno que pudiera ponerse a prueba, y la mayor parte del libro se componía de extravagantes especulaciones en el terreno

del arte, la filosofía y la religión. La consecuencia clínica de esto sería que todos los conflictos psíquicos se refieren necesariamente a la relación del niño con la madre y todo lo que pudiera parecer a primera vista conflicto con el padre, incluyendo el complejo de Edipo, no sería más que un enmascaramiento de los conflictos básicos relacionados con el nacimiento. El tratamiento psicoanalítico debería consistir, en consecuencia, en concentrarse exclusivamente, desde el comienzo, en obligar al paciente a repetir en la situación transferencial el drama del nacimiento, y el renacimiento consiguiente representaría la curación.

Estas ideas de Rank habían germinado lentamente. Recuerdo muy bien que en marzo de 1919, cuando me encontré con él y su mujer, entonces embarazada, en Suiza, provocó mi asombro al afirmar, en un tono angustiado, que los hombres no tenían importancia en la vida: la esencia de la vida era la relación entre madre e hijo. El 16 de mayo de 1921 había leído un curioso trabajo en la Sociedad de Viena sobre la relación entre cónyuges. Estos, según él sostenía, repetían siempre, en esencia, las relaciones entre madre e hijo (por ambas partes y alternativamente). Este trabajo no llamó la atención en aquél momento. Freud, en algunas raras ocasiones, había recurrido al procedimiento de señalar al paciente un término para el análisis, una fecha antes de la cual debía terminarse. Rank retomaba ahora la idea para aplicarla en todos los casos, sin excepción, con lo que se reduciría mucho la duración del análisis. Esto le daba la idea de que un análisis debería consistir en una gigantesca experiencia de volver a vivir hechos del pasado. A poco andar, toda esta experiencia tomó la forma de un «renacer».

Rank informó a Freud acerca de sus ideas teóricas —no de las clínicas— en el verano de 1922. La primera observación de Freud fue: «Cualquier otra persona que no fuera usted habría utilizado un descubrimiento como éste para independizarse». El comentario que hizo a Ferenczi fue: «Yo no sé si lo que en esto hay de cierto es el 66 ó el 33 por ciento, pero en todo caso estamos ante el progreso más importante desde el descubrimiento de psicoanálisis».

Las cambiantes reacciones de Freud frente a la teoría de Rank ilustran en forma interesante la personalidad de aquél, de modo tal que me propongo exponerlas con cierta extensión. La primera reacción fue de desconfianza, y cuatro meses después de la aparición del libro decía que su primera conmoción de alarma —ante la perspectiva de que toda su obra sobre la etiología de las neurosis pudiera desvanecerse ante la importancia asignada al trauma del nacimiento— aún no había desaparecido del todo. Pero bien pronto siguió a esto el placer que le proporcionaba el ver que Rank había hecho un descubrimiento de fundamental importancia, su interés se concentró en el problema de cómo éste podría ensamblarse con toda la estructura anterior del psicoanálisis. Con el correr del tiempo, sin embargo, e influido probablemente por las críticas que llegaban de Berlín —que expresaban los mismos recelos que él trataba de sofocar dentro de sí—, comenzó a dudar cada vez más del valor de la obra. Esta oscilación, con comentarios contradictorios que no dejaba de hacer cada tanto acerca de la teoría, hacia difícil, naturalmente, para los demás, el formarse una idea de su opinión al respecto.

En la Navidad de 1923, Sachs estaba en Viena y Freud le expresó las dudas que abrigaba acerca de

la teoría de Rank. Sachs escribió acerca de esto a Berlín, donde su carta fortaleció la actitud crítica que ya prevalecía allí.

Luego de esto se enteró Freud, por Eitingon, de lo que él llamaba la «tormenta» de Berlín, que a su juicio reclamaba su intervención para aplacar un poco los ánimos. Hizo enviar entonces la siguiente carta circular a todos los miembros del Comité.

Wien, febrero 15 de 1924

Liebe Freunde,

Por varios conductos he llegado a saber, no sin cierto asombro, que las recientes publicaciones de Ferenczi y Rank —me refiero a su libro en colaboración y al trauma de nacimiento— han provocado una discusión bastante desagradable y tormentosa. Uno de nuestros amigos¹ me ha rogado que tratara de aclarar entre nosotros este asunto aún no zanjado, en el que él percibe un germen de disensiones. Al acceder a su ruego quiero que usted no piense que estoy tomando una actitud de intromisión. Por mi parte preferiría mantenerme en todo lo posible a la retaguardia y dejar que cada uno de ustedes siga su propio camino.

Recientemente cuando Sachs se encontraba aquí, cambíamos algunas ideas sobre el trauma del nacimiento. De ahí proviene la impresión de que yo veo en la publicación de este libro la aparición de una tendencia adversa o de que yo esté absolutamente en desacuerdo con su contenido. Yo tenía motivos de pensar, en realidad, que el hecho mismo de haber aceptado la dedicatoria de la obra tendría que desvirtuar tales sospechas.

El hecho es éste: ni la armonía que debe reinar entre nosotros ni el respeto que frecuentemente me han demostrado ustedes debería impedir de ningún modo

1. Eitingon.

que cada uno de ustedes haga el uso que mejor le parezca de su propia capacidad creadora. Lo que yo espero de ustedes no es que trabajen en un sentido que pueda complacerme, sino en la forma más acorde con sus ideas y sus experiencias. Un completo acuerdo sobre los detalles científicos y sobre todo tema nuevo que surja es absolutamente imposible entre media docena de personas de temperamento diferente, y ni siquiera es deseable. La única cosa que hace posible que trabajemos juntos con provecho es que ninguno de nosotros se aparte del terreno común de las premisas del psicoanálisis. Hay aparte de esto otra consideración que ustedes ya deberían conocer bien y que hace que yo resulte especialmente ineficaz en la función de despótico censor constantemente montando guardia. A mí me resulta difícil orientarme debidamente frente al curso de los pensamientos de otros y tengo como norma esperar, en cada caso, a descubrir alguna conexión entre estas ideas y mi propia manera de pensar. De este modo de proponerse ustedes esperar, frente a cada idea nueva, a que yo pueda darle mi aprobación, correría el riesgo de envejecer esperando.

Mi actitud frente a los dos libros en cuestión es la siguiente.

La obra escrita en colaboración representa para mí una corrección de mi concepto del papel que desempeña la repetición o el *acting out* dentro del psicoanálisis. Yo solía mostrarme receloso frente a tales fenómenos y solía considerar esos acontecimientos —o «experiencias» como las llaman ustedes ahora— como accidentes indeseados. Rank y Ferenczi han llamado la atención sobre el hecho de que estas «experiencias» no pueden evitarse y de que su utilización puede ser provechosa. La descripción que ellos hacen tiene a mi juicio el inconveniente de no ser completa, es decir, no dan cuenta de los cambios de técnica que tanto les preocupan, se conforman con aludirlos simplemente. El hecho de apartarse de nuestra «técnica clásica», tal como

la denominó Ferenczi en Viena, no deja de encerrar ciertos peligros, pero esto no significa que los mismos no pueden ser evitados. En la medida en que se trata de una cuestión de técnica, de saber si a los fines prácticos podemos realizar nuestro trabajo en una forma diferente de la actual, considero que el experimento de estos autores se justifica plenamente. Ya veremos con el tiempo cual será el resultado. En todo caso tenemos que cuidarnos de condenar este intento desde el comienzo, a título de herético. De todos modos no tenemos porque silenciar ciertos recelos. La «técnica activa» de Ferenczi es una peligrosa tentación para los novicios excesivamente ambiciosos, y difícilmente podremos disponer de algún modo de evitar que realicen tales experimentos. Tampoco quiero ocultarles otra impresión o prejuicios que yo tengo. Durante mi reciente enfermedad aprendí que una barba, en una cara recién afeitada, tarda semanas en volver a crecer. Han pasado ya tres meses desde mi última operación y todavía estoy sufriendo a consecuencia de los cambios que se operan en el tejido cicatricial. No me resulta fácil creer, por lo tanto, que en un período apenas mayor, de cuatro o cinco meses, pueda una penetrar las capas más profundas del inconsciente y lograr con ello cambios duraderos en la psique de una persona. Así y todo, por supuesto, me inclinaré ante la experiencia. Por mi parte, seguiré realizando análisis «clásicos» dado que, en primer lugar, apenas tomo alguno que otro paciente, sino que me ocupo de discípulos para quienes es más importante pasar por todos los procesos íntimos posibles —no se puede manejar los análisis didácticos exactamente en la misma forma que los terapéuticos— y en segundo lugar soy de opinión que aún tenemos mucho que investigar y todavía podemos basarnos exclusivamente, como es necesariamente el caso en los análisis abreviados, en nuestra premisa.

Y ahora vamos al segundo libro, incomparablemente más interesante, *El trauma del nacimiento* de Rank. No

dudo en calificar esta obra de altamente significativa ni en afirmar que me ha dado mucho que pensar y que hasta el momento no he llegado a una conclusión definitiva hacia la misma. Hace mucho tiempo que nos hallamos familiarizados con fantasías uterinas y reconocíamos su importancia, pero con la prominencia que les ha conferido Rank aquellas han adquirido una importancia mucho mayor y nos revelan, en un repentino chispazo, el fundamento biológico del complejo de Edipo. Para repetirlo con mis propios términos: es necesario asociar al trauma de nacimiento algún instinto que tiende a restaurar la forma anterior de existencia. Podríamos denominarlo el impulso a la felicidad¹, entendiéndolo aquí que el concepto de «felicidad» se usa principalmente en un sentido erótico. Ahora Rank va más allá de la psicopatología y nos señala que los hombres modifican el mundo exterior para ponerlo al servicio de este instinto, en tanto que los neuróticos se ahorran este trabajo, tomando el atajo de las fantasías de retorno al vientre materno. Si a la concepción de Rank se le agrega la de Ferenczi, de que el hombre puede ser representado por sus genitales, tendremos por primera vez una derivación del instinto normal que encaja en nuestra concepción del mundo.

Y aquí llegamos al punto en que a mi juicio comienzan las dificultades. Obstáculos que son causa de ansiedad y que constituyen otras tantas barreras contra el incesto se oponen a la fantasía de retorno al vientre materno: ahora bien, ¿de dónde provienen? Representan evidentemente al padre, la realidad, la autoridad que prohíbe el incesto. ¿Por qué han erigido estas instancias la barrera contra el incesto? Mi explicación era de carácter histórico y social, filogenética. Yo hacía derivar la barrera contra el incesto de la historia primitiva de la familia humana, viendo así en el padre el obstáculo real que erige cada vez, nuevamente, la ba-

1. *Glückstrieb*.

rrera contra el incesto. Aquí Rank se aparta de mí. Se niega a considerar la filogenia y la ansiedad que se opone al incesto es simplemente para él, una repetición de la angustia del nacimiento, de modo que la regresión neurótica se ve esencialmente contrarrestada por la naturaleza misma del proceso del nacimiento. Esta angustia, es cierto, es transferida al padre, pero según Rank éste constituye simplemente un pretexto para ello. La actitud frente al vientre o al genital materno es considerada básicamente como ambivalente desde el comienzo. Aquí está la contradicción. Me parece muy difícil decidirlo aquí, ni veo tampoco en qué podrá ayudarnos para ello la experiencia, ya que en el análisis nos topamos siempre con el padre como representante de la prohibición. Pero esto no es, por supuesto, un argumento. Me es forzoso, por el momento, dejar pendiente la cuestión. Como argumento en contra yo podría señalar también que no corresponde a la naturaleza del instinto el ser sociativamente inhibido, tal como ocurre aquí con el instinto de regreso a la madre por asociación con el terror provocado durante el nacimiento. Todo instinto en su tendencia a restaurar una situación anterior, presupone en realidad un trauma como causante del cambio ocurrido y por ello no puede haber instintos ambivalentes, es decir, acompañados de angustia. Naturalmente podría decirse mucho más, y en detalle, acerca de esto, y es mi esperanza que los pensamientos suscitados por Rank se convirtieran en el tema de muchas y fructíferas discusiones. Nos vemos aquí no frente a una revuelta, una revolución, un rechazo de aquellos conocimientos que consideramos firmes sino frente a un interesante aporte nuevo, cuyo valor tendríamos que reconocer tanto nosotros como los demás analistas.

Si a esto añado que no me resulta claro comprender cómo la interpretación prematura de la transferencia como una fijación con la madre puede contribuir al acortamiento del análisis, les habré dado una impresión

leal de mi actitud frente a los dos libros en cuestión. Los valoro altamente, los acepto ya en parte, tengo mis dudas y recelos acerca de ciertas partes de los mismos, espero que la reflexión y la experiencia nos permitan una mayor clarificación en el futuro y recomendaría a todos los analistas que no se formasen un juicio demasiado apresurado, y menos aún si es reprobatorio, acerca de las cuestiones que aquí han surgido.

Perdóneme la longitud de la carta. Quizá con ello pueda conseguir que ustedes se abstengan de pedir mi opinión sobre asuntos que ustedes mismos pueden juzgar tan bien como yo.

Freud.

Esta carta, tal vez demasiado tolerante, no logró disipar los recelos de Abraham. Éste no quiso replicar en una carta circular, para no irritar a las dos personas implicadas, de modo que envió una carta privada a Freud, diciéndole que advertía signos de un proceso fatal que interesaba a cuestiones vitales del psicoanálisis.

Freud le escribió pidiéndole que especificara de qué peligro se trataba, ya que él mismo no lo podía advertir. Abraham estimulado por el hecho de ver que Freud estaba dispuesto a escuchar críticar, aun cuando éstas se dirigieran a sus amigos más cercanos, le manifestó francamente que en los dos libros en cuestión veía los signos de una regresión científica que se asemejaba mucho a la de Jung doce años atrás. La única esperanza que cabía era una franca discusión entre los miembros del Comité, a realizarse antes del próximo Congreso (en abril).

Sachs sentía más simpatía por la innovación de Rank que Abraham, pero señaló una debilidad fatal en la exposición que de su teoría hacía Rank. «El

trauma del nacimiento no puede probarse con materiales etnológicos o tomados de la psicología de la religión más de lo que se puede comprobar el complejo de Edipo. La interpretación de los sueños y la teoría de las neurosis son supuestos previos sin los cuales el tótem y el tabú no serían concebibles siquiera».

Freud se había sentido un poco molesto ante la idea de que, por un momento, Abraham haya dudado de su disposición a prestar oídos a una crítica penosa y admitía que las posibilidades entrevistadas por Abraham no se hallaban muy lejos de las que él mismo podía ver. Pero, decía, estos dos hombres difieren fundamentalmente de Jung y no los ha movido nada más que el deseo de encontrar algo nuevo. De modo que el único peligro a que se exponían era el de estar equivocados, «cosa que en la labor científica es difícil evitar». Pongámonos en un caso extremo, y supongamos que Ferenczi y Rank hayan afirmado directamente que nosotros habíamos estado en un error al haber asentado nuestros cuarteles sobre la idea del complejo de Edipo. El asunto decisivo estaría en el trauma de nacimiento, y todo aquél que no lo hubiera superado terminaría naufragando en la situación edípica. En tal caso, en lugar de nuestra etiología de las neurosis nos encontraríamos con otra, condicionada a accidentes fisiológicos, ya que habrían de hacerse neuróticos o bien los chicos que hubieran pasado por un trauma de nacimiento especialmente grave o los que hubieran llegado al mundo con una constitución especialmente sensible al trauma. Más aún: sobre la base de esta teoría muchos analistas introducirían algunas modificaciones en su técnica. ¿Qué otro daño podría provenir de ésto? Podríamos permanecer todos con tranqui-

lidad, bajo el mismo techo, y al cabo de unos pocos años de trabajo se vería claramente si el caso es que algunos analistas han sobreestimado un hallazgo valioso o más bien otros lo han subestimado. Tal me parece a mí la situación. Por supuesto no puedo negar fundamento, de antemano, a las razones y argumentos que usted pueda adoptar en este asunto, y por ello me siento muy inclinado a la discusión que usted propone».

Estas dos cartas de Freud —a las que podrían agregarse muchas otras— representan por sí solas un decisivo mentís a la leyenda que algunos autores han inventado acerca de él: que era un hombre nada dispuesto a permitir a ninguno de sus discípulos que tuviera ideas propias o distintas de las suyas.

Evidentemente Freud no había contado con las relaciones de los dos autores. Dos días después de escribir a Abraham, y no con mucho tacto, por cierto, informó a Rank de las sospechas de Abraham y su semejanza con Jung, y Rank pasó por supuesto la información a Ferenczi. Se hace difícil decir cuál de los dos se enojó más. Ferenczi escribió denunciando la «ilimitada ambición y envidia» que se ocultaba tras la «máscara de cortesía» de Abraham, declaró que con su acción había señalado el destino del Comité, y pretendió que había perdido el derecho a ser elegido presidente de la Asociación Internacional, lo que se había dispuesto que tuviera lugar durante el próximo Congreso. La cosa ya estaba hecha.

Freud había sido excesivamente optimista al suponer que los cuatro (Abraham, Ferenczi, Rank y yo), habríamos de arreglar fácilmente las cosas por nosotros mismos y evidentemente fue para él una

sorpresa nada agradable el encontrarse con la tempestad que él mismo, sin quererlo, había provocado. Se apresuró a asegurar a Ferenczi que tenía la más absoluta confianza en la lealtad de él y de Rank, agregando: «Sería cosa triste tener que sentirse desengañado después de convivir durante quince o diecisiete años». Pero no podía ocultar lo desolado que se sentía ante los hechos ocurridos. «Yo no dudo que los demás miembros de lo que hasta hoy fue el Comité sienten consideración y buena voluntad hacia mí, pero así y todo se me va a dejar en la estacada precisamente ahora cuando yo soy un inválido, con mi capacidad de trabajo disminuida y en un estado de ánimo que me hace rehuir todo lo que sea una carga y no sentirme capaz de sobrellevar una preocupación grande. No estoy tratando de inducirle con mis lamentos a dar paso alguno en el sentido de conservar la vida del ya perdido Comité. Bien lo sé: lo ido se ha ido y lo perdido perdido¹. He sobrevivido al Comité que tenía que haber sido mi sucesor. Quizá sobreviviré a la Asociación Internacional. Es de esperar que el psicoanálisis me sobrevirá. Pero todo esto contribuye a hacer un sombrío final de mi vida».

En este estado de ánimo de resignada desesperación, Freud se volvió incluso contra el leal Abraham, a quien hacía responsable ahora de todas las dificultades. Escribió a Abraham una carta en términos duros y no del todo amistosos, en la que le decía: «Por mucho que su reacción frente a Ferenczi y Rank haya sido justificada, su comportamiento no fue por cierto amistoso. Y es esto lo que ha puesto realmente en evidencia que el Comité ya no existe.

1. *Hin ist hin, verloren ist verloren*. Cita de "Lenore", un poema de Bürger.

Porque ya no existen los sentimientos que puedan convertir a este grupo de personas en un Comité. Creo que es a usted a quien corresponde ahora detener toda ulterior desintegración, y confío en que Eitingon le será útil en ello». En algunas ocasiones Freud era capaz de ser enteramente injusto, y ésta era una de ellas. Su condena bastante infundada de Abraham, continuó tal cual, cosa que solía ocurrir con Freud. Pero al referirse al supuesto mal comportamiento de Abraham (y acaso también el mío), manifestaba: «un poco más o menos de injusticia, cuando uno es arrastrado por la pasión, no es razón valedera para condenar a personas a quienes por otra parte se siente afecto».

Pero Abraham no se dejó arrinconar. En términos amistosos, pero viriles, rechazó toda acusación, y tuvo el coraje necesario para atribuir el cambio de actitud de Freud —con toda razón— al resentimiento que en este provocaba el hecho de que se le enfrentara con una verdad dolorosa.

A causa de un ataque de gripe Freud no pudo asistir al Congreso de Salzburgo, en la Pascua de 1924. Ferenczi y Rank se habían negado terminantemente a participar en discusión alguna sobre sus trabajos, de tal modo que la reunión del Comité que había sido planeada para la víspera del Congreso, no se realizó. El hecho fue que diez días antes de esa fecha, Rank envió una carta circular en la que anunciaba la disolución del Comité, decisión ésta que Ferenczi aceptó con enojo y Freud con pena.

Pero ni el infatigable Abraham ni yo estábamos contentos con dejar las cosas como estaban. Juntos abordamos a Ferenczi en la primera oportunidad que tuvimos durante el Congreso, y Abraham le dijo con toda franqueza que se había iniciado en

una senda que habría de alejarlo por completo del psicoanálisis. Su lenguaje fue tan absolutamente sincero y objetivo que Ferenczi sólo pudo responder con una sonrisa y protestas tales como ésta: «Usted no puede pensar realmente lo que dice». A esto siguió una conversación tranquila y de tono crecientemente amistoso. Presente Sachs como mediado entre nosotros, se pudo restablecer un considerable grado de armonía.

Rank, en cambio, se mostró completamente inaccesible y abandonó el Congreso en su segundo día, en viaje a Estados Unidos. Más tarde dijo Freud que había abandonado tan rápidamente el Congreso, antes de la reunión de asuntos administrativos, porque le resultaba imposible presenciar la elección de Abraham como Presidente. Los temores que abrigaba a Freud acerca de una áspera ruptura durante el Congreso resultaron infundados. En el simposio en el que debió ser mencionado el tema del trauma de nacimiento los tres analistas de Berlín que tuvieron que ocuparse de él hablaron con toda moderación y objetividad.

Llegado el momento, fue Ferenczi mismo quien propuso la designación de Abraham como Presidente. Al escribirle felicitándolo por su designación, le decía Freud: «En cuanto al juicio de los hechos yo me siento muy cerca de su punto de vista, o más bien me estoy aproximando a él cada vez más, pero en cuanto se refiere a las personas no puedo estar todavía de su parte. Estoy convencido de la corrección de su conducta, pero así y todo pienso que usted debió de haber procedido de otra manera». Su afecto por Abraham había vuelto a ser plenamente el de antes. En la carta siguiente lo llamaba su «roca de bronce» y le daba explicaciones sobre su

actitud anterior. «Para no sentirse disgustado conmigo usted tendría que ponerse (con toda intensidad) en mi caso. Aun cuando se me considera en vías de restablecimiento, abrigo en lo hondo una convicción pesimista de que se acerca el final de mi vida. Esta convicción se alimenta de los tormentos que incesantemente me ocasiona mi cicatriz. Padezco una especie de depresión senil centrada en un conflicto entre un irracional amor a la vida y un sentimiento más sensato, de resignación... Si estoy equivocado y esto resulta ser apenas un período pasajero seré yo mismo el primero en notarlo y en ese caso, una vez más, arrimaré el hombro al trabajo».

Su primitivo entusiasmo por el libro de Rank disminuía rápidamente. En esa misma carta escribía: «Cada vez me alejo más y más del *Trauma del nacimiento*. Confío en que “se desinflará” por sí mismo si no se lo hace objeto de críticas muy serias y entonces Rank, a quien valoro por su talento y por los grandes servicios prestados, habrá sacado de ello una provechosa lección».

Durante algunas semanas había tratado de aplicar la teoría de Rank en su labor diaria, interpretando las asociaciones, cada vez que le era posible, en términos de nacimiento, pero sin recibir reacción alguna de sus pacientes ni advertir en ellos ningún otro efecto. Ferenczi, en cambio, había obtenido resultados magníficos aplicando el mismo método y no podía prescindir de él ni en uno solo de los casos.

Ames, entonces Presidente de la Sociedad de Nueva York, había invitado a Rank a hacer una visita de seis meses. Unos tres meses después comenzaron a llegar a Europa informaciones sumamente intranquilizadoras. Sus afirmaciones de que el «viejo» psicoanálisis había sido completamente dejado atrás

con sus nuevos descubrimientos y de que un análisis podía realizarse ahora en tres o cuatro meses causaron una considerable impresión. Buena parte de la gente más joven se sintió cautivada por este maravilloso progreso mientras que los menos impresionables, especialmente Brill, se sintieron simplemente asombrados, y querían saber, naturalmente, qué es lo que Freud tenía que decir al respecto de todo esto. Freud confió al comienzo, en que los informes fueran exagerados, si bien entendía que Rank procedía mal al difundir ideas que aún no habían sido puestas debidamente a prueba. Pero unas pocas semanas después llegó una carta sumamente desagradable de Rank. A Freud le resultaba difícil creer lo que estaba leyendo: no parecía de ningún modo el Rank a quien había conocido hasta entonces. Se sintió completamente desconcertado. «Realmente ya no entiendo a Rank. ¿Puede usted hacer algo para aclararme esto? Durante quince años lo he conocido como una persona completamente afectuosa, dispuesta siempre a prestar un servicio, discreto, absolutamente responsable, tan capaz de recibir sugerencias nuevas, carente de inhibiciones para la elaboración de ideas nuevas propias, que en toda disputa se colocaba siempre de mi parte y esto, según yo creía, sin ninguna compulsión interna para hacerlo... ¿Cuál es el Rank verdadero, el que conocí durante quince años o el que Jones me ha estado señalando en los últimos años?»

Envió una copia a Eitingon. «Abraham, naturalmente, no tiene que enterarse para nada del contenido de la carta de Rank. Los sentimientos en ella expresados son demasiado feos. Hay en ella un tono de malicia y hostilidad que no me permite esperar un buen desenlace». Rank había reprochado a Freud,

evidentemente, lo mal que lo había tratado al no aceptar plenamente las nuevas ideas que se le ofrecían. En una carta dirigida a Ferenczi, protestaba Freud: «También yo reclamo el derecho de hacerme mi propio juicio y no me creo obligado a aceptar incondicionalmente las innovaciones de un principiante, ya que por mi parte me he mostrado dispuesto a permitir que cada uno tenga sus propias opiniones, dentro de los límites de nuestro trabajo en común». Rank daba también como explicación de sus sentimientos de hostilidad el que Freud hubiera prestado oído a las críticas de Abraham. Freud comentó atinadamente que con esto estaba incurriendo en una realmente curiosa venganza contra Abraham, ya que tomaba precisamente el camino que aquél sospechó que tomaría. Freud le había escrito a Rank, no con mucho tacto por cierto, que él no habría escrito el libro de haber sido analizado, por el peligro de proyectar los propios complejos sobre la teoría. (Sin embargo, sólo ocho meses antes había señalado Freud que en los quince años que había conocido a Rank, apenas si se le había ocurrido que éste precisara ningún análisis). Rank replicó airadamente que por todo lo que él conocía de los analistas preparados por Freud le parecía una suerte el no haberse analizado nunca. Freud hizo el siguiente comentario: «Esto ya sobrepasa toda medida, lo mismo que el pasaje en que califica a Abraham como una persona absolutamente ignorante y un niño que no sabe cuándo debe sujetar la lengua».

Si bien abrigaba aún alguna esperanza de retorno del hijo pródigo, Freud ya estaba preparado para cualquier emergencia. «Rank es arrastrado a apartarse del psicoanálisis por su descubrimiento, del

mismo modo que Adler, pero si se independiza sobre la base de la solidez de ese descubrimiento, no tendrá la misma suerte, ya que su teoría contradice el sentido común de los profanos, que se han visto halagados, en cambio, por la lucha adleriana por el poder... Cuando vuelva a recobrar su sensatez habrá llegado el momento, por supuesto, de volver a aprovechar sus extraordinarios servicios y su irremplazable colaboración y de perdonarle todas sus divagaciones. No me animo a esperar tanto, sin embargo; la experiencia nos enseña que una vez que el diablo se ha puesto en camino no se detiene hasta llegar al fin. Me siento muy mortificado con la idea de que finalmente resultaría cierto todo lo que decía Jones».

La conversación que Abraham y yo mantuvimos con Ferenczi en el Congreso de Salzburgo tuvo probablemente cierto efecto sobre él. Había estado al borde del precipicio y ahora se retiraba de él de una manera absolutamente indudable. Después de leer la dura carta de Rank, escribió a Freud que se apartaba definitivamente de aquél.

A fines de septiembre recibió Freud otra carta de Rank, escrita esta vez en tono más pausado pero sin duda más definitiva. Luego de recibirla, Freud lo consideró definitivamente perdido. Todo este episodio de la curiosa conducta de Rank en Estados Unidos recordaba mucho la visita que a este país había hecho Jung en 1912, y el desenlace final resultó también el mismo.

A su regreso a Viena, al mes siguiente, Rank mantuvo con Freud una conversación de tres horas. Produjo a Freud una impresión confusa y atribuyó toda su conducta a la provocación que atribuía a Abraham. Este le había dado la idea de que Freud

quería deshacerse de él, de modo que tenía que pensar en ganarse la vida en alguna otra parte. La entrevista fue insatisfactoria y no condujo a nada. El rasgo dominante de la misma fueron sus evasivas negaciones. Al final de la conversación, Rank anunció su intención de volver a los Estados Unidos. El 19 de noviembre Rank visitó a Freud para despedirse de él. Debe haber sido ésta una entrevista penosa y embarazosa. Freud dijo que lo sentía terriblemente por Rank, porque advertía que éste tenía un peso sobre su corazón que le resultaba completamente imposible expresar. No abrigaba muchas esperanzas de volverlo a ver nunca más. Ese mismo día recibió Freud una carta de Brill que le causó una profunda impresión. En términos aterradores, éste le informaba de las extraordinarias doctrinas que los discípulos de Rank habían manifestado, llenos de gozo, que ya no era necesario analizar los sueños ni hacer ninguna interpretación, que no sea la del trauma de nacimiento y se sentían aliviados también de no tener que ocuparse del molesto tema de la sexualidad.

Freud no sentía hacia él resentimiento alguno, por mucho que deploraba su pérdida. Tampoco yo. Freud, que creía entonces que aquél había abandonado Viena para siempre, me había escrito sobre la situación: «Como usted ve, se ha evitado una ruptura categórica. Rank mismo no intentó tal cosa, y un escándalo no habría favorecido a nadie. Pero toda relación íntima con él ha terminado... No solamente a mí mismo sino a las otras dos personas presentes en la entrevista, nos resultaba muy difícil considerarlo sincero y dar crédito a sus afirmaciones. Lamento mucho tener que decir que usted querido Jones, finalmente tenía toda la razón». En una carta posterior me escribió:

«El asunto Rank está llegando ahora a su fin... No crea usted que la cosa me haya turbado mucho o que haya de tener especiales consecuencias para mí. Esto no deja de ser bastante curioso en realidad, si se tiene en cuenta el papel que ha de desempeñado Rank en mi vida durante una década y media. Puedo distinguir tres explicaciones de esta frialdad de mis sentimientos. En primer lugar puede ser una consecuencia de mi vejez, a causa de la cual las pérdidas ya no me pesan tanto. En segundo lugar me digo que la relación se ha visto, por así decir, amortizada en estos quince años; no es lo mismo cuando una persona se muestra desleal al cabo de dos o tres años que si esto ocurre después de realizar durante años una tarea extraordinariamente grande. En tercer lugar, y por cierto no en último orden de importancia, es posible que yo me sienta tan tranquilo porque no puedo advertir en mí absolutamente ningún rasgo de responsabilidad en cuanto a todo este proceso».

Entonces ocurrió un milagro. Rank prosiguió su viaje solamente hasta París y allí fue presa de un grave ataque de depresión; el último que había sufrido se había producido cinco años antes. Volvió a Viena y vino a ver a Freud en la segunda semana de diciembre. Otra vez estaba cambiado. Aparte de su depresión, parecía tener una clara visión de lo que le afectaba. Para decirlo en las palabras de Freud, acababa de salir de una afección psiquiátrica. Discutió todo el asunto con Freud como si estuviera en un confesionario. Había sido un episodio realmente trágico, y que estuvo a punto de desembocar en una tragedia verdadera. Freud se sintió hondamente conmovido y lleno de júbilo por el reencuentro con su viejo amigo y partidario. Escribiendo a Eitingon de-

cía que Rank había «actuado» su neurosis exactamente en la forma que él y Ferenczi describían el caso en su libro escrito en colaboración, y que el contenido de la misma era sumamente similar al de las teorías que Rank había expuesto en su libro sobre el trauma del nacimiento. Rank se sentía ahora abrumado ante la idea de lo que había ocurrido y sólo abrigaba un deseo: el de desvirtuar los males que había causado. Tenía la intención de regresar a Estados Unidos para ello, cosa que a Freud no le parecía nada fácil. Freud señalaba que podía entender bien que nosotros mantuviéramos aún cierta desconfianza, pero que él, por su parte, con un mayor conocimiento de la situación, había dejado de lado toda reserva. A Abraham le manifestó que estaba completamente seguro que Rank se había curado de su neurosis mediante la experiencia (*Erlebnis*) por que pasó, tal como hubiera ocurrido mediante un análisis en regla.

El optimismo y el alivio que sentía Freud se hallan expresados en una carta de esa misma fecha, dirigida a Joan Rivière: «Usted debe haberse enterado de que aquí hemos tenido un desagradable episodio con el doctor Rank, que fue de todos modos una cosa temporaria. Ha regresado a nosotros completamente y nos ha explicado su conducta de una manera que obliga a la tolerancia y el perdón. Ha pasado por un estado neurótico grave, está recuperado ahora y ve claramente y comprende todo lo ocurrido. Aún no ha superado la depresión, resultado comprensible de esta experiencia.»

Dos rasgos notables pueden señalarse en el optimismo de Freud, que sólo cabe explicar por el intenso alivio que significaba el no haber perdido un amigo que por tantos años había sido de incalcula-

ble valor para él. Uno de ellos es el hecho de saber que Rank sufría de una ciclotimia¹, hecho que ya había comentado años atrás. Freud tenía una formación psiquiátrica y sabía muy bien que la recaída es casi inevitable en este mal, si bien era capaz de reprimir esta obvia consideración. La actual fase de melancolía de Rank, en efecto, fue reemplazada nuevamente por otra de manía, apenas seis meses más tarde, con la habitual alternación de estas fases en los años sucesivos. El otro rasgo realmente curioso, era la aparente aceptación de la herejía que precisamente habíamos estado combatiendo en la teoría, es decir, que el estudio de una experiencia recurrente podía reemplazar un análisis genético más profundo: que la terapia de las vivencias (*Erlebnis*) podía reemplazar el psicoanálisis.

El 20 de diciembre de 1924 Rank envió una carta circular explicando lo que le había ocurrido y solicitando nuestro perdón. Se disculpaba humildemente ante Abraham y ante mí por lo mal que había procedido con nosotros y expresaba su esperanza de que podríamos reanudar nuestra relación de amistad. Su hostilidad hacia Freud, nos decía, era parte de una neurosis que se había puesto de manifiesto con motivo de la peligrosa enfermedad de Freud. Todos nosotros le contestamos, naturalmente, tranquilizándolo y asegurándole nuestra comprensión y simpatía.

Pero en cuanto al Comité, no esperamos a ese feliz desenlace con Rank para volver a estrechar sus vínculos internos. Freud ya había sugerido, en efecto, a Ferenczi, que contando nuevamente con un Comité cuyos miembros podían actuar en armonía (por

1. Es decir, psicosis maníaco-depresiva.

la salida de Rank) reanudáramos nuestra anterior costumbre de enviarnos mutuamente, y en períodos regulares, cartas circulares.

Todos, naturalmente, respondimos gustosos a esta invitación y aceptamos también la proposición que ya había hecho Abraham de que Ana Freud, que había iniciado su labor psicoanalítica unos años antes, ocupara en el Comité la vacante dejada por Rank.

Rank partió a Estados Unidos el 7 de enero de 1925 y Freud escribió a Brill exponiéndole ampliamente la situación y pidiéndole que ayudara a Rank en la difícil tarea que éste tenía ante sí. Apelaciones como ésta a la generosidad de Brill nunca fueron hechas en vano. Nos informó que Rank estaba haciendo todo lo que podía, pero que se hallaba en un estado bastante insatisfactorio. Rank permaneció esta vez apenas unas semanas en Nueva York, y regresó a Viena a fines de febrero en un estado lamentable y muy deprimido.

En junio informó Freud que Rank había salido de su estado de depresión y que los dos mantenían provechosas conversaciones analíticas. Rank leyó un trabajo en el Congreso de Homburg de septiembre de 1925. Era muy confuso y fue leído a una velocidad tal que el mismo Ferenczi, que conocía muy bien las ideas de Rank, no lo pudo seguir. Estaba muy excitado y hablaba de sus amplios planes para el futuro, pero no manifestaba una actitud amistosa hacia ninguno de nosotros. Después del Congreso partió por tercera vez a Estados Unidos. Freud aprobó la resolución del hacer el viaje y aún estaba seguro de que no habría de producirse una repetición de los anteriores brotes.

Pero a su regreso a Viena se mostró muy abs-

traído y el 12 de abril de 1926 —cosa muy significativa, tres semanas antes de la celebración del septuagésimo cumpleaños de Freud— se presentó por última vez, para despedirse. «Rank partió para París, por ahora, pero probablemente nada más que de paso para Estados Unidos. Puede haber tenido para ello varios motivos... pero lo esencial del caso es que esta vez puso en práctica en un estado de so-briedad, por decir así, la misma cosa que antes intentó realizar en un tormentosos ataque patológico: separarse de mí y de todos nosotros. Dos cosas quedaron en absoluta evidencia, que no estaba dispuesto a renunciar a ningún aspecto de la teoría en que había colocado su neurosis, y que no dio el menor paso en el sentido de acercarse aquí a la Sociedad. Yo no pertenezco a la clase de personas que exigen a los demás mantenerse encadenados o venderse para siempre por motivos de “gratitud”. Se le ha dado mucho y él, en retribución, ha hecho mucho también. Estamos en paz. En su visita final no he visto motivo alguno para expresarle mi especial ternura; me mostré sincero y duro. Pero ya podemos “poner la cruz sobre su nombre”. Abraham tenía razón.»

Una de las raras alusiones que Freud hizo a Rank en los años posteriores fue en 1937. Era sobre el tema de los análisis breves y la dificultad de lograr que éstos puedan ser eficaces. Refiriéndose al intento de Rank de realizar análisis breves, en pocos meses, concentrándose en el trauma de nacimiento, decía Freud: «No puede negarse que estas ideas de Rank eran audaces e ingeniosas, pero no resistieron la prueba de un examen crítico. Fueron concebidas bajo la presión del contraste entre la miseria de la postguerra en Europa y la «prosperity» de Estados

Unidos, y fueron concebidas como para acelerar la velocidad de la terapia analítica y ponerse así a tono con el precipitado ritmo de la vida en Estados Unidos».

No nos corresponde ocuparnos aquí de la carrera posterior de Rank, como no lo hemos hecho con respecto a los disidentes anteriores, Adler, Steckel y Jung. Lo único que importaba a Freud era la labor que ellos realizaban quedara bien diferenciada del psicoanálisis. Hay ciertas analogías entre la defeción de Rank y la de Jung que quizá valga la pena comentar. Los dos comenzaron en medio de un gran secreto, siguieron luego con una considerable oscuridad en la exposición de sus respectivas divergencias. Los dos se manifestaron por primera vez en visitas a Estados Unidos, seguidas, en uno y otro caso, por una carta personal de áspero estilo. Luego siguió una disculpa muy pronunciada, pero temporal. Las divergencias, en los dos casos, fueron percibidas por los demás mucho tiempo antes de que Freud admitiera la posibilidad de las mismas. Aún al hacerlo, en ambos casos, Freud realizó toda clase de esfuerzos en pro de la reconciliación, y al fracasar estos dio todo al olvido. La diferencia más destacada entre uno y otro caso es, naturalmente, que Jung no padecía ninguno de los trastornos mentales que llevaron a Rank al descalabro, con lo cual pudo llevar a cabo una vida excepcionalmente fructífera y provechosa.

III

PROGRESO Y DESDICHA

(1921-1925)

Contrariamente a sus presagios durante la guerra, la obra y el nombre de Freud se difundía ahora con más amplitud que nunca. Sus libros eran ávidamente buscados y se traducían a diversos idiomas. Hasta en Francia hubo una solicitud de André Gide, uno de los directores de la *Nouvelle Revue Française*, requiriéndole la autorización para publicar sus obras. En Alemania se fundaban nuevas sociedades en Dresde, Leipzig y Munich. La Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia había decidido crear una rama dedicada a la psicología e invitó a Freud a inaugurarla con un discurso; cosa que éste no aceptó.

Desde el punto de vista profesional estaba plenamente ocupado. Desde entonces en adelante tomó menos pacientes, ya que había muchos discípulos, provenientes principalmente de Estados Unidos y de Inglaterra, deseosos de aprender su técnica. En el mes de julio manifestó que había prometido analizar el doble de personas de las que realmente po-

dría atender al reiniciar su trabajo en octubre. Llegado el momento aceptó diez personas.

A comienzos del año la *Verlag* publicó un libro de Groddeck titulado *Der Seelensucher*. Era un libro picante, con algunos pasajes obscenos. Varios analistas, especialmente Pfister, consideraron que no era el tipo de libro para una editorial reconocidamente científica, y la Sociedad Suiza realizó una reunión especial de protesta. A juicio de Freud el libro era muy entrefenido y todo lo que dijo en respuesta a las indignadas cartas que incesantemente llovían de Suiza, fue: «Estoy defendiendo enérgicamente a Groddeck contra la respetabilidad de ustedes: ¿Qué es lo que ustedes habrían dicho si hubieran sido contemporáneos de Rabelais?»

El 3 de abril nació otro nieto, Anton Walter, hijo de Martin Freud, y el 31 de julio otro más, Stephan Gabriel, el primer hijo de Ernst Freud. El abuelo se quejaba de tener cuatro nietos y ni una sola nieta.

En este momento las constantes quejas de Freud acerca de que se sentía envejecer tomaron un repentino cariz: «El 13 de marzo de este año, en una forma enteramente repentina, he dado verdaderamente un paso hacia la vejez. Desde ese momento no me ha abandonado la idea de la muerte y a veces tengo la impresión de que siete de mis órganos internos están luchando por el honor de poner fin a mi vida. Ningún hecho especial se produjo que pudiera justificarlo, a no ser que ese día Oliver se despidió en viaje a Rumania. Así y todo no he sucumbido a la hipocondría y lo miro todo fríamente, como si se tratara de mis especulaciones de *Más allá del principio del placer*».

El 15 de julio Freud se dirigió a Bad Gastein

—a la villa Wassing, como de costumbre—, con su cuñada Mina, que también necesitaba ponerse en tratamiento allí. Su esposa y su hija, entretanto, pasaban unas vacaciones en Aussee, en el Salzkammergut. El 14 de agosto se reunieron todos en Seefeld, un poblado de cerca de mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, en el norte del Tirol, cerca de la frontera bábara. Permanecieron allí en la pensión Kurheim. Se quejaba todavía de fatiga del corazón, palpitaciones y otros síntomas cardíacos. Pero pronto se repuso con el aire de la montaña. Era un paraje ideal, donde podía caminar durante horas enteras.

Allí recibió varias visitas. Van Emden, que se encontraba en Salzburgo, vino a verlo dos veces, y también Ferenczi pasó un día con él. La visita de mayor importancia fue la de Brill, a quien no había visto desde la guerra, pero después de esto resultó casi imposible lograr que enviara una sola carta. Freud tomaba siempre a mal el no recibir contestación a sus cartas, y comenzó a perder la paciencia. A fines de enero envió a Brill una carta muy enérgica, que equivalía a un ultimátum. Lo amenazaba con romper totalmente las relaciones con él y le quitó todo nuevo derecho de traducción. Pero aún con esta carta tardó seis meses en contestar. Freud estaba cada vez más irritado y comenzó a pensar que el caso no tenía remedio: «Brill se está comportando de una manera vergonzosa. Hay que deshacerse de él». Finalmente Brill hizo la cosa más sensata, que yo estaba reclamando de él desde hacía algún tiempo: vino a Europa para hablar ampliamente con Freud. Como era de esperar, el resultado fue enteramente satisfactorio: «Brill ha estado conmigo los últimos días. Está muy bien, enteramente dispuesto

a ayudarnos, completamente responsable y confiesa sus deficiencias neuróticas. Es una gran adquisición para nosotros». Esto significó un gran alivio para mí ya que, dejando aparte los sentimientos personales, había muchas cosas de orden práctico que dependían de poder comunicarme con Brill. Éste trató de verme en Inglaterra pero yo acababa de partir para el Continente, de modo que no nos encontramos. Tuvieron que pasar aún tres años hasta que nos volvimos a reunir.

Freud salió de Seefeld, en viaje a Berlín, el 14 de septiembre, y de allí se dirigió a Hamburgo, para ver a sus dos nietos. Todos los miembros del Comité nos encontramos con él en Berlín el 20 de septiembre y viajamos todos juntos a Hildesheim. Teníamos propósito de hacer un viaje de diez días por la región de Harz. Abraham, que la conocía bien, haría de guía. Permanecieron primeramente en Hildesheim y luego en la encantadora y vieja ciudad de Goslar. De ahí subimos a la cima del Brocken, un paraje de especial interés para mí por su relación con brujas e incluso pude echar un vistazo al famoso espectro de Brocken. Todos los días realizábamos expediciones a pie, y a todos nos impresionaba lo veloz e incansable que se mostraba Freud en tales ocasiones.

Fue ésta una de las raras ocasiones en que todo el Comité pudo reunirse en pleno, y la única en que los miembros del mismo pasamos unas vacaciones junto a Freud. Esto era en sí mismo un acontecimiento portentoso. Al final del viaje nos manifestó Freud: «Hemos pasado juntos por algunas cosas, y esto siempre une a los hombres». Son pocas las ocasiones, sin embargo, en que todo transcurre de un modo perfecto, y la presente experiencia se vio

ligeramente turbada por un serio resfriado que nos acometió a todos. El de Freud fue especialmente malo, pero nos aseguró que no le afectaba: «Se trata sólo del hombre exterior».

En el curso de esos días tuvimos, por supuesto, bastante tiempo para mantener prolongadas conversaciones acerca de diferentes temas científicos de interés común. Freud nos leyó dos trabajos que había escrito especialmente para esa ocasión, que fue la única vez en que ocurrió tal cosa. Uno era sobre telepatía, y lo había comenzado a escribir a fines de julio y terminado en tres semanas.

El otro trabajo que nos leyó es más conocido, ya que fue publicado al año siguiente. Freud había anunciado en el mes de enero anterior que repentinamente había alcanzado una profunda comprensión —«hasta la roca viva»— del mecanismo de los celos paranoicos. Esto provenía del estudio de un paciente norteamericano que yo le había enviado, el primero desde la época de la guerra.

Freud regresó a Viena, después de este viaje, el 29 de septiembre, y no pasó mucho tiempo hasta que comenzó a «sentir la nostalgia de Hildesheim y Schiercke como si se tratara de un lejano sueño».

En el mes de diciembre Freud tuvo la satisfacción de verse designado Miembro Honorario de la Sociedad Holandesa de Psiquiatras y Neurólogos y aún más por cuanto su nombre contó con la aprobación del profesor Winckler, un hombre que a menudo había combatido el psicoanálisis. La resolución no fue unánime, pero fue tomada por 50 votos contra 20. Era la primera vez que Freud recibía honores de esta clase y ello señaló el comienzo de un cambio en la estima profesional de su obra. Desde ese momento era cosa común el reconocer que algu-

na parte de la misma, a pesar de sus muchos supuesto «errores», era de gran importancia y que Freud mismo era una eminencia científica.

Este año comenzó con la visita a Viena de varios miembros del Comité. Había en esa época cierto número de personas procedentes de Estados Unidos y de Inglaterra estudiando psicoanálisis con Freud, y éste concibió la idea de ampliar lo que aprendían en sus propios análisis, haciendo que varios analistas de Viena pronunciasen conferencias para ellos sobre aspectos teóricos de la materia. Más tarde, a requerimiento de los mismos interesados vinieron a Viena Abraham, Ferenczi, Róheim y Sachs, en la primera semana de enero, para pronunciar cada uno de ellos un par de conferencias. La iniciativa resultó todo un éxito.

El nombre de Freud estaba convirtiéndose en algo muy habitual en Londres en esa época. En enero apareció una fotografía suya en *The Sphere*, una revista semanal muy en boga. Pero los editores, en general, tenían que cuidarse de la policía. Kegan Paul, que había sido procesado por editar una autobiografía considerada obscena —y en esa época sexualidad y psicoanálisis eran conceptos equivalentes— decidió que la venta de la traducción del *Leonardo* de Freud, que estaba a punto de editar, debería restringirse a los miembros de la profesión médica, de modo que la gente de arte pudiera mantenerse libre de la contaminación.

Pero para Freud, su creciente popularidad era más bien un peso: «Lamento no haber contestado su penúltima carta. A veces mi pluma se vuelve pesada. Tengo que atender mucha correspondencia para disuadir a los pacientes de venir a mí, ya que

no dispongo del tiempo necesario para atenderlos, y para rechazar halagüeñas ofertas de escribir un artículo para tal o cual publicación. Éstos son los inconvenientes de la popularidad. Son pocas las ventajas de la misma que alcanzo a ver».

Comparando su situación con la de la época en que por primera vez lo visitó Eitingon, escribía: «Mi situación ha cambiado grandemente en estos quince años. Me siento aliviado de cuidados materiales rodeado de la alharaca de una popularidad que para mí es repulsiva y envuelto en empresas que me roban tiempo y energía necesarios para una tranquila labor científica». He aquí cómo describía, por otra parte, su estado de ánimo a Ferenczi en la misma semana: «Me complace por supuesto el que usted me escriba con tanto entusiasmo, como lo hace en su última carta, acerca de mi juventud y mi actividad, pero cuando me vuelvo hacia el “principio de realidad” sé que no es así y no me siento muy asombrado de que no lo sea. Mi capacidad de sentir interés se agota rápidamente: es decir, se aparta muy gustosa del presente en otras direcciones. Hay algo en mí que se rebela contra la obligación de seguir ganando un dinero que nunca es suficiente y echando mano de los mismos recursos psicológicos que durante treinta años me han mantenido en pie frente al desprecio que siento por la gente y frente a nuestro detestable mundo. Siento surgir en mí extraños y secretos anhelos —quizá sea mi herencia ancestral— que me señala el Oriente y el Mediterráneo y me hablan de una vida completamente diferente: deseos de la niñez avanzada que nunca se verán realizados y que no concuerdan con la realidad, como si quisieran sugerirme el aflojamiento de mi relación con la misma. En lugar de

todo esto... vamos a encontrarnos en el sobrio Berlín.»

La Universidad de Londres, en combinación con la Sociedad Histórica Judía, dispuso la realización de una serie de conferencias sobre cinco filósofos judíos: Filón, Maimónides, Spinoza, Freud y Einstein. La conferencia sobre Freud fue dada por Israel Levine (con mi ayuda). Un año más tarde publicó Levine un libro titulado *El inconsciente*. Fue el primer filósofo que demostró una plena comprensión de las ideas de Freud. Cuando éste leyó el libro me escribió: «¿Quién es Israel Levine? Nunca me gustó tanto un libro sobre asuntos psicoanalíticos como éste sobre el inconsciente. Rara avis si es un filósofo. Quisiera conocerlo mejor».*

Desde 1906 en adelante, Freud había mantenido ocasionalmente correspondencia con el famoso escritor Arthur Schnitzler. Es cosa muy curiosa que nunca se hubieran conocido personalmente si bien se movían en círculos muy allegados y Freud conocía muy bien al hermano de Schnitzler, el distinguido cirujano. El mismo Arthur Schnitzler, en sus tiempos de actividad médica, había comentado la traducción hecha por Freud, en 1893, de *Leçons du Mardi*, las conferencias de Charcot, hecho que registró en su diario. A pesar de su notable intuición psicológica y también de su admiración por las obras de Freud, con las que estaba familiarizado desde temprano, Schnitzler no admitió nunca estar de acuerdo con las conclusiones principales de aquél. Mantuvo muchas discusiones acerca de ellas con Reik, con Winterstein, conmigo y con otros analistas, pero no pudo superar su objeción a las ideas de incesto y de sexualidad infantil.

Este año se había producido en Nueva York una

gran agitación con motivo de un incidente en que se vio envuelto Frink, quien siempre habló en términos muy elogiosos de su inteligencia y de lo mucho que prometía. Se había enamorado ahora de una de sus pacientes —que como él llevaba una vida matrimonial desdichada— y se proponía lograr el divorcio para casarse con ella. El esposo de la paciente estaba furioso y amenazaba con provocar un escándalo que llevaría a Frink a la ruina. Éste no se había hecho estimar mucho a su regreso de Europa y muchos analistas— Brill y Jellife entre los más notables— comenzaron a preocuparse muy seriamente de la situación. Freud aprobaba en realidad el paso que iba a dar Frink; enamorarse es un error, pero ahora no había más remedio que aceptarlo. En Nueva York se difundían los más increíbles rumores: uno de ellos era que Freud mismo estaba dispuesto a casarse con la dama. El resultado final fue que el esposo en cuestión falleció en el momento crítico.

Ana Freud, que había leído un trabajo en la Sociedad de Viena sobre *Fantasías de pegar* y *Sueños diurnos* el 31 de mayo, fue designada miembro de la Sociedad el 13 de junio de 1922, para gran satisfacción de su padre.

Freud no había demostrado ningún entusiasmo, al comienzo, ante la idea de que hubiera una Clínica Psicoanalítica en Viena. Los otros analistas de Viena, en cambio —especialmente Hitschmann, Helene Deutsch y Federn—, insistieron en la iniciativa y en junio de 1921 el Ministerio de Educación les ofreció un local en un Hospital Militar. Finalmente, luego de superar numerosas dificultades e interferencias, se inauguró el 22 de mayo de 1922 una Clínica con el nombre de Ambulatorium en la Peli-

kangasse. Su director era Hitschmann. Había también allí una amplia sala en la que entonces comenzó a reunirse la Sociedad. Seis meses después, a pesar de todo, las autoridades médicas municipales ordenaron súbitamente su clausura y pasaron tres meses de discusiones hasta que se autorizó nuevamente su funcionamiento.

Durante las vacaciones de verano, recibió la noticia del fallecimiento de su sobrina Cecilia (Mausi), de veintitres años de edad, con la que estaba muy encariñado. Estando encinta había tomado una dosis excesiva de veronal. Murió de neumonía el 18 de agosto. Era la única hija que le quedaba a la hermana favorita de Freud, Rosa, cuyo único hijo había muerto en la guerra. Freud se sintió «hondamente trastornado» por esta inesperada tragedia.

Ferenczi se hallaba en ese mes de agosto en Seefeld con Rank, y allí recibieron la visita de Abraham y Sachs. Fue en esa oportunidad, un poco tardíamente, cuando decidieron fortalecer los lazos de intimidad del Comité tratándonos mutuamente por el nombre de pila y con el apelativo de tú. Esto permitió superar, desde luego, cierto embarazo en el trato, dado que antes el tratamiento variaba de uno a otro miembro. Así, por ejemplo, yo tenía el hábito de tratar de tú a Ferenczi, Rank y Sachs, pero no así a Abraham o a Eitingon, y así sucesivamente.

Freud nos trataba a todos de usted. Aparte de los miembros de su familia, la únicas personas que yo sepa que lo trataban de tú eran el psiquiatra Wagner-Jauregg y el arqueólogo profesor Löwy, ambos amigos suyos de la época estudiantil. Probablemente lo hacían también otros viejos amigos, tales como el profesor Königstein, Rosenberg y los hermanos

Rie, pero no deja de ser curioso que Breuer conservara el viejo trato formal de *Verehrter Herr Professor*. Por lo que yo conozco, las únicas personas que lo llamaban por su apellido, sin título alguno, fueron la famosa recitadora francesa, y amiga de la familia Yvette Guilbert, el embajador norteamericano W. Bullitt y el novelista inglés H. G. Wells. Freud llamaba naturalmente, a los miembros del Comité por sus apellidos, tanto en la conversación como en la correspondencia, con excepción de las cartas dirigidas a Eitingon después de julio de 1920, ya que a pedido de éste las encabezaba con «Querido Max» (*Lieber Max*). Es un poco extraño que no haya usado nunca el nombre de pila de Ferenczi. En las cartas dirigidas a éste y a Abraham, escribía siempre «Querido amigo» (*Lieber Ferenczi*).

El Congreso de Berlín, del 25 al 27 de septiembre de 1922, fue el último Congreso al que habría de asistir Freud, si bien éste hizo serios esfuerzos para participar en los dos siguientes. El trabajo que leyó en esta ocasión llevaba por título *Algunas observaciones sobre el inconsciente*. Nunca se publicó. Los nuevos conceptos que aquí exponía fueron tomados de su libro *El yo y el ello*, que apareció poco después. Daban por tierra con su primitiva identificación del inconsciente propiamente dicho con los procesos psíquicos en estado de represión. Ahora se ocupaba de los aspectos inconscientes del yo no reprimido. Esto fue el comienzo de la nueva psicología del yo, un progreso fundamental de la teoría psicoanalítica. Los trabajos de Alexander, Abraham, Ferenczi, Hollós, Karen, Melanie Klein, Nunberg, Pfeifer, Rado, Róheim y el que esto escribe entre muchos otros demostraron más adelante haber servido de poderoso estímulo. Sobresalían especialmen-

te el de Abraham sobre la *Melancolía* y el de Ferenczi, *Una teoría genital*. En general el nivel científico de este Congreso fue más elevado que el de todos los anteriores.

En mi Memoria mencioné el hecho de que el número de miembros de la Asociación se había elevado, en los dos últimos años, de ciento noventa y uno a doscientos treinta y nueve.

Freud se mostró muy satisfecho del éxito del Congreso y me felicitó especialmente por mi discurso de sobremesa. Recuerdo el pasaje del mismo que le resultó especialmente divertido y que puede servir para demostrar que los analistas no son tan huérfanos de humor como a menudo se sostiene. Se refería al rumor circulante acerca de que el anónimo donante del Policlínico de Berlín había sido en realidad Eitingon. Y yo dije: «En inglés poseemos dos notables proverbios: “la caridad empieza por casa” y “el crimen ya aparecerá”. Si aplicamos a esto los mecanismos de condensación y desplazamiento, llegaremos a la conclusión de que “el crimen comienza por casa”, un principio fundamental del psicoanálisis, y “la caridad ya aparecerá”, cosa que queda bien ilustrada por la dificultad de mantener en secreto el nombre del generoso donante del Policlínico de Berlín».

Incluso en Viena, finalmente, el interés por el psicoanálisis estaba alcanzando más amplios círculos, y Freud había sido invitado a pronunciar conferencias por el *Doktoren-Kollegium*, por la Sociedad de Librepensadores y hasta por las más altas autoridades policiales. De más está decir que no accedió a ninguno de estos requerimientos. Su trabajo profesional, más aún por el hecho de que lo estaba haciendo en un idioma extranjero, le resul-

taba muy pesado y le manifestó a Eitingon que lo estaba reduciendo a ocho horas diarias. A Pfister, que desde mucho atrás le había estado insistiendo en que redujera su ritmo de trabajo, le prometió que nunca más tomaría nueve pacientes a la vez.

En el mes de noviembre el hijo de un viejo sirviente de Freud hirió de un disparo al padre —aunque no en forma fatal—, en circunstancias en que éste estaba violando a una media hermana del joven. Freud no conocía personalmente al joven, pero con su carácter humanitario, se veía siempre movido a compasión por los jóvenes delincuentes. De modo que contrató por su cuenta los servicios del doctor Valentin Teirich, la autoridad más destacada en ese campo y fundador de una institución destinada a promover la reforma de los procedimientos judiciales en la materia, para defender al joven. Escribió también un memorándum, en el que manifestaba que todo intento de buscar motivaciones más profundas no haría más que embrollar los hechos, bien claros por sí. El profesor Sträussler elevó también un memorándum similar, en el que sostuvo que la excitación del momento había producido en la mente del joven un «cortocircuito» equivalente a una alienación transitoria, este alegato fue aceptado y el joven fue declarado libre de culpa.

El 8 de diciembre nació un quinto nieto. Se trataba de Lucian Michael, hijo de Ernst, y actualmente un distinguido pintor.

Este fue uno de los años críticos en la vida de Freud, el último de tales períodos. Fue un año en el que las fricciones entre Rank y yo le causaron una gran desazón, por cuanto ponía en peligro la armonía dentro del Comité, en el cual residía su prin-

cial esperanza en cuanto a la continuación de su obra después de su muerte. Pero más lúgubres que esto fueron, sin duda, los primeros indicios de la mortal enfermedad que habría de ocasionarle incontables sufrimientos antes de llegar a su fatal culminación. Muchas veces se había imaginado que tenía los días contados, pero esta vez, por lo menos, la temible realidad estaba a la vista.

Los primeros indicios del mal aparecieron en febrero, si bien Freud no hizo nada al respecto sino al cabo de dos meses. Tampoco hizo ninguna mención de ello a familiares ni amigos. La primera noticia que yo tuve al respecto me vino de una carta fechada el 25 de abril (y escrita en inglés): «Hace dos meses he descubierto una formación leucoplásica en el carrillo y el paladar del lado derecho, que me hice extirpar el día 20. Todavía no estoy en condiciones de trabajar y no puedo tragar alimentos. Me han dado seguridades acerca del carácter benigno del proceso, pero, como usted bien sabe, nadie puede garantizar cómo irá a comportarse en caso de que se lo deje crecer. Mi diagnóstico fue de epiteloma, pero fue rechazado. Se indica al tabaco como causante de esta rebelión de los tejidos». La leucoplasia no es cosa tan siniestra a los sesenta y siete años como lo es a los cincuenta y siete, o más aún, a los cuarenta y siete, de modo que para mí se trataría solamente de una molestia local, en este momento ya enteramente superada. El único aspecto de la cuestión que despertaba algún recelo en mí era el hecho mismo de que Freud me lo hubiera mencionado. No era su costumbre ocuparse de asuntos referentes a su salud con nadie, excepto Ferenczi —y aún esto lo ignoraba yo en esa época—, de modo que no dejaba de abrigar alguna duda acerca

de si Freud no estaría revelando alguna cosa realmente grave.

Lo que había ocurrido era esto. En la tercera semana de abril Freud consultó a uno de los más importantes rinólogos, Hajek, a quien conocía de mucho atrás: era cuñado de Schitzler. Hajek manifestó que se trataba de una leucoplasia debida al tabaco, pero al mismo tiempo, y en respuesta a una pregunta que se le formuló, hizo una observación nada tranquilizadora: «Nadie puede esperar que ha de vivir eternamente». Aconsejó, sin embargo, la remoción del pequeño tumor —«una operación muy fácil»— e invitó a Freud a concurrir a su consultorio externo alguna mañana. Unos días antes Freud había recibido la visita de Félix Deutsch, por ciertos asuntos privados, y al final de la conversación, aquél le pidió que le examinara «cierta cosa desagradable» en la boca, que un dermatólogo había considerado que era una leucoplasia, aconsejándole su extirpación. Deutsch tuvo inmediatamente la evidencia del cáncer y se sintió realmente desazonado cuando Freud le pidió que le ayudara «a abandonar este mundo en actitud decente» si estaba condenado a morir en medio del sufrimiento. Freud le habló luego de su anciana madre, para quien la noticia de la muerte del hijo sería sumamente difícil de sobrellevar. Parece ser que Deutsch vio en estas manifestaciones una amenaza directa de suicidio, seguramente mayor de la que contenían. Ya tendremos ocasión de ver que, llegada la hora crítica, Freud supo soportarla muy bien. En consecuencia, Deutsch se contentó con decirle que se trataba de una simple leucoplasia, que realmente convendría extirpar.

Al cabo de unos días de reflexión Freud volvió a la clínica de Hajek sin decir una palabra a nadie

en su casa. Cabe aclarar que esta clínica formaba parte de un Hospital General de enseñanza, que carecía de habitaciones privadas. Bien pronto la familia tuvo la sorpresa de ser llamada telefónicamente desde la clínica, a objeto de que trajeran algunas cosas que Freud necesitaba para pasar la noche allí. La esposa y la hija corrieron apresuradamente a la clínica, donde encontraron a Freud sentado en una silla de cocina, en un consultorio del servicio externo del hospital, con las ropas cubiertas de sangre. La operación no se había desarrollado tal como se esperaba y la pérdida de sangre había sido tan considerable que no convenía que el paciente volviera inmediatamente a la casa. No había en la clínica ninguna habitación disponible, pero se pudo armar una cama en una pequeña habitación que tuvo que compartir con un enano cretino que se hallaba en tratamiento. La hermana de la caridad hizo que se retiraran las dos mujeres a la hora del almuerzo durante la cual estaban prohibidas las visitas asegurándoles que el paciente marcharía perfectamente bien. A su regreso, una o dos horas después, se enteraron de que había tenido una profusa hemorragia y que para pedir ayuda había tocado el timbre, que no funcionaba. Por su parte no estaba en condiciones de hablar ni de llamar a nadie. El enano se *mostró muy servicial* y corrió en busca de ayuda; después de algunas dificultades, la hemorragia fue detenida. Esta conducta del compañero de habitación posiblemente significó salvar la vida de Freud. Después de esto Ana se negó ya a retirarse y pasó la noche sentada junto a su padre. Éste se hallaba debilitado por la pérdida de sangre, semiintoxicado por los medicamentos y sentía fuertes dolores. Durante la noche, Ana y la enfermera se sintieron alarmadas

ante este cuadro y salieron en busca del médico interno, quien se negó, empero, a abandonar su lecho. Al día siguiente Hajek mostró el caso a un numeroso grupo de estudiantes, después de lo cual Freud pudo retirarse a su casa.

De esta manera terminó la primera de las treinta y tres operaciones que sufrió Freud antes de alcanzar el descanso final.

El tumor extirpado fue examinado y resultó ser efectivamente canceroso, si bien esto no se le dijo a Freud. El cirujano no tomó tampoco las diversas precauciones necesarias para evitar la contracción del tejido cicatricial, cosa que no se dejó de hacer en todas las intervenciones posteriores. Se produjo, por ello una considerable contracción de los tejidos, cosa que redujo en gran medida el orificio bucal. Esto fue causa de grandes y constantes dificultades posteriores.

No es fácil comprender del todo la conducta de Hajek. Es posible que tuviera la impresión de haber hecho todo lo que estaba a su alcance en el caso y de que el tumor no habría de volver a crecer, o bien consideró el caso, desde un comienzo, tan desesperante que no valía la pena tomar ninguna precaución especial. Pero el doctor Holz knecht realizó posteriormente dos tratamientos de rayos X, cosa que no concordaba con el supuesto carácter benigno de la tumoración. Esto fue seguido además por una serie de drásticos tratamientos con cápsulas de radium, a cargo de un ayudante de Hajek de apellido Feuchtinger. Las dosis deben haber sido bastante intensas, ya que Freud sufrió mucho de sus efectos tóxicos. Cuatro meses después todavía escribía que no había tenido una sola hora sin dolor desde la finalización de este tratamiento y agregaba: «Una comprensible

indiferencia hacia la mayor parte de las trivialidades de la vida me demuestra que la "elaboración del duelo" se está realizando en lo profundo. Entre estas trivialidades se encuentra la ciencia misma. No se me ocurre ninguna idea nueva y no he escrito ni una sola línea».

Durante esa misma primavera había ocurrido algo que tuvo un profundo efecto en el ánimo de Freud por el resto de su vida. Su nieto Heinerle (Heinz Rudolf), el segundo chico de Sophie, había estado pasando varios meses en Viena, con la tía Matilde. Freud sentía un extraordinario cariño por el muchacho, de quien decía que era el chico más inteligente que jamás había conocido. Le habían extirpado las amígdalas más o menos en la misma época de la primera operación de la boca sufrida por Freud, y cuando los dos pacientes se encontraron por primera vez después de esto, el niño preguntó a su abuelo con gran interés: «Yo ya puedo comer corteza de pan. ¿Y usted?» Desgraciadamente el niño era muy delicado de salud, «una bolsa de piel y huesos», y había enfermado de tuberculosis el año anterior, en la campaña. Murió de tuberculosis, a los cuatro años y medio de edad, el 19 de junio. Fue la única ocasión en la vida de Freud en que se supiera que haya derramado lágrimas. Más tarde me manifestó que esta pérdida le había afectado de una forma distinta a la de todas las otras que había sufrido. Estas últimas le habían ocasionado mucho dolor, pero la del nieto había matado algo dentro de él. Esta pérdida debe haber afectado alguna cosa especialmente profunda en sus sentimientos, quizá algo que alcanzaba incluso al recuerdo del pequeño Julio de su primera infancia. Un par de años más tarde manifestó a Marie Bonaparte que después de

esa desgracia ya no fue capaz de volver a encariñarse con nadie: sólo conservaba sus afectos interiores. El golpe le resultó completamente insoponible, más aún que el cáncer. Al mes siguiente escribió que estaba sufriendo la primera depresión de su vida, y apenas cabe dudar de que esto se debía a aquella pérdida, ocurrida tan inmediatamente a continuación de las primeras manifestaciones de su propia y mortal enfermedad. Tres años más tarde, al expresar sus condolencias a Binswanger por la muerte de su hijo mayor, manifestaba que Heinerle representaba para él tanto como todos sus hijos y nietos. Después de esta desgracia no se sentía capaz de gozar de la vida; y agregaba: «Éste es el secreto de mi indiferencia —lo que la gente llama coraje— frente a los peligros que corre mi propia vida».

Freud vio a Hajek varias veces en el transcurso de los dos meses siguientes, y el cirujano no opuso objeción alguna a que hiciera su habitual viaje trimestral de vacaciones. Pero a último momento provocó el asombro de Freud al pedirle que le enviara información acerca de su estado de salud cada quince días y que viniera a verle a fines de julio. A mediados de julio Freud escribió desde Gastein para preguntar si realmente hacía falta que regresara a Viena, a lo cual Hajek respondió, después de una demora de quince días, que no era necesario y que podía prolongar su ausencia todo el verano. Esta ambigüedad, o ambivalencia, era una de las cosas que hacían crecer constantemente su desconfianza hacia el cirujano. Un médico de Gastein, que examinó la cicatriz, hizo un buen informe, pero la molestia era, en general, tan grande que, por insistencia de su hija, Freud pidió a Deutch que le hiciera una visita a Lavarone, donde estaba pasando

la mayor parte de las vacaciones con la familia. Deutsch descubrió inmediatamente una recidiva de la tumoración y la necesidad de otra operación, más radical que la anterior. Por varios motivos, sin embargo, se abstuvo de exponerle a Freud la situación con toda franqueza. Por un lado era la incertidumbre acerca de si Freud consentiría en una operación de esa magnitud o más bien preferiría dejarse morir; por otra parte influía en el médico el profundo duelo de Freud por la muerte de su nieto, y por último una resistencia a ensombrecer la visita a Roma que Freud se proponía hacer con su hija Ana, y que para él significaba mucho. De modo que Deutsch acompañado de Ana, viajó a San Cristóforo, donde los miembros del Comité se habían citado para una reunión. Rank ya estaba informado de la gravedad de la situación, y ahora, para nuestra consternación, nos enteramos todos los demás. Nos reunimos entonces con Ana y fuimos a cenar. Durante la comida, por supuesto, fue mencionado el nombre de Freud, a lo cual, Rank, para gran asombro de todos, tuvo un irrefrenable ataque de risa histérica. Únicamente dos años después los sucesos ya relatados en el capítulo anterior hicieron comprensible esta explosión.

Después de esto, Deutsch y Ana volvieron a Lavarone. Durante el viaje y con objeto de conocer la verdadera opinión del médico, Ana le manifestó que en caso de gustarles la estancia en Roma, podrían decidirse a prolongarla un poco más de lo calculado. A esto Deutsch se mostró excitado y le hizo prometer seriamente que no haría tal cosa. Esto fue un indicio bastante elocuente para la agudeza de Ana.

Entretanto, en la reunión del Comité, surgió la

conversación sobre cuál podría ser el motivo más potente para decidir a Freud a aceptar la operación. Sachs sugirió que podría ser el pensamiento de Ana, mientras que Rank, calando un poco más hondo, dijo que más bien el pensar en la anciana madre. Yo protesté ante eso, sosteniendo que no teníamos el derecho de arrebatarse a Freud la decisión acerca de tal paso, y los otros médicos presentes, Abraham Eitingon y Ferenczi, estuvieron de acuerdo conmigo. Muchos años más tarde, cuando Freud vivía en Londres, le conté que habíamos estado discutiendo acerca de si debíamos informarle o no, a lo cual contestó, con una penetrante mirada: «*Mit welchem Recht?*»¹ Pero más tarde manifestó a Ferenczi que desde el comienzo estuvo seguro de que la tumoración era cancerosa.

Ni aún entonces se le dijo la verdad a Freud. Hajek, por el contrario y a pesar de haber visto el informe del examen histológico, le aseguró que la tumoración no había sido de carácter maligno y que la operación había sido meramente profiláctica. Pero entretanto se hicieron los preparativos para una gran operación, que habría de realizarse a su regreso a Viena. Freud, pensando para sus adentros que ésta podría ser la última oportunidad que tendría para ello, se decidió a cumplir el proyecto largamente acariciado de mostrar Roma a su hija. Había tomado esa decisión durante la misma semana de su primera operación, en el mes de abril. Pasaron la noche y el día siguiente en Verona, después de lo cual tomaron el expreso nocturno de esta ciudad a Roma. Durante el viaje, una pareja que venía de Cincinnati, trabó conversación con ellos, mani-

1. ¿Con qué derecho?

festándoles que les agradaba siempre, conversar con los «nativos» de cada lugar. En el tren tuvo lugar un sombrío episodio, durante el desayuno. Repentinamente brotó de la boca de Freud un chorro de sangre, cosa que seguramente se debió a la herida producida por una corteza de pan. No cabe duda acerca de la impresión que esto produjo al padre y a la hija. La visita a Roma fue, con todo, sumamente placentera, y Freud, que era un guía admirable, se deleitaba con las entusiastas reacciones de su hija ante las cosas que le iba mostrando. «Roma estaba realmente encantadora, especialmente durante las dos primeras semanas, hasta que llegó al siroco, que hizo acrecentar mis sufrimientos físicos. Ana estaba magnífica. Entendía y gozaba de todo y yo me sentía muy orgulloso de ella».

Hallándose en Roma llegó a sus manos un recorte de un diario de Chicago en el que se anunciaba que él estaba «muriendo lentamente», que había abandonado el trabajo y transferido sus alumnos a Otto Rank. El comentario de Freud fue éste: «Esto es muy instructivo acerca del origen de los rumores y de todas las cosas que pueden crecer alrededor de un núcleo de verdad. No se trata de un puro invento. El artículo me alegra por cuanto la muerte no existe a no ser para la gente mala; el autor debe ser de la Christian Science».

Durante la ausencia de Freud, Deutsch siguió con los preparativos. Convenció al profesor Pichler, el distinguido cirujano oral, para que se hiciera cargo del caso, y con ello hizo una elección realmente excelente y que Freud siempre le agradeció. Realizó además todos los preparativos necesarios para la probable intervención, después de lo cual esperó pacientemente el regreso de Freud.

El 26 de septiembre Pichler y Hajek examinaron conjuntamente a Freud y descubrieron una inconfundible úlcera maligna en el paladar óseo, que había invadido los tejidos circundantes, incluso la parte superior de la mandíbula y hasta el carrillo. Pichler decidió inmediatamente que era necesario realizar una intervención radical. Ese mismo día Freud escribió a Abraham, a Eitingon y a mí, agregando: «Ya sabe usted lo que todo esto significa». Pichler dio comienzo a los preparativos usuales (los dientes, etc.) al día siguiente. Realizó la operación radical en dos etapas, los días 4 y 11 de octubre. En la primera etapa ligó la arteria carótida externa y extirpó las glándulas submaxilares, algunas de las cuales habían aumentado sospechosamente de tamaño. En la segunda etapa, luego de practicar una considerable incisión del labio y el carrillo, el cirujano extirpó todo el maxilar superior y el paladar del lado afectado, operación ésta que por su extensión, naturalmente, dejó unidas la cavidad nasal y la oral. Estas dos terribles operaciones fueron realizadas bajo la anestesia local. Después de la segunda el paciente no pudo hablar por varios días, durante los cuales se le debió alimentar, además, a través de un tubo nasal. Se recuperó bien, no obstante, el día 28 de octubre se retiró a su casa. Dos veces escribió Freud durante su estancia en el establecimiento (Auersberger Sanatorium). Una vez fue un telegrama que me envió y en el cual no mencionaba la intervención. La otra fue una carta que apenas una semana después de la misma envió a Abraham, a quien había mandado una de sus misivas más optimistas:

Mi querido e insuperable optimista:

Hoy fue renovado el tapón. Levantado de la cama. Lo que ha quedado de mí ha sido vestido. Gracias por todas las noticias, cartas, saludos y recortes periodísticos. Tan pronto como pueda dormir sin inyecciones iré a casa.

En ese momento comenzaron dieciséis años de molestias, desdicha y dolor, interrumpidos solamente por la recurrencia de trastornos y nuevas operaciones. La gigantesca prótesis —una especie de enorme dentadura u obturador— destinada a separar la boca de la cavidad nasal, era un horror. Se le denominó «el monstruo». En primer lugar era muy difícil de sacar o volver a colocar, ya que le era imposible a Freud abrir la boca a tal extremo. Así, por ejemplo, en una ocasión, los esfuerzos combinados de Freud y de su hija fueron insuficientes para colocarla en su lugar a pesar de media hora de lucha, y fue necesario traer al cirujano. Por otra parte, para que la prótesis llenara el objetivo de taponar bien el orificio superior y hacer posible comer y hablar, tenía que estar bien ajustada. Pero esto producía una constante irritación, que daba origen a la formación de puntos dolorosos con lo que llegaba un momento en que resultaba imposible usarla. Por otra parte, si quedaba fuera de su lugar por más de unas pocas horas se producirían variaciones en los tejidos y ya la «dentadura» no podría ser colocada nuevamente sin determinados ajustes.

Desde este momento la pronunciación de Freud fue muy defectuosa, si bien cambiaba bastante de una época a otra, según el ajuste de la «dentadura». Tenía una voz nasal y más bien espesa, muy semejante a la voz de los que tienen fisura en el

paladar. Alimentarse era también un tormento, y raras veces se animaba a hacerlo en compañía de otros. Por otra parte, el daño producido a la trompa de Eustaquio, a la vez que las constantes infecciones a los tejidos circundantes, le dificultaban grandemente la audición con el oído derecho, hasta que esto llegó a transformarse casi en una completa sordera de ese lado. Como era el lado por el que se comunicaba con los pacientes, tuvo que cambiarse la posición del sofá y también de la silla de su consultorio.

Desde el comienzo de la enfermedad hasta el final de su vida, Freud rehusó tener ninguna enfermera que no fuera su hija Ana. Desde el principio hizo un pacto con ella en el sentido de que habría de ser evitada toda manifestación afectiva; todo lo que fuera necesario hacer debería realizarse de una manera absolutamente fría, con esa ausencia de emoción que caracteriza la labor de un cirujano. Esa actitud, más el coraje y la firmeza de parte de ella, le hicieron posible el cumplimiento del pacto aun en los momentos y situaciones más descorazonantes.

La segunda elección de cirujano fue para Freud realmente afortunada. La reputación de Pichler como cirujano estaba fuera de todo parangón, y además este hombre hizo en el caso todo lo que de fue posible. Tenía apenas una vaga idea de lo que Freud significaba para el mundo, pero no lo habría atendido mejor así se tratara de un emperador. Pertenecía al tipo alemán-austríaco más encomiable y era un hombre de insuperable integridad. Ninguna molestia era excesiva para su elevada conciencia profesional. Era precisamente el tipo de médico que Freud necesitaba, un hombre en quien podía confiar

absolutamente, y las relaciones entre ambos fueron excelentes todo el tiempo.

No cabe duda alguna de que Félix Deutsch actuó en todo esto con la mejor inspiración y buena fe. Algunos años después aseguró a Freud de que no se arrepentía de todo lo que había hecho y de que en circunstancias similares volvería a hacer exactamente lo mismo, si bien en esto último no consiguió que el paciente pensara lo mismo. Muy sensible siempre a la posibilidad de ser engañado por los médicos, Freud consideraba difícil perdonar el hecho de que no se le hubiera dicho toda la verdad desde el principio, si bien esto último no influyó de ningún modo en sus amistosos sentimientos y en su gratitud hacia Deutsch. Lo que le molestaba especialmente, al parecer, era que se hubiera supuesto que no estaría dispuesto a enfrentar valerosamente una verdad dolorosa, ya que precisamente esto constituía una de sus virtudes más destacadas. Deutsch pudo captar esto, por supuesto, de modo que pocos meses después de la operación, una vez que Freud volvió a una existencia más o menos normal, le expresó con toda valentía que lo ocurrido haría imposible en el futuro la completa confianza que es indispensable en la relación entre médico y paciente. Freud admitió esto, lamentándolo, pero se reservó el derecho de llamar a Deutsch en su ayuda en cualquier momento que ello fuera necesario. Una reconciliación completa se produjo más tarde, en enero de 1925.

Después de esta introducción a la épica historia de los sufrimientos de Freud, tenemos que volver a la cronología diaria de la época.

En febrero *L'Encéphale*, la más importante revis-

ta francesa de neurología, requirió una fotografía de Freud para publicarla junto con una amplia exposición de su obra. Por otro lado, un excelente libro de Raymond de Saussure, *La méthode psychanalytique*, había sido prohibido en Francia bajo el pretexto de que el análisis de un sueño hecho por Odier atentaba contra la discreción profesional.

La *Verlag* tenía que negociar ahora una inmensa cantidad de traducciones de las obras de Freud a diversos idiomas. Dos mil ejemplares de la traducción rusa de la *Introducción al psicoanálisis* fueron vendidos en Moscú en un solo mes. En esa época había un enorme interés por el psicoanálisis en Rusia: acababa de crearse precisamente otra Sociedad psicoanalítica, esta vez en Kazan. Cuando le llegó el turno a las traducciones al chino, Freud expresó la hipótesis de si en ese idioma no llegaría a ser más comprensible el análisis que en la lengua original.

Fue en esa época que se tomó la decisión de editar las obras completas de Freud con el título de *Gesammelte Schriften*. El primer volumen que apareció fue el tomo IV, y en el Congreso de Salzburgo, de abril de 1924, se pudieron exhibir tres volúmenes.

El 22 de febrero de 1923 Romain Rolland escribió a Freud agradeciéndole un elogio que éste había hecho de él en una carta dirigida a Édouard Monod-Herzen, un amigo común. Se trata posiblemente del libro de Rolland *Au dessus de la mêlée*, que poco tiempo antes había creado bastante sensación. Fue éste el comienzo de una interesante correspondencia entre ambos, de la que se desprende que Freud tenía un alto concepto del escritor francés. Éste manifestó a Freud que había seguido su obra durante 20 años, cosa realmente notable si es así.

Durante el verano recibió una carta de un joven

judío llamado Leyens, un entusiasta nacionalista germano que había actuado en el frente durante la primera Guerra Mundial y que era un partidario de Hans Blüher. Esperaba de Freud que le aclarara la paradoja de que Blüher, un furioso nacionalista y antisemita, fuera un admirador de Freud. En su respuesta, fechada el 4 de julio de 1923, y que contenía algunas apreciaciones condenatorias de Blüher, escribía Freud: «Yo le aconsejaría a usted que no malgastara sus energías en la estéril lucha contra el movimiento político actual. Las psicosis de las masas resisten toda clase de argumentos. Son precisamente los alemanes quienes tuvieron la ocasión de aprender esto en la última guerra, pero por lo visto son incapaces de ello. Déjelos usted en paz... Dedíquese a las cosas que puedan elevar a los judíos por encima de esta locura, y no tome a mal mi consejo, que es producto de una larga vida. No se muestre tan ansioso de unirse a los alemanes». En la época de los nazis Leyens emigró a Estados Unidos, desde donde escribió a Freud para reconocer que éste había tenido toda la razón. He aquí la modesta respuesta de Freud, fechada el 25 de julio de 1936: «Espero que usted no crea que me siento orgulloso de haber estado en lo cierto. Tenía razón en mi carácter de pesimista contra los entusiastas, de anciano contra un hombre joven. Más me agradecería haber estado equivocado».

Como antes he mencionado, Freud fue autorizado a volver a su casa después de la operación mayor, el 28 de octubre. Tenía que reanudar su trabajo el 1.º de noviembre, pero entonces surgieron algunas complicaciones relacionadas con la cicatriz de la primera operación. En el tejido séptico y necrótico se hallaron rastros de substancia cancerosa, de modo

que Pichler realizó inmediatamente una nueva operación, la tercera, el 2 de noviembre. Esta vez se hizo una amplia extirpación del paladar blando, junto con los tejidos de la vieja cicatriz y el proceso perigóideo. Todo esto fue realizado bajo la acción de una combinación de pantopón y anestesia local, en el Auersperg Sanatorium. Durante la operación hubo una profusa hemorragia y más tarde hubo efectos secundarios bastante molestos.

El 17 de noviembre se le hizo a Freud una operación de Steinach —ligadura de los conductos deferentes de ambos lados— a requerimiento suyo. Esto fue realizado con la esperanza de que el rejuvenecimiento que se esperaba de esa operación pudiera demorar la recidiva del cáncer. Esta idea provenía de von Urban, que había trabajado con Steinach y estaba entusiasmado con los resultados que había podido comprobar. Consiguió que Federn insistiera sobre ello ante Freud, quien se dirigió entonces a von Urban para preguntarle cuáles habían sido sus experiencias al respecto. Dos años más tarde, sin embargo, Freud manifestó a Ferenczi que no había percibido beneficio alguno de esta operación.

El resto del año estuvo colmado de visitas casi diarias a Pichler y cambios constantes introducidos en el «monstruo», en la esperanza de conseguir la suficiente comodidad para hacer posible el habla. Se le hicieron además varios tratamientos de rayos X en la boca durante esos meses. Freud no pudo recibir ningún paciente hasta el Año Nuevo. Durante seis meses no había tenido ingreso alguno, y sus gastos habían sido considerables. Insistió en pagar a Pichler honorarios completos, tal como lo hizo con los demás médicos.

Su producción más importante de este año fue un libro con el que entraba en un terreno completamente nuevo, *El Yo y el Ello*, que apareció en la tercera semana de abril. Lo había comenzado en el mes de julio del año anterior, que fue uno de los períodos más productivos de Freud. Había escrito a Ferenczi: «Estoy ocupado con una cosa un tanto especulativa, una continuación de *Más allá del principio del placer*. Lo que saldrá de ello será un pequeño libro o bien nada.» Freud, posteriormente, escribió a Ferenczi: «Ahora me encuentro bajo la conocida depresión que sigue a la corrección de las pruebas, y me estoy jurando a mí mismo no incurrir nunca más en semejante embrollo. Se me ocurre que después del *Más allá del principio del placer* la curva ha descendido bruscamente. Este trabajo estaba aún lleno de ideas y bien escrito, la *Psicología de las masas* está bien cerca de la banalidad y en cuanto a este libro es decididamente oscuro, está compuesto de una manera artificial y mal escrito... Con excepción de lo que se refiere a la idea básica del “ello” y el esquema acerca del origen de la moral, estoy disconforme realmente con todo lo que contiene este libro».

Freud escribió durante este año varios artículos, prólogos y otras cosas por el estilo, amén de dos trabajos publicados en enero de 1923 que habían sido escritos el año anterior: *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* y *Una neurosis demoníaca del siglo XVII*.

El trabajo más importante que escribió Freud en 1923, realizado en el mes de febrero, fue publicado en el número de abril del *Zeitschrift*. Se titulaba «La organización genital infantil de la libido».

Este año fue principalmente cubierto por las penosas complicaciones a que dieron lugar las críticas de Abraham a Ferenczi y Rank y los notables cambios operados en la personalidad de éste último, a todo lo cual nos hemos referido ya en el capítulo anterior. Freud, se había propuesto seriamente asistir al Congreso a realizarse en abril, si bien le manifestó a Abraham el temor de que el escuchar la lectura de quince trabajos sería un esfuerzo excesivo para él. Freud escuchaba por principio todos los trabajos leídos en cada uno de los Congresos a que asistió, ejemplo éste que más tarde fue seguido por su hija. Pero en el mes de marzo sufrió un ataque de gripe, que le dejó ciertas secuelas en la mucosa de la nariz y de los senos nasales (una vieja afección de Freud), de modo que se vio obligado a tomarse un descanso.

Freud había reiniciado su trabajo profesional el día 2 de enero, con seis pacientes, pero la dificultad que tenía para hablar hacía que esto resultara muy cansado. «Usted es de aquellos que se niegan a creer que ya no soy el mismo hombre de antes. Pero estoy, en realidad, muy cansado y necesitado de descanso, apenas puedo realizar mis seis horas de trabajo analítico y no puedo pensar en hacer ninguna otra cosa. Lo sensato sería renunciar a todo mi trabajo y mis obligaciones y esperar en un tranquilo rincón la llegada del fin natural de todo. Pero la tentación —para no decir la necesidad— de seguir ganando algo cuando los gastos son tantos, es poderosa». El «monstruo» era fuente de constantes de molestias y tenía que ser modificado cada varios días. Se hizo una segunda prótesis en febrero y otra en octubre, pero sin mucho éxito. Se le permitió fumar, pero para mantener el cigarro entre los dien-

tes tenía que forzar la apertura de la boca con la ayuda de un instrumento.

La noticia de la grave operación de Freud parece haber trascendido en Viena y hubo algunas expresiones de amistad. El *Neue Freis Presse* publicó un artículo elogioso el 8 de febrero; fue escrito por Alfred von Winterstein. Luego de esto el Consejo Municipal, entonces con mayoría demócrata socialista, le confirió el título de ciudadano honorario (*Bürgerrecht*) de Viena, título semejante al de ciudadano honorario inglés. «La idea de que mi próximo 68.º aniversario pueda ser el último de mi vida parece habersele ocurrido también a otros, ya que las autoridades de Viena se han apresurado a conferirme en ese día el *Bürgerrecht*, para lo cual se espera habitualmente el 70 cumpleaños». Freud no mencionó esa nueva a Ferenczi, y cuando éste le inquirió al resto, le contestó: «Es poco lo que cabe decir acerca del *Bürgerrecht* a que usted se refiere. No parece ser esencialmente más que un ritual, algo simplemente para el Sábado¹».

También Stekel, movido probablemente por las mismas consideraciones, así como también por una resurrección de su viejo vínculo personal con Freud, llegó a contestar a Stekel. Probablemente no lo hizo pero de lo que no hay dudas es que no se entrevistó con él.

El 24 de abril nació el sexto y últimos de los nietos de Freud, Clemens Raphael.

El octavo Congreso Psicoanalítico Internacional

1. *Man, kann Schabbes davon machen.* (En su traducción de esta frase, el Dr. Jones olvida el hecho de que es un dicho judío de carácter irónico. Significa literalmente "Uno puede sacar de él el Sábado", es decir, la comida del Sábado. Pero su verdadero significado es que no sirve para nada en absoluto. — *Eds.*)

se realizó del 21 al 23 de abril en Salzburgo, sede del primer Congreso realizado 16 años antes. Ocho fueron los miembros que asistieron a uno y otro Congreso: dos de ellos viven aún. Hitschman y yo. Inmediatamente después del Congreso me dirigí a Viena para visitar a Freud y llevarle mi informe. Permanecí en esa ciudad tres días. Me produjo una fuerte impresión por supuesto, el cambio operado en su fisonomía y la gran alteración de su voz, amén de que había que acostumbrarse a verle mantener la prótesis en su lugar con el pulgar. A la larga, sin embargo, esto último daba la impresión de concentración filosófica. Inmediatamente se advertía que la inteligencia y la fineza mental de Freud no había cambiado. También Abraham se había propuesto visitarlo, pero el corto visado obtenido para Austria ya había expirado. El y Ferenczi enviaron a Freud amplios informes del Congreso, y Freud se sintió muy aliviado al saber que éste había transcurrido sin incidencias desagradables. Había temido mucho que las críticas de Berlín a Ferenczi y Rank provocaran una escisión mayor.

Romain Rolland visitó a Freud el 14 de mayo. Quien lo llevó a su casa fue Stephan Zweig. Pasaron juntos la velada, y Zweig actuó de intérprete. Con su defectuosa pronunciación, le resultaba a Freud bastante difícil, a ratos, hacerse entender en alemán, de modo que el francés estaba enteramente fuera de su alcance. Lo mismo ocurrió dos años más tarde en ocasión de la visita que Freud hizo a Yvette Guilbert en el Bristol Hotel. Dirigiéndose al esposo de Yvette, hizo esta patética observación: «Mi prótesis no habla francés».

George Seldes ha tenido la gentileza de hacerme conocer los detalles del siguiente incidente ocurrido

en esa época. Dos jóvenes, Leopold y Loeb, habían realizado en Chicago lo que ellos describían como un «crimen perfecto». Fueron descubiertos, sin embargo, y el largo proceso que siguió a esto fue motivo de una sensación de primer orden en Estados Unidos. Sus pudientes parientes y amigos hicieron todo esfuerzo posible por salvarlos de la pena capital, cosa que finalmente no pudieron evitar. Seldes, que formaba parte de la redacción del *Chicago Tribune*, recibió instrucciones del Coronel McCormick de dirigir a Freud el siguiente telegrama: «Ofrecimiento de 25.000 dólares o cualquier otra cifra que disponga, venir a Chicago a psicoanalizarlos (es decir, a los asesinos)». Freud contestó a Seldes, en carta fechada el 29 de junio de 1924:

Recibí su telegrama con retraso, a causa de un error en la dirección. En respuesta al mismo debo declarar que no se puede pretender que yo esté en condiciones de emitir una opinión autorizada acerca de personas y un hecho de los que sólo tengo informes periodísticos y careciendo de una oportunidad para un examen personal. He tenido que declinar una invitación de la Hearst Press para ir a Nueva York por el tiempo que dure el proceso, por razones de salud.

Esta última frase se refiere a una invitación de Hearst, de Chicago, para que viajara a Estados Unidos a «psicoanalizar» a los dos delincuentes y presumiblemente demostrar que no debían ser ejecutados. Hearst ofrecía a Freud cualquier suma que quisiera proponer, y habiéndose enterado de que se hallaba enfermo estaba dispuesto a fletar un barco especial para que pudiera realizar el viaje al abrigo de toda molestia.

En el mes de junio Freud, con todo optimismo, reservó comodidades para el mes de julio en el Walhaus, Flims, en el Cantón Grisons. A menudo había tenido el deseo de pasar unas vacaciones en Suiza, pero siempre ocurría algo que lo hacía imposible. También esta vez sufrió un desengaño, ya que la molestia local de la boca lo obligó a permanecer al alcance de su cirujano. Alquiló entonces la villa Schüler, en el Semmering, desde donde hacía visitas regulares a Viena.

Entre las noticias que tuve que comunicar a Freud en esa época una era la del éxito obtenido por Sachs en una serie de conferencias que pronunció en Londres ese verano, y otra, más sorprendente, se refería a que en el National Eisteddford de Gales, el bardo máximo había sido premiado con un poema referente al psicoanálisis.

La hija de Oliver Freud, Eva Matilde, nació el 3 de septiembre. Era la segunda nieta de Freud, ya que Miriam Sophie, hija de Martin, nació el 6 de agosto de 1924.

Ese año trajo a Freud un serio desengaño personal, comparable apenas al que le produjo el caso de Rank. Frink, de Nueva York, había reanudado su análisis en Viena en abril de 1922 y continuado hasta febrero de 1923, y Freud se había formado de él la más alta opinión. Era, con mucho, según Freud decía, el más dotado de los norteamericanos que había conocido, el único de cuyo talento podía esperar algo. Frink había pasado, durante el análisis, por una fase psicótica —tuvo que tener a su lado por un tiempo, un enfermero—, pero Freud consideraba que la había superado completamente y esperaba verlo convertido en el principal psicoanalista de Estados Unidos. Desgraciadamente, a su regreso

a Nueva York, Frink se comportó en forma arrogante con los analistas de más edad, especialmente Brill, hablando con todo el mundo de que todos ellos ya eran anticuados. El segundo casamiento de Frink, que tanto escándalo había causado y en el cual se habían cifrado grandes esperanzas de dicha, resultó ser un fracaso, y la esposa había iniciado un juicio de divorcio. Esto junto con la reyerta que él mismo provocaba, deben haber sido la causa que precipitó un nuevo ataque. Frink me escribió en noviembre de 1923 que, por razones de salud, tenía que interrumpir su colaboración en el *Journal*, así como su práctica profesional. En el verano siguiente estaba internado como paciente en el Phipps Psychiatric Institute y ya nunca recuperó su salud mental. Falleció en el Chapel Hill Mental Hospital de North Carolina aproximadamente unos diez años más tarde.

Freud se había mostrado impaciente y había manifestado críticas acerca de la lentitud de la traducción de sus obras completas en inglés, sin advertir la inmensa labor que ello significaba si se quería realizar el trabajo con todo cuidado. Pero finalmente comenzaron a aparecer. «La noticia que me envía Mrs. Rivière acerca del primer tomo de la colección, resultó un placer y una sorpresa. Confieso que estaba equivocado. Yo subestimaba la duración de mi existencia o la energía puesta por ustedes en la empresa. Las perspectivas que me hace conocer usted en su carta acerca de los volúmenes siguientes me parecen espléndidas». Más tarde, cuando el primer tomo de los *Collected Papers* llegó realmente a sus manos, escribió: «Veo que ha logrado usted su propósito, asegurando en Inglaterra un lugar para la literatura psicoanalítica, y lo congratulo por este

resultado, al que yo ya había renunciado casi por completo».

A fines de ese año, Helene Deutsch propuso la creación de un Instituto Didáctico, Bernfeld como Vicedirector y Ana Freud como Secretaria.

Hacia fin de año, por precaución, Freud fue sometido a varios tratamientos de rayos X, aun cuando no se había producido aún una recidiva del cáncer.

En 1924 Freud publicó, aparte de algunos prólogos y otras cosas por el estilo, cinco trabajos. Dos de ellos, *Neurosis y psicosis* y *La pérdida de la realidad en las neurosis y psicosis*, representaban una mera extensión de ideas expuestas en su libro *El yo y el ello*.

En abril apareció un trabajo muy importante, *El problema económico del masoquismo*. Lo que sirvió de estímulo para escribirlo fueron ciertos desconcertantes problemas que surgieron como consecuencia de los conceptos expuestos en su libro *Más allá del principio del placer*.

En octubre y noviembre de 1923, aún en plena convalecencia de su operación radical, Freud había escrito, por encargo, una breve noticia sobre psicoanálisis, en parte autobiográfica, para los editores norteamericanos de la Enciclopedia Británica. Apareció en ésta en el verano de 1924, bajo el título bastante sensacional de *Psicoanálisis: Explorando los ocultos reductos de la muerte*, como Capítulo LXXIII de un volumen titulado *Estos años memorables. El siglo XX en plena obra, tal como lo ven muchos de sus artífices*. Cuatro años más tarde se publicó en los *Gesammelte Schriften* con el título de *Kurzer abriß der Psychoanalyse* («Breve reseña del Psicoanálisis»).

En el mes de febrero de 1925 Freud informaba que no se le habían ocurrido nuevas ideas en los últimos cuatro meses transcurridos, período éste que era el más largo que podía recordar. Pero esta situación no duró mucho.

Abraham y su esposa proyectaba realizar una visita a Viena durante la Pascua, y Freud estaba tan ansioso como él mismo de que esto se llevara a cabo. Pero justamente entonces Pichler se hallaba empeñado en rehacer la prótesis bucal, cosa que prácticamente privaba a Freud de la capacidad del habla, a la vez que le causaba una gran incomodidad. Muy contra sus deseos, Freud tuvo que prescindir de la visita de Abraham, aún cuando abrigaba la esperanza de verlo en el verano. Fue ésta la última oportunidad en que podría haberse reunido con él, ya que durante el verano Abraham se hallaba en plena convalecencia del primer ataque de la enfermedad que finalmente resultó fatal. Falleció en diciembre.

En mayo le envié a Freud la siguiente noticia: «Posiblemente habrá visto usted que Lord Balfour, en el discurso pronunciado en Jerusalén¹, se ha referido, de una manera personalmente amistosa, a los tres hombres que a su juicio han influido más en el pensamiento moderno, judíos los tres: Bergson, Einstein y Freud. En una reciente comida de la Sociedad Anglo-austríaca, a la que yo asistí, Lord Haldane, el huésped de la velada, se ocupó en su discurso de los aportes a la cultura hechos por Viena a través de las edades. Los cuatro nombres que destacó para ilustrar su disertación fueron los de Mozart, Beethoven, Bach y Freud». Freud acababa de recibir ejemplares de su *Autobiografía*, de los que

1. En el acto de inauguración de la Universidad Hebrea.

me envió dos para que yo los hiciera llegar a las dos personas en cuestión. Balfour acusó recibo del envío, pero no así Haldane.

El 30 de junio Freud partió para el Semmering, donde había alquilado nuevamente la Villa Schüler. Ese día la había aparecido una telangiectasis¹ en la encía, que fue destruida por el cauterio. Quince días antes le hicieron el curetaje de unos fondos de saco en la herida, bajo anestesia local, por supuesto. Antes de eso le tuvieron que obturar cuatro dientes, previa mortificación de la pulpa. Una semana antes de partir de Viena, en junio, tuvo nuevamente un papiloma y le fue cauterizada la mucosa circundante. Todas estas pequeñas intervenciones no representaban más que intervalos en la constante lucha por el mejoramiento de la prótesis, mediante una modificación tras otra, de lo cual se deduce hasta qué punto estaba Freud obligado a mantenerse cerca de su cirujano.

El 20 de junio fallecía José Breuer, a la edad de 84 años. Freud envió a la familia un expresivo pésame y escribió una nota necrológica para el *Zeitschrift*.

De nueva York llegaron buenas noticias: Brill había reasumido la Presidencia de la Sociedad local. Después de desempeñarse en el cargo apenas por dos años desde su fundación, lo había transferido a Frink por el término de dos años más, después de lo cual realmente no hubo ya ningún dirigente. Brill ocupó ahora el cargo en los críticos once años que siguieron, durante cinco de los cuales fue también presidente de la Asociación Psicoanalítica Norteamer-

1. Un tumor constituido por vasos sanguíneos.

ricana. En la época en que abandonó estos dos cargos había regularizado las relaciones entre las dos instituciones y entre ellas y la Asociación Internacional. En sus cuarenta años de actividad, por su inmovible adhesión a las verdades del psicoanálisis, su manera amistosa, pero insobornable, de combatir a los enemigos del mismo y su invariable disposición a ayudar a los analistas más jóvenes, prestó al psicoanálisis en Norteamérica mayores servicios que ninguna otra persona. En la época a que nos estamos refiriendo, la lucha por el reconocimiento en Norteamérica era especialmente seria, y no era nada fácil lograr nuevos adherentes. En 1925, por ejemplo, sólo había un analista al occidente de Nueva York: Lionel Blitzsten, en Chicago.

En Pentecostés, Abraham había pronunciado algunas conferencias en Holanda y volvía de allí con una tos bronquial. La historia que nos contaron entonces era que se había tragado, en un descuido, una espina de pescado que se alojó en un bronquio. El mal se resistía a ceder y se creyó que había traído como consecuencia una bronquiectasis crónica. En julio se dirigió a Wengen, luego a Sils María, de donde volvió con una ligera mejoría. Pero en el Congreso de Homburg, que él había de presidir, era un hombre enfermo y evidentemente se hallaba bajo la influencia de la morfina con que trataba de contener su tos crónica. De regreso en Berlín, fue tratado de la garganta por Fliess, el antiguo amigo de Freud, e informó luego su asombro al hallar la estrecha relación entre las fases de su misteriosa enfermedad y los cálculos numéricos de Fliess. Dado que Abraham siempre se había mostrado muy escéptico en cuanto a las ideas de Fliess, habría que atribuir su conversión a la extrañeza que le producía —y que

todos compartían— la imposibilidad de llegar a un diagnóstico razonable de su afección.

El Congreso de Homburg que tuvo lugar del 2 al 5 de septiembre, había sido un éxito, si bien no alcanzó el nivel científico logrado en el anterior. Habían asistido muchos norteamericanos, y comenzaban a hacerse evidentes las serias divergencias —entre ellos y los grupos europeos— acerca de la zaran-deada cuestión del análisis profano. Le sugerí a Eitingon que el Congreso creara una Comisión Didáctica Internacional, cuya función sería la de coordinar en lo posible los métodos y principios de la formación de candidatos a analistas en las diversas Sociedades, y proporcionar la oportunidad de discusión común de los problemas técnicos del caso. Eitingon se mostró entusiasta y logró que Rado hiciera la necesaria proposición en la reunión administrativa, donde fue inmediatamente aceptada. Esto dio lugar más adelante, por desgracia, a nuevos inconvenientes, cuando el siguiente Presidente, Eitingon, que también lo era de la Comisión, sostuvo, con el apoyo, hasta cierto punto, de Freud y Ferenczi, que la Comisión tenía el derecho de imponer en todas partes los mismos principios y reglas de admisión, punto de vista éste que muchos de nosotros, especialmente, los de América, resistíamos.

Pero el verdadero acontecimiento del Congreso fue la noticia de que Freud había confiado a su hija Ana la lectura de un trabajo que había escrito especialmente para la ocasión. Esta muestra de atención de su parte, así como el contenido del trabajo y la forma en que fue leído, causaron general agrado. El trabajo, se titulaba *Algunas consecuencias psicológicas de la diferencia anatómica entre los sexos*.

Durante un corto tiempo Freud no pudo conci-

liar el sueño a causa del dolor del maxilar inferior izquierdo. Se descubrió que un diente incluido se había infectado, originando un absceso. El 1 de noviembre la pieza fue extirpada, junto con un quiste dentario. La intervención debe haber sido bastante desagradable, pero lo único que al respecto se le oyó decir a Freud es que había sido hecha con gran elegancia. Una semana después fue expulsado un secuestro óseo.

Freud se estaba convirtiendo en una especie de sensación que obligaba a todos los que llegaban a Viena a hacerle una visita. Años más tarde esto llegó a transformarse en una verdadera plaga y Freud, por otra parte, solía discriminar poco en cuanto a los visitantes.

El primero de ellos fue el famoso escritor francés Lenormand, quien quería discutir con Freud la obra de teatro sobre Don Juan de que es autor. Hizo a Freud una impresión muy seria y simpática, y ambos concordaron en que los escritores que no hacen más que tomar los datos del psicoanálisis para sus creaciones debían ser considerados peligrosos e indignos.

Durante la Pascua recibió varias visitas de analistas: Alexander, Landauer y Pfister. Freud manifestó además que le había resultado excepcionalmente interesante una conversación de dos horas que mantuvo con Brandes, el famoso ensayista danés. En esa época le volvió a visitar también, por dos veces, el conde Keyeserling, pero sus entrevistas parecen haber derivado en una consulta, ya que Freud le aconsejó que se pusiera en manos de Abraham.

En diciembre recibió la visita de otros dos conocidos escritores, Emil Ludwing y Stephan Zweig. Freud declaró que el primero de éstos no le había

hecho ninguna impresión especial, y Ludwig, a juzgar por el sorprendente libro sobre Freud que escribió más de veinte años después, evidentemente le devolvió el cumplido.

Resultaba doloroso consignar que en los últimos meses de vida de Abraham, sus relaciones con Freud fueron menos favorables que en ningún otro momento, si bien esto tenía las características indudables de una cosa transitoria. Todo comenzó cuando Samuel Goldwyn, el famoso director cinematográfico, hizo a Freud la oferta de cien mil dólares a cambio de colaborar en la producción de una película que describiría escenas de famosas historias de amor, que comenzaría con Antonio y Cleopatra. Freud se sintió muy divertido frente a esta ingeniosa manera de explotar la asociación entre psicoanálisis y amor, pero, por supuesto, rechazó la oferta de Goldwyn e incluso se negó a entrevistarle. Hans Sachs informó que el telegrama con que Freud rechazó la oferta creó en Nueva York una sensación mayor de la de su obra maestra *La interpretación de los sueños*. En el mes de junio Neuman, en nombre de la Ufa Film Company, sugirió la producción de una película que ilustrara algunos de los mecanismos del psicoanálisis. Abraham, a quien se le habló al respecto, pidió a Freud su opinión, y por su parte creía que sería mejor realizar una película bajo una supervisión auténtica y no con la ayuda de un analista «silvestre». Freud se negó a autorizarla por sí mismo, pero no hizo ningún intento serio de desalentar a Abraham si éste quería hacer el ensayo. Su objeción principal se basaba en la poca confianza que abrigaba en cuanto a la posibilidad de que, por abstractas, sus teorías pudieran ser presentadas al público en la forma plástica de una pe-

lícula. Si, no obstante, contra lo que él suponía, ello resultaba factible, volvería a considerar la posibilidad de autorizar la película, y en ese caso cedería a la *Verlag* cualquier suma que ingresara por tal motivo.

La película se hizo, y yo la vi en el mes de enero siguiente, en Berlín. La noticia causó bastante consternación, especialmente el hecho de que una película de esa índole fuera autorizada por el Presidente de la Asociación Internacional. Los periódicos ingleses, donde en ese momento se registraba una de las tantas olas de insultos al psicoanálisis, aprovecharon ampliamente la ocasión. Manifestaron que Freud, habiendo fracasado en su intento de lograr apoyo para sus teorías en los círculos profesionales, había descendido, en su desesperación, al recurso teatral de hacer la propaganda de sus ideas entre el populacho, mediante la exhibición de una película. Esto no hacía más que reflejar la típica mala voluntad con que se atacaba al psicoanálisis en todas las formas posibles.

En el mes de agosto Freud se quejó de que la compañía filmadora estaba anunciando, sin su consentimiento, que se estaba realizando la película, y que sería exhibida «con la colaboración de Freud». En Nueva York se afirmó que «cada metro de la película, *El misterio del alma*, habría de ser planeado y vigilado por el Dr. Freud». Por otra parte Sachs, sobre quien recaía la mayor responsabilidad de la película, a causa de la ininterrumpida enfermedad de Abraham, se quejó de que Stofer, entonces director de la *Verlag*, hacía circular ejemplares de un artículo que había escrito en un periódico y en el que criticaba severamente la película. Bernfeld, entonces, elaboró otro guión cinematográfico, que junto con Sto-

fer ofreció a otras compañías. Trataron incluso de lograr la colaboración de Abraham en dicha empresa, pero éste invocó una importante cláusula del contrato que había firmado, que prohibía patrocinar oficialmente ninguna otra película psicoanalítica, y menos aún con intervención de la *Verlag*, por un período de tres años. Esto dio lugar a una agitada controversia, en el curso de la cual Abraham se formó una pobre opinión de la responsabilidad de los analistas vieneses. A Freud le pareció que esto último era exagerado, pero Abraham le envió una exposición detallada de sus críticas, recordándole a la vez cuán acertado había sido su juicio en el caso de Jung y de Rank. Esto más bien molestó a Freud, quien le dijo que no había razón alguna para que estuviera acertado *siempre*, pero con todo, si también esta vez tenía razón, no dejaría de otorgársela nuevamente. La correspondencia quedó interrumpida en esta carta, en la que Freud le expresaba sus mejores deseos de restablecimiento.

Abraham se había mostrado constantemente optimista en cuanto a su salud, pero ésta iba empeorando constantemente, sin que los médicos supieran decir a qué se debía. A Freud esto le pareció de mal agüero y comenzó a demostrar gran asiedad acerca del curso futuro de los hechos. En octubre Abraham informó de una complicación: un hígado inflamado y dolorido. A su juicio se trataba de una molestia de la vesícula, por lo cual insistió en que se le hiciera una intervención, para lo cual elegiría una fecha de acuerdo con los cálculos de Fliess. La operación se hizo, sin llegar a aclararse nada, e hizo más mal que bien. En la misma carta transmitía Abraham un mensaje de simpatía a Freud de parte de Fliess. El comentario de Freud fue este: «Esta expresión de

simpatía al cabo de veinte años me deja bastante indiferente». Esto no deja de dar la impresión de que aún se sentía lastimado por la forma en que Fließ se apartó de él.

La ansiedad continuó, y algunas semanas más tarde, Freud ya había perdido casi toda esperanza de ver restablecido a Abraham. A la luz de los actuales conocimientos médicos no cabe dudar de que la misteriosa enfermedad del caso debe haber sido un cáncer de pulmón, que hizo su inevitable evolución en poco más de seis meses. El 18 de octubre tuve la terrible noticia, en un telegrama de Sachs: «El estado de Abraham es desesperante». Una semana más tarde, el día de Navidad, se produjo el desenlace. Freud recibió la noticia el mismo día, e inmediatamente redactó la breve nota fúnebre, más tarde complementada por otra más amplia, de carácter biográfico, que hube de escribir yo. Refiriéndose a la frase de Horacio que aquí citaba (*integer vitae, scelerisque purus*)¹, me escribió: «Siempre me parecieron detestables las exageraciones en ocasión de un fallecimiento. He puesto todo cuidado en evitarlas, pero siento que esta cita es realmente justa». Muchos años antes, mientras presenciaba el acto de descubrir una placa recordatoria de Fleischl-Marxow, en 1898, había oído esas mismas palabras en boca del profesor Exner, el sucesor de Brücke, a propósito del extinto amigo. Difícilmente pudo Freud haber conocido jamás dos hombres que merecieran más que Fleischl y Abraham semejante elogio.

En la misma carta agregaba: «¡Quién habría pensado cuando nos hallábamos todos juntos en el Hartz, que él habría de ser el primero de abandonar

1. "Un hombre de vida recta e intachable".

esta vida sin sentido! Tenemos que trabajar y seguir juntos. Nadie puede remplazar la pérdida personal, pero en el trabajo nadie puede ser considerado irremplazable. Pronto habré de desaparecer yo —es de esperar que a los otros les tocará mucho más tarde—, pero la labor debe ser continuada: en relación con ésta todos somos igualmente pequeños».

El trabajo más importante de Freud en el año 1925 fue su *Autobiografía*, el más extenso de los esbozos de esta índole que habría de producir en diversas ocasiones. Constituye una de las más importantes fuentes para los estudiosos de Freud. Como era de esperar, dada la índole del trabajo, proporciona un relato de su carrera científica, a la vez que una reseña del desarrollo de sus ideas, más que una verdadera exposición de su vida.

Durante las mismas vacaciones escribió otro ensayo, también por encargo, probablemente en el mes de septiembre. Freud había prestado su nombre como miembro del Comité de Redacción de una Revista, la *Revue Juive*, que se publicaba en Ginebra. El Director Albert Cohen, le insistía en que le enviara una colaboración, usando como anzuelo la afirmación de que Einstein y Freud eran los dos judíos más distinguidos en ese momento. La colaboración, titulada «Las resistencias al psicoanálisis», apareció en esa revista en marzo de 1925. Después de una interesante disquisición acerca de la actitud ambivalente hacia cualquier cosa nueva (el miedo a la misma y a la vez su ansiosa búsqueda), Freud exponía razones por las cuales se podía atribuir la oposición al psicoanálisis a motivos afectivos, principalmente basados en la represión de la sexualidad. Dado que la civilización dependía de nuestro dominio sobre los

instintos primitivos, las revelaciones del psicoanálisis parecían constituir una amenaza a la solidez de ese dominio. Freud sugería finalmente que los prejuicios de carácter antisemita con respecto a su persona podían ser un motivo más de la enorme oposición a sus ideas y del carácter tan desagradable que ella asumía a menudo.

En el mes de enero de 1925 del *Zeitschrift* apareció un breve trabajo con el curioso título de «A Note upon the Mystic Writing Pad» *. Los otros dos trabajos de índole clínica publicados en 1925, «La negación» y «Algunas consecuencias psicológicas de las diferencias anatómicas de los sexos».

* Traducido al castellano con el título de *El block maravilloso*. (Nota del Traductor.)

IV

FAMA Y SUFRIMIENTO

(1926-1933)

La muerte de Abraham no sólo dejó una brecha irreparable sino también importantes cuestiones por resolver. Estaba ahí, ante todo, el problema de reemplazarlo en el Comité. Dado que Brill se hallaba demasiado lejos para lograr una comunicación asidua, con él sugerí los nombres de James Glover, van Ophuijsen, Rado y Joan Rivière, pero se resolvió continuar sin cambios. Quedaban, además, dos presidencias sin vacantes. Ferenczi expuso su pretensión de ser el próximo Presidente de la Asociación Internacional, pero Freud, al ser informado de ello, dijo que significaría una seria ofensa para Eitingon, dado que por ser el Secretario, quedaba entendido que le correspondía ser el sucesor de Abraham. No estábamos del todo seguros de que Eitingon aceptaría el pesado cargo, que, entre otras cosas, le impediría continuar con su viejo hábito de tomarse largas vacaciones en el extranjero, en distintas épocas del año. Sin embargo, no sólo expresó estar dispuesto a aceptar el cargo sino que comenzó a mostrar desde ese

momento un alto sentido de responsabilidad, que no dejó de ser una sorpresa para muchos. En cambio, rechazó firmemente la idea de ocupar el lugar de Abraham en la presidencia de la Sociedad Alemana. Para ese cargo la elección recayó, después de muchas discusiones, en Simmel, quien por cierto no defraudó tampoco nuestras esperanzas. Ana Freud reemplazó a Eitingon como Secretaria de la Asociación Internacional.

Freud, desde su operación mayor, había renunciado a asistir a las reuniones de la Sociedad de Viena, pero se impuso a sí mismo el hacer una excepción a esto al realizarse el 6 de enero, el acto de homenaje póstumo a Abraham. El número siguiente debió haber sido dedicado a conmemorar el 70 aniversario de Freud, pero éste dio instrucciones a Rado, el activo director de la Revista, para que postergara ese homenaje a él y dedicara el número a las noticias fúnebre de Abraham, que Rado pensaba publicar a fin de año. «No se pueden celebrar festejos antes de cumplir con los deberes de un duelo».

El 17 y el 19 de febrero Freud sufrió en la calle leves accesos de angina de pecho (estenocardia). No hubo, aparte del dolor, ni disnea ni angustia. Al producirse el segundo de estos episodios se hallaba Freud a pocos pasos de la casa de un conocido médico, amigo suyo, el doctor Braun, hasta donde consiguió llegar. Braun hizo el diagnóstico de miocarditis y aconsejó un tratamiento de quince días en un sanatorio. Freud desoyó el consejo y, siquiera por una vez, se mostró optimista acerca de su afección, que atribuyó, con toda razón, a una intolerancia al tabaco. Había estado fumando unos cigarros desnicotinizados, pero aún así se registraban, en cada ocasión, molestias cardíacas. Para él esto era un inquie-

tante presagio de que la abstinencia ya no le resultaba nada dura. Ferenczi estaba convencido de que esto se trataba de una cosa de índole psicológica y se ofreció a venir a Viena por unos meses, para analizarlo. Freud se sintió conmovido por el ofrecimiento, y luego de agradecerle, agregaba: «Bien puede ser que esto tenga raíz psicológica y es extremadamente dudoso que ello pueda ser dominado por el psicoanálisis; además, cuando uno ya ha llegado a los setenta, ¿no tiene derecho acaso a toda forma de descanso?»

Freud se conformó, por un tiempo, con llevar una vida tranquila y no atender más que tres pacientes por día. Pero la insistencia de Braun, reforzada con una consulta con Lajos Levy, de Budapest, terminó por decidirlo a internarse el 5 de marzo, en el Cottage Sanatorium, donde siguió tratando a sus tres pacientes. Su hija Ana dormía en la habitación contigua y actuaba como enfermera del padre durante medio día, mientras que la mujer y la cuñada se turnaban el resto de la jornada. Nos informó jocosamente que se había tomado unas vacaciones en la Riviera. Volvió a su casa el viernes 2 de abril (Viernes Santo).

Freud estaba tomando ahora más en serio su afección, y escribió acerca de esto a Eitingon lo que sigue:

Sí, con toda seguridad recibiré al Comité, usted, Ferenczi, Jones y Sachs a comienzos de mayo. Me propongo interrumpir mi trabajo del 6 al 10 de mayo para dedicarme exclusivamente a ustedes, mis huéspedes. Una cosa que contribuye a ello es la idea de que bien puede ser éste el último encuentro con mis amigos. Digo esto sin mal ánimo contra el destino, sin tener que ha-

cer esfuerzo alguno de resignación, sino simplemente como un hecho, si bien sé lo difícil que resulta convencer a los demás de que lo veo así. Cuando no se es un optimista, como lo fue nuestro Abraham, se lo cree a uno naturalmente un pesimista o un hipocondríaco. Nadie puede creer que yo pueda estar preparado para algo desfavorable por el solo hecho de que sea, según toda probabilidad, lo que va a ocurrir.

Es cosa bien segura que yo muestro signos de una afección en el miocardio que no puede ser tratada con sólo dejar de fumar. Lo que dicen mis médicos acerca de que es apenas una cosa leve y que pronto habrá una gran mejoría y cosas por el estilo, no es, por supuesto, que más que una historia calculada pensando en que yo no soy un aguafiestas y que me portaré bien y que no he de atentar contra las convenciones establecidas. No me siento nada bien aquí, y aunque realmente esto fuera la Riviera, hace mucho que hubiera vuelto a casa.

...La cantidad de trastornos corporales que padezco hace que me pregunte por cuánto tiempo más estaré en condiciones de continuar con mi trabajo profesional, especialmente en vista de que la renuncia al dulce hábito de fumar ha tenido como consecuencia una gran disminución de mis intereses intelectuales. Todo esto proyecta una amenazante sombra sobre el cercano porvenir. La única cosa que me inspira miedo es la perspectiva de una prolongada invalidez, sin posibilidad de trabajar: para decirlo más claramente, sin posibilidad de ingresos. Y esto es precisamente lo que con más probabilidad ocurrirá. No poseo lo suficiente como para seguir viviendo como hasta aquí ni seguir afrontando mis incesantes obligaciones sin ingresos. En última instancia, son estas serias consideraciones de índole personal las que importan.

Usted podrá comprender que ante esta conjunción de cosas —el peligro de la incapacidad de trabajar por la dificultad para hablar y para oír, por una parte, y por la otra el agotamiento intelectual— no puedo sen-

tirme descontento con mi corazón, ya que la afección al corazón abre en mí la perspectiva de un final no muy dilatado ni demasiado desdichado... No ignoro, naturalmente, que la incertidumbre en el diagnóstico tiene también el otro aspecto, que puede tratarse solamente de una advertencia momentánea, que la inflamación puede disminuir, etc. Pero, ¿por qué ha de ocurrir todo tan placenteramente a los setenta? Por otra parte, nunca me he conformado con las sobras. Ni siquiera he podido conformarme cuando sólo me quedaba un par de cigarros en mi caja.

¿Que por qué le estoy contando todo esto? Probablemente para evitarme el hacerlo cuando usted esté aquí. Además, para lograr su ayuda para aliviarme en lo posible de las formalidades y festejos que se acercan... No cometa el error de pensar que estoy deprimido. Considero un verdadero triunfo el mío el mantener siempre un juicio claro cualesquiera sean las circunstancias y no dejarme engañar por la euforia, como el pobre Abraham. Sé también que, a no ser por esta única preocupación que tengo de que pueda llegar a no poder trabajar, me consideraría un hombre digno de envidia. Luego a una edad tan avanzada; encontrar tanto y tan cálido afecto en la familia y en los amigos; tanta esperanza de éxito —si no el éxito mismo— en una empresa tan azarosa: ¿quién más ha llegado a obtener tanto?

De regreso a Viena, Freud continuó llevando una existencia de semiinválido. Todas las mañanas antes de iniciar su trabajo, solía hacer un viaje a los verdaderos suburbios de la ciudad. Esto le dio la oportunidad de conocer la hermosura de la primavera naciente: ¡el tiempo de las lilas en Viena! ¡Qué lástima tener que llegar a viejo y estar enfermo para venir a descubrir esto!

A comienzo del año el ánimo de Freud comenzó a conturbarse con la proximidad de su 70 aniversario.

sario. Lo que lo perturbaba no era, de ningún modo, el simple hecho de sentir que estaba envejeciendo, sino la idea de los diversos actos celebratorios a que sin duda daría lugar el acontecimiento. Ya había habido anteriores fiestas de cumpleaños bastante malas, pero éste tenía perspectivas aún peores.

En un determinado momento pensó huir de todo eso enclaustrándose por una semana en un sanatorio pero finalmente le pareció que sería una conducta cobarde y demasiado desconsiderada para con todos aquellos que lo apreciaban.

Durante varios días hubo una lluvia de cartas y telegramas de felicitación procedentes de todas partes del mundo. Las cartas que más satisfacción le produjeron fueron las de Brandes, Einstein, Yvette Guilbert, Romain Rolland y la Universidad Hebrea de Jerusalén, de la cual él era uno de los Directores. Se sintió evidentemente conmovido al recibir una carta de felicitación de la viuda de Breuer.

Todos los diarios de Viena, así como también muchos de Alemania, publicaron artículos especiales, la mayor parte de ellos llenos de apreciaciones favorables. Los mejores fueron los de Bleuler y Stephan Zweig.

Por su parte, el mundo académico de Viena —la Universidad, la Academia, la Sociedad Médica, etcétera— ignoraron por completo el acontecimiento. Este comportamiento le pareció sincero a Freud. «Cualquier congratulación que proviniera de ellos me parecería insincera.»

La Logia judía Bnei Brith, de la que Freud era miembro, le dedicó un número especial de su periódico, que contenía una cantidad de artículos amistosamente inspirados. «En su conjunto, eran bastan-

te inofensivos. Yo me considero uno de los más peligrosos enemigos de la religión, pero ellos no parecen tener ninguna sospecha al respecto». También realizaron una fiesta en homenaje, en la que el Profesor Ludwig Braun —el médico de Freud— pronunció un discurso muy brillante. La familia de Freud estuvo presente, pero no así él: «Mi presencia hubiera resultado embarazosa, y de mal gusto además. Cuando alguien me insulta, me puedo defender, pero contra el elogio me encuentro indefenso... En general, los judíos me tratan como a un héroe nacional, si bien mi único servicio a la causa judía se reduce al hecho de no haber renegado nunca de mi condición de judío».

Llegado el día —6 de mayo— se reunieron en la casa de Freud y le hicieron entrega de una donación de 30.000 marcos (£ 1.500), importe recolectado entre los miembros de la Asociación. Freud destinó las cuatro quintas partes del dinero a la *Verlag* y lo demás a la Clínica de Viena. Al darnos las gracias, Freud pronunció una alocución de despedida. Una cosa que nos manifestó era que debíamos considerarlo ahora retirado de toda participación activa en el movimiento psicoanalítico y que en el futuro sólo deberíamos contar con nosotros mismos. Nos hizo un requerimiento, además, de que fuéramos testigos, ante la posteridad, de cuán buenos amigos había tenido. La parte más enfática de su alocución fue, sin embargo, aquella en que nos pidió que no nos dejáramos engañar por aparentes éxitos, en virtud de una subestimación de la intensidad de la oposición que aún habría que superar.

Al día siguiente, mantuvo su última reunión con el Comité en pleno. Se prolongó durante siete horas y media —aunque no en forma continuada por su-

puesto—, sin que él mostrara signo alguno de cansancio.

El tercer número del *Zeitschrift* de ese año, tuvo carácter conmemorativo, en homenaje a Freud, y reproducía un retrato de éste, especialmente hecho para la ocasión por el conocido artista vienés Profesor Schmutzer. Cuando Freud se enteró de que Ferenczi había recibido el encargo de hacer la nota introductoria de salutación, le escribió: «Si en lugar del artículo que me tocó hacer cuando usted cumplió cincuenta años me hubiera visto obligado a escribir dos más, habría terminado por sentirme agresivo contra usted. Yo no quisiera que una cosa así le ocurra a usted ahora, de modo que será bueno tener en cuenta la necesidad de un poco de higiene emocional para el caso».

El 17 de junio Freud alquiló comodidades en la Villa Schüler, en el Semmering, donde permaneció hasta el fin de septiembre. Desde allí realizó frecuentes visitas a su cirujano, en Viena, en su empeño de lograr, mediante sucesivas modificaciones, una mayor comodidad con su terrible prótesis. Sufrió mucho durante ese verano, y sólo un par de meses después mejoró de su afección al corazón. Así y todo, lo pasó mejor un mes o dos, al final de sus vacaciones, y en ese lapso estuvo tratando dos pacientes por día.

Ferenczi llegó el 22 de agosto, para permanecer una semana antes de partir, el 22 de septiembre, para Estados Unidos. Cuando se dirigía a Cherburgo, para embarcarse, se encontró con Rank en París, en una agencia de viajes. Curioso encuentro debió haber sido éste de dos hombres que habían colaborado tan estrechamente apenas dos años antes. Fue una semana muy feliz la que transcurrió en el Sem-

mering, y fue la última ocasión en que habría de sentirse feliz en compañía de Ferenczi. Porque estamos aquí en el comienzo de una historia bien triste en cuanto a las relaciones entre los dos. Hacía un tiempo que Ferenczi se sentía insatisfecho y aislado en Budapest y en la primavera tuvo deseo de trasladarse a Viena, cosa que no contó con el apoyo de su mujer. En abril había recibido una invitación de Frankwood Williams para dar una serie de conferencias en la *New School of Social Research* de Nueva York, y aceptó la invitación, con la aprobación de Freud. Pronunció la primera conferencia el 5 de octubre de 1926, en un acto que presidió Brill. Cierta intuición premonitrice, basada probablemente en las desdichadas consecuencias que habían tenido los viajes similares de Jung y de Rank, me movió a aconsejarle a Ferenczi que no aceptara la invitación. Pero él no hizo caso de mi consejo e hizo el plan de quedarse seis meses en Nueva York y analizar en este lapso el mayor número posible de personas. El resultado del viaje no hizo más que justificar mi premonición.

Al regresar de sus prolongadas vacaciones, Freud decidió tomar sólo cinco pacientes, en lugar de los seis que atendía antes, pero dado que en ese momento aumentó sus honorarios de veinte a veinticinco dólares, la reducción de horas de trabajo no le produjo ninguna pérdida económica. Otra innovación de esa época consistió en que, dado que aún no se sentía en condiciones de dirigir las reuniones de la Sociedad de Viena, consintió en recibir en su casa un reducido número de miembros selectos de la misma, el segundo viernes de cada mes, para realizar con ellos una reunión científica nocturna.

El 25 de octubre, invitado por Rabindranath Ta-

gore, que se hallaba en Viena, Freud le hizo una visita. Tagore no debe haberle hecho gran impresión, ya que al ser visitado poco después por otro hindú —Gupta, profesor de filosofía en Calcuta— Freud hizo este comentario: «Por el momento, mis necesidades en cuanto a hindúes están completamente satisfechas».

Puesto que estoy describiendo, en sus diversas fases, las relaciones personales de Freud con los miembros del Comité, que tanto significaba para él, no puedo dejar de referirme a mí mismo en este aspecto. Durante diez años, a partir de 1922, la relación conmigo no fue excelente como lo había sido antes y lo sería más tarde nuevamente durante esta década, si bien no me había retirado su afecto y a ratos éste solía expresarse cálidamente, Freud mostró hacia mí una actitud más crítica y menos íntima. Las dificultades comenzaron cuando Rank lo predispuso contra mí, y hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que Freud abandonara la ojeriza contra Abraham y contra mí por todo lo que hicimos para desengañarlo respecto a Rank y a sus ideas. Más tarde fue Ferenczi quien desempeñó igual papel. Sin interrupción estuvo expresando ante Freud su animadversión hacia mí, cosa que por cierto yo ignoraba totalmente, ya que he llegado a saberlo apenas ahora, al leer su correspondencia con Freud. Tal como fue el caso con Rank, esta hostilidad precursora de la que más tarde habría de manifestarse contra Freud mismo. Había, además, algunos tópicos en los que yo no pude estar de acuerdo con Freud: el tema de la telepatía, la posición exacta en el problema de los analistas «profanos» y mi apoyo a la obra de Melanie Klein.

Para Navidad, Freud y su esposa viajaron a Ber-

lín, de donde regresaron el 2 de enero. Fue su primer viaje después de la operación, realizada tres años atrás, y habría de ser el último que hacía a esta ciudad simplemente por placer. El objeto del viaje era ver a sus dos hijos, uno de los cuales estaba por partir para Palestina, a realizar cierto trabajo, y a los cuatro nietos que tenía allí: hasta entonces sólo había visto a uno de ellos, y ello cuando apenas tenía un año de edad.

Esta fue la primera ocasión en que Freud se puso en contacto con Einstein. Se encontraba en casa de su hijo Ernst, y allá recibió la visita de Einstein y su mujer. Freud escribió: «Es alegre, seguro de sí mismo y hombre agradable. Entiende tanto de psicología como yo de física, de modo que tuvimos una conversación muy placentera».

El libro titulado *Inhibición, síntoma y angustia*, que Freud había escrito en el mes de julio anterior y revisado en el mes de diciembre, apareció en la tercera semana de febrero de 1926. El juicio de Freud mismo era que «contiene varias cosas nuevas e importantes, revoca y corrige algunas conclusiones anteriores y en general no es bueno».

Esta obra es sin duda la más valiosa contribución clínica que hiciera Freud en el período de los años de posguerra. Es esencialmente un amplio estudio de los diversos problemas relativos a la angustia. Constituye un libro más bien discursivo y lo escribió con toda evidencia para sí mismo, y para tratar de aclarar sus propias ideas, más que para hacer una exposición de las mismas. Como hemos visto, Freud se hallaba lejos de sentirse satisfecho con el resultado, pero la forma en que indicó la complejidad de muchos problemas que habían sido pasados por

alto, ha parecido muy estimulante a los estudiosos serios. Algunos de esos problemas no se habían solucionado hasta entonces.

El libro es tan rico y sugeridor de ideas y conclusiones provisionales, que sólo es posible aquí seleccionar algunas de las más sobresalientes. Freud tornó a una de sus tempranas concepciones, la de «defensa», que durante veinte años había sido reemplazada por la de «represión»; ahora juzgaba a ésta como una más de las diversas defensas utilizadas por el yo. Contrastaba la parte fundamental que desempeña la represión en la histeria con las más características defensas de «reacción-formación», «aislamiento», y «supresión» (una forma de reparación), en la neurosis obsesiva.

Freud admitía que había estado equivocado al mantener que la angustia mórbida es simplemente libido transformada. Ya en 1910, yo había criticado este punto de vista antibiológico, y sostenido que la angustia debe proceder del propio yo, pero Freud no hizo caso de ello y sólo cambió su opinión cuando se dedicó al tema por sí mismo dieciséis años después.

Entonces Freud prosiguió la cuestión de la naturaleza del peligro con el que se relaciona la angustia. La situación de «angustia real» difiere de la angustia mórbida en que la naturaleza del peligro es evidente en la primera, mientras que se ignora en la última. En la angustia mórbida, el peligro puede emanar del temor de los impulsos del ello, de amenazas desde el superyo, o del miedo al castigo procedente del exterior, pero en los machos es siempre, en definitiva, un peligro de castración, y en las hembras más característicamente el temor de no ser amadas. Sin embargo, Freud fue capaz de ahondar

más profundamente en el problema, distinguiendo entre la vaga sensación de peligro y la auténtica catástrofe final que él denominaba trauma. Este supone una situación de impotencia en la que el sujeto es incapaz de dominar sin ayuda cualquier excitación excesiva; el mismo acto de nacimiento constituye el prototipo de este trauma, pero Freud no estaba de acuerdo con Rank en que los posteriores ataques de angustia eran meras repeticiones de éste y constantes tentativas de resistirlo. En la situación traumática han sido desbordadas todas las barreras protectoras, resultando una impotencia inmersa en pánico, una respuesta que Freud calificaba de inevitable pero inoportuna. La mayoría de los casos clínicos de angustia, sin embargo, pueden calificarse de oportunos, porque constituyen muestras fundamentales de un próximo peligro que en su mayor parte puede entonces evitarse de distintas formas; entre ellas está la acción misma de la represión, que Freud consideraba como provocada por la angustia en vez de ser la causa de la angustia como antes había pensado.

La definida relación existente entre los síntomas neuróticos y la angustia da origen a otro difícil problema. En su conjunto, Freud los consideraría como defensas parciales destinadas a obviar la angustia, facilitando salidas sustitutivas a los impulsos temidos. Pero la cuestión más escabrosa reside en saber bajo qué condiciones queda retenida la situación original de peligro en toda su fuerza dentro del inconsciente. Por ejemplo, puede acontecer en la vida adulta una curiosa resistencia al miedo infantil a la castración como si existiera una contingencia inminente. El enigma de la neurosis depende de esta fijación. Sin duda, el elemento económico de la canti-

dad es el decisivo, pero Freud señalaba tres factores que tenían sobre él gran influencia. El primero, o biológico, es la sobresaliente y prolongada falta de madurez de los infantes, en contraste con otros animales; esto realza el papel de la dependencia respecto a la madre protectora, cuya ausencia evoca tan asiduamente una angustia alarmante. El segundo factor, histórico o filogenético, lo deducía Freud de la curiosa circunstancia de los dos estadios existentes en el desarrollo libidinal del hombre que se hallan separados por los años del período de latencia. El tercer factor, es el psicológico, y se refiere a la peculiar organización de la mente humana con su diferenciación en ello y yo. Debido a los peligros exteriores (castración), el yo ha de considerar determinados impulsos instintivos como si condujeran a un peligro, pero sólo puede hacerles frente a expensas de sufrir serias deformaciones, restringiendo su propia organización, y asintiendo a la formación de síntomas neuróticos, como sustitutos parciales de los impulsos en cuestión.

En junio, Freud empezó a escribir otro libro, *Análisis profano*. La ocasión para ello la brindó la acusación puesta en marcha contra Theodor Reik basada en la práctica ilegal del psicoanálisis, una acción que no prosperó. Freud definió el libro de «amargo», puesto que cuando lo escribió no estaba de buen talante.

Los acontecimientos más importantes de este año fueron: los primeros indicios de los cambios que se producían en la personalidad de Ferenczi y que habrían de conducirle a alejarse de Freud, la disputa con los norteamericanos y los holandeses en el Congreso de Innsbruck y el desacuerdo entre Freud

y yo acerca del análisis profano y el análisis de niños.

Freud había conocido, hacía algún tiempo, a Stephan Zweig, con quien mantuvo correspondencia durante unos años. En la primavera presente inició una correspondencia mucho más extensa con Arnold Zweig. Estos dos hombres, a quienes no unía ni el más remoto parentesco, eran además muy distintos entre sí. Stephan, hijo de padres pudientes, actuaba en los círculos intelectuales y artísticos más destacados de Viena. Su vida se deslizaba con facilidad. Escritor fluido y con talento, produjo numerosas biografías históricas, en las que demostró una considerable penetración psicológica. Pero dejaba poco que hacer a la imaginación del lector, a quien instruye cabalmente acerca de lo que debe sentir ante cada párrafo del relato. Arnold, en cambio, había tenido que sobrellevar una dura existencia, y además fue menos afortunado también por su constitución orgánica. Su prusiano estilo era más pesado, pero más consumado y profundo. La actitud de Freud hacia uno y otro se deduce de la distinta manera de dirigirse a ellos. Stephan era para él *Lieber Herr Doktor* (estimado Doctor); Arnold, en cambio, *Lieber Meister Arnold* (Estimado maestro Arnold). Conocía bien, por supuesto, las primeras obras de Arnold Zweig, pero fue su famosa novela de guerra *El sargento Grischa* lo que aproximó a los dos hombres.

Los analistas de Nueva York, si bien se sentían un tanto ofendidos con Ferenczi por no haberles escrito éste al aproximarse la fecha de su viaje, lo recibieron de manera amistosa y lo invitaron a hacer uso de la palabra en la reunión invernal que realiza-

ba la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, cosa que hizo el 26 de diciembre de 1926. Brill se mostró cordial con su viejo y respetado amigo, y tuvo otras atenciones con él, lo invitó a almorzar, etc.; presidió además la sesión en que Ferenczi pronunció su primera conferencia en la New School of Social Research. Rank —digamos de paso— estaba desarrollando un curso, simultáneamente, en la Old School of Social Research. A esto siguió un período de agasajos y desmedido ensalzamiento de parte de la gente local, que produjo en Ferenczi una exaltada explosión de energía. Todos los días recibía alguna invitación para hablar, tanto en privado como en público. Al mismo tiempo comenzó a preparar a ocho o nueve candidatos para el ejercicio del análisis, la mayor parte de ellos no médicos. Se trataba forzosamente de análisis breves, pero el número de los candidatos fue suficiente como para formar un grupo especial de analistas no médicos, que él tenía la esperanza de que sería aceptado por la Asociación Internacional como una Sociedad aparte. Éstas y otras actividades lo llevaron a entrar en conflicto con los analistas neoyorquinos, quienes aprobaron, el 25 de enero de 1927, enérgicas resoluciones condenando toda actividad terapéutica de quienes no fueran médicos. A medida que transcurrían los meses las relaciones se hicieron cada vez más tirantes, hasta que llegó el momento en que se vio casi completamente aislado de sus colegas. Cuando, en la víspera de su partida para Europa, el 2 de junio, Ferenczi ofreció una fiesta de despedida, hasta el mismo Brill, tan cordial siempre, se abstuvo de asistir, lo mismo que Oberndorf.

Ferenczi se dirigió primeramente a Inglaterra, donde habló ante la British Psychological Society y

la British Psychoanalytical Society. Lo recibimos con todo afecto, cosa que, por contraste con lo ocurrido en Nueva York, debe haberle resultado muy grato. Yo ofrecí en su honor una fiesta al aire libre, así como varias recepciones en mi casa, y fue huésped un par de días en mi casa de campo. Tuve la impresión de que nuestra vieja amistad se conservaba intacta, y en realidad conservé esta impresión hasta hace poco, cuando leí su correspondencia con Freud. Peor aún en aquella ocasión, cuando me preguntó si yo había estado en Italia para encontrarme con Brill y yo le dije que no, escribió a Freud diciéndole que estaba convencido de que yo le había mentado y que seguramente yo había estado con Brill en Italia, conspirando juntos en el asunto del análisis profano.

De Londres, Ferenczi se dirigió a Baden-Baden para visitar a Groddeck, luego a Berlín, para ver a Eitingon, después nuevamente a Baden-Baden, y no fue a visitar a Freud hasta después del Congreso de Innsbruck, en septiembre. Freud se sintió molesto por el hecho de que Ferenczi no lo fue a ver sino después de tres meses de estancia en Europa. Sospechaba que esto pudiera ser indicio de cierta tendencia a emanciparse. Fue éste el primer indicio de su gradual alejamiento de Freud. En ese momento Freud no podía tener idea del alcance que esto llegaría a alcanzar, a pesar de lo cual, por alguna razón, hubo algo que les indujo a ofrecerse mutuas seguridades de que su vieja amistad seguiría siempre en pie.

En este año, la preocupación más importante de Freud, de orden organizativo, era la que se refería al problema del análisis profano.

Fue este el rasgo del movimiento psicoanalítico que, con la posible excepción de la *Verlag*, atrajo más decididamente el interés de Freud, y ciertamente sus emociones, durante la última fase de su vida. Venía ligado aquél con un problema central para el movimiento psicoanalítico, para el que todavía no se ha hallado solución.

Prescindiendo del hecho de que el psicoanálisis se originó en el campo de la psicopatología, Freud reconocía que los descubrimientos que hizo y la base teórica establecida a partir de ellos tenían unas conexiones generales y extraordinariamente amplias fuera de ese campo. Hasta el punto en que supone un conocimiento más profundo de la naturaleza humana, de los motivos y emociones de la humanidad, era inevitable que el psicoanálisis se hallara posibilitado para realizar valiosas y a veces cruciales aportaciones a todos los campos del espíritu humano, y que posteriores investigaciones aumentarían la validez de esas contribuciones hasta un punto nada fácil de delimitar. Por no mencionar más que unos cuantos: el estudio de la antropología, mitología y folklore; la evolución histórica de la humanidad con los varios caminos divergentes por los que ha discurrido; la crianza y educación de los niños; el significado del empeño artístico; el amplio campo de la sociología, con una más penetrante estimación de las distintas instituciones sociales, tales como matrimonio, ley, religión, y quizás incluso el Estado. Todas esas posibilidades sin fin se hubieran perdido si el psicoanálisis hubiera terminado confinándose a una pequeña sección del capítulo sobre terapia en un libro de texto de psiquiatría que se situara junto a las secciones de sugestión hipnótica, electroterapia, etc. Esto es lo que él preveía que po-

día haber muy bien sucedido si el psicoanálisis hubiese llegado a considerarse sólo como una rama de la práctica médica.

Posteriormente, Freud se percató de que aunque los analistas prácticos podían brindar indicaciones y sugerencias en aquellos distintos campos, las únicas contribuciones de valor permanente habrían de ser obra de especialistas en ellos, especialistas que también han adquirido un aceptable conocimiento del psicoanálisis recurriendo a una enseñanza autorizada. Una parte esencial de esta formación consiste en la realización de psicoanálisis a aquellos que desean sujetarse a ella. Así por ejemplo, un antropólogo deseoso de aplicar las doctrinas psicoanalíticas dentro de su especial ámbito habría de convertirse sobre todo, al menos durante un cierto tiempo, en un psicoterapeuta. Cabría suponer que esta sería una solución verdaderamente satisfactoria de toda la cuestión, pero de hecho quienes venían de otros campos para estudiar el psicoanálisis deseaban convertirse invariablemente en analistas prácticos durante el resto de sus vidas, una decisión que forzosamente limita su utilidad en aplicar sus recién adquiridos conocimientos a sus anteriores esferas de trabajo. A esas personas se las denomina psicoanalistas profanos, o no médicos.

Freud acogió cálidamente la llegada al campo terapéutico de personas de valía procedentes de otras ocupaciones distintas a la médica, y en su opinión era indiferente el que los candidatos que se presentaban para la enseñanza psicoanalítica tuvieran o no cualificación médica. Cuando se le pedía consejo, incitaba a esos candidatos a que no gastaran años de estudio en obtener aquella cualificación, sino a adelantar inmediatamente en la obra

psicoanalítica. Freud deseaba una formación previa más amplia y mejor para el novicio en psicoanálisis. Debería existir un centro especial en el que se dieran clases sobre rudimentos de anatomía, fisiología y patología, biología, embriología y evolución, en mitología y psicología de la religión, y en los clásicos de la literatura.

Por mucho que uno se sintiera cautivado por su enfoque, con todo, hemos de tener en cuenta una serie de consideraciones a las que habría primero que prestar atención. Para empezar, Freud insistía con firmeza y buen sentido en que sus analistas profanos no serían en la práctica completamente independientes. Al faltarles formación en todas las materias que encaminaban a un diagnóstico médico, eran incompetentes para decidir qué pacientes eran apropiados para su tratamiento, y Freud sentaba la regla invariable de que los analistas profanos nunca habían de operar como consejeros; la primera persona que examinase un paciente debía ser un doctor, quien llevaría luego los casos que así lo requirieran al analista. Esto suponía una cooperación plena con la profesión médica, y suscitaba la cuestión de hasta qué punto y bajo qué condiciones podría ser ello posible. Existían algunos países, como Austria, Francia, y algunos de los estados de Norteamérica en donde la ley prohibía cualquier medida terapéutica adoptada por cualquiera que no se hallara en posesión de un título médico. Había muchos más en donde a los miembros de la profesión médica la ley les prohibía colaborar con los prácticos no médicos. Más aún, si la mayoría de los analistas eran legos, había que prever la posibilidad de que el psicoanálisis se fuera divorciando cada vez más de la ciencia de la medicina con gran detrimento práctico y teore-

tico. Además, su perspectiva de llegar en alguna ocasión a ser reconocidos como una rama legítima de la ciencia, quedaría reducida, quizás, a un punto prácticamente despreciable.

Por lo que a mí me consta, los únicos analistas no médicos que ejercieron antes de la Gran Guerra fueron Hermine Hug-Hellmuth, en Viena, y el reverendo Oskar Pfister en Zurich. La doctora en filosofía Hug-Hellmuth realizó análisis pedagógicos y aportó muchas observaciones analíticas útiles sobre de los niños. También se la recuerda por haber trazado la técnica del juego para el análisis de los niños que Melanie Klein habría de utilizar con tanta brillantez tras la guerra. Los dos primeros años después de la guerra, una serie de analistas no médicos comenzaron a practicar en Viena. Otto Rank fue quizás el primero de ellos, aunque él me dijo casi apologeticamente entonces que sólo analizaba a niños. Prevalcía por aquel tiempo la ilusión de que los análisis practicados a niños eran una cuestión más fácil que la de los adultos; ese fue el motivo de que cuando la New York Society mostró en 1929 temporalmente su acuerdo de permitir la práctica del análisis profano, la limitara al análisis del niño. A Rank pronto se le unieron Bernfeld y Reik, y en 1923 Anna Freud; más tarde Aichhorn, Kris, Wälder, y otros. Más o menos por aquella época otros varios empezaron su labor en Londres, especialmente J. C. Flugel, Barbara Low, Joan Rivière, Ella Sharpe, y mucho antes James y Alix Strachey.

En Viena muchos de los que venían a analizarse eran americanos, y muchos de esos se establecieron a su vez como analistas profanos a su regreso a América. Este fue el comienzo de una disensión entre los analistas americanos y europeos que se mantuvo

viva durante muchos años y sólo acabó solucionándose tras la última guerra. En la terrible situación de Austria en aquella época, en que era difícil hacer frente a las más urgentes necesidades vitales, no es sorprendente que consideraciones económicas impulsaran a unos cuantos analistas, tanto profanos como médicos, a descuidar las normas generalmente tenidas por deseables dentro de la profesión. Por ejemplo, recuerdo haberle preguntado a Rank cómo podía enviar a Norteamérica como analista en ejercicio a alguien que había estado con él escasamente seis semanas, y replicó, con un encogimiento de hombros, «uno tiene que vivir». También hay que recordar que en esa época la «enseñanza» era enteramente individual y no tenía carácter oficial, sin que existieran normas impuestas por una institución, como sucedería en años posteriores.

En 1925, Brill escribió un artículo para un periódico de Nueva York, manifestando su desautorización del análisis profano, y en ese otoño anunció a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York su determinación de romper las relaciones con Freud si la actitud vienesa hacia Norteamérica continuaba.

En la primavera de 1926 un paciente de Theodor Reik inició una acción judicial contra él basada en un tratamiento perjudicial, e invocó la ley austríaca contra el curanderismo. Afortunadamente para Reik se demostró que el paciente era una persona desequilibrada, cuyo testimonio no merecía crédito. Esta circunstancia y la intervención personal de Freud ante un alto funcionario decidieron el caso en favor de Reik. No obstante, ésto motivó que Freud escribiera rápidamente durante el mes de julio un librito titulado *Análisis profano*. Estaba dispuesto en forma de un diálogo entre él y un oyente no mal predis-

puesto, modelado al estilo del funcionario que acabamos de mencionar. La mayor parte del libro es una brillante exposición hecha a un no entendido de lo que es y hace el psicoanálisis, y constituye uno de los mejores ejemplos del arte expositivo de Freud. Va seguido de un ruego, sin duda el ruego más persuasivo que se haya hecho, para granjearse una actitud liberal hacia el análisis profano. Habló a Eitingon de lo bien que se estaban portando los periódicos de Viena en el asunto Reik, y añadía: «El movimiento contra el análisis profano sólo parece ser un rebrote de la vieja resistencia contra el análisis en general. Desgraciadamente, muchos de nuestros propios miembros están tan aquejados de miopía, o tan cegados por sus intereses profesionales, como para sumársele».

En el otoño de ese año, la Legislatura de Nueva York aprobó una ley, que según Ferenczi se debió a instigación de Brill, por la que se declaraba ilegal el análisis profano, en tanto que la Asociación Médica Americana publicaba también una advertencia a sus miembros contra cualquier cooperación con aquellos prácticos.

Previendo que el tema iba a transformarse en algo de capital interés en el próximo congreso a celebrar en Innsbruck el mes de septiembre de 1927, Eitingon y yo organizamos una discusión preliminar en forma de colaboraciones que habían de publicarse en el *International Journal* y el *Zeitschrift*, que eran los órganos oficiales de la Asociación. En ese momento, Ferenczi era la única persona que compartía la postura extrema de Freud. Eitingon, el presidente de la Asociación, era un neto simpatizante con la postura pro-médica, más incluso que yo mismo, y, como más de una vez se quejó Freud,

«indiferente» respecto al tema del análisis profano. El grupo de analistas profanos de Ferenczi en Norteamérica deseaba entrar en la Asociación Internacional, y Freud consideraba esto como una prueba. Sin embargo, Eitingon se mostraba contrario a aceptarlo, y en la práctica no lo hizo.

En mayo de 1927, la Sociedad de Nueva York aprobó una resolución condenando sin reservas el análisis profano, una acción precipitada que no mejoró la atmósfera para la próxima discusión general. Escribí a Brill con vehemencia rogándole que hiciera algo en el último momento para disminuir la pésima impresión que había causado en Europa, pero era ya demasiado tarde. Y en el Congreso de Innsbruck se debatieron muy acaloradamente, aunque sin llegar a ninguna resolución, las diferencias entre Viena y Nueva York.

Freud se mostraba siempre contrario a la posición norteamericana, y me imagino que una de los principales razones para ello fue la siguiente: quizás en ninguna parte del mundo la profesión médica había gozado de una más alta estima que en la Austria de antes de la guerra. Un título universitario, de auxiliar o profesor, constituía el pasaporte para cualquier posición social. Freud nunca comprendió que la situación de la profesión médica pudiese ser completamente distinta en los demás países. No tenía ninguna idea de la dura lucha que hubieron de mantener hace cincuenta años en Norteamérica los doctores, en donde todo tipo de prácticos sin cualificación gozaban, por lo menos de tanta estima, sino mucha más en ocasiones, que los médicos. Por consiguiente, nunca admitiría que la oposición de los analistas norteamericanos al análisis profano constituía hasta un punto muy considerable una par-

te de la lucha mantenida por varias profesiones doctas de Norteamérica para asegurar el respeto y el reconocimiento al saber del especialista y a la formación precisa para conseguirlo. En la primavera de 1928 comentó a Ferenczi que «el desarrollo interno del psicoanálisis está avanzando por doquier divorciado del análisis profano contrariamente a mis intenciones, y convirtiéndose en una especialidad puramente médica, lo que considero como trágico para el futuro del análisis».

La tensión acerca del problema del análisis profano se mantuvo hasta la llegada de la segunda guerra mundial. Cuando ésta hubo concluido, poco había quedado del movimiento psicoanalítico en el continente europeo, y los norteamericanos, que formaban entonces la gran mayoría de los analistas existentes en el mundo, no sólo habían perdido su antigua aprensión hacia la Asociación Internacional, sino que cooperaron también cordialmente con ella, hasta un extremo que nunca antes había sido posible lograr. Nuestra unidad se salvó, por consiguiente, pero al precio de seguir posponiendo el problema todavía sin resolver del *status* de los analistas profanos.

A finales de la década de 1930 se había difundido ampliamente una noticia en los Estados Unidos, según la cual Freud había cambiado radicalmente las ideas que tan claramente había expresado en su folleto sobre el análisis profano, siendo su opinión ahora la de que la práctica del psicoanálisis debía limitarse estrictamente en todos los países a los miembros de la profesión médica. A continuación presentamos la respuesta que dio en 1938 a una pregunta sobre el rumor: «No puedo concebir cómo puede haber surgido este burdo rumor sobre mi

cambio de punto de vista sobre el problema del análisis profano. Lo cierto es que nunca he negado esos puntos de vista, e insisto en ellos incluso con más fuerza que antes frente a la clara tendencia americana a convertir el psicoanálisis en una mera sirvienta de la psiquiatría».

Después del Congreso de Innsbruck convertimos el Comité en grupo —ya no privado— de dirigentes de la Asociación.

El problema más urgente que había que encarar era el de las finanzas, siempre difíciles, de la *Verlag*. Las cosas marchaban tan mal que se había iniciado tratos formales para vender las existencias y transferir la firma a una empresa comercial. A Freud le disgustaba mucho la idea de perder el control de una empresa que siempre había querido de una forma entrañable, de modo que Eitingon siguió afrontando noblemente todas las dificultades. Una donación de cinco mil dólares de parte de la señorita Potter conjuró momentáneamente la crisis.

En septiembre me escribió una extensa carta en la que se quejaba vivamente de que yo estaba realizando una campaña pública contra su hija Ana y acaso, de ese modo, también contra él. El único hecho en que se basaba ese arranque de su parte era el haber publicado yo, en el *Journal*, un largo informe sobre una discusión que había tenido lugar sobre el tema del psicoanálisis de niños. Era un tópico este que durante años había interesado a nuestra Sociedad, en la que había muchas analistas, y que llegó a interesar más aún con la llegada a Inglaterra, un año antes, de Melanie Klein. En una carta que le envié, expliqué todo a Freud, extensa y detalladamente, y recibí de él la siguiente contestación: «Me

siento muy feliz, por supuesto, de que me haya contestado usted con tanta calma y de una manera tan amplia, en lugar de sentirse muy ofendido por la mía». Pero siguió mostrándose escéptico, y probablemente receloso, acerca de los métodos y las conclusiones de Melanie Klein.

Posteriormente sostuve con él varias conversaciones sobre el tema del análisis temprano, pero nunca llegué a impresionarle para nada y lo único que logré obtener de él fue admitir que no tenía, para orientarse en esto, ninguna experiencia personal.

Tres trabajos escribió en 1927. El primero de ellos fue un suplemento al ensayo sobre el *Moisés* de Miguel Ángel, que había publicado, en forma anónima, trece años antes. Fue escrito en junio y publicado en *Imago* a fin de año, luego de haber aparecido, en el verano, en el primer número de la recién fundada *Revue Française de Psychanalyse*. Después escribió —«repentinamente», según dijo— un breve trabajo sobre *Fetichismo*, que fue despachado a fines de la primera semana de agosto. Hizo esta triste reflexión: «Probablemente esto no dará lugar a nada».

El mismo día en que despachó este trabajo, anunció que estaba escribiendo uno sobre *El humor*, dado que se hallaba en un buen estado de ánimo porque una vez más acababa de evitarse la bancarrota de la *Verlag*. Su interés por el tema databa de la época en que había escrito el libro sobre *El chiste*, más de veinte años atrás, pero el problema había quedado sin resolver hasta ese momento. Tardó apenas cinco días en escribirlo. Ana Freud lo leyó en el Congreso de Innsbruck, en septiembre.

También publicó un libro ese año, *El futuro de una ilusión*. Éste dio origen a numerosas y ásperas

controversias, que aún no han terminado. El mismo escribió a Ferenczi lo siguiente: «Ahora ya me parece pueril; básicamente mi pensamiento es distinto; lo considero, desde el punto de vista analítico, tan flojo e inadecuado como una autoconfesión». Esta frase puede inquietar a mucha gente. Evidentemente se presta a numerosas interpretaciones. Había en esa época una amplia controversia religiosa en Inglaterra, que arrancó de la exposición del obispo de Birmingham sobre el origen antropológico de la creencia en la transubstanciación, de modo que Freud se mostró muy ansioso de ver publicada cuanto antes una traducción inglesa del libro.

El comienzo del año 1928 trajo consigo una gran sensación: la expedición de Róheim al Pacífico y a Australia, que resultó posible gracias a la generosidad y la perspicaz visión de Marie Bonaparte. He aquí algunas sugerencias de Freud acerca del viaje. «Róheim está añadiendo de ansias por “analizar” a sus primitivos aborígenes. Yo creo que sería más urgente observar en lo posible lo que se refiere a la libertad sexual y al período de latencia en los niños, a cualquier indicio que hubiera sobre el complejo de Edipo y a todo lo que pudiera haber en cuanto a la existencia de un complejo de masculinidad en la mujer. Pero convinimos en que el programa tendría que adecuarse finalmente a las oportunidades que allí se presentaran».

Róheim se proponía radicarse, a su regreso, en Berlín, cosa que por entonces hizo. Ferenczi se quejó de que fueran tantos los húngaros que hacían otro tanto, y se sintió muy inclinado a imitarlos. Recabó la opinión de Freud acerca de cómo sería recibido allí, pero Freud le aconsejó que permaneciera

en Hungría tanto como le fuera posible con el anti-semitismo reinante bajo el régimen de Horthy.

En febrero le pregunté a Freud si estaba enterado de los nuevos esfuerzos que se estaban haciendo para que le concedieran el Premio Nobel. Me contestó: «No, no sé nada acerca de los esfuerzos tendientes a procurarme un Premio Nobel, y no los encuentro loables. ¿Quién va a ser tan tonto como para mezclarse en este asunto?»

En este mes estuvo afectado de una seria conjuntivitis, que le hacía sumamente difícil la lectura, pero a fines de marzo actuó como testigo en la boda de Ruth Mack y Marck Brunswick. Era el tercer casamiento a que asistía, aparte del suyo propio.

En esa época recibió un librito del filósofo ruso Chestov, que le enviaba Eitingon, que era amigo y admirador del escritor. Freud dijo que lo había leído de un tirón, pero sin lograr enterarse de cuál era la actitud del autor. «Probablemente no se imagina usted cuán lejos me siento de todos estos rodeos de los filósofos. La satisfacción que me procuran es el hecho de no participar en este lamentable despilfarrero de la capacidad intelectual. No hay duda de que estos filósofos creen contribuir con esta clase de estudios al desarrollo del pensamiento humano, pero detrás de todo esto hay siempre un problema psicológico, o incluso psicopatológico».

El 72 aniversario de Freud fue celebrado en forma muy silenciosa, de acuerdo con los deseos de éste. El siempre fiel Eitingon fue el único de nosotros que estuvo presente.

Freud partió para sus vacaciones el 16 de junio. Gozaba ahora de la compañía de su primera perra pekinesa, que Dorothy Burlingham, que estaba intimoando mucho con la familia, le había regalado. Tal

como la mayor parte de los judíos de su generación, Freud había tenido poco contacto con animales, pero un par de años antes alguien había procurado un perro alsaciano, Wolf, para hacerle compañía a Ana en sus caminatas por los bosques del Semmering. Freud se había interesado considerablemente en observar las costumbres caninas y desde ahora comenzó a cobrar cariño a un perro tras otro, lo cual era evidentemente una sublimación de su enorme afecto a los niños pequeños, que ahora ya no podía verse satisfecho. Esta primera perra, llamada Lun-Yu, desgraciadamente no sobrevivió más que once meses. En agosto del año siguiente, Eva Rosenfeld la estaba conduciendo de Berchtesgaden a Viena, cuando se escapó en la estación de Salzburgo, donde tras de tres días de búsqueda, fue hallada en la vía férrea, muerta bajo las ruedas de un tren. Freud manifestó que el dolor que todos sintieron era de la misma cualidad, aunque no de igual intensidad, que el que produce la muerte de un niño. Pero no tardó en ser reemplazada por una congénere, Jo Fie, que fue su compañera costante durante siete años.

Esa primavera había sido excepcionalmente desdichada para Freud, y en marzo manifestó que su cansancio había alcanzado un grado desusado. Las molestias y el dolor en la boca habían llegado a ser casi insoportables y, a pesar de los constantes esfuerzos de Pichler, ya estaba perdiendo toda esperanza de hallar alivio. Si hubiera estado en condiciones económicas para ello, dejaría el trabajo. Hacía un año ya que su hijo Ernst le estaba rogando que consultara a un famoso cirujano oral de Berlín, el profesor Schroeder, pero su poca disposición a abandonar a su cirujano le impulsó a dejar de lado esa

idea hasta que el propio Pichler le confesó que había llegado al límite de sus posibilidades, y ya no podía hacer nada más por él. Se resolvió entonces hacer una consulta entre ambos médicos, y Schroeder vino a ver a Freud el 24 de junio. El resultado fue tan prometedor que Freud consintió en permanecer algún tiempo en Berlín, tan pronto como Schroeder estuviera desocupado. Nos pidió que mantuviéramos en reserva, todo lo posible, esta noticia, porque no quería que nadie llegara a suponer que su resolución pudiera significar desaprobación alguna de su parte en cuanto al cirujano vienés. Se hizo circular entonces la noticia de que iba a visitar nuevamente a sus hijos y nietos en Berlín. Partió acompañado por Ana, el 30 de agosto, y por primera vez se alojaron en el Sanatorio de Tegel. Marie Bonaparte y Ferenczi lo visitaron allí ese mes, pero Freud se hallaba en un estado deplorable, apenas en condiciones de hablar y embargado de incertidumbre acerca del éxito de ese intento. Cuando regresó a Viena, sin embargo, a comienzo de noviembre, la nueva prótesis, aun cuando distaba mucho de ser perfecta, registraba un evidente progreso sobre la anterior, de modo que la vida, nuevamente, se hizo tolerable. Era mejor que la otra en un 70 %.

Durante los dos años y medio que siguieron el cirujano de Freud fue el doctor Weinmann, un vienés que había estado cierto tiempo con Schroeder, en Berlín, de modo que estaba al tanto del caso de Freud en detalle. Fue Weinmann quien sugirió el uso del ortoforno, integrante del grupo de la novocaína, y que por consiguiente era una adquisición derivada de los primitivos estudios de Freud sobre la cocaína. Esto significó una verdadera dicha para Freud durante algunos años, pero luego, por desgra-

cia, dio origen a irritaciones que condujeron a una hiperqueratosis local, afección esta de carácter precanceroso. Su uso, después de eso, tuvo que ser considerablemente restringido.

Nada sorprendente resulta que en un año de tanto sufrimiento físico no se registre ningún trabajo suyo que valga la pena citar. Parece ser que no escribió nada en todo el año, cosa que durante un cuarto de siglo por lo menos no podría haberse afirmado de él.

Un ensayo más extenso que los dos anteriores, *Dostoievski y el parricidio*, apareció también en este año. Dos años atrás Freud había sido invitado a escribir una introducción psicológica para una edición erudita de *Los hermanos Karamazov* que estaban preparando F. Eckstein y E. Fülöp-Miller. Había comenzado a trabajar en esto en la primavera de 1926. Había mucho que leer y que meditar al respecto, pero comenzó a escribir el ensayo en las vacaciones y le leyó el comienzo del mismo a Eitingon cuando éste lo visitó en el Semmering a fines de junio de 1926. Pero lo tuvo que dejar a un lado para escribir urgentemente el ensayo sobre *Análisis profano*, y cuando volvió de la libertad de las vacaciones al yugo del trabajo en Viena, tanto la energía como el interés se habían desvanecido. Luego confesó que la poca disposición que había sentido en todo momento para escribir ese ensayo provino de haber descubierto que la mayor parte de lo que él tenía que decir desde el punto de vista psicoanalítico ya estaba contenido en el librito de Neufeld que la *Verlag* había publicado un poco antes. Pero Eitingon continuó presionándole para que terminara el trabajo, mientras que le iba enviando libro tras libro, incluyendo una colección completa de la correspondencia de Dos-

toievski, hasta que finalmente el ensayo fue concluido, probablemente a comienzos de 1927.

Esta fue la última y más brillante contribución de Freud a la psicología de la literatura. Freud tuvo en la más alta estima las dotes de Dostoievski. De él decía: «Como autor imaginativo ocupa un lugar no muy distante al de Shakespeare. *Los hermanos Karamazov* es la mayor novela que se haya escrito jamás, el episodio del gran inquisidor uno de los mayores logros de nuestra literatura mundial, del que difícilmente puede exagerarse su importancia». Por otra parte, Freud le consideraba mucho menos como hombre, y se sentía evidentemente disgustado por el hecho de que quien parecía destinado a conducir la humanidad hacia metas mejores, no acabara siendo más que un dócil reaccionario. Observaba que no era una casualidad que las tres obras maestras de todos los tiempos trataran del tema del parricidio: el *Edipo rey* de Sófocles, el *Hamlet* de Shakespeare, y *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Freud tenía muchas cosas interesantes que decir sobre la personalidad de Dostoievski, sus ataques histérico-epilépticos, su pasión por el juego, etc. Pero acaso la parte más notable del ensayo consiste en las observaciones de Freud acerca de las distintas clases de virtud que él ejemplificaba en la variedad desplegada por Dostoievski.

Theodor Reik escribió una crítica detallada de este ensayo, y en una carta de respuesta a él, Freud se mostraba de acuerdo con muchos de los detalles que señalaba, y añadía: «Tiene usted razón al suponer que en realidad no me gusta Dostoievski, a pesar de toda mi admiración por su vigor y altura. Ello se debe a que mi paciencia con respecto a los

caracteres patológicos ha quedado agotada por los análisis reales. En el arte y en la vida soy intolerante con ellos. Es una característica personal mía la de que no necesito avenirme con el resto de la gente».

En el invierno de este año la *Verlag* estaba pasando por una de sus periódicas crisis, y fue un gran alivio para Freud el que Marie Bonaparte se ofreciera a salvar la empresa de la bancarrota. En marzo se agregaron otras donaciones: la Sociedad de Budapest recolectó y envió 1.857 dólares, Ruth Brunswick consiguió que su padre donara 4.000 dólares y otros 1.500 llegaron de Brill, 500 de él mismo y 1.000 provenientes de un paciente anónimo.

Marie Bonaparte había estado insistiendo ante Freud para que tomara un médico de cabecera que se ocupara de vigilar el estado general de su salud y se mantuviera a la vez en contacto con los cirujanos. Recomendó para ello al doctor Max Schur, un excelente clínico, que tenía además la ventaja de haber sido también analizado. Freud admitió gustoso la idea. En la primera entrevista con Schur le puso como condición básica el no ocultarle jamás la verdad, por penosa que fuera. La sinceridad de su tono, demostraba que lo pensaba literalmente así. Hubo un apretón de manos y Freud agregó: «Tengo mucha capacidad para soportar el dolor y detesto los sedantes, pero confío en que no me hará sufrir sin necesidad». Más adelante llegó el día en que Freud tuvo que recurrir a Schur para que cumpliera este último deseo. Con excepción de unas pocas semanas en 1939, en los últimos diez años de la vida de Freud, Schur se mantuvo en estrecho contacto con él.

Schur tenía una personalidad ideal para médico. Estableció una perfecta relación con el paciente, y consideración, su paciencia incansable y la riqueza

de sus recursos eran insuperables. Él y Ana formaban una pareja ideal de guardianes encargados de velar por la salud del enfermo y de aliviar sus múltiples molestias. Con el tiempo, además, se hicieron sumamente competentes los dos para vigilar y sorprender cualquier cambio en la afección local. Este cuidado meticuloso y esta habilidad para detectar los mas leves indicios de peligro prolongaron la vida de Freud, sin lugar a dudas, por varios años. Ana, con su característica falta de ostentación, tuvo que desempeñar diversos papeles: enfermera, médico «personal» leal y de confianza, compañera, secretaria, colaboradora y, como coronación de todo esto, un guardián que lo protegía de las intrusiones del mundo externo.

Freud, por su parte, merecía esta extraordinaria atención y este cuidado. Era en todos sentidos un paciente perfecto, conmovedoramente agradecido por todo alivio que se le procuraba y además, a lo largo de tantos años, un paciente que no se quejaba. Cualquiera fuera el grado de sufrimiento, jamás hubo en él un asomo de irritabilidad o de fastidio. Nunca se le oyó rezongar, por mucho que tuviera que soportar.

Una de sus expresiones favoritas era ésta: «de nada sirve pelear con el destino». Su bondadosa cortesía con el médico, así como su consideración y su gratitud hacia él, no flaquearon en ningún momento.

Ese mismo mes de mayo pude informar la formación de la más dificultosa conquista en la lucha por el psicoanálisis: el informe satisfactorio del comité especial de la British Medical Association documento que algunas veces se consideró como una «Carta de Admisión» del psicoanálisis. Durante más de tres años Glover y yo tuvimos que luchar ardua-

mente contra veinticinco enconados adversarios, pero cuando se encargó a una subcomisión de tres miembros —uno de los cuales era yo— la redacción del informe final, mis posibilidades ya fueron mejores. Una de las cláusulas definía oficialmente el psicoanálisis como labor en que se emplea la técnica de Freud, con lo cual quedaban excluidos todos aquellos que pretendían usar el mismo nombre sin cumplir ese requisito. No creo que esto haya impresionado mucho a Freud, ya que se trataba, después de todo, de un pronunciamiento médico y el objetivo de él era independizar el psicoanálisis de la medicina.

A fines de mayo se reunió en París el Comité, recientemente reorganizado, para tratar el dificultoso problema de las relaciones con los norteamericanos en el Congreso venidero. Hubo acaloradas discusiones entre Ana y Ferenczi por un lado, y van Ophuijsen por el otro —con Eitingon en el papel de conciliador—, pero todos confiábamos en una buena solución. Resolvimos proponer la reelección de Eitingon para la presidencia de la Asociación.

Durante todo el año, Ferenczi continuó exponiendo ante Freud —y no sin éxito— sus acerbias críticas contra mí. Estaba convencido de que yo estaba aprovechando la cuestión del análisis profano como un pretexto al servicio de mi ambición, con finalidades económicas, para «unificar el mundo anglosajón bajo mi cetro». Yo era «una persona inescrupulosa y peligrosa, a quien se debería tratar en forma más severa. Habría que librar de mi tiranía al grupo inglés». Ni yo ni ninguna otra persona llegó a enterarse para nada de estos sentimientos de sospecha y hostilidad, que se reservaban exclusivamente para Freud.

El Congreso de Oxford transcurrió en una atmósfera pacífica y agradable. Tal como lo reconoció Freud, la escisión en la Asociación, por la cuestión del análisis profano, se pudo evitar gracias a los esfuerzos desplegados por Brill y por mí, cosa que él nos agradeció calurosamente. Pero Ferenczi, decepcionado por no haber sido designado presidente de la Asociación, comenzó desde ese momento a desentenderse de los asuntos administrativos, para concentrarse exclusivamente en sus investigaciones científicas, y desde esa época más o menos comenzó a desarrollar una orientación propia, que divergía seriamente de la aceptada generalmente en los círculos psicoanalíticos. En el trabajo que leyó en Oxford denunció lo que él llamó unilateralidad del psicoanálisis, en cuanto éste estaría prestando excesiva atención a las fantasías infantiles. Sostuvo, en cambio, que era correcto el primer concepto de Freud sobre la etiología de las neurosis, a saber, que éstas tendrían su origen en ciertos y determinados traumas, especialmente el de la falta de amabilidad o la crueldad de parte de los progenitores. Esto debería remediarse mostrando al analista más afecto al paciente del que Freud, por ejemplo, consideraba conveniente para el caso.

Luego de visitarlo en junio, sólo le escribió a Freud una vez, antes de Navidad, cosa que contrastaba grandemente con su conducta de años anteriores, ya que difícilmente dejaba pasar una semana sin escribirle una extensa carta. Él mismo atribuyó su silencio actual al gran temor que sentía ante la posibilidad de que Freud no concordara con sus nuevas ideas (situación ésta que no sería capaz de tolerar), así como a la necesidad de procurar a sus teorías una base firme antes de formularlas definitivamente.

te. En su respuesta decía Freud «No hay duda de que, en los últimos años, en lo externo, usted se ha distanciado de mí. Espero, sin embargo, que no será el anuncio de un intento de creación de un nuevo psicoanálisis disidente de parte de mi paladín y secreto Gran Visir».

En 1929 Freud reanudó su actividad literaria y escribió otro libro. Comenzó a hacerlo en julio y terminó el primer borrador al cabo de un mes más o menos. El título que en un comienzo le quiso poner era *Das Unglück in der kultur* («La desdicha en la cultura»), pero luego lo cambió por *Das Unbehagen in der Kultur* («El malestar en la cultura»).

Unbehagen fue para nosotros una palabra de difícil traducción, puesto que el término inglés más apropiado, «*Dis-ease*» (desazón), resultaba anticuado. El propio Freud sugirió «*Man's Discomfort in Civilization*» (El desasosiego del hombre en la civilización), pero finalmente se tituló *Civilization and Its Discontents* (El descontento en la civilización) —en la versión castellana «El Malestar en la cultura». En el plazo de un año se agotó por completo la edición de 12.000 ejemplares, y hubo de reeditarse. No obstante el mismo Freud quedó muy insatisfecho con el libro. Así lo notificó a Lou Andreas Salomé: «Su acostumbrada perspicacia le habrá hecho suponer el porqué he demorado tanto la respuesta a su carta. Ya le ha dicho Ana que estoy escribiendo algo, y hoy he terminado la última frase, con la que —en cuanto es posible hacerlo así aquí, sin contar con una biblioteca— acaba la obra. Trata ésta de la civilización, *consciencia* de culpabilidad, felicidad y parecidas excelsas cuestiones, y se me antoja, a mi entender con toda la razón, muy superflua en con-

traposición a mis primeras obras, en las que siempre había un impulso creador. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer? No puedo pasar todo el día fumando y jugando a las cartas, no debo andar demasiado, y la mayoría de lo que hay para leer ya no me interesa. Así que me puse a escribir, y el tiempo transcurría de esta forma muy agradablemente. Al escribir esta obra he descubierto de nuevo las verdades más triviales».

En *El malestar en la cultura* Freud hacía la más completa exposición de sus ideas en el campo de la sociología, un campo que, tal como dijo en alguna ocasión, «no puede ser otra cosa que una psicología aplicada». El libro comienza con el problema más amplio posible: la relación del hombre con el universo. Su amigo Romain Rolland le describió una emoción mística de identificación con el universo, a la que Freud llamó sentimiento «oceánico». Sin embargo, Freud no podía hacerse a la idea de que esto fuera un elemento primario del espíritu, y lo recondujo al estadio más primitivo de la infancia, a una época en que no se establecía distinción alguna entre el yo y el mundo exterior. Freud planteaba entonces la cuestión del objeto de la vida. En su opinión, este planteamiento no tenía sentido estrictamente hablando, al basarse en premisas no demostradas; como observaba, se trata de un problema que raramente se plantea respecto al mundo animal. Por tanto, se centró sobre la más modesta cuestión de cuál es el fin que pone de manifiesto la conducta humana. Este le parecía sin discusión la búsqueda de la felicidad, no sólo de la felicidad en su sentido más limitado, sino asimismo de la dicha, placer, tranquilidad de espíritu y contento: la satisfacción de todos los deseos. La vida se halla sujeta al prin-

cipio placer-dolor. En su forma más intensa ello sólo tiene lugar como fenómeno episódico; cualquier continuación del principio del placer se experimenta únicamente como un tibio bienestar. La felicidad humana, por tanto, no parece constituir el objeto del universo, y las posibilidades de infelicidad se hallan más a nuestro alcance. El sufrimiento tiene tres fuentes: el corporal, los peligros del mundo exterior, y los problemas en nuestras relaciones con nuestros semejantes, acaso los más dolorosos de todos ellos.

A continuación pasaba Freud al tema de las relaciones sociales, el verdadero origen de la civilización. Este tenía lugar merced al descubrimiento de que un cierto número de hombres que fijaban límites a su propia satisfacción eran más fuertes que un hombre solo, por fuerte que éste fuera, pero que se hubiera acostumbrado a gratificar sus impulsos sin restricción. «La fuerza de este cuerpo unido se opone entonces, como “Derecho” la fuerza de cualquier individuo, a la que se condena como “fuerza bruta”. La sustitución del poder de un grupo unido por el poder de un hombre solo representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial reside en la circunstancia de que los miembros de la comunidad han restringido sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo no reconocía semejantes restricciones. Por consiguiente, el primer requisito de una cultura es el de la justicia, es decir, la seguridad de que una vez establecido un orden jurídico, no será infringido en beneficio de cualquier individuo».

Esta situación conduce inevitablemente a un interminable conflicto entre las pretensiones de libertad del individuo para obtener satisfacción personal,

y las demandas de la sociedad que con tanta frecuencia se les oponen. Entonces Freud pasaba a discutir la cuestión, tan vital para el futuro de la civilización, de si era o no este conflicto irreconciliable. A este respecto fijaba una lista impresionantes de restricciones que pendían sobre la vida sexual del hombre: prohibición de auto-erotismo, impulsos pregenitales, incesto, y perversiones; limitación a un sexo, y en última instancia a un compañero. «La vida sexual del hombre ha sido seriamente perjudicada, y en ocasiones produce la impresión de ser una función que se halla en proceso de atrofia». Esas restricciones imponen un duro tributo en forma de neurosis generalizadas que se acompañan de sufrimientos y de la consiguiente reducción de la energía cultural disponible.

¿Por qué la comunidad civilizada no podría consistir en parejas de individuos felices ligados entre sí únicamente por intereses comunes? ¿Por qué necesita además extraer una energía que deriva de una libido cuyo fin está inhibido? Freud halló una clave al interrogante considerando el precepto «amarás al prójimo como a ti mismo» no sólo como poco práctico, sino indeseable por muchos conceptos. Esta gran carga impuesta por la sociedad tiene lugar por el fuerte instinto de crueldad agresiva del hombre. «Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente amenazada de desintegración. La cultura tiene que recurrir a cualquier esfuerzo que sea necesario para levantar barreras a los instintos agresivos del hombre». Esta tendencia a la agresión, que en opinión de Freud representaba el obstáculo más formidable a la cultura, es «una disposición humana innata, autónoma e instintiva».

La forma más típica de hacer frente a esta realidad de la agresión consiste en interiorizarla en parte del yo denominada superyo o conciencia. Esta experimenta entonces la misma tendencia de dura agresividad hacia el yo que el yo le hubiera gustado ejercer contra los demás. La tensión entre los dos constituye lo que se llama el sentimiento de culpabilidad. Un sentimiento de culpa no procede de un sentimiento innato de pecado, sino del miedo a la pérdida del amor. Y cuando el superyo se halla firmemente constituido, entonces el temor a su desaprobación se convierte incluso en más fuerte que el miedo a la desaprobación de las otras personas. La simple renuncia a un acto prohibido no libera ya a la conciencia, como bien saben los santos, porque todavía subsiste el deseo. Por el contrario, la privación, y más todavía la desgracia, intensifican el sentimiento de culpa porque se consideran como merecedores de castigo. Llegados a este punto, Freud adelanta la original idea de que el sentimiento de culpa es la respuesta *concreta* a la agresividad reprimida. Puesto que es hasta tal extremo inconsciente, su expresión aparente constituye un sentimiento de angustia, de malestar general o infelicidad.

Cabe expresar el objeto fundamental del libro, según las palabras de Freud, como la «intención de presentar el sentimiento de culpabilidad como el problema más importante de la evolución de la cultura, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura consiste en la pérdida de felicidad a que se llega con el aumento del sentimiento de culpabilidad».

En cuanto al futuro de la sociedad, Freud escribió siempre en tono de prudente optimismo. «Cabe esperar que con el transcurso del tiempo se lleven

a efecto cambios en nuestra civilización, de manera que sea capaz de satisfacer mejor nuestras necesidades, y no se halle por más tiempo expuesta a los reproches que le hechos formulado. Con todo, quizá nos hayamos de acostumbrar también a la idea de que existen ciertas dificultades consustanciales a la propia naturaleza de la cultura que no cederán a ningún esfuerzo por reformarlas».

En los dos primeros meses del año la salud mental de Ferenczi llegó a ser muy inquietante. Su estado de sensibilización condujo a algunas conversaciones francas entre ambos, con resultados muy favorables. Freud le manifestó que tanto su amargura por la forma en que había sido tratado por los norteamericanos como la decepción que le causó el no haber sido designado presidente de la Asociación promovían su simpatía, aún cuando esa designación —destacaba— habría provocado una escisión, pero no podía comprender el porqué de la hostilidad contra él. Ferenczi, entonces, comenzó a invocar hechos del pasado; por qué Freud no había sido más amable con él en Sicilia, veinte años atrás, cuando él estaba en tan mal estado de ánimo, y por qué no había analizado su hostilidad reprimida, en el análisis de tres semanas que le había hecho quince años atrás.

Ferenczi, durante algunos años, ocultó a Freud sus crecientes divergencias científicas y su idea acerca de la «unilateralidad» de Freud, en parte atendiendo al estado de salud de éste y en parte por temor a la reacción que esto provocaría en él el día que se enterara. Las amistosas cartas de Freud tranquilizaron a Ferenczi, y al visitarlo éste el 21 de abril mantuvieron una conversación extensa y sa-

tisfactoria, que lo dejó convencido de que sus temores de verse desaprobado por aquél habían sido muy exagerados. Pero la susceptibilidad persistió. Cuando ese mismo año, un poco después, Freud calificó de «muy inteligente» un trabajo de Ferenczi, éste lamentó que en lugar de usar estos términos no hubiera escrito «correcto, probable o siquiera plausible».

Freud había dispuesto todo para ir a Berlín en la tercera semana de abril, para hacer allí una nueva prótesis, pero tal como ocurrió tres años atrás en esa misma época del año, tuvo que retirarse por orden de los médicos, al Cottage Sanatorium, para someterse a un tratamiento de sus afecciones cardíaca y abdominal. Se trasladó al Sanatorio el 24 de abril y, permaneció allí hasta el 4 de mayo, fecha en que partió para Berlín. Se recuperó rápidamente, «no por efecto de milagro terapéutico alguno sino por un acto de autonomía». Repentinamente se le había manifestado una intolerancia al tabaco y habiendo dejado de fumar se sintió mejor de como había estado mucho tiempo atrás. Pero esta abstinencia no duró más que veintitrés días. Después de ese lapso se autorizó a sí mismo a fumar un cigarro por día, y al cabo de unos meses, dos. Al finalizar el año informaba estar fumando tres o cuatro por día, «con el aplauso de mi médico, Braun».

Fue durante su estancia en Berlín que el embajador norteamericano, W. G. Bullitt, persuadió a Freud a que colaborara con él para escribir un estudio psicoanalítico sobre el Presidente Wilson. Dieron término al libro, que será publicado en el momento oportuno, y yo he sido la única persona que ha tenido el privilegio de leerlo. Es un estudio completo de la vida de Wilson y contiene algunas revela-

ciones sorprendentes. Aunque se trata de un trabajo hecho en colaboración, no es difícil distinguir en él las contribuciones analíticas de uno de los dos autores, de las de carácter político hechas por el otro.

El embajador Bullit me hizo conocer una observación que Freud había hecho durante su estancia en Berlín y que revela hasta qué punto confiaba entonces en que los alemanes estaban en condiciones de frenar el movimiento nazi: «No es posible que una nación que ha producido a Goethe pueda marchar hacia el mal». No tuvo que pasar mucho tiempo para que tuviera que revisar radicalmente este juicio.

Eva Rosenfeld y la señora Freud le habían procurado comodidades en Redenburg, Grundlsee, en el Salzkammergut, un paraje maravilloso a pesar de las constantes lluvias. Fueron las últimas vacaciones que pudo tomarse más allá de los alrededores de Viena. Llegó allí el 28 de julio, y apenas dos días después recibió una carta «sumamente encantadora» en la que le anunciaban que le había sido concedido el premio Goethe de ese año. La carta era de Paquet, un conocido poeta lírico y ensayista, secretario de la Comisión encargada de administrar la Fundación en cuestión. La cantidad del premio era de diez mil marcos, suma que cubría exactamente los gastos de su larga estancia en Berlín. El ver su nombre asociado con el de Goethe representaba para Freud un honor especialmente valioso y la distinción le produjo un gran placer. Freud tuvo que redactar una comunicación, cosa que hizo a continuación, en el término de pocos días, y en ella describió, con trazo magistral, la relación entre el psicoanálisis y el estudio de Goethe. Hizo un convincente alegato tendiente a justificar el hecho de haber realizado estudios sobre la vida íntima de grandes hombres como Leonardo y

Goethe, «de modo tal que si en la otra vida su espíritu me reprocha el haber adoptado la misma actitud frente a él citaré simplemente, en mi defensa, sus propias palabras». Ana Freud lo leyó en una ceremonia realizada, en una atmósfera relevante y digna, en la casa de Goethe de Frankfurt, el 28 de agosto.

Freud desechó inmediatamente mis esperanzas de que Frankfurt pudiera constituir un paso hacia Estocolmo (Premio Nobel). Tenía razón, la oposición al psicoanálisis y a su persona se manifestó bien pronto en una avalancha de artículos periodísticos en los que se «lamentaba» que Freud estuviera al borde de la muerte. Esto tuvo por supuesto un pésimo efecto sobre su práctica profesional, que era su único medio de vida. Por lo demás, se divirtió al enterarse de la enorme cantidad de tratamientos que existían para el cáncer.

En ese mismo mes, tan trascendente para Freud, su madre estaba pasando por un estado peligroso. Sufría de gangrena en una pierna y los dolores consiguientes imponían el uso constante de morfina. Federn consiguió llevarla de Ischl a Viena, donde falleció el 12 de septiembre, a la edad de noventa y cinco años. La gran cantidad de personas que le escribieron en esta ocasión desde las más alejadas regiones del mundo le hicieron comprobar —dijo— que la gente, en general, parece más dispuesta a expresar un pésame a los demás que a una congratulación. Freud describió a dos de nosotros su reacción ante el suceso de la siguiente manera: «No ocultaré el hecho de que mi reacción a este acontecimiento, en virtud de circunstancias especiales, ha sido curiosa. Por supuesto, no es el caso de hablar¹ de los efectos

1. *There is no saying*, escrito por Freud en inglés.

producidos en planos más profundos pero en lo superficial solo puedo descubrir dos cosas : un esfuerzo de mi libertad personal, por cuanto siempre me resultó aterradora la idea de que ella pudiera algún día llegar a enterarse de mi muerte, y en segundo lugar la satisfacción de que finalmente ella ha alcanzado la liberación a que se hizo acreedora después de tan larga vida. Por lo demás ningún sentimiento de aflicción, tal como en este momento pesa dolorosamente sobre mi hermano, diez años menor que yo. No estuve en los funerales. Nuevamente, como en Frankfurt, me reemplazó Ana. Difícilmente podría exagerarse lo que representa Ana para mí». «Este importante acontecimiento me ha afectado de una manera curiosa. Nada de dolor, nada de congoja, cosa que probablemente se explica por las circunstancias, su avanzada edad y el final de toda compasión frente a su estado de impotencia. Junto a esto, un sentimiento de liberación, de alivio, que creo poder entender. No me era permitido morir mientras ella viviera, y ahora sí puedo. De algún modo ha cambiado notablemente, en los planos más profundos los valores de la vida».

Eva Rosenfeld me refirió dos incidentes ocurridos durante la estancia en Grundlsee, que paso a relatar en los mismos términos en que lo hizo ella. «Hacia el final del verano la salud del Profesor estaba lejos de ser buena, y Ruth Brunswick, olvidando evidentemente la circunstancia de que yo estaba en análisis con él, me confió su ansiedad con respecto a la posible gravedad de los síntomas. Yo quedé muy perturbada y trataba de no revelar nada en el curso de la sesión siguiente. Freud sintió, por supuesto, mi vacilación y, luego de arrancarme mi malhadado secreto, me dijo algo que desde entonces he

considerado como la más significativa "lección" de técnica psicoanalítica. Fue lo siguiente: "Sólo tenemos una finalidad y una sola lealtad, la que debemos al psicoanálisis. Si usted, viola esta regla daña con ello algo más importante que cualquier consideración que me deba a mí".

El 10 de octubre, Freud fue sometido a otra operación. Se trataba de una parte de la cicatriz que Schroeder había cauterizado completamente en junio, pero que requería ser cuidadosamente vigilada. Ahora Pichler recortó como cuatro pulgadas y, tal cosa hizo repetidas veces, hizo allí un injerto de piel tomada del brazo del paciente. La intervención se prolongó por espacio de una hora y media y fue «completamente desagradable, si bien como intervención no se le debe conceder excesiva importancia». Las anotaciones de Pichler proporcionan un cuadro mucho más lúgubre. Una semana más tarde, el 17 de octubre, cayó con una bronconeumonía y estuvo en cama diez días, aunque se recuperó bien, y el 1.º de noviembre ya estaba trabajando otra vez, con cuatro pacientes.

Hacia fin de año Freud se sintió, por unos días mucho mejor e incluso llegó a creer en la posibilidad de gozar nuevamente de la vida. Era la época en que fumaba tres o cuatro cigarrillos por día. En los últimos meses había aumentado unos seis kilos de peso.

En enero de 1931 Freud tuvo la gran satisfacción de verse invitado por la Universidad de Londres para pronunciar la conferencia que anualmente se da allí con el nombre de «Huxley lecture». Ningún científico de habla alemana había recibido tal invitación después de Virchow, en 1898. Freud fue un gran

admirador de T. H. Huxley, y lamentó no poder aceptar ese honor.

Freud solía expresar, en un tono a medias jocoso, el intenso rechazo que le inspiraba toda clase de ceremonias. Su 75 aniversario comenzaba ya a proyectar su sombra. Luego de ocuparse con Eitingon de las dificultades que había con Storfer en la *Verlag*, agregó: «La semana pasada se evidenció también el peligro de otra calamidad aunque ésta por fortuna, menos temible. La Sociedad Médica nos ha propuesto a mí y a Landsteiner (el ganador del premio Nobel) para ser designados Miembros Honorarios de la misma, y la cosa pronto será ratificada. Se trata de un gesto cobarde, provocado por la vista del éxito. Es una actitud muy antipática y repelente. De nada serviría el rechazarlo, a no ser crear un revuelo sensacionalista. Resolveré la situación mediante una fría carta de agradecimiento». Realmente no era cosa fácil saber cómo responder a semejante gesto de parte de gente que durante años no había hecho otra cosa que mofarse desdeñosamente de él.

A todo eso llegó el momento de plantearse el asunto de la celebración del onomástica de Freud, que para él no dejó de ser nunca un problema. De mala gana había consentido en que se reuniera una suma para esa ocasión, con motivo de la aguda situación económica de la *Verlag*, a la que aquella sería destinada. Pero encargó a Eitingon que no se requiriera el aporte de ningún analista ni paciente. Después de escribirle esto se le ocurrió la obvia reflexión —«que debía haberseme ocurrido antes»— decía, de que tampoco había ninguna otra posibilidad que ésa de hacer una colecta, y con ello llegó a lamentar en haber consentido en iniciar todo el asunto.

Con referencia a esto describió su actitud frente

a los regalos en general en una forma que ilustra su penetrante e impacable realismo. «Evidentemente uno no puede aceptar un regalo y negarse a estar presente en el momento de la entrega. Como si uno dijera: "¿Me han traído ustedes algo? Déjenlo allí. Ya lo iré a recoger en el momento oportuno". La agresión ligada a la ternura del donante reclama su gratificación. El beneficiado debe sentirse agitado, incómodo, avergonzado, etc. En ocasiones tales, las personas ancianas, si son débiles, al comprobar con sorpresa hasta qué punto son estimados por sus contemporáneos más jóvenes, se sienten abrumados a menudo por un exceso de emoción y se ven sometidos un poco a las consecuencias ulteriores de la misma. Nada puede uno recibir gratuitamente, y finalmente hay que pagar caro el haber llegado a vivir demasiado». Eitingon, naturalmente, prometió hacer todo lo que pudiera para no poner a prueba la fortaleza de Freud.

La fortaleza que aún conservaba Freud fue puesta a prueba, de todos modos, por factores que están más allá del poder de los hombres. Los sufrimientos acarreados por la última intervención, la de diciembre, se prolongaron hasta la primavera, y en octubre se puso de manifiesto otro punto sospechoso, que esta vez fue tratado con electrocoagulación. Pero la herida no se curaba bien, y dos meses más tarde informaba Freud que desde el momento de la electrocoagulación no había tenido ni un sólo día que no le resultara insoportable. Además, pocos días después de esa intervención, apareció un nuevo punto sospechoso, que Pichler, el cirujano, quería suprimir antes de que se hiciera maligno. Freud y sus dos médicos arguyeron que bien podía ocurrir que apareciera otra área semejante después de la proyec-

tada intervención, o acaso a consecuencia de la misma, y que la intervención le valdría, con toda seguridad, un nuevo período de sufrimientos que se prolongaría durante meses. Uno de los médicos, el doctor Schur, sugirió como un camino posible a seguir para evitar la operación, una consulta con un especialista en tratamientos con radium. Como en Viena no se contaba con nadie que tuviera bastante experiencia en esto, Marie Bonaparte escribió a Rigaud, la más grande autoridad en París y amigo de ella, pero éste opinó que no debía aplicarse radium en un caso como el presente, si había posibilidad de que se tratara de un brote canceroso. Como último recurso, consultaron con Holzknecht, el radiólogo, quien estuvo de acuerdo con su colega, y el resultado de todo esto fue que el 24 de abril se le hizo una nueva intervención, y se le escindió un buen trozo de tejido. Esto se había hecho realmente a último momento, cuando ya estaba a punto de hacerse decididamente maligno.

Durante ocho años se había tenido la esperanza de que la primera operación radical de la mandíbula había conducido a una curación definitiva. Ahora se desvanecía esa esperanza y lo único que podía esperar Freud era una constante vigilancia ante posibles recurrencias del mal y la disposición a combatir las, en tal caso, con la mayor rapidez. Este futuro que ahora debía encarar se prolongó por ocho años.

Holzknecht, que a su vez había sido paciente de Freud, era el principal radiólogo de Viena y uno de los pioneros de esa ciencia. Como muchos de esos pioneros, era también una víctima y ahora estaba hospitalizado, muriendo de un cáncer, que no pudo detenerse con una amputación de su brazo derecho.

Falleció pocos meses después, Freud y Schur lo visitaron, y en ese momento ni Holzknecht ni ellos abrigan ilusión alguna acerca del desenlace. En el momento de despedirse, le dijo Freud: «Usted es digno de admiración por la forma en que soporta su destino». A lo que él replicó: «Usted sabe que sólo a usted se lo tengo que agradecer».

Freud regresó del sanatorio el 4 de mayo, de modo que, para alivio de la familia, pudo celebrar el cumpleaños en la casa. Pero estaba completamente agotado, tanto por todo lo que había soportado como por los dolores, el efecto de las drogas, una complicación pulmonar (una ligera neumonía) y, sobre todo, por el hambre a causa de no haber podido tragar los alimentos. No era realmente el caso de hablar de ninguna clase de festejos. Ni siquiera se le permitió a Eitingon que viniera, y fue esta la primera vez que él dejaba de estar presente en una onomástica de Freud.

Habíamos reunido la suma de 50.000 marcos (£ 2.500) y ahora se presentaba la cuestión de darles destino. Storfer había adelantado algunas sumas para cubrir préstamos bancarios, y como pronto se iba a retirar, Eitingon, que era la autoridad suprema en cuanto a las finanzas de la *Verlag*, envió a Freud —muy a tiempo— un cheque de 20.000 marcos para que se devolviera a Storfer el dinero adelantado. Propuso, además, que el resto fuera para Freud, en pago de derechos de autor que se le adeudaban desde mucho tiempo atrás. Freud, desde el primer momento se había negado a aceptar derechos de autor de la *Verlag*, por la venta de sus libros y en ese momento la suma correspondiente había llegado a 76.500 marcos (£ 3.825). Con gesto adusto y enérgico se negó a tocar un solo penique

de esa suma y efectivamente nunca llegó a cobrar parte alguno de esos derechos de autor.

Kretschmer, a quien le tocó presidir, el 14 de mayo, el Sexto Congreso Médico Internacional de Psicoterapia de Dresde, rindió a Freud un tributo realmente gentil con motivo del 75 aniversario. La mayor parte de los trabajos que se leyeron en el Congreso fueron dedicados al tema de la psicología de los sueños.

Una comisión formada en Nueva York preparó un banquete para 200 personas en el Ritz-Carlton Hotel. El discurso principal estuvo a cargo de William A. White; hablaron, además, A. A. Brill, Mrs. Jessica Cosgrave, Clarence Darrow, Theodore Dreiser, Jerome Frank, y Alvin Johnson.

Llegaron, por supuesto, montones de cartas y telegramas de congratulación, incluyendo entre los firmantes a Einstein. Esto, amén de «montañas de espléndidas flores». Al agradacerle a Marie Bonaparte un vaso griego que le había enviado, le decía además: «es lástima que uno no pueda llevárselo a la tumba». De una manera un tanto extraña, este deseo se cumplió, sin embargo: las cenizas de Freud descansan ahora en ese vaso.

Erdheim había escrito un magistral informe sobre la patología de los tejidos que fueron removidos en el maxilar inferior de Freud en la operación realizada en abril: señalaba, como agente causal del caso, a la nicotina. Freud se limitó a encogerse de hombros ante lo que él denominó «la sentencia nicotínica de Erdheim». Vale la pena señalar que Freud no dejó nunca de fumar por causa de su cáncer del maxilar ni por sus molestias abdominales, que también parecían relacionadas con el tabaco, sino úni-

camente con sus complicaciones cardíacas. Éstas sí las tomaba en serio.

Al finalizar el mes ya estaba en condiciones de volver a fumar, y en junio partió para sus vacaciones de verano llevando consigo cinco pacientes. Esta vez, por desgracia, no pudo ir más allá de los suburbios. De hecho ya no volvió a abandonar Viena hasta llegado el momento en que le tocó huir de los nazis, en 1938.

Después de la época de sufrimiento por la que había pasado, Freud se sintió dispuesto a la indulgencia consigo mismo. Afirmaba que «la abstinencia (del tabaco) no se justifica a mi edad». Más adelante, en relación con esto mismo, y ya cumplidos los setenta y cinco, dijo que ya no habría que prohibirle nada. Dado que no podía fumar nada que pudiera obtenerse en Austria, dependía de los esfuerzos que hiciera Eitingon para encontrar para él, algo que fuera pasable, en Alemania. Pero al final del año, la crisis económica hizo que se dictara una ley prohibiendo la exportación de toda clase de mercancías de Alemania a Austria, de modo que hubo que inventar todo un complicado sistema de contrabando, cuya realización quedaba a cargo de cada uno de los amigos que viajaban de uno a otro país.

Llegamos ahora a un período en que los acontecimientos de orden externo comenzaban a ejercer su presión sobre la vida de Freud y sobre el movimiento psicoanalítico en general. La crisis económica mundial, que se había iniciado con la quiebra del *Creditanstalt* de Viena, estaba en plena expansión en 1931, y pronto hubo de verse cuán desastrosas llegaron a ser sus consecuencias políticas tanto para Alemania como para Austria. En todos los países los analistas estaban sintiendo el impacto de manera

bastante sería en su profesión, y llegó a ser muy dudoso el que pudiera reunirse más de un puñado de asistentes para el Congreso que debía realizarse en otoño. A fines de julio decidimos que era necesario postergarlo por un año más.

El infernal aparato de prótesis era en ese momento menos satisfactorio que nunca, y en agosto se hizo otro desesperado intento de mejorarlo. Ruth Brunswick había oído decir que el Profesor Kazanijan, de Harward, que era considerado poseedor de un talento mágico, estaba asistiendo a un Congreso Odontológico de Berlín, y todos los días no dejaba de telefonarle rogándole que viniera a ver a Freud. Kazanijan se rehusó finalmente, pero entonces Ruth Brunswick y Marie Bonaparte —que estaba también en Viena— unieron sus esfuerzos. Ruth consiguió que su padre, el juez Mack, que era miembro del Consejo de la Universidad de Harward, hiciera valer su influencia mediante un cablegrama, y Marie Bonaparte tomó un tren para París, alcanzó al mal dispuesto mago en el viaje de regreso de éste a su casa, y lo trajo de vuelta consigo, arrastrándolo, por decir así, junto con el doctor Weimann, que también había asistido al Congreso. El hombre en cuestión cobró a Freud, por este viaje, 6.000 dólares. Trabajó en el apartamento de Freud durante veinte días, pero el resultado estaba muy lejos de ser satisfactorio. Las dos señoras habían tenido las mejores intenciones del mundo, pero las consecuencias para las finanzas de la *Verlag* fueron desdichadas.

Pero en el mes de octubre se produjo un acontecimiento sumamente satisfactorio. El Consejo Municipal de Freiberg, actualmente Příbor, decidió honrar a Freud (y honrarse a sí mismo) colocando una placa de bronce en su casa natal. El día de la cere-

monia, 28 de octubre, fueron engalanadas las calles y se pronunciaron muchos discursos. Ana Freud dio lectura a una carta de agradecimiento escrita por Freud al Intendente de la ciudad. Éste era el cuarto homenaje que se hacía a Freud en este año de su 75 aniversario. Pero estos hechos tan halagüeños más bien lo envejecían. «A partir del premio Goethe del año pasado, el mundo ha cambiado su actitud hacia mí pasando a un reconocimiento de mala gana, pero esto apenas ha servido para hacerme comprender lo poco que todo esto importa. ¡Cuán distinto valor tendría para mí una prótesis pasable, por más que ésta no podría tener la pretensión de constituir el objetivo esencial de mi existencia!»

En mayo, Ferenczi envió a Freud una copia del trabajo que se proponía leer en el Congreso y en el cual sostenía haber encontrado una nueva segunda función de los sueños, relacionada con las experiencias traumáticas. Freud le contestó secamente que ésta era también su primera función, tal como él lo había expuesto ya años atrás.

En el mes de octubre, Ferenczi pasó una vacaciones en Capri, y Freud confió en que este alejamiento de la labor analítica le resultaría beneficioso. En su camino de regreso, Ferenczi pasó dos días en Viena, el 27 y 28 de octubre y en esta ocasión hablaron francamente acerca de sus divergencias.

La divergencia esencial radicaba en el asunto de la técnica. En relación con sus recientes ideas acerca de la importancia predominante de los traumas infantiles, especialmente la falta de cariño de los padres, Ferenczi había comenzado a introducir cambios en su técnica en el sentido de convertirse él en un progenitor amante, con el objeto de compensar la

infelicidad infantil de sus pacientes. Esto traía también como consecuencia el permitir a sus pacientes que, a medida que avanzaba su tratamiento, analizaran también a él, con el riesgo consiguiente de un mutuo análisis, que quitaba la necesaria objetividad a la situación terapéutica. El papel desempeñado por el padre, así como también el miedo inspirado por éste, quedaban en segundo plano, de manera que, tal como más adelante lo expresó Freud, la situación analítica empezaba a quedar reducida a un agradable juego entre madre e hijo, con sucesivos cambios de papel entre analista y analizado.

Freud le envió ahora una carta importante, que, de paso, ilustra acerca de la forma desprejuiciada en que él enfocaba los asuntos sexuales.

Me ha complacido mucho recibir su carta, como siempre, pero no puedo decir otro tanto en cuanto al contenido de la misma. Si en esta situación no logra usted imponerse ningún cambio de actitud, es muy poco probable que consiga hacerlo más tarde. Pero esto es, fundamentalmente, asunto suyo. Mi opinión en el sentido de que usted no lleva una orientación promisoriosa es asunto privado, que no tiene por qué perturbarle.

Me parece patente que las divergencias entre usted y yo están llegando a un punto culminante a causa de un detalle técnico que bien vale la pena discutir. Usted no ha hecho ningún secreto en cuanto a que usted besa a sus pacientes y les permite que a su vez hagan lo mismo con usted; lo he escuchado también de boca de un paciente mío. Ahora bien, si usted se decide a exponer ampliamente su técnica y los resultados de la misma, tendrá que elegir uno de estos dos caminos: o bien usted expone este detalle o lo mantiene oculto. Esto último, como bien puede comprender usted, sería poco honorable. Todo lo que uno hace, en cuanto a técnica,

lo debe defender abiertamente. Por otra parte, ambos caminos pronto desembocan en uno solo. Aun cuando se lo ocultara a usted a sí mismo, no tardaría mucho en saberse del mismo modo en que yo he llegado a enterarme de esto antes de que usted me lo dijera.

Por supuesto yo no soy una de estas personas que por *mojigatería* o *llevados por convencionalismos burgueses*, habría de condenar alguna que otra gratificación de esta índole. Y estoy seguro también de que en el tiempo de los Nibelungos un beso era un inofensivo saludo ofrecido a cualquier huésped. En mi opinión, por otra parte, el análisis es posible incluso en la Rusia soviética, donde, en lo que al Estado concierne, hay una absoluta libertad sexual. Pero esto no modifica para nada el hecho de que no estamos viviendo en Rusia y que, entre nosotros, un beso representa cierto grado de intimidad erótica. Hasta el presente nos hemos mantenido, en nuestra técnica, fieles al principio de que a los pacientes se les debe negar toda gratificación erótica. Usted sabe, también, que allí donde no existe la posibilidad de gratificaciones más intensas, éstas son muy fácilmente reemplazadas por caricias menos íntimas, tal como ocurre, en determinado momento, en el curso de una aventura amorosa, o como es en el caso en el escenario teatral, etc.

Ahora bien, imagínese usted qué resultado puede tener el que usted haga conocer públicamente su técnica. No hay ningún revolucionario que, en su momento, no sea desalojado a su vez por otro más radical que él. Serían muchos los francotiradores en materia de técnica que se dirían a sí mismos: ¿por qué vamos a detenernos en el beso? Ciertamente no se puede lograr más si se recurre al manoseo, que, después de todo no va a engendrar un niño. Más tarde llegarán otros, más audaces, que extenderán esas libertades a mirar y mostrar... y pronto veremos la aceptación, en la técnica psicoanalítica, de todas las formas de juegos vigentes en el mundo de la semivirginidad y las caricias, todo lo cual

conduciría a un incremento enorme de interés por el psicoanálisis, tanto de parte de los analistas como de los pacientes. El partidario novicio, además, reclamará para sí gran parte de ese interés, a los más jóvenes de nuestros colegas les resultará difícil detenerse precisamente en el punto en que anticipadamente planearon hacerlo, y Dios Padre —Ferenczi—, contemplando este animado cuadro, que él mismo ha creado, tal vez se diga a sí mismo: después de todo, yo debía haberme detenido tal vez, en mi técnica de cariño maternal, *antes* de llegar al beso...

Ningún comentario posterior «acerca de los peligros de la neocatarsis» serviría de gran cosa. Evidentemente uno no debe dejarse arrastrar a ese peligro. Intencionadamente he dejado de mencionar toda la exacerbación de las calumniosas resistencias contra el análisis que la técnica del beso traería aparejada, si bien me parece que el provocarlas no deja de ser una actitud poco responsable.

En esta advertencia que le dirijo no creo haber dicho nada que usted mismo no sepa. Pero ya que a usted le agrada desempeñar el papel de madre cariñosa con los demás, tal vez pueda usted hacer otro tanto consigo mismo. En ese caso, usted no tendrá más remedio que escuchar una admonición brutalmente paterna. Es por esto que yo he hablado, en mi carta anterior, de una nueva pubertad... y ahora me ha obligado usted a ser enteramente rudo.

No me asiste la esperanza de hacer en usted impresión alguna. En nuestras relaciones falta la base necesaria para ello. Me parece que su necesidad de absoluta independencia es más fuerte que usted de lo que usted mismo podría reconocer. Pero por mi parte, al menos, he hecho todo lo que pude en mi rol paterno. Ahora le toca a usted seguir adelante.

Ferenczi no tomó a bien esta carta. Tal como lo manifestó él mismo, era ésta la primera vez en que

realmente tenía una divergencia con Freud. Pero sería mucho pedir el que Freud estuviera de acuerdo con él en asuntos tan fundamentales de la técnica, que, después de todo, era la base de toda su obra.

En el número de octubre del *Zeitschrift* aparecieron, juntos dos trabajos de Freud. El primero de ellos, *Tipos libidinosos*, distinguía tres tipos principales de personas, que Freud denominó de tipo erótico, obsesivo y narcista respectivamente. Existen, además, tres formas compuestas de los mismos. El trabajo, a pesar de su brevedad, constituyó un agregado importante al tema de caracterología. En el otro trabajo, *Sobre la sexualidad femenina*, Freud encaraba un tema que, según él mismo confesaba, siempre le había resultado difícil, y en este caso no llegó a exponer más que un par de conclusiones importantes de las que pudiera sentirse seguro.

En el mes de diciembre Freud se comprometió a escribir un trabajo sobre *La conquista y el control del fuego*, que fue publicado un año más tarde.

El primer incidente de 1932 se relacionó con la revista. Wilhelm Reich había enviado, para que se publicara en el *Zeitschrift*, un artículo cuyo tema era la condensación del marxismo con el psicoanálisis, artículo que, según Freud, «culminaba en una afirmación enteramente sin sentido: que lo que habíamos llamado instinto de muerte era un producto de la sociedad capitalista». Este punto de vista era, por cierto, muy diferente del sustentado por Freud, para quien se trataba de una tendencia intrínseca de todos los seres vivientes, animales y vegetales. Su deseo era, naturalmente, agregar un comentario de la revista en el sentido de que el psicoanálisis era ajeno a toda clase de intereses políticos, cosa que

por mi parte, como director, yo no habría de vacilar en hacer. Reich mismo estuvo de acuerdo con este procedimiento, pero Eitingon, Jekels y Bernfeld, consultados por Freud se opusieron, y Bernfeld dijo que esto equivaldría a una declaración de guerra a los Soviets. El asunto quedó finalmente resuelto al publicarse el trabajo de Reich, pero seguido por una amplia crítica de Bernfeld.

Mucho más serio que esto fue la verdadera crisis económica de la *Verlag*, la más alarmante de las muchas que tuvo que superar. La situación económica de todo el mundo, especialmente la de Alemania, había reducido al mínimo la venta de los libros de Freud, de la cual dependía principalmente la supervivencia de la *Verlag*. Las ganancias personales de Freud se redujeron también, y alguno de sus hijos se hallaba sin trabajo. Los ingresos de Eitingon, provenientes de Estados Unidos, y que siempre habían sido la defensa a la que se recurría en última instancia, estaban en tren de franca desaparición, y en el mes de febrero, en efecto, ya no había nada de esto. Eitingon se encontraba ahora ante una situación, para él nueva, la de tener que ganarse la vida. Tenía un solo paciente y ninguna perspectiva de que llegarán otros.

En febrero llegó Freud a la conclusión de que era imposible mantener por más tiempo a la *Verlag* sobre una base personal tan endeble y anunció su intención de hacer un llamamiento a la Asociación Psicoanalítica Internacional para que se hiciera cargo de las responsabilidades del mismo en el futuro.

Eitingon sufrió, precisamente en ese momento, una leve trombosis cerebral con parálisis del brazo izquierdo. Había resuelto ya no presentar su candidatura a la reelección como Presidente de la Aso-

ciación Psicoanalítica Internacional, cosa que tomó el carácter de una decisión absoluta luego de producirse este episodio cerebral. Entretanto tuvo que guardar cama por varias semanas. Freud, ante la posibilidad de que Eitingon pudiera tener dificultades económicas, se ofreció amablemente a prestarle mil dólares.

Freud era muy pesimista en cuanto al probable efecto de su solicitud de ayuda para la *Verlag*. «No creo que salga nada de esto. Terminará por ser nada más que una divertida muestra de un diferente estilo literario». A causa de la catastrófica situación económica imperante, las perspectivas parecían bastante lúgubres. «Sería superfluo decir cualquier cosa que fuera acerca de la situación general del mundo. Es posible que estemos repitiendo simplemente el acto ridículo de salvar un pajarito encerrado en su jaula en un momento en que está en llamas la casa entera». Pero estaba, en esto, completamente equivocado, dado que el llamamiento encontró una respuesta inmediata y satisfactoria. Estaba equivocado también, lo mismo que yo, en cuanto al temor de que surgiera la acusación, de parte de algún analista de que la *Internazionaler Verlag* tenía una orientación exclusivamente de habla alemana.

Dos tareas se nos presentaron en nuestro empeño de salvar a la *Verlag*: afrontar las deudas inmediatas y más que apremiantes, en primer lugar, y luego asegurar una suma anual que pudiera servir de base para la subsistencia de la empresa. La mayor parte de las Sociedades, sin embargo, hicieron todo lo que les fue posible. La Británica, por ejemplo, aprobó en forma unánime y entusiasta una resolución de apoyo, y en la primera semana llegó a reunir £ 500. Brill, además de los aportes de la Sociedad

de Nueva York, envió 2.500 dólares. Edith Jackson envió 2.000 dólares.

Martin Freud tuvo que hacer los mayores esfuerzos para llegar a una transacción con un acreedor tras otro, pero al finalizar el año había completado esta difícil misión, y la *Verlag*, por el momento, quedaba en pie. En el Congreso de Wiesbaden, en septiembre, se impuso a todos los miembros, con un amplio consentimiento general, la obligación de contribuir con tres dólares por mes, por lo menos durante tres años.

En marzo de 1932 Freud recibió la primera visita de Thomas Mann. Freud intimó con él de inmediato: «lo que él tenía que decir era muy fácil de comprender; daba la impresión de una buena formación».

En la primavera, y por primera vez, hubo indicios de disminución espontánea en la clientela psicoanalítica de Freud. «En el verano tendré que escribir algo, dado que tendré pocas personas en análisis. En este momento llegarán a cuatro, a comienzos de marzo sólo tendré tres, y por el momento no se han registrado nuevas solicitudes. Tienen razón los que así proceden; ya soy demasiado viejo, y en cuanto a mi trabajo, es demasiado diferente. Debería no tener necesidad de seguir trabajando. Pero por otra parte es agradable pensar que mi “oferta de trabajo” ha durado más tiempo que la “demanda”». Ese año su onomástica transcurrió en forma bastante tranquila. Fue esta la primera vez que no se hallaba presente ningún miembro del Comité; precisamente entonces Eitingon estaba convaleciente de su ataque. La ausencia de Eitingon dio a Freud la oportunidad de pasar el día en la forma en que «siempre había

deseado hacerlo, es decir, exactamente como si se tratara de cualquier otro día de la semana. Por la mañana hizo una visita a Kagan, llevando a sus perros. Por la tarde la habitual visita a Pichler; a esto siguieron 4 horas de trabajo analítico y una inofensiva partida de naipes por la noche. Alguna duda acerca de si uno debiera sentirse contento de haber vivido hasta esta fecha, y luego la resignación».

La emigración hacia Norteamérica continuaba su curso. Alexander dejaba su cargo temporario en Boston para asumir otro, permanente, en Chicago. Sachs había consentido en reemplazarlo en Boston durante el otoño y Karen Horney estaba por viajar a Nueva York.

Todos habíamos dado por entendido de que Ferenczi había de suceder a Eitingon en la presidencia de la Asociación. Freud estaba enteramente en favor de esta idea, por más que el alejamiento de Ferenczi con respecto a él le hacía sentirse desdichado.

Fue el propio Ferenczi quien formuló sus dudas acerca de que le correspondiera el cargo. Estando tan absorbido por sus investigaciones terapéuticas, se preguntaba si le quedaría energía suficiente para la pesada labor que debe realizar un presidente de la Asociación. Freud hizo una sugestión brillante, en el sentido de que la aceptación del cargo tendría el carácter de una «cura forzada» que habría de arrancarlo de su aislamiento, pero Ferenczi se sintió más bien ofendido por esto y negó que hubiera nada que fuera patológico en su aislamiento: estaba simplemente concentrado en su tarea. Ya avanzado el mes de agosto, 10 días antes de la fecha en que debía comenzar el Congreso, anunció su decisión de no optar por la presidencia en vista de que sus más recientes ideas se hallaban tan en conflicto con los

principios aceptados en psicoanálisis que no sería una actitud honrosa de su parte el representar a éste en su cargo oficial. Freud, sin embargo, le presionó todavía para que aceptara y se negó, a su vez, a aceptar la razón invocada.

Ferenczi pasó entonces a otro terreno. Sostuvo que no pensaba en la creación de una nueva escuela, pero que todavía no estaba seguro de que Freud realmente quisiera que él ocupara el cargo. Visitaría a Freud en el viaje de Budapest a Wiesbaden, y tomaría su decisión en ese momento. En el intervalo envió a Eitingon, el 30 de agosto, un telegrama de último momento, pidiéndole que no iniciara negociación algunas conmigo hasta después que él visitara a Freud. Después de ocurrir esto, Freud telegrafió a Eitingon: «Ferenczi inaccesible. Impresión insatisfactoria», Eitingon que durante cierto tiempo había sido de opinión que, dadas las circunstancias, Ferenczi no era un candidato aceptable, se sintió aliviado e inmediatamente me preguntó si yo estaría dispuesto a aceptar el cargo. En su opinión, mi salud mental era más que suficiente garantía contra todo peligro de iniciar una nueva tendencia. No me era fácil rehusarme, si bien había abrigado la esperanza de no tener que cargar con semejante peso por algún tiempo, hasta que me fuera más fácil delegar en otros algunos de mis cargos en Londres. Muchos años tuvieron que pasar hasta que se me presentara oportunidad alguna de aliviarme de esa carga, de modo que, sumando los dos períodos, ejercí el cargo durante casi veintitrés años, experiencia ésta que, por suerte, pienso que nadie más estará llamado a afrontar.

Será necesario que digamos algo acerca de esa crítica entrevista, en que los viejos amigos habrían de

verse por última vez. Unos días antes de realizarse el encuentro, el 24 de agosto, Freud recibió la visita de Brill. Este había estado en Budapest, para visitar a Ferenczi, y la impresión fue desdichada. Se sintió particularmente asombrado al oír decir a Ferenczi que no podía adjudicar a Freud más visión de la que tiene un niño.

Es el caso que esta misma frase es la que había usado, en su tiempo, Rank, recuerdo este que no podía menos que intensificar los aciagos presentimientos de Freud. Sin pronunciar una palabra de saludo, anunció Ferenczi, al penetrar en la habitación: «Quiero que usted lea mi trabajo para el Congreso». Hacia la mitad de la entrevista llegó Brill y, dado que Ferenczi y él habían hablado recientemente sobre el tema, Freud admitió que continuara con ellos, si bien Brill no participó en la conversación. Evidentemente Freud hizo todo lo que pudo para lograr algún grado de comprensión, pero fue en vano. Un mes más tarde, Ferenczi le escribió acusándolo de haber planeado la aparición de Brill en forma de contrabando, para que éste tomara el papel de juez entre ambos, y expresándole además su ira por el hecho de habersele solicitado que no publicara su trabajo por el término de un año. Freud, en su contestación, manifestaba que esta última sugerencia había sido hecha simplemente en el propio interés de Ferenczi, en la esperanza, a la que él no renunciaba todavía, de que una reflexión ulterior pudiera demostrarle la incorrección de su técnica y de sus conclusiones. Agregaba: «Durante dos años usted ha estado alejándose sistemáticamente de mí y probablemente ha incubado una animosidad personal que va más allá de lo que fue capaz de expresar. Cualquiera de aquellos que en un tiempo estuvieron cer-

ca de mí y luego se apartaron podrían tener más motivos que usted de hacerme cualquier reproche. (No, en realidad, tan poco motivo como lo tuvo Rank.) Esto no me produce un efecto traumático; me siento preparado y acostumbrado a hechos como éste. Yo podría muy bien señalar, en forma objetiva, los errores técnicos implícitos en sus conclusiones, pero, ¿para qué lo voy a hacer? Estoy convencido de que usted se mostraría inaccesible a toda duda. De modo que ya no queda otra cosa que desearle lo mejor».

En el transcurso del Congreso surgió una delicada cuestión. A Freud le pareció que el artículo preparado por Ferenczi no habría de beneficiar la reputación de éste, de manera que le rogó que no lo presentara. Brill, Eitingon, y van Ophuijsen fueron más lejos aún y pensaron que sería escandaloso leer un trabajo así en un Congreso psicoanalítico. Eitingon, en consecuencia, decidió prohibírselo firmemente. Yo, por otra parte, pensé que el trabajo era demasiado vago como para causar una clara impresión para bien o para mal —y así resultó— y que sería tan inofensivo para el miembro más distinguido de la Asociación, y verdadero fundador de ésta, el decirle que lo que tenía que exponer en el trabajo no valía la pena de ser escuchado y bien podría leerlo o no, que podría darle motivo para retirarse encolerizado. Mi consejo fue escuchado y Ferenczi reaccionó cálidamente a la buena acogida que encontró su trabajo al ser leído. Participó, además, en las discusiones de carácter administrativo, demostrando que todavía era uno de los nuestros. Se mostró muy amistoso conmigo y me reveló, no sin cierta sorpresa para mí, hasta que punto se había sentido decepcionado por no haber sido nunca elegido como Presidente

por un Congreso en pleno, ya que el de Budapest era una simple reunión. Me dijo también que sufría también de una anemia perniciosa, pero que tenía esperanzas de mejorar con una terapia del hígado. Después del Congreso salió de viaje hacia el mediodía de Francia, pero pasó ahí tanto tiempo en cama que decidió acortar estas vacaciones y volver a su casa lo más directamente posible, sin detenerse siquiera en Viena. No cabe duda de que era ya un hombre muy enfermo.

Al escribir a Marie Bonaparte sobre la satisfacción que le producía el éxito del Congreso, agregaba Freud: «Ferenczi ya es un trago verdaderamente amargo. Su prudente mujer me ha manifestado que yo debiera tratarlo... ¡como a un chico enfermo! Usted tiene razón: la decadencia psíquica e intelectual es mucho más grave que la inevitable decadencia del cuerpo».

En el mes de noviembre Freud fue víctima de un ataque excepcionalmente serio de gripe, con una otitis media. La inflamación consiguiente, que era una de las causas principales de malestar en su herida, se prolongó por más de un mes. En conjunto, este año fue malo, con cinco operaciones, una de las cuales, realizada en octubre, fue bastante grande.

En marzo, cuando el estado de las finanzas de la *Verlag* era tan desesperante, concibió Freud la idea de procurarle una ayuda escribiendo una nueva serie de capítulos de introducción al psicoanálisis (la *Nueva introducción al psicoanálisis*), lo cual le daría la oportunidad de decir algo acerca del progreso operado en sus ideas a partir de la aparición de la primera *Introducción*. «Este trabajo responde, por cierto, más a una necesidad de la *Verlag* que a una mía, pero de todos modos uno debiera siempre estar ha-

ciendo algo en que pueda ser interrumpido, en lugar de dejarse arrastrar en la pendiente de la holgazanería.»

El año anterior había sido ya bastante desagradable, pero 1933 trajo consigo crisis aún más graves. Freud había abrigado el temor de que la destrucción y los sentimientos de enemistad que acompañaron a la primera guerra mundial podrían reducir al mínimo el interés por el psicoanálisis o incluso poner fin a ese interés. Ahora las persecuciones desencadenadas por Hitler constituían una renovación de la misma amenaza, y efectivamente cumplieron ésta en cuanto concierne a los países que fueron patria del psicoanálisis: Austria, Alemania y Hungría.

Para Freud la situación comenzaba a ponerse grave. Escribió a Marie Bonaparte: «¡Cuán dichosa es usted al verse enfrascada en su trabajo sin tener que enterarse de las cosas horribles que ocurren alrededor de uno! En nuestros círculos la vacilación ha llegado a ser bastante grande. La gente teme que las extravagancias nacionalistas de Alemania puedan extenderse a nuestro pequeño país. Se me ha aconsejado incluso que huya de inmediato a Suiza o a Francia. Esto no tiene sentido; no creo que exista peligro alguno aquí y si tal cosa llega estoy firmemente resuelto a esperarla aquí. Si me matan, bueno. Es una suerte como cualquier otra. Pero probablemente esto no es más que una bravata de poca monta».

Y diez días más tarde: «Estos son tiempos en que uno no se siente inclinado a escribir, pero no me agradaría dejar de estar en contacto con usted.

»Gracias por su invitación a St. Cloud. He resuelto no utilizarla; difícilmente será necesario. Las brutalidades parecen estar disminuyendo en Alema-

nia. La forma en que han reaccionado a ellas Francia y Estados Unidos no han dejado de producir cierta impresión; pero las calamidades, pequeñas pero no por ello menos dolorosas, no van a cesar y el sistemático sojuzgamiento de los judíos, a quienes se está desalojando de todas sus posiciones, apenas si ha comenzado. No se puede evitar la evidencia de que la persecución de los judíos y las restricciones de la libertad individual son los únicos puntos del programa de Hitler que pudiera llegar a realizarse. Todo lo demás es debilidad y utopía...»

Después de su encuentro anterior en el mes de septiembre, Freud y Ferenczi no volvieron más a discutir con respecto a sus divergencias. Los sentimientos de Freud hacia él no cambiaron nunca, y Ferenczi, por su parte, se mantuvo, en las apariencias externas al menos, en términos amistosos. Continuaron escribiéndose, y la parte principal de la correspondencia se refería al estado de salud, cada vez más grave, de Ferenczi. El tratamiento médico pudo tener a raya la anemia misma, pero en el mes de marzo ésta —tal como ocurre a veces— atacó la columna vertebral y el cerebro, y en los últimos dos meses de su vida Ferenczi ya no pudo estar de pie ni caminar. Esto exacerbó, sin duda, sus impulsos psicóticos latentes.

Tres semanas después del incendio del Reichstag en Berlín, fue la señal con que se inició el desborde de la persecución nazi. Ferenczi, en una carta que denotaba cierto pánico, emplazó urgentemente a Freud a que huyera de Austria mientras fuera tiempo aún de escapar del peligro. Le aconsejó que partiera inmediatamente para Inglaterra, junto con su hija Ana, y tal vez con algunos pacientes. Por su parte, si el peligro llegara a aproximarse a Hungría,

tenía el propósito de partir para Suiza. Su médico le aseguró que su pesimismo provenía de su estado patológico, pero nosotros, conocedores de ciertos detalles, teníamos que admitir que en su locura había cierto método. Ha aquí la respuesta de Freud, la última carta que escribió a su viejo amigo.

Me ha afligido mucho el enterarme de su convalecencia, que había comenzado tan bien, sufrió una interrupción, pero de todos modos estoy más contento con la noticia de su reciente mejoría. Le ruego que se abstenga de trabajar mucho. Su escritura me demuestra claramente lo cansado que usted está todavía. Las discusiones entre nosotros acerca de sus novedades en técnica y en teoría pueden esperar otro momento. El ponerlas de lado ahora no puede sino beneficiarlas. Para mí es más importante que usted recobre su salud.

En cuanto al motivo inmediato de su carta, lo que se refiere a huir, me siento contento de poder decirle que no pienso abandonar Viena. No estoy en buenas condiciones de movilidad y dependo demasiado de mi tratamiento, de ciertas cosas que me pueden traer alguna mejoría y comodidad. Además, no quiero dejar lo que poseo aquí. De todos modos, probablemente me quedaría aún si estuviera en pleno goce de mi salud y mi juventud. Hay detrás de eso, por supuesto, una actitud emocional, pero también algunas racionalizaciones. No hay seguridad de que el régimen de Hitler se imponga también en Austria. Ello es posible, ciertamente, pero todo el mundo cree que no alcanzará aquí la crueldad y la brutalidad que ha llegado en Alemania. No hay peligro personal alguno en cuanto a mí, y cuando usted se imagina que la opresión de nosotros, los judíos, nos depara una vida sumamente desagradable, piense también cuán incómoda sería la vida en el extranjero, ya sea en Suiza o en Inglaterra, que son los países que acogen a los refugiados. En mi opinión la fuga se jus-

tificaría solamente por una amenaza directa de muerte; además, si lo llegan a matar a uno, esto sería simplemente una forma de morir, como cualquier otra.

Hace apenas unas horas que ha llegado Ernestito¹ de Berlín, después de algunas peripecias desagradables en Dresde y en la frontera. Como él es alemán, no podrá volver. Desde hoy en adelante a ningún judío alemán le será permitido abandonar el país. Supe que Simmel ha salido para Zurich. Confío en que usted podrá quedar, si ser molestado, en Budapest, y que pronto me enviará usted buenas noticias acerca de su salud...

La última carta de Ferenczi, que éste escribió desde la cama, el 4 de mayo, consistía en unas pocas líneas referentes a la onomástica de Freud. La perturbación mental de Ferenczi había hecho rápidos progresos en pocos meses. Escribió que una de sus pacientes norteamericanas, a quien solía dedicar cuatro o cinco horas diarias, lo había analizado a él y curado de todos sus transtornos. Recibía mensajes de ella a través del Atlántico... (Ferenczi había creído siempre firmemente en la telepatía.) Además de eso estaban sus delirios acerca de la supuesta hostilidad de Freud². Hacia el final aparecieron violentos accesos paranoicos, e incluso homicidas, que fueron seguidos por el repentino fallecimiento, el 24 de mayo. Tal fue el trágico final de una personalidad brillante, encantadora y distinguida, de una persona que durante un cuarto de siglo fue el amigo más íntimo de

1. El nieto de Freud.

2. En América algunos de los antiguos alumnos de Ferenczi, especialmente Izette de Forest y Clara Thompson, alimentaron el mito de que Freud había inferido malos tratos a Ferenczi. Mediaron frases tales como "animosidad" y "dura y acerba crítica" de Freud, afirmándose que había perseguido a Ferenczi con inquina. La correspondencia de Freud, así como sus recuerdos personales, no dejan lugar a dudas de que no existe ni un asomo de verdad en este relato, aunque es muy probable que el mismo Ferenczi, en su estado final transportado, creyera en él y contribuyera a su propagación.

Freud. Los demonios agazapados en su interior, y con los cuales Ferenczi había luchado durante años en medio de sus desdichas y con no poco éxito, se impusieron finalmente a él, y una vez más tuvimos la dolorosa experiencia del terrible poder de que están dotados.

Escribí a Freud, por supuesto, para expresarle mi pesar por la pérdida de su amigo, «de esa figura tan inspiradora y que todos habíamos amado tanto. Me siento más contento que nunca de haber logrado; en el último Congreso, retenerlo en nuestro círculo». Freud respondió: «Sí, tenemos todas las razones para expresarnos mutuamente nuestra condolencia. Nuestra pérdida es grande y dolorosa; es una parte del constante proceso que va derribando todo lo que existe y haciendo lugar, de este modo, a los nuevos. Ferenczi se lleva consigo una parte de los tiempos viejos; más adelante, cuando me toque partir a mí, comenzará una época que usted todavía alcanzará a ver. Fatalidad. Resignación. Eso es todo».

En esa época el doctor Roy Winn, de Sydney, propuso a Freud la idea de escribir una autobiografía de carácter más íntimo. Difícilmente podría habersele ocurrido una cosa que desagradara más a Freud. Pero éste, en una carta encantadora, le replicó con toda tranquilidad: «Su deseo de que yo escribiera una autobiografía íntima no tiene probabilidades de ser satisfecho. Incluso lo que hay de autobiografía (exhibicionismo) en *La interpretación de los sueños*, por más que fue necesario para dicha obra, resultó bastante duro para mí, y no creo que nadie aprenda gran cosa de una obra como la que usted me propone. Personalmente no pido al mundo sino que me deje tranquilo y consagre más bien su interés al psicoanálisis».

El día de su onomástica, Freud fue objeto, como de costumbre, de un examen médico por parte de Schur. La esposa de Schur estaba esperando un bebé, que venía con algunos días de retraso. Freud le insistió vivamente en que volviera a toda prisa junto a su mujer, y en el momento en que el médico partía, dijo con tono meditativo: «Usted está alejándose de un hombre que no desea abandonar el mundo para ir al encuentro de un niño que no desea venir a este mundo».

Con ese gran afecto que Freud siempre sintió por los niños, se tomaba un especial interés en todo nuevo nacimiento. Cuando yo le hice saber que dentro de poco tendríamos un nuevo bebé, me escribió: «La hermosa noticia de lo que ustedes esperan para mayo merece una cordial congratulación de parte de todos, sin demora alguna. Si llegara a ser el hijo más joven, usted puede comprobar, por mi propia familia, de que el último en llegar no es por eso el que menos vale». Cuando le anuncié el nacimiento, hacia la misma época de su propio cumpleaños, hizo las siguientes reflexiones:

La primera contestación, una vez que ha cedido el aflujo de cartas recibidas, le corresponde naturalmente a usted, ya que en las demás misivas no hay nada encantador e importante como la que hay en la suya y porque ésta es una oportunidad de responder a una felicitación con otra, de más sólido fundamento. En medio de todas las incertidumbres, tan conocidas, de la vida, uno puede envidiar a los padres la alegría y las esperanzas que pronto afloran alrededor de una nueva criatura humana, en tanto que, en lo que se refiere a la gente anciana, bien puede uno conformarse si ve que se equilibran los dos platillos de la balanza: la inevitable necesidad de un descanso final, por un lado,

y por el otro el deseo de gozar un poco más del amor y la amistad de la gente que nos es cercana. Creo haber descubierto que el anhelo de un descanso final no es una cosa elemental y primaria, sino la expresión de la necesidad de liberarse del sentimiento de inadecuación que caracterizan a la vejez, especialmente en lo que se refiere a los más pequeños detalles de la vida.

Usted tiene razón cuando dice que, en comparación con la época en que yo cumplía los setenta, yo no me siento ansioso en cuanto al futuro del psicoanálisis. Éste ya está asegurado y sé que está en buenas manos. Pero el futuro de mis hijos y de mis nietos está en peligro y mi propia impotencia es angustiante.

La ola de emigración de los judíos de Alemania estaba en su apogeo, y las perspectivas de los analistas que se quedaban eran bastante oscuras. Algunos de los emigrantes hallaban un descanso temporal, por uno o dos años, en Copenhague, Oslo, Estocolmo, Estrasburgo y Zurich, pero la mayor parte de ellos se iba finalmente a Norteamérica.

Freud no se mostraba nada pesimista respecto a Austria, como en realidad fue el caso de la mayor parte de la gente, hasta el momento en que Mussolini decidió abandonarla a su suerte. En abril informaba Freud: «Viena, a despecho de los levantamientos, los desfiles, etc., está tranquila, según los diarios, y la vida aquí se desarrolla sin perturbación. Se puede afirmar con seguridad que el movimiento de Hitler se extenderá a Austria —ya está aquí, en realidad—, pero es muy poco probable que esto signifique el mismo peligro que en Alemania. Lo más probable es que sea frenado por la conjunción de las demás fuerzas de derecha. Estamos pasando a una dictadura de la derecha, lo cual significa que la social democracia será reprimida. Esto no será dema-

siado agradable, y no podrá gustarnos a nosotros los judíos, pero todos pensamos aquí que las leyes de excepción contra los judíos, están fuera de cuestión en Austria, a causa de las cláusulas contenidas en nuestro tratado de paz, que garantizan expresamente los derechos de las minorías, a diferencia del Tratado de Versalles (para Alemania). Las persecuciones legales a los judíos aquí conducirían inmediatamente a que la Liga de las Naciones tomara medidas. En cuanto a una unión de Austria con Alemania—caso en el cual los judíos perderían inmediatamente todos sus derechos— es cosa que Francia y sus aliados no permitirían nunca. Austria, además, no es proclive a asumir la brutalidad de los alemanes. Es así que nos mantenemos en una relativa seguridad. De todos modos, estoy decidido a no moverme de mi lugar».

Dos meses después hacia el siguiente comentario a Marie Bonaparte: «En cuanto a la situación política ya la ha descrito usted en forma exhaustiva. Creo que ni en la guerra dominaban tanto las escenas de mentiras y frases huecas como lo hacen hoy. El mundo se está convirtiendo en una enorme prisión. Alemania es la celda peor. En cuanto a lo que ha de ocurrir en Austria, es sumamente difícil de preveer. Preveo una paradójica sorpresa en Alemania. Han comenzado por enfrentar al comunismo como su enemigo de muerto, pero terminarán en algo que será sumamente difícil de distinguir del comunismo, excepto, quizá, en el hecho de que el bolchevismo, después de todo, ha adoptado ciertos ideales revolucionarios en tanto que los del hitle-rismo son enteramente medievales y reaccionarios. Tengo la impresión de que este mundo ha perdido

vitalidad y está condenado a la perdición. Me alegra pensar que usted aún vive en una bendita isla».

Tan pronto como Hitler llegó al poder, Eitingon fue a Viena, el 27 de enero, a discutir la situación con Freud. Su principal preocupación era, por supuesto, el futuro del Instituto de Berlín, por el que tanto había hecho él. A su visita siguió una extensa correspondencia con Freud, en la que analizaron las diversas eventualidades posibles. Freud alentaba a Eitingon a que resistiera todo lo que le fuera posible, cosa que por otra parte Eitingon no necesitaba. En una de sus cartas, decía Freud: «No faltan aquí los intentos de crear pánico, pero al igual que usted, abandonaré mi puesto tan sólo a la última hora, y aún entonces es posible que no lo haga». Tampoco le perturbó mucho la quema de sus libros en Berlín, cosa que ocurrió a fines de mayo. Hizo este sonriente comentario: «¡Cuánto progresamos! En la Edad Media me hubieran quemado a mí; ahora se conforman con quemar mis libros». No le tocó saber que aún este progreso era solamente ilusorio, ya que diez años más tarde estarían dispuestos también a quemar su cuerpo.

Eitingon lo visitó el 5 de agosto, y más tarde, el 8 de septiembre, hizo un viaje preparatorio a Palestina. Ya había decidido establecerse en este país, y en los dos meses que permaneció en el mismo, organizó una Sociedad Psicoanalítica Palestina, que aún hoy lleva una floreciente existencia. El 31 de diciembre abandonó Berlín para siempre.

Al final del año era yo el único miembro primitivo del Comité que quedaba en Europa. Abraham y Ferenczi habían muerto, Rank nos había abandonado, Sachs estaba en Boston y ahora Eitingon se había ido casi tan lejos como él, en Palestina.

V

LOS ÚLTIMOS AÑOS TRANSCURRIDOS EN VIENA

(1934-1938)

En este año se produjo la fuga de los analistas judíos que aún quedaban en Alemania y la «liquidación» del psicoanálisis en este país. Esta fue una de las cosas realizadas por Hitler con pleno éxito. Echando una ojeada hacia el pasado resulta notable comprobar hasta que punto el conocimiento de Freud y de su obra, en un tiempo tan extendido por toda Alemania, pudo llegar a ser casi completamente barrido del país, de manera tal que veinte años después todavía se hallaba a un nivel más bajo, digamos, que en Brasil o en Japón. Esto, naturalmente, fue causa de gran desazón para Freud y confirmó sus ideas pesimistas sobre la ubicuidad del antisemitismo.

El primer hecho sintomático fue la quema en público, en Berlín, de las obras psicoanalíticas de Freud y de otros autores, a fines de mayo de 1933, poco tiempo después de la llegada de Hitler al poder. El 17 de abril de 1933 recibió Freud la visita de

Boehm en Viena, quien venía a pedirle consejo acerca de la situación creada. El problema inmediato era la reciente orden en el sentido de que ningún judío podía formar parte de un consejo científico. En opinión de Freud el simple cambio de personas, en esto, no impediría de ningún modo que el gobierno terminara por proscribir el psicoanálisis en Alemania. Así y todo, no consideraba prudente el darles el pretexto que significaría el abstenerse de realizar el cambio ordenado y fue así como consintió en que Eitingon fuera reemplazado por Boehm en la Comisión. Algunos médicos del hospital de beneficencia redactaron una declaración atacando a la Sociedad Psicoanalítica y al mismo tiempo llegaron rumores de que las cosas seguían empeorando.

En junio de 1933 la Sociedad Alemana de Psicoterapia cayó bajo el control de los nazis y poco después, ya bajo el rótulo de «Sociedad Médica General Internacional de Psicoterapia», fue «reajustada» de acuerdo con los principios de la «Revolución Nacional Alemana». El *Reichführer* Dr. M. H. Göring hizo saber a todos los miembros de la Sociedad que deberían realizar un estudio intenso del *Mein Kampf* de Hitler, que debería servir de base a sus tareas. Bien pronto Kretschmer renunció a la presidencia y ésta fue ocupada —con igual celeridad— por C. G. Jung. Éste fue designado también para dirigir el órgano oficial de la Sociedad, el *Zentralblatt für Psychotherapie*, y en 1936 se le unió, como codirector, el mismo Göring. Jung renunció en 1940. Su función principal consistía en discriminar entre psicología aria y psicología judía y destacar la importancia de la primera. Inmediatamente se escuchó la protesta de un psiquiatra suizo por esta actitud, que significaba apartarse de la neutralidad científica. Esta conduc-

ta de Jung ha sido objeto desde entonces, de severas críticas, provenientes de distintos sectores.

En noviembre de 1933 dos psicoterapeutas oficiales nazis se presentaron a Boehm y Müller-Braunschweig para hacerles saber que la única posibilidad de que se autorizara el psicoanálisis en Alemania consistía en que todos los miembros judíos de la Sociedad fueran excluidos de la misma. La presión en este sentido fue en aumento, si bien no acompañada de amenazas.

El proceso de aplicación de una uniformidad total (*Gleichschaltung*) siguió su curso y las diferentes ramas de la ciencia fueron «nacionalizadas» y sometidas a una supervisión única. El doctor Göring, primo del *Reichsführer*, fue designado Presidente de la ya citada Sociedad Médica General de Psicoterapia y su función era la de unificar, en todo lo posible, todas las formas de psicoterapia e imbuirlas, en lo posible, de los objetivos del nacionalsocialismo. Las autoridades nazis exigieron que la Sociedad Alemana —lo que de ella quedaba— cancelara su afiliación a la Sociedad Psicoanalítica Internacional, cosa que fue aceptada en una asamblea general realizada el 13 de mayo de 1936. Esta resolución fue registrada en el Boletín de la Asociación, pero más adelante las autoridades anularon su propia decisión.

El 19 de julio de 1936 me reuní en Basilea con Göring, Boehm y Müller-Braunschweig. También fue Brill. Encontré en Göring una persona sumamente amable y dúctil, pero resultó después que no estaba en condiciones de cumplir las cosas que me prometió acerca del grado de libertad de que gozaría el grupo psicoanalítico. No cabe duda de que en el interín alguien le informó plenamente sobre el origen judaico del psicoanálisis. Fueron prohibidos los

análisis didácticos, aunque todavía se permitieron las conferencias. Göring se impuso —o, alternativamente, su esposa— asistir a estas últimas para asegurarse de que en el curso de las mismas no habrían de usarse términos psicoanalíticos, de manera que había que aludir al complejo de Edipo con un sinónimo. En enero de 1937 Boehm se las arregló para viajar otra vez a Viena. En una entrevista que mantuvo con Freud, este le propuso que expusiera la situación a un grupo más numeroso, cosa que Boehm hizo al día siguiente. Entre otras personas se encontraban allí Ana y Martin Freud, Federn y Jeane Jaml-de Groot. Boehm habló durante tres horas, hasta que la paciencia de Freud se agotó. Interrumpió la exposición con estas palabras: «¡Basta! Los judíos han sufrido a causa de sus convicciones durante siglos. Ahora ha llegado el momento de que los colegas cristianos sufran también por las suyas propias. No concedo ninguna importancia al hecho de que mi nombre se mencione en Alemania, siempre y cuando mi obra sea presentada allí en una forma correcta». Después de decir esto se retiró del recinto.

El 28 de marzo de 1936, Martin Freud me telefoneó la desastrosa noticia de que la Gestapo se había apoderado de los bienes de la *Verlag*. Inmediatamente envié un telegrama al jefe de policía de Leipzig, explicándole que la *Verlag* pertenecía a una entidad de carácter internacional, pero esto, por supuesto, no influyó para nada en la situación. De manera que, durante los dos años que siguieron, la *Verlag* tuvo que mantener una triste existencia de organismo mutilado, en Viena. No obstante gracias a la energía de Martin Freud, la *Verlag* consiguió mantenerse en

funciones hasta que los nazis la confiscaron, en marzo de 1938.

Freud tuvo, en ese año, un sinnúmero de molestias en su afección a la mandíbula. En el mes de febrero se le aplicaron rayos X varias veces, con poco resultado, de modo que hubo que hacerle aplicaciones de radium en marzo. Se volvieron a hacer varias aplicaciones más en los meses siguientes, con el resultado de que se pudo prescindir de toda operación durante un año entero. Fueron muy frecuentes, sin embargo, los síntomas de dolor y malestares, si bien disminuyeron, una vez que el doctor Schloss, formado en el Instituto Curie de París descubrió que el metal de la prótesis estaba produciendo una radiación suplementaria. Para obviar este inconveniente se hizo un nuevo aparato.

A comienzos de mayo se sintió feliz al poder abandonar su enclaustramiento de la vida de ciudad por una comodidad de tipo rural. Tuvo ese verano más suerte que el anterior, pues encontró una casa con mucho terreno en Grinzing, no lejos de Cobenzl (Strassergasse 47, en el circuito 19).

Zweig acababa de escribir una obra sobre Napoleón en Jaffa, en la que criticaba duramente el episodio del fusilamiento de prisioneros. En una carta a Zweig observaba Freud: «De modo que acaba usted de dar rápidamente a luz una nueva obra, un episodio de la vida de ese terrible bribón que fue Napoleón, quien, fijado como estaba a sus fantasías de la pubertad, favorecido por una suerte increíble y sin ninguna inhibición, salvo en cuanto a lazos de familia, recorrió atropelladamente el mundo, como un sonámbulo, para terminar finalmente en la megalomanía. Difícilmente ha habido otro genio tan ajeno a todo rastro de nobleza, un anticaballero tan

clásico como éste. Pero su estructura era de dimensiones grandiosas».

Ese año el Congreso Internacional se celebró en Lucena, el 26 de agosto. Fue el primero que se celebraba sin la presencia de Ferenczi. Fueron aceptadas nuevas Sociedades de Boston, Holanda, Japón y Palestina. Mi primitivo plan de reunir a todas las Sociedades de Norteamérica bajo la égida de la *American psychoanalytical Association*, comenzaba a ponerse finalmente en marcha, después de veintitrés años, si bien había todavía una considerable oposición de parte de los poderosos grupos locales. Este fue el momento en que Wilhelm Reich renunció a la Asociación. Freud había tenido de él, en los primeros tiempos, un alto concepto, pero su fanatismo político condujo a Reich a alejarse de él, tanto en lo personal como en lo científico.

Al parecer, la única cosa que Freud publicó ese año fue un prólogo a la edición hebrea de su *Introducción al Psicoanálisis*. Pero fue el año en que concibió sus ideas sobre Moisés y sobre la religión, ideas que lo tendrían enfrascado por el resto de su vida. Esto fue en el verano, dado que lo mencionó a Eitingon y a mí en el mes de agosto. La primera referencia extensa a ello está contenida en una carta a Arnold Zweig: «No sabiendo qué hacer con mi tiempo libre, me puse a escribir algo, y contra mi primera intención, ocurrió que ésto se apoderó de mí de tal modo, que tuve que dejar de lado todas las demás cosas. Ahora bien, no se ponga contento con la idea de que lo va a leer, porque usted no lo hará nunca.

»Aquí estamos viviendo en una atmósfera de estricta fe católica. Se ha dicho que nuestra política es elaborada por un tal padre Schmidt, que es confi-

dente del Papa y, por desgracia, realiza también él investigaciones sobre etnología y religión; en sus libros no oculta su aborrecimiento del psicoanálisis y especialmente de mi teoría totémica... Ahora bien, cabe esperar que una cosa que yo publique atraerá cierta atención y no dejará de llegar a manos de este Padre, tan mal dispuesto hacia mí. En ese caso corremos el riesgo de una proscripción total del psicoanálisis en Viena y el cese de todas las demás cosas que publicamos. Si el peligro fuera sólo para mí, poco me impresionaría, pero el privar a nuestros miembros de aquí, en Viena, de su fuente de subsistencia es una responsabilidad demasiado grande. Agréguese a esto que yo mismo considero que este trabajo mío carece de una base bien sólida y que no me gusta tanto. De modo que no es esta la ocasión apropiada para un martirologio. Por ahora finis».

Zweig hizo saber a Eitingon el contenido de la carta. Quien preguntó a Freud si había en el libro algo que fuera más fuerte que *El futuro de una ilusión*, que no provocó queja alguna de parte de Schmidt. Freud contestó que difería del libro anterior solamente en cuanto admitía que la religión no estaba íntegramente basada en una ilusión sino que contenía también cierto núcleo histórico de verdad, que es lo que le confería su gran eficacia. Agregaba además que no temería a ningún peligro externo si estuviera más seguro de su tesis sobre Moisés. «No les sería difícil a los expertos desacreditarme como ajeno a la materia», cosa que efectivamente han hecho cuando se produjo la ocasión. El libro, agregaba, ya está terminado.

Lo que no satisfacía a Freud era la parte histórica; «no resistirá a mi propia crítica. Necesito más seguridad, y no me gustaría poner en peligro la fór-

mula final de todo el libro, que me parece válida, si doy la impresión de fundar la motivación del mismo sobre una base de arcilla. De modo que lo dejaremos a un lado». Al mismo tiempo dijo a Eitingon: «No soy bueno para novelas históricas. Dejémoslas para Thomas Mann». Pero, como veremos luego, esto no fue de ningún modo el final del asunto Moisés.

En enero de 1935 hizo a Lou Salomé una extensa descripción —de varias páginas— de sus ideas sobre Moisés y la religión. Culminaban en esta fórmula: la religión no debe su fuerza a verdad alguna entendida al pie de la letra sino a la verdad histórica que contiene. Y concluía de este modo: «Ahora, Lou, ve usted que uno no puede publicar esta fórmula, que me ha fascinado a mí, en la Austria de hoy sin correr el riesgo de que las autoridades católicas prohíban oficialmente la práctica psicoanalítica. Y este catolicismo es el que nos protege del nazismo. Además, la base histórica de todo lo que se refiere a Moisés no es lo bastante sólida como para servir de base a mis puntos de vista, valiosísimos a mi juicio. De modo que me mantengo en silencio. Me basta con poder creer yo mismo en la solución que propongo al problema. Esta idea me ha perseguido toda la vida».

El 6 de febrero recibió la visita del famoso arqueólogo francés Lévi-Bruhl, con quien intercambió algunos libros. He aquí el comentario de Freud: «Es un verdadero *savant*, especialmente en comparación conmigo». En ese mismo mes escribió a Arnold Zweig, que estaba en Palestina: «Su descripción de la primavera me hace poner triste y despierta mi envidia. Tengo todavía tanta capacidad de goce que no me siento satisfecho con la resignación que se

me impone. El único punto luminoso en mi vida es el éxito que obtiene Ana en su trabajo».

En abril recibió de Norteamérica la carta de una madre desesperada que le pedía su consejo. Reproduzco a continuación, la respuesta de Freud, con el consiguiente permiso, como un ejemplo de la bondad con que se disponía a hacer lo que pudiera por una persona extraña, por más que él mismo estaba preocupado por su propio sufrimiento.

Abril, 9 de 1935

Querida señora...

Deduzco de su carta que su hijo es un homosexual. Me impresiona mucho el hecho de que usted no menciona esta palabra en su información sobre él. ¿Puedo preguntarle por qué evita el uso de ese término? La homosexualidad no es, desde luego, una ventaja, pero tampoco no es nada de que uno deba avergonzarse, un vicio o una degradación, ni puede clasificarse como una enfermedad; nosotros la consideramos como una variante de la función sexual, producto de una detención en el desarrollo sexual. Muchos individuos altamente respetables, de tiempos antiguos y modernos, entre ellos varios de los más grandes (Platón, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, etc.) fueron homosexuales. Es una gran injusticia perseguir la homosexualidad como un crimen, y es también una crueldad. Si usted no me cree a mí, lea los libros de Havelok Ellis.

Cuando usted me pregunta si puedo ayudarle, debo suponer que lo que usted me pregunta es si puedo abolir la homosexualidad y hacer ocupar su lugar por la heterosexualidad. La respuesta, en términos generales, es que no podemos prometer semejante éxito. En cierto número de casos conseguimos desarrollar los marchitados gérmenes de heterosexualidad presentes siempre

en todo homosexual, pero en la mayor parte de los casos eso ya no es posible. Ello depende de la cualidad y la edad del individuo. No es posible predecir cual será el resultado del tratamiento.

Lo que el psicoanálisis puede hacer por su hijo ya es cosa diferente. Si es desdichado, neurótico, si vive desgarrado por sus conflictos, inhibiciones en su vida social, el análisis puede traerle armonía, tranquilidad mental, completa eficiencia, ya sea que siga siendo homosexual o cambie. Si usted se decide a ello, podrá analizarse conmigo. No creo que usted lo haga. Tendría que venir a Viena. No tengo intención alguna de salir de aquí. No deje sin embargo, de contestarme al respecto.

Sinceramente suyo y con los mejores deseos,

Freud

P. S. No he tenido dificultad en leer su escritura. Espero que su dificultad para entender mi letra y mi inglés no sea mayor que la mía con su carta.

Su cumpleaños, esta vez, pasó bastante tranquilamente, con pocas visitas pero bastantes cartas que contestar. Freud comentó que setenta y nueve «era un número bastante irracional». Pero para él fue una época desdichada. Hubo operaciones en marzo y en abril, y el día de su cumpleaños forcejeó hasta quedar exhausto, para colocarse el horrible «monstruo» en la boca. Tampoco pudieron hacerlo Schur ni Ana, de modo que llamaron en su auxilio a Pichler.

Ese año hizo Freud, en su correspondencia, numerosas alusiones a su libro sobre Moisés, tema que siempre tenía presente. Comenzó a leer todos los libros que encontraba sobre historia judía. En mayo la noticia que leyó sobre unas excavaciones en Tel-

el-Amarna le produjo una verdadera excitación, debido a que se había mencionado el nombre de cierto príncipe Thothmes. Se preguntó si ése no era «su» Moisés y hubiera querido disponer de dinero para hacer que continuaran las excavaciones en ese lugar.

En mayo Freud fue designado Miembro Honorario de la Royal Society of Medicine, según se le hizo saber, por unanimidad. Candorosamente me preguntó si ahora podría poner una tanda de letras después de su apellido, tales como H.F.R.S.M.

El 1 de agosto Ana Freud se reunió con Eitingon y conmigo en París para tratar asuntos didácticos, lo cual demuestra que Freud se hallaba evidentemente bastante bien como para poder prescindir por un par de días de los cuidados de su hija... cosa rara en realidad.

Arnold Zweig acababa justamente de escribir su libro *Erziehung vor Verdun*, cuyo tema eran las brutalidades alemanas que él había visto durante la guerra. Freud se sentía extremadamente indignado por la conducta de los alemanes contra los judíos en esa época, y es esto lo que escribió a Zweig luego de leer detenidamente el libro. «Es como una liberación que se ha ansiado durante mucho tiempo. Finalmente llega la verdad, la lúgubre y definitiva verdad que uno necesita con urgencia. No es posible entender la Alemania de hoy si no se sabe lo de "Verdun" (y lo que ello representa). Este deshacerse de las ilusiones llega tarde, en verdad también para usted. De ahí el craso anacronismo de que el idilio de Grischa, un libro en el que tampoco puede hallarse de superación de toda ilusión, haya sido posterior a su educación en Verdun. Esto concuerda con el hecho de que, después de la guerra, usted se haya establecido en Berlín e incluso haya edificado allí una casa.

Hoy diríamos: "Si yo hubiera deducido las conclusiones correspondientes a mi experiencia en Verdun, sabría que no es posible vivir con un pueblo como ése". Nosotros creíamos todos que era la guerra y no el pueblo, pero los demás países también tuvieron la guerra y se comportaron de otra manera completamente distinta. Entonces no lo creíamos, pero es cierto lo que los otros han dicho sobre los boches».

En junio de este año la *Fischer Verlag* pidió a Freud que escribiera una carta que pudiera publicarse para celebrar el sexagésimo cumpleaños de Thomas Mann. Desde la altura de sus ochenta años, Freud debe haber sonreído ante la idea de esta juvenil celebración. Los editores norteamericanos de su *Estudio autobiográfico*, la casa Brentano, le pidieron en ese verano que escribiera un suplemento del mismo, cosa que hizo de inmediato. En el expreso su pesar por haber llegado a publicar detalles de su vida privada y aconsejaba a sus amigos no imitarlo jamás en eso.

Dos acontecimientos dominan la perspectiva del año 1936: el octogésimo onomástico de Freud y su designación como Miembro Correspondiente de la Royal Society. Los esfuerzos que acarrearían para él los festejos de su octogésimo cumpleaños venían preocupándole y eran la fuente de angustiosos pensamientos que precedieron por meses esta fecha. Freud hizo lo posible para reducir al mínimo esos actos. Un año antes yo había concebido el plan de un volumen conmemorativo de ensayos como un regalo adecuado de sus discípulos, cosa que llevaría algún tiempo organizar. Había llegado de algún modo a sus oídos esa idea, por lo cual me escribió:

«Y ahora unas palabras de detrás de las bambalinas. Ha llegado hasta mí la información de que usted está preparando una celebración especial para mi 80 cumpleaños. Aparte de la posibilidad de que puede no llegar a ocurrir y de mi convicción de que un telegrama de condolencia sería la única reacción adecuada para un hecho así, soy de opinión que ni la situación que impera en los círculos analíticos ni el estado del mundo justifica celebración alguna. Si la necesidad de expresarse no puede ser del todo reprimida en este caso me gustaría orientarla en alguna dirección que no obligara más que al mínimo de molestias, excitaciones o trabajos. Esto podría ser un álbum con las fotografías de los miembros». Yo temblé ante esta asombrosa proposición, que me hizo el impacto de una idea sumamente impracticable y que no reportaría placer alguno. De modo que le repliqué: «Me siento inclinado, a pesar mío, a creer que usted tiene razón acerca de mi proyecto de “Libro conmemorativo” (*Gedenkbuch*). Sería absolutamente inútil pensar en una proposición que no habría de proporcionarle a usted un placer, y me animo a decir que usted puede imaginar desde ya los riesgos que, por la envidia que provocaría la selección de los colaboradores, podría dar lugar a considerables celos y sentimientos de malestar. Probablemente tendríamos que volver a la idea de las fotografías, que me parece sumamente interesante y que encierra muchas posibilidades. Afortunadamente para usted, Eitingon ya no será presidente para la época de su cumpleaños. Pienso que usted sabe hasta qué punto yo comparto más su calma actitud frente a las ceremonias». Fue entonces cuando hizo una exposición más completa de sus ideas. «Estoy de acuerdo en que usted tiene razón para sentirse contento

de tener en sus manos el timón de la nave psicoanalítica, y ello no sólo por causa del *Gedenkbuch*. Usted ha comprendido de tal modo mis recelos que ahora tengo el coraje de dar un paso más.

»Procedamos entonces, a enterrar el *Gedenkbuch* o el *Sammelband* (Volumen de homenaje), etcétera. Vuelvo ahora a mi propia sugestión respecto a un álbum y confieso que ya me gusta tan poco como la otra idea; básicamente, en realidad, me disgusta. Dejando a un lado las dos objeciones respecto a que implicaría muchas molestias y no significaría para mí garantía alguna de que voy a sobrevivir hasta ese día, está empezando a disgustarme la monstruosidad estética de cuatrocientos retratos de gente sumamente fea de la que desconozco por completo a más de la mitad y de las cuales una buena parte no quiere saber nada de mí. No, los tiempos no son adecuados para una festividad, ni siquiera "*intra Iliacos muros nec extra*". La única cosa que me parece posible es renunciar a toda acción en común. Dejemos que quien sienta la necesidad de congratularme lo haga así, y quien no, no tiene por que temer mi venganza.

»Hay todavía otro argumento. ¿Cuál es el significado secreto de esto de celebrar las cifras redondas de la edad avanzada? Es seguramente una medición del triunfo sobre lo transitorio de la vida, que, como nunca olvidamos, está dispuesto a devorarnos a todos. Uno se regocija entonces con una especie de sentimiento común de que no estamos hechos de un material tan frágil como para impedir que uno de nosotros resista victoriosamente los efectos hostiles de la vida por 60, 70 o incluso 80 años. Eso es una cosa que uno puede entender y con la que se puede estar de acuerdo, pero la celebración evidentemente

tiene sentido solamente cuando el sobreviviente puede, a despecho de todas las heridas y cicatrices, intervenir en ella como persona sana; pierde este sentido cuando se trata de un inválido tal que de ninguna manera se puede hablar de festejos comunes con él. Y dado que éste es mi caso y lo lleva la carga de mi destino por mí mismo, preferiría que mi octogésimo cumpleaños fuera considerado como asunto privado mío... por mis amigos».

El asunto quedó, por lo pronto, en estos términos, pero a medida que se acercaba la temida fecha la angustia de Freud frente al esfuerzo que se le imponía iba en aumento. Una cantidad de partidarios y gente extraña anunciaron su intención de visitarlo, entre ellos Eitingon, Landauer, Laforgue y yo. Marie Bonaparte se ofreció a venir, pero luego, con muy buen criterio, postergó la fecha de su viaje. Antes de eso ya había escrito a Arnold Zweig acerca de las intenciones de los diarios en diversos países y señaló: «¡Qué poco sentido tiene pensar en reparar, con motivo de una fecha tan cuestionable, el mal trato sufrido durante una larga vida! No; más vale que sigamos siendo enemigos». Se consolaba con la idea de que la celebración solamente duraría unos pocos días, y de que es una de esas cosas que sólo pueden presentarse una vez en la vida; «después de eso habrá un magnífico descanso y ya no podrán perturbarme cacareos ni manifestaciones de ninguna clase».

El día del cumpleaños se pasó con toda tranquilidad, convertidas sus habitaciones en una verdadera florería. Freud se sentía bastante bien, recuperado ya de una dolorosa operación que le fue hecha en marzo. Pero seis semanas más tarde todavía estaba Freud en plena lucha en medio del montón de

felicitaciones, provenientes de todas las partes del mundo, que tenía que contestar.

Esta onomástica dio lugar a un encantador cambio de cartas entre los dos grandes hombres de este siglo. Vamos a reproducir aquí las dos cartas en toda su extensión.

Princeton, 21-4-1936

Verehhter Herr Freud:

Me siento feliz de que a esta generación le haya tocado en suerte la oportunidad de expresar su respeto y su gratitud a usted, que es uno de sus más grandes maestros. Seguramente no le fue fácil lograr que la gente profana, escéptica como es, haya llegado a hacerse al respecto un juicio independiente. Hasta hace poco, lo único que me era posible captar era la fuerza especulativa de sus concepciones, a la vez que la enorme influencia ejercida sobre la *Weltanschauung* (concepción del mundo) de nuestra presente era, sin estar en condiciones de hacerme un juicio independiente acerca del grado de verdad que contenía. Pero hace muy poco tuve oportunidad de oír acerca de algunas cosas no muy importantes en sí mismas, que a mi juicio descartan toda interpretación que no sea la que usted ofrece en su teoría de la represión. Me sentí encantado de haber dado con esas cosas, ya que siempre es encantador el ver que una grande y hermosa concepción concuerda con la realidad.

Con mis más cordiales deseos y mi profundo respeto,

Suyo

A. Einstein

P. S. Por favor, no conteste usted a esta carta. El placer que me produce la oportunidad que tengo de escribirle ya es suficiente para mí.

Verehrter Herr Einstein:

En vano objeta usted la idea de que yo conteste a su muy amable carta. Realmente tengo que decirle cuán contento me he sentido al comprobar el cambio registrado en su opinión, o al menos el comienzo de un cambio. Siempre he sabido, por supuesto, que usted me «admiraba» por cortesía y creía muy poco en cualquier aspecto de mis doctrinas, si bien me he estado preguntando a menudo qué es lo que en realidad se puede admirar en ellas si no son verdaderas, es decir, si no contienen una gran parte de verdad. De paso, ¿no cree usted que yo hubiera sido tratado mejor si mis doctrinas contuvieran un porcentaje mayor de error y de extravagancias? Yo le llevo a usted tantos años que puedo permitirme la esperanza de contarle entre mis «partidarios» cuando usted haya alcanzado mi edad. Como yo no podré enterarme de ello, estoy saboreando ya esa satisfacción. Usted sabe lo que ahora está cruzando por mi mente: *ein Vorgefühl von solchem Glück genieße ich*, etc.¹

In herzlichster Ergehenheit und unrvandelbarer Verehrung,

Ihr

Freud.

Lo que más le gustó —o le molestó menos— en cuanto a la celebración de su cumpleaños fue la visita de Thomas Mann. El 8 de mayo pronunció Mann un impresionante discurso en la Sociedad Académica de Psicología Médica. Lo repitió en el mismo mes cinco o seis veces, en distintos lugares, y seis sema-

1. "Basta el presentimiento de aquella felicidad sublime para hacerme gozar mi hora inefable" (*Fausto*, Acto V).

nas más tarde, el domingo 14 de junio se lo leyó a Freud, quien hizo el comentario de que era aún mejor de como él lo conocía por referencia. Pero Freud no se dejó seducir por otras demostraciones: «Los colegas vieneses se unieron también a las celebraciones, pero hubo toda clase de indicios que delataban lo duro que se les hacía. El Ministro de Educación me felicitó ceremoniosamente y de una manera muy cortés, pero a los periódicos se les prohibió, bajo pena de confiscación, hacer mención alguna de este simpático hecho. En numerosos artículos periodísticos, de aquí y del extranjero, se expresó lisa y llanamente rechazo y odio. Tuve así la satisfacción de ver que la sinceridad aún no ha desaparecido de este mundo».

Entre los muchos presentes que llegaron figura una declaración firmada por Thomas Mann, Romain Rolland, Jules Romains, H. G. Wells, Virginia Woolf, Stefan Zweig y otras 191 personas, entre escritores y artistas. Mann se la entregó personalmente el día del cumpleaños.

Hubo también muchas visitas, por supuesto. Una de ellas, preguntó a Freud cómo se sentía, a lo cual él respondió: «Como se siente un hombre de ochenta años no es un tema de conversación».

Al mismo tiempo fue designado Freud Miembro Honorario de la Asociación Psiquiátrica Norteamericana, de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, de la Sociedad Psicoanalítica Francesa, de la Sociedad Neurológica Norteamericana y de la Royal Médico-Psychological Association. Por encima de todo esto estaba el reconocimiento más alto de que jamás había sido objeto, y que por eso apreciaba más que ningún otro: la designación de Miembro Correspondiente de la Royal Society. Su nombre ha-

bía sido propuesto por un distinguido médico, ex paciente mío, y recuerdo cómo Wilfred Trotter, que entonces formaba parte del Consejo de la entidad, me contaba la sorpresa que había causado la proposición. Todos los miembros del Consejo habían oído hablar vagamente de Freud, pero ninguno de ellos conocía ninguno de sus trabajos. Pero Trotter poseía el don de convencer a cualquier Comisión.

Pero ninguna Universidad impuso a Freud un título honoris causa. El único que había recibido en su vida era el que le confirió la Clark University de Massachussetts, casi treinta años antes.

En mayo Freud y Lou Salomé intercambiaron las últimas cartas, dando fin así a una correspondencia que se había prolongado veinticuatro años. Ella falleció en febrero del año siguiente. Freud la había admirado extraordinariamente y estuvo muy encariñado con ella, «lo que no deja que su curioso, sin muestra alguna de atracción sexual». La describía como el único vínculo real entre Nietzsche y él mismo.

Freud se sintió contrariado y alarmado al enterarse de que Arnold Zweig se proponía escribir su biografía. Se lo prohibió con toda firmeza, diciéndole que tenía cosas mucho más útiles para escribir. La opinión de Freud acerca de escribir biografías se iba por cierto al extremo. «Quien se pone a escribir una biografía se obliga a sí mismo a la mentira, al engaño, al ocultamiento, la hipocresía y al adularismo, e incluso a ocultar la propia falta de entendimiento, dado que el material biográfico no hay manera de obtenerlo, donde lo hubiera no se puede usar. La verdad no es accesible; la humanidad no la merece. ¿Y no tenía razón el Príncipe Hamlet cuando se preguntaba quién podría escapar de una azotaina si

a cada uno se lo tratara según sus méritos? Por mi parte yo continúo, sin embargo, con mi trabajo a pesar de estas terribles afirmaciones».

Ahora Freud se sentía cada vez más y más convencido de que el porvenir de Austria estaría en manos de los nazis, si bien las personas en quien pensaba especialmente, en este sentido, eran los nazis austríacos, de quienes esperaba (erróneamente) que habrían de ser más moderados. Decía por ello: «Estoy esperando, cada vez con menos pesar, que la cortina caiga definitivamente para mí».

En julio Freud fue sometido a dos intervenciones excepcionalmente dolorosas, y por primera vez desde la operación primitiva, de 1923, fue encontrado, sin lugar a duda alguna, tejido canceroso. Durante los últimos cinco años los médicos habían estado evitando ese desenlace, mediante la extirpación de tejidos precancerosos, pero de ahora en adelante ya sabían que estaban frente a frente con el enemigo y que había que estar dispuestos a que se reprodujeran constantemente recurrencias de formaciones malignas.

A esto siguió el Congreso de Marienbad, el 2 de agosto. Esta localidad fue elegida con el objeto de que Ana, en el caso de que el padre la necesitara con urgencia, no estuviera lejos de él. En mi discurso de Presidente me referí a Checoslovaquia como una isla de libertad rodeada de Estados totalitarios e hice algunas observaciones acerca de dichos estados que hicieron que se incluyera mi nombre en la lista negra nazi de los que debían ser liquidados tan pronto como fuera invadida Inglaterra. Eitingon visitó a Freud antes del Congreso —no había podido hacerlo cuando el día del octogésimo aniversario— y yo lo hice poco después del Congreso. Fue ésta la

última vez que vi a Freud antes del episodio de su emigración a Londres, que se produjo dieciocho meses más tarde.

El 13 de septiembre, con todo silencio, se celebraron las bodas de oro de Freud. De sus hijos sobrevivientes vinieron cuatro, es decir, todos menos Oliver. Hizo a Marie Bonaparte una de sus características y sintéticas afirmaciones: «Realmente no ha resultado una mala solución del problema del matrimonio, y mi mujer todavía es tierna, sana y activa».

Hacia fin de año Freud volvió a pasarlo mal, cuando Ana había detectado otra área sospechosa, que Pichler pensó equivocadamente, que era carcinoma. «El sábado 12 de diciembre me dijo Pichler que se veía obligado a cauterizar otro punto que le parecía sospechoso¹. Lo hizo así, pero esta vez el examen microscópico demostró que se trataba de un tejido inofensivo, pero la reacción fue terrible. En primer lugar fuertes dolores, y en los días que siguieron, la boca cerraba mal, por lo cual no podía comer nada. Tenía grandes dificultades para beber. «Prosigo con mi trabajo analítico mediante el recurso de poner una bolsa de agua caliente a la mejilla, que renuevo cada media hora». Logro algún alivio con terapia de onda corta, pero la mejoría no dura mucho. Me dicen que debo soportar este estado de cosas por una semana más². Me gustaría que usted viera la simpatía que me demuestra Jo-Fi³ en mi sufrimiento, como si lo entendiera todo».

«Nuestro Ministro de Educación ha emitido un formal anuncio en el sentido de que la época de la labor científica que se realice al margen de ciertos

1. Esta fue una de las tantas veces en que ocurrió tal cosa.
2. Duró, sin embargo, mucho más tiempo.
3. Su perro.

supuestos previos —como era el caso en la era liberal— ha pasado ya; desde ahora en adelante, toda ciencia deberá trabajar al unisono con la *Weltanschauung* cristiano-germánica. Esto no deja de prometerme una buena diversión. ¡Ni más ni menos que en la querida Alemania!»

La intervención quirúrgica que acabamos de mencionar fue la única oportunidad, en tantos años de sufrimiento, en que Freud, no sin cierta sorpresa de Pichler, exclamó: «¡Ya no puedo soportar más!» Pero los nervios de acero del cirujano le pusieron en condiciones de terminar la operación, y la protesta no pasó de ahí.

En enero de 1937 sufrió Freud una nueva pérdida, la de la perrita a la que se había aficionado tanto en los últimos siete años. Acostumbraba a intercambiar confidencias con Marie Bonaparte, otra persona amante de los animales. Apenas un mes antes le había escrito :

Acaban de llegarme la tarjeta postal y el manuscrito del libro de Topsy que usted me envía desde Atenas. El libro me enamora; es conmovedoramente real y cierto. No es, por supuesto, un trabajo analítico, pero la búsqueda que el analista hace de la verdad y el conocimiento puede percibirse muy bien detrás de esta creación. Realmente proporciona las razones por las cuales uno puede amar con tan extraña profundidad a un animal Topsy o Jo-Fi: su afecto, desprovisto de toda ambivalencia, la simplicidad de su vida, libre de todos los conflictos casi insoportables de la civilización, la belleza de una existencia completa de sí misma. Y a pesar de la extraña naturaleza de su desarrollo orgánico, un sentimiento de íntima relación —un sentido innegable del pertenecerse mutuamente— existe entre nosotros. Mientras acariciaba a Jo-Fi me he sorprendido a veces en-

tonando en voz baja una melodía, que, aún siendo yo completamente antimusical, pude reconocer como el aria de Don Giovanni:

«Un lazo de amistad nos une, etc.»

Si usted con sus juveniles 54 años no puede dejar de pensar a menudo en la muerte, no podrá sorprenderle que yo con mis ochenta años y medio, tiemblo ante la idea de alcanzar la edad de mi padre y mi hermano y aún la de mi madre, atormentado por el conflicto entre el deseo de descanso y el miedo a los nuevos sufrimientos que la marcha de la vida trae consigo, y por el otro la anticipación del dolor de separarse de todo aquello a lo que uno se siente unido aún.

Pero Jo-Fi tuvo que ser operada de dos grandes quistes ováricos. La operación pareció tener éxito, pero dos días después murió repentinamente. Freud sintiendo que no podría soportar el estar sin ningún perro, pidió de vuelta a Dorothy Burlingham otra perrita llamada Lün, que había tenido que darle cuatro años antes, a causa de los celos de Jo-Fi.

Otro acontecimiento ocurrió en ese mismo mes, que más tarde tuvo consecuencias para nuestro conocimiento de la personalidad y la obra de Freud. Marie Bonaparte le había hecho saber que había adquirido las cartas que él había dirigido a Fliess. Freud replicó inmediatamente: «El asunto de la correspondencia con Fliess me ha dado vértigo. Después de la muerte de Fliess la viuda me pidió las cartas que él me dirigiera. Yo asentí incondicionalmente, pero no pude hallarlas. Todavía no sé si las he destruido, o más bien, obrando con inteligencia, las he guardado... Nuestra correspondencia era de lo más íntimo que usted pueda imaginar. Sería la cosa más desdichada que esas cartas pudieran caer en manos extrañas. De modo que ha sido una cosa estremadamente

amable de parte de usted el adquirirlas y guardarlas de todo peligro. Lo único que me aflige es el gasto que esto ha significado para usted. ¿Puedo ofrecerle costear la mitad? Si el hombre hubiera venido a verme a mí, yo habría tenido que comprarlas. A mí no me gustaría que ninguna de esas cartas llegara a conocimiento de la así llamada posteridad».

El destino que luego corrieron estas importantes cartas ya ha sido descrito.

En marzo comenzó Freud a preocuparse más de la aproximación del nazismo «la situación política comienza a hacerse cada vez más sombría. Nadie detendrá probablemente la invasión nazi, con sus funestas consecuencias para el psicoanálisis y para todo lo demás. Mi única esperanza es que yo no llegue a vivir lo suficiente como para verlo».

Pichon, un analista francés que resultó ser yerno de Janet, escribió a Freud preguntándole si Janet podría visitarlo. He aquí el comentario que Freud hizo a Marie Bonaparte: «No, no veré a Janet. Yo no podría dejar de reprocharle su conducta desleal para con el psicoanálisis y también con mi persona, sin desdecirse en ningún momento. Fue lo bastante tonto como para decir que la idea de una etiología sexual de la neurosis sólo pudo haber surgido en la atmósfera de una ciudad como Viena. Luego, como los escritores franceses comenzaron a hacer circular la calumniosa especie de que yo había asistido a sus clases y le había robado sus ideas, él podía haber puesto fin a esta cháchara con una sola palabra, ya que en realidad no lo vi nunca ni he oído su nombre en los tiempos de Charcot: es que nunca dijo esa palabra. Usted puede darse una idea de su nivel científico por esa frase suya según la cual el inconsciente es *una façon de parler*. No, no lo veré. Pensé al

comienzo ahorrarle esa descortesía mediante la excusa de que no me siento bien o de que ya no puedo hablar en francés, y él, con seguridad, no sabe una palabra de alemán. Pero he decidido no proceder así. No hay razón para que yo haga sacrificio alguno por él. Sinceridad es la única actitud posible: la grosería se justifica».

Freud partió de Viena (para dirigirse a la misma casa en Grinzing) el 30 de abril, a pesar de que en esa fecha sufría un fuerte ataque.

En noviembre escribió a Stefan Zweig la siguiente carta:

Viena, 17-XI-1937

Lieber Herr Doktor:

Me resulta difícil decir si fue mayor el placer o el dolor que me trajo su amable carta. Sufro, igual que usted, los tiempos éstos que estamos viviendo. El único consuelo que tengo es el de la estrecha unión con algunos pocos, en la seguridad de que las mismas cosas siguen siendo de alto valor para nosotros y los mismos valores siguen siendo incuestionables. Pero —esto en un sentido amistoso— yo puedo envidiarle a usted el hecho de que puede lanzarse a la defensa mediante su valiosa labor. ¡Ojalá tenga más y más éxitos! Me alegro de antemano por su *Magallanes*.

Tras de mí está mi obra, tal cual usted dice. Nadie puede predecir en qué época se verá convalidada. En cuanto a mí, no estoy tan seguro. La duda es cosa siempre inseparable de la investigación, y seguramente yo no he hecho más que desterrar un fragmento de verdad. El futuro inmediato parece sombrío, aun para mi creación, mi psicoanálisis. De todos modos, ya no experimentaré nada agradable en las semanas o meses que me quedan de vida.

Enteramente contra mi intención, me he dejado lle-

var al terreno de las lamentaciones. Lo que yo quería era acercarme más a usted de una manera humana, no ser admirado como una roca en el mar, contra la que en vano van rompiendo las olas. Pero aún así, si mi desafío es silencioso, sigue siendo un desafío, e *impavidum ferient ruinae!*

Abrigo la esperanza de que no me deje esperar mucho sus próximos, hermosos y valientes libros.

*Mit herzlichen Grüßen,
Ihr alter,*

Sig. Freud.

VI

LONDRES: EL FIN

(1938-1939)

La invasión nazi de Austria, que se produjo el 11 de marzo de 1938, fue la señal para que Freud abandonara su patria y se dirigiera a un país extranjero, siguiendo así el camino que sus antepasados habían recorrido tantas veces con cansado paso. Pero esta vez se trataba de un país donde sería mejor recibido que en ningún otro. En muchas ocasiones de su vida había pensado en tomar una decisión como ésta, y en muchas otras lo habían invitado a hacerlo. Pero había algo profundo en su naturaleza que se había opuesto siempre a una decisión semejante, y aún en este momento final y crítico estaba todavía muy poco dispuesto a tomarla en cuenta.

Sabiendo cuán fuerte era su rechazo, y cuán a menudo había expresado, en el curso de los últimos años, su determinación de permanecer en Viena hasta el final, yo no tenía muchas esperanzas sobre el resultado final. No obstante un par de días después de la invasión, hablé por teléfono una vez con Dorothy Burlingham, quien, en esta época, era casi un

miembro de la familia para Freud, y tres veces con Marie Bonaparte, que estaba en París; finalmente, decidí hacer un último esfuerzo para persuadir a Freud a que cambiara de opinión. En ese momento no había aeroplanos que llegaran a Viena, pero el 15 de marzo pude volar hasta Praga y allí encontré un pequeño monoplano con el cual completé el viaje. El espectáculo que encontré al llegar era bastante deprimente. En el aeropuerto había montones de aviones militares alemanes y el aire también estaba lleno de aeroplanos que intimidaban constantemente a los vieneses. Las calles estaban llenas de ruidosos tanques, y también de gente que rugía, ¡Heil Hitler!, pero era fácil advertir que la mayor parte eran alemanes importados que habían llegado en los trenes enviados por Hitler con ese propósito. Después de visitar a mi cuñada, lo que me dio oportunidad de ponerme en contacto con Ana, fui por consejo ésta, a visitar ante todo las instalaciones de la *Verlag*. Tenía la esperanza de que podría servir de algo el poner de relieve el carácter internacional de la empresa. Las escaleras y las habitaciones estaban repletas de jóvenes de mirada canallesca, armados de puñales y pistolas. Martin Freud estaba sentado en un rincón, arrestado, y las «autoridades» nazis se ocupaban en contar el dinero menudo que hallaron en una caja. Tan pronto como me hice oír fui también arrestado, y las observaciones que entre ellos hacían cuando yo pedí que se me permitiera comunicarme con la embajada británica (para la cual tenía recomendaciones especiales) me demostraron hasta dónde había descendido el prestigio de mi país después de los triunfos de Hitler. Al cabo de una hora, sin embargo, fui puesto en libertad y me encaminé a la casa de Freud.

Aquí también, entretanto, tuvo lugar una curiosa escena. La casa de Freud había sido invadida por otra banda de los S. A., y dos o tres de ellos se abrieron camino hacia el comedor. La señora Freud, como suele ocurrir en un caso de emergencia, sacó fuerzas del fondo de su corazón. En el más amable tono hospitalario ofreció un asiento al centinela; tal como lo manifestó más tarde, le resultaba desagradable ver a una persona extraña de pie en su casa. Esto causó a los intrusos cierto embarazo, que aumentó con lo que hizo después. Trajo el dinero de que disponía, para los gastos de la casa, lo puso sobre la mesa con las palabras tan usuales en ella en la mesa: «¿No quieren los señores servirse algo?» Ana Freud los condujo a otra habitación, donde estaba la caja fuerte, que abrió. El botín alcanzaba a 6.000 chelines austríacos (alrededor de £ 300). Estaban debatiendo los planes de mezquino pillaje que la situación reinante les permitía realizar, cuando en el vano de la puerta apareció una figura delgada y frágil: era Freud, atraído por el alboroto. Freud tenía una manera de clavar la mirada y fruncir el entrecejo que le envidiaría cualquiera de los profetas del Viejo Testamento; el efecto producido por su presencia terminó por desconcertar a los visitantes. Manifestando que volverían otro día, se retiraron con toda premura. Una semana más tarde vino la Gestapo e hizo una cuidadosa revisión de las habitaciones, con el pretexto de buscar documentos políticos antinazis; no penetraron sin embargo —hecho significativo— en las habitaciones privadas de Freud. Al retirarse, se llevaron con ellos a Ana. Yo mantuve inmediatamente una conversación con Freud, de una gran franqueza. Tal como yo había temido, él se inclinaba a permanecer en Viena. A mi primer ale-

gato, acerca de que él no estaba solo en el mundo, que su vida era muy cara a mucha gente, me contestó con un suspiro: «¡Solo! ¡Si yo estuviera solo, hace mucho tiempo que ya me habría despedido de la vida!» Pero tenía que admitir la fuerza que encerraban mis afirmaciones, y entonces comenzó a esgrimir el argumento de que estaba demasiado débil para viajar adonde quisiera que fuera; que no era capaz ya de subir a un piso alto, y no podría trepar a un tren internacional. Al no aceptar yo este argumento, manifestó que ningún país le daría entrada. Este argumento encerraba ciertamente alguna fuerza; es difícil que una persona de nuestra época actual pueda imaginarse hasta que punto era ferozmente inhospitalario cualquier país en cuanto a posibles inmigrantes, tan intenso era el problema de la desocupación. Francia era el único país que admitía extranjeros con cierta libertad, pero a condición de que no trabajaran allí para ganarse la vida; se les admitía en Francia para morir allí de hambre, si eso era lo que deseaban. Lo único que pude hacer fue pedirle a Freud que me permitiera, a mi regreso a Inglaterra, ver si no podría hacerse una excepción en su caso. Llegó el turno a su última declaración: no podía abandonar el suelo patrio, tal conducta sería como la del soldado desertor. Ya he contado como pude tener éxito frente a esta actitud mencionando la semejanza de su situación con la de Lightoller, el segundo oficial del *Titanic*, que en ningún momento abandonó su barco, sino que éste lo abandonó a él. Esto fue lo que terminó por convencerlo.

Ésta era apenas la primera dificultad, pero posiblemente la peor. En cuanto a la segunda, el obtener permiso para que Freud pudiera vivir en Inglaterra,

yo tenía bastantes esperanzas, y los hechos demostraron que no estaba equivocado. En cuanto a la tercera —persuadir a los nazis de que permitieran salir a Freud— era algo en que yo no podía hacer nada, pero los grandes hombres suelen tener más amigos, incluso ubicados en altas posiciones, de lo que ellos mismos saben. W. C. Bullitt, a la sazón embajador norteamericano en Francia, era amigo personal del Presidente Roosevelt, e inmediatamente envió un cable a éste solicitando su intervención en el caso. El presidente de los Estados Unidos, con la responsabilidad que tiene por el mundo entero, tiene que pensar dos veces antes de decidirse a inmiscuirse en los asuntos internos de otro país, pero Roosevelt hizo que su Secretario de Estado enviara las debidas instrucciones al Encargado de Negocios en Viena, mister Wiley, en el sentido de que hiciera en el caso todo lo que le fuera posible. Bullitt, visitó al Conde von Welczeck, embajador alemán en Francia y le hizo saber, en términos inequívocos, que el maltratar a Freud, si llegara el caso, produciría un escándalo mundial. Welczeck, que era un austríaco culto y humanitario, no necesitaba que lo persuadieran de ello, e inmediatamente dio los pasos necesarios para llevar el asunto ante las más importantes autoridades nazis.

Aparte de eso me dice Eduardo Weiss —que por esa época estaba en contacto con el Duce— que también Mussolini hizo algo, ya sea dirigiéndose al mismo Hitler o a su embajador en Viena. Ése era el momento en que Hitler le estaba realmente agradecido a Mussolini por haberle dado carta blanca para apoderarse de Austria.

De modo que, entre una cosa y otra, los nazis advirtieron que no podían atreverse a negarle un per-

miso de salida a Freud, aunque estuvieran decididos a sacarle previamente su libra de carne...

Los pocos días que pasé en Viena fueron días agitados. Müller-Braunschweig, acompañado por un comisario nazi, vino de Berlín con el propósito de liquidar el movimiento psicoanalítico. Se hizo, sin embargo, una reunión de la Comisión de la Sociedad de Viena el 13 de marzo, y en ella se decidió que se fueran todos los que tuvieran la posibilidad de hacerlo y que la sede del Psicoanálisis estaría dondequiera se estableciera Freud. Éste comentó: «Después que Tito destruyó el Templo de Jerusalén, el rabí Johanan ben Saccai pidió permiso para abrir una escuela en Jabneh para estudiar la Torah. Nosotros vamos a hacer lo mismo. De todos modos, estamos acostumbrados a la persecución por nuestra historia, por la tradición, y algunos de nosotros por la experiencia personal», y agregó riendo, mientras señalaba a Richard Sterba, «con una sola excepción». Pero Sterba decidió compartir la suerte de sus colegas judíos, y salió para Suiza dos días más tarde; finalmente resistió todos los halagos de que le hacían objeto todos los analistas para que volviera y se hiciera cargo de la dirección del Instituto y la Clínica de Viena. De modo que no les quedó nada concreto de que apoderarse, y tuvieron que conformarse con apropiarse de la Biblioteca, amén de todos los bienes de la *Verlag*.

El 17 de marzo llegó Marie Bonaparte de París y yo pude ausentarme más tranquilo para la urgente tarea de obtener el permiso para Freud. El Secretario de Interior era entonces Sir Samuel Hoare (actualmente Lord Templewood) con quien yo tenía una pequeña relación por cuanto pertenecíamos los dos a un mismo Club de Patinaje. Era por esto que en mis cartas a Viena, que debían en parte ser cifradas, me

refería a él llamándolo «mi amigo el patinador». Pero en asunto tan crítico era preferible no desechar apoyo alguno, y el de la Royal Society, que había honrado a Freud hacía apenas dos años, parecía el de más peso; en las muy contadas ocasiones en que intervinieron en asuntos sociales o políticos se les escuchó con especial respeto. De manera que lo primero que hice al llegar a Londres, el 22 de marzo, fue obtener de Wilfred Trotter, que formaba parte del Consejo Directivo, una carta de recomendación a Sir William Bragg, el famoso físico que entonces era Presidente de la Royal Society. Lo vi al día siguiente e inmediatamente me dio una carta para el Ministro del Interior. Quedé asombrado, aunque no por primera vez, del grado a que puede llegar la ingenuidad de un distinguido hombre de ciencia en los asuntos del mundo. Me preguntó: «¿Usted cree realmente que los alemanes no tratan bien a los judíos?» Luego estaban las oficinas del Ministerio del Interior. Para gran alivio mío, y no sin sorpresa, me encontré con que Sir Samuel Hoare, sin vacilación alguna, desplegó su habitual filantropía, y me dio carta blanca para llenar permisos, incluyendo la autorización para trabajar, para Freud, su familia, sus servidores, sus médicos personales y un cierto número de discípulos suyos con sus respectivas familias.

Una de las dificultades, por lo tanto, había sido superada, si bien faltaba aún la mayor de todas: obtener de los nazis el permiso para la partida. Siguiéron a todo esto tres meses de ansiosa espera, más ansiosa aún, por supuesto, para los que aguardaban en Viena. Freud se valió de un abogado amigo, el doctor Indra, quien lo hizo todo. Por suerte el Comisario, doctor Sauerwald, un nazi y ferviente antisemita designado para supervisar las gestiones, inclu-

yendo los complicados asuntos de dinero resultó ser también útil durante las mismas, y ello por una curiosa razón. Había estudiado química, en la Universidad, con el Profesor Herzing —uno de los amigos judíos de Freud, amigo de toda la vida— y sentía por él gran respeto e incluso afecto. Extendió esos sentimientos, según dijo, a Freud. Ocurrió así que cuando Martin, a último momento, se le prohibió romper el testamento de su padre, se descubrió en el mismo que aludía a cierta suma de dinero que Freud tenía en el extranjero. Sauerwald, con gran riesgo para él mismo, pasó por alto este hecho hasta que Freud estuvo fuera del país y sus cosas habían sido todas despachadas. Más tarde le fue fácil negarse al requerimiento de los nazis en el sentido de que les enviara ese dinero.

Marie Bonaparte y Ana Freud revisaron todos los papeles y la correspondencia de Freud, quemando montones de cosas que no valía la pena llevar a Londres. Antes de otorgar un *Ubedenklichkeitserklärung* (salvoconducto) «a cubierto de sospechas» las autoridades nazis exigían grandes sumas de dinero, a título de imaginarios impuestos a los réditos, *Reichsfluchtsteuer* (impuesto a la emigración), etc., que a Freud le resultaba difícil pagar. Pero le amenazaron, para el caso de no pagar, con confiscar su biblioteca y sus colecciones, de modo que Marie Bonaparte se ofreció a prestar para ello algunos chelines austríacos.

La inquisición procedió con gran polijidad. Cuando los nazis se enteraron, por ejemplo, de que Martin, por prudencia, tenía un depósito de *Gesammelte Schriften* en un país neutral —Suiza— insistieron ante ambos, padre e hijo, para que dieran órdenes de traer los libros a Viena, donde fueron, con mayor

o menor ceremonia, incinerados. La cuenta bancaria de Freud, por supuesto, fue confiscada.

Mr. Wiley, encargado de negocios norteamericano, prestaba atención, por supuesto, a lo que sucedía. Visitó a Freud en la noche del día en que tuvo lugar el raid que hemos descrito ya, y en la ocasión en que fue detenida Ana intervino telefónicamente, no sin cierto éxito. Un miembro de la Legación norteamericana viajó con Freud en el viaje de Viena a París. Tampoco en esto sabemos si fue casual o era un acto oficial, pero lo cierto es que hizo lo que pudo para asegurar el mayor confort posible durante el viaje.

Martin Freud era llamado con frecuencia a los cuarteles de la Gestapo, para ser interrogado, pero nunca fue retenido por la noche. Más seria fue la oportunidad en que Ana fue arrestada por la Gestapo y retenida todo el día. Fue sin duda el día más negro de la vida de Freud. La idea de que el ser que le era más caro en el mundo, y también aquél de quien dependía a tal punto, podía estar en peligro de sufrir torturas y deportación a un campo de concentración —como ocurría tan a menudo— era difícil de tolerar. Freud se pasó todo el día caminando de un lado para otro y fumando interminables series de cigarros para calmar su emoción. Cuando, a las siete de la tarde, Ana volvió, ya no era posible reprimirla. En el diario correspondiente a ese día, el 22 de marzo, sólo hay, sin embargo, una indicación lacónica: «Ana en la Gestapo».

Entre padre e hija se había desarrollado en el curso de estos años, una relación notablemente íntima. Ambos eran muy contrarios a todo lo que pareciera sentimentalismo y eran igualmente reservados en cuanto a sus afectos. Entre ellos reinaba una

comprensión y simpatía profundas, pero calladas. La comprensión mutua debe haber sido algo extraordinario, una comunicación silenciosa, de calidad casi telepática, en que un leve gesto bastaba para transmitir los pensamientos y los sentimientos. La devoción de la hija era tan absoluta como la conciencia que de ella tenía el padre y la gratitud que despertaba en él.

Había muchas maneras de matar el tiempo de la agotadora espera. Freud revisó sus libros, seleccionó los que quería llevarse a Londres y se deshizo de aquellos que ya no quería. Éstos se encontraron hace algunos años en una librería y la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York los compró para incorporarlos a su biblioteca. Freud estudió cuidadosamente el mapa de Londres y leyó guías de turismo sobre la ciudad. Junto con Ana, completó la traducción del libro de Marie Bonaparte, *Topsy*, que Ana había comenzado unos dieciocho meses antes; la terminaron el 9 de abril. Luego Ana Freud tradujo el libro de Israel Levine, *El inconsciente*, y Freud mismo tradujo el capítulo referente a Samuel Butler. Ésta era la primera traducción de esta índole que hacía Freud desde que había traducido a Charcot y Bernheim, tanto tiempo atrás. Luego había también correspondencia. A mí me escribió:

Dos cartas tuyas, para Ana y para mí, llegaron hoy. Su bondad es tan confortante que me induce a escribirle inmediatamente, sin ningún motivo externo, sino únicamente por un impulso interior.

A veces me perturba la idea de que usted crea que nosotros pensamos que usted sólo quiere cumplir con su deber, y que no apreciamos los sentimientos profundos y sinceros que expresan sus actos. Le aseguro que esto no es así, que reconocemos su amistad, conta-

mos con ella y la retribuimos plenamente. Esta es una expresión aislada de mis sentimientos, porque entre mis amigos que se quieren mucho debe ser evidente de por sí y quedar por expresar.

...También trabajo una hora por día en mi *Moisés*, que me atormenta como un «alma en pena». Me pregunto si terminaré alguna vez esta tercera parte a pesar de todas las dificultades externas e internas. En el momento actual no puedo creerlo. Pero, ¿quién sabe?¹.

En mayo, cuando las perspectivas de obtener un permiso de salida se estaban volviendo más favorables, Freud escribió a su hijo Ernst en Londres:

En estos días negros sólo hay dos perspectivas que nos pueden reconfortar: reunirnos con todos ustedes y morir en libertad². A veces me comparo con el viejo Jacob, a quien sus hijos llevaron, ya anciano, a Egipto. Es de esperar que el resultado no será el mismo, un éxodo de Egipto. Es hora de que Ajashverus³ pueda descansar en alguna parte.

Queda por verse hasta qué punto podremos nosotros, que ya somos viejos, enfrentar las dificultades que tendrá la vida en otro país. Ustedes nos ayudarán. Nada tiene importancia si se piensa en la liberación. Para Ana, indudablemente, será fácil, y eso es decisivo, por que toda esa empresa no tendría sentido para nosotros tres, que estamos entre los 73 y los 82 años.

El primer miembro de la familia a quien permitieron viajar fue Mina Bernays, a quien Dorothy Burlingham trajo desde el sanatorio y acompañó a Londres; partieron de Viena el 5 de mayo. Tanto el hijo mayor de Freud, Martin (cuya mujer e hijos estaban

1. Las dos últimas palabras en castellano.

2. Las últimas palabras en inglés (*To die in freedom*).

3. El "judío errante".

ya en París), como la hija Mathilde Hollitscher (con su marido), consiguieron escaparse antes que sus padres.

Freud no abandonó su actitud irónica ante las complicadas formalidades que había que cumplir. Una de las condiciones que le impusieron para obtener el visado de salida fue que firmara un documento que rezaba así: «Yo Profesor Freud, confirmo por la presente que después del Anschluss de Austria al Reich de Alemania, he sido tratado por las autoridades germanas, y particularmente por la Gestapo, con todo el respeto y la consideración debidos a mi reputación científica; que he podido vivir y trabajar en completa libertad, así como proseguir mis actividades en todas las formas que deseara; que recibí pleno apoyo de todos los que estuvieron intervención en este respecto, y que no tengo el más mínimo motivo de queja». Cuando el Comisario nazi trajo el documento, Freud por supuesto, no tuvo escrúpulos en firmarlo, pero preguntó si le permitirían agregar una frase, que era la siguiente: «De todo corazón puedo recomendar la Gestapo a cualquiera».

Aun en esto momentos de ansiedad, Freud no dejó de preocuparse por los demás. Cuando Hanna Breuer, la viuda de Robert Breuer, el hijo mayor de Josef Breuer, vino a verlo para pedirle que la ayudara a emigrar, Freud inmediatamente le dijo que quería ver a la hija de Hanna, Marie. La recibió con gran bondad y consiguió que Brill extendiera los *affidavits* americanos necesarios para la familia.

La ansiosa espera acabó, por fin el 4 de junio, cuando Freud, provisto de todos los documentos y permisos de salida necesarios, y acompañado por su mujer y su hija, dijo adiós definitivamente a la ciudad donde había vivido setenta y nueve años y a

la que se había sentido tan ligado. Van con ellos dos sirvientas. Una de ellas era Paula Fichtl, una mujer notable que desde esa época siguió siendo el puntal de la organización doméstica de la familia.

Aquí llega a su término la historia de los largos años pasados por Freud en Viena.

A las tres de la madrugada siguiente cruzaron la frontera con Francia en Kehl, en el Orient Express; y exhalaban un suspiro de alivio al pensar que no volverían a ver jamás otro nazi. El doctor Schur, el médico de Freud, no había podido acompañarlos porque había sufrido un inoportuno ataque de apendicitis, pero la doctora Josephine Stross, amiga de Ana, lo reemplazó perfectamente en ese viaje tan agotador. En París los esperaba Marie Bonaparte, Harry Freud, que residía allí, el embajador Bullitt, y Ernst Freud, quién se había trasladado a París para poder acompañarlos en la última etapa del viaje. Pasaron doce horas maravillosas en la hermosa y acogedora casa de Marie Bonaparte, y ella le informó a Freud de que su oro estaba a salvo. Después de pasar por la desdichada experiencia de una inflación total, en la que la moneda había perdido completamente su valor, Freud tuvo la prudencia de guardar una cantidad de monedas de oro en previsión de cualquier desastre futuro. Marie Bonaparte no podía sacarla del país sin peligro, de modo que consiguió que la embajada de Grecia en Viena la despachara por correo al Rey de Grecia, quién la transfirió poco después a la Embajada de Grecia en Londres.

Durante la noche hicieron la travesía en el ferryboat hasta Dover, y como Lord De La Warr, que era entonces Lord del Sello Privado, había hecho que se

les otorgaran privilegios diplomáticos, no les revisaron el equipaje ni allí ni en Londres. También Lord De La Warr había convenido con las autoridades ferroviarias que el tren que iba a Victoria llegara a una plataforma diferente de la habitual, para eludir la batería de cámaras y la enorme multitud de personas que vendrían a darle la bienvenida o bien por simple curiosidad. Los saludaron y les dieron la bienvenida a su llegada el Superintendente del Southern Railways y el Jefe de la estación de Victoria. Los hijos mayores de Freud, Mathilde y Martin, y por supuesto mi mujer y yo, lo estábamos esperando. El encuentro fue una escena conmovedora. Salimos rápidamente en mi auto, y pasó algún tiempo antes de que los periodistas nos descubrieran; Ernst y Ana quedaron atrás, para recoger el abundante equipaje. Nosotros pasamos en mi automóvil frente al Buckingham Palace y Burlington House, hasta Piccadilly Circus y por la Regent Street; Freud identificaba ansiosamente todos los lugares y se los señalaba a su mujer. El primer lugar en que nos detuvimos fue 39, Elsworthy Road donde Ernst Freud había alquilado una casa hasta que encontrara la vivienda permanente que buscaba.

El corazón de Freud había resistido el viaje mejor de lo que él esperaba, aunque necesitó varias dosis de trinitrina y estrictina para superarlo.

Durante el viaje nocturno de París a Londres, soñó que estaba desembarcando en Pevensey. Cuando le contó esto a su hijo, tuvo que explicarle que Pevensey era el puerto en que había desembarcado Guillermo el Conquistador en 1066. Esto no es lo que corresponde a un refugiado deprimido, y en realidad era un promisión de los honores casi reales con que fue recibido en Inglaterra.

Freud se recobró bien del esfuerzo del viaje, y pronto estaba en condiciones de hacer breves caminatas en el jardín. Este jardín lindaba con el Primrose Hill y tenía como vista de fondo a Regent's Park y, más lejos, la ciudad. Cuando hizo su primer paseo por el jardín, a la llegada, Freud levantó los brazos y me hizo esta famosa observación: «Casi estoy tentado de gritar "Heil Hitler"». Cambiar el encierro a que se había visto obligado en Viena, en su departamento, durante el largo invierno y la primavera, por esta agradable perspectiva, le producía gran alegría, y en algunos momentos se sintió muy feliz. A esto se agregaba la bienvenida realmente notable de que había sido objeto en Inglaterra, que sin duda le sorprendió un poco. Esto es lo que me escribió dos días después de la llegada: «Aquí hay mucho para contar, la mayor parte de lo cual es agradable, y algunas cosas muy agradables. La mayor recepción en Victoria Station y luego en los periódicos de estos dos días fue sumamente afectuosa, hasta entusiasta. Estamos enterrados en flores. Llegaron cartas interesantes: sólo tres coleccionistas de autógrafos, un pintor que quiere hacerme un retrato cuando haya descansado, etc.... Además, saludos de la mayor parte de los miembros del grupo inglés, algunos hombres de ciencia y sociedades judías; la *pièce de résistance* fue un largo telegrama de cuatro páginas que llegó de Cleveland, firmado por "los ciudadanos de todas las confesiones y profesiones"; una invitación sumamente respetuosa, con toda clase de promesas, para que nos fuésemos a vivir allí (¡Tendremos que contestar que ya hemos desembarcado nuestros equipajes!) Finalmente, y esto es algo especial por tratarse de Inglaterra, numerosas cartas de gente desconocida que sólo desea decir lo

feliz que se siente porque hemos venido a Inglaterra y estamos a salvo y en paz. Realmente, como si nuestros problemas fueran también de ellos. ¡Podría seguir escribiendo cosas como éstas durante horas, sin agotar todo lo que hay para contar!»

Durante varios días los periódicos estuvieron llenos de fotografías y crónicas amistosas de la llegada de Freud, y las revistas médicas publicaron breves editoriales que le daban la bienvenida. El *Lancet* decía: «Sus enseñanzas despertaron, en su época, controversias más agudas y antagonismos más amargos que cualquier otra doctrina después de la de Darwin. Ahora, cuando ha llegado a una avanzada edad, hay pocos psicólogos, de cualquier escuela que sean, que no reconozcan la deuda que tienen con él. Algunas de las concepciones que formuló claramente por primera vez han penetrado en la filosofía corriente contra la tendencia de la empecinada incredulidad que él mismo reconoció como la reacción natural del hombre ante una verdad intolerable». En el *British Medical Journal* se leía: «La profesión médica de Gran Bretaña se sentirá orgullosa de que su país haya ofrecido asilo al Profesor Freud, y de que él haya elegido este país como su nueva patria».

Incluso recibió regalos de antigüedades valiosas que le enviaba gente que evidentemente compartía las dudas del propio Freud sobre la posibilidad de conseguir que le mandaran su colección desde Viena. Los conductores de taxi sabían donde vivía, y el gerente del Banco lo saludó diciendo: «Conozco toda su historia».

Y sin embargo, la felicidad no era completa. Aparte de su preocupación por el grave estado de Mina y por el estado de su propio corazón, había otras emociones que lo perturbaban. El mismo día

en que llegó a Londres escribió a Eitingon: «El sentimiento de triunfo por estar liberado está demasiado intensamente mezclado con pena, porque siempre sentí gran cariño por la prisión de la que acabo de salir». Pero su hijo Ernst era realmente «lo que siempre hemos dicho de él: una verdadera fortaleza».

La observación hecha a Eitingon acerca de su amor por Viena es muy digna de ser notada, ya que, por lo que sé, es la única ocasión de su vida en que admitió este sentimiento. Por el contrario, hay innumerables alusiones al intenso disgusto que le provocaba Viena. El profundo amor que se mantenía tan oculto debe ser la explicación de su constante negativa a contemplar la posibilidad de irse de Viena.

Freud extrañaba también muchísimo la compañía de su perrita, Lün. En razón de las estrictas normas británicas para prevenir la hidrofobia, la pusieron en cuarentena durante seis meses en Ladbroke Grove, en la parte oeste de Londres. Freud la fue a ver cuatro días después de su llegada a Londres y después, en varias ocasiones. Como sustituto durante esta época de carencia recibió un pequeño peniqués llamado Jumbo que, de acuerdo con los hábitos de su especie, se encariñó casi exclusivamente con Paula, que le daba de comer.

Como no tenía ninguna posibilidad de mantenerlas en Londres, Freud tuvo que dejar en Viena a sus cuatro hermanas mayores, Rosa Graf, Dolfi Freud, Marie Freud y Paula Winternitz, pero cuando el peligro nazi se hizo más próximo él y su hermano Alexander les dieron la suma de 160.000 chelines austríacos (alrededor de 8.000 libras esterlinas), que les alcanzaría para el resto de su vida —todas ellas tenían más de setenta años— siempre que los nazis no

la confiscaran. Hacía fines de ese año Marie Bonaparte intentó traerlas a Francia, pero no pudo obtener el permiso de las autoridades francesas. Freud no tenía ninguna razón especial para sentir temores por su bienestar, ya que la persecución de los judíos estaba todavía en su etapa inicial. De modo que, afortunadamente, no llegó a conocer su destino; fueron incineradas unos cinco años después.

La familia no podía permanecer por largo tiempo en la casa que habían alquilado temporalmente, de manera que se dispersaron en otros barrios. Freud, su mujer y su hija fueron el 3 de septiembre al Esplanade Hotel, en Warrington Crescent, donde pensaban quedarse hasta que estuviera lista su casa. Pero entretanto surgió una seria complicación. A mediados de agosto se descubrió un nuevo punto sospechoso en la cicatriz, y Schur sugirió que se hiciera venir a Pichler desde Viena. Freud no quería hacerlo, y consultaron a Exner, que había sido ayudante de Pichler y se encontraba ahora en Londres, y a un radiólogo, Gotthold Schwarz, que aconsejó el doloroso tratamiento de diatermia. Por un tiempo, sin embargo, Freud se sintió mejor, y siguió tratando a unos pocos pacientes.

Pocos días antes de salir de Elsworthy Road, le dijeron a Freud que aunque el punto inicialmente sospechoso se había disuelto, había aparecido otro. Schur, Exner y un especialista en radium, Carter Braine, convinieron en que era necesaria una nueva operación, y cuatro días después de haberse mudado al hotel, Freud fue trasladado a una clínica quirúrgica. Yo lo visité allí esa tarde, y por primera vez lo vi afeitado, pues habían decidido abrir la mejilla para lograr un acceso más fácil al lugar afectado. Finalmente habían hecho venir a Pichler desde Viena

—vino en seguida en avión— y él llevó a cabo la operación, que duró dos horas y cuarto, a la mañana siguiente, es decir el 8 de septiembre; al otro día partió de regreso a Viena. En una carta que escribió un mes más tarde, Freud decía que era la operación más seria que había sufrido desde la primera operación radical de 1923. Agregaba que todavía estaba terriblemente débil y cansado, y que le resultaba difícil escribir y hablar. Los médicos le dijeron que mejoraría en el término de seis semanas, tan pronto como se eliminara un secuestro óseo. No obstante, tres meses después esto no había ocurrido aún, y Freud empezaba a pensar que era una invención de los médicos para tranquilizarlo. Ni siquiera a fines de noviembre estuvo en condiciones de reanudar su ocupación favorita (escribir) con excepción de unas pocas cartas. En realidad, nunca se recuperó plenamente de los efectos de esta seria operación, y se fue debilitando cada vez más.

La señora Freud y la sirvienta (Paula) se instalaron definitivamente en la casa del 20, Maresfield Gardens, el 16 de septiembre. Freud y Ana se reunieron con ellas el 27 de septiembre, y a Freud le gustó mucho la casa. Dijo que era demasiado linda para alguien que no la habitaría mucho tiempo, pero que la encontraba realmente hermosa. El bonito jardín le producía gran placer, aunque la perspectiva que se veía desde él no era muy amplia. Era un jardín bastante grande en los fondos de la casa; los canchales y los bordes estaban bien provistos de flores y arbustos, y tenía hileras de altos árboles que lo separaban de las casas vecinas. Freud pasaba la mayor cantidad posible de tiempo en este jardín, donde le habían puesto una cómoda silla mecedora, que tenía un toldo para protegerlo del sol. La puerta vidriera

de su consultorio, lleno de los objetos que amaba, se abrió directamente al jardín. Éste era el lugar donde murió un año después. Su hijo Ernst había dispuesto todos los cuadros y los estuches de antigüedades de la mejor manera, dejando libre más espacio que lo que había sido posible en Viena, y la memoria de Paula le permitió volver a colocar los objetos que se encontraban sobre el escritorio de Freud en el orden exacto que les correspondía, de modo que, cuando a su llegada se sentó frente a él, inmediatamente se sintió cómodo. Todos sus muebles, libros y antigüedades habían llegado intactos a Londres el 15 de agosto, y en su amplio consultorio o estudio, todo estaba perfectamente arreglado de modo de obtener el máximo de las posibilidades de cada una de sus amadas posesiones.

Arnold Zweig había estado empeñado en otro de sus fracasados intentos —el último de una larga serie— de obtener para Freud el premio Nobel, empeño que éste siempre condenaba, considerándolo una pérdida de tiempo. Esta vez su reproche tomó la siguiente forma: «No se deje usted dominar por la quimera del Nobel. Es absolutamente seguro que no voy a recibir ningún premio Nobel. El psicoanálisis tiene algunos excelentes enemigos entre las autoridades de las que depende la concesión del premio, y nadie puede esperar que yo aguantaré hasta que hayan cambiado de opinión o hayan muerto. En consecuencia, aunque el dinero me vendría bien después del modo en que los nazis me despojaron en Viena y a causa de la pobreza de mi hijo y mi yerno. Ana y yo nos hemos puesto de acuerdo en que uno no puede tenerlo todo, y hemos decidido renunciar, yo al premio y ella al viaje a Estocolmo para traerlo... Volviendo al premio Nobel: es muy difícil esperar

que los círculos oficiales se atrevieran a un desafío tan provocativo a la Alemania nazi como sería concederme este honor a mí».

Entre los visitantes de los primeros días pueden mencionarse el sobrino de Freud, Sam Freud, que vino desde Manchester el 9 de junio; H. G. Wells (el 19 de junio), el Profesor Yahuda, el versado historiador judío, quien rogó a Freud que no publicara su libro sobre Moisés; el príncipe Loewenstein, Arnold Höllriegel, R. Bermann, Stefan Zweig, el Profesor Malinowski, el famoso antropólogo, y un visitante especialmente bienvenido, Jaim Weizmann, el famoso líder sionista por quien Freud tenía la más alta estima; Wells y Weizmann volvieron a visitar a Freud después de la mudanza a Maresfield Gardens. Malinowski informó a Freud que el Sociological Institute había aprobado una resolución en que se le expresaba la bienvenida en una reunión del 17 de junio.

Luego, el 23 de junio, hubo una visita muy especial, hecha antes sólo al rey mismo. Tres secretarios de la Royal Society —Sir Albert Seward, el profesor A. V. Hill y el señor Griffith Davies— trajeron el Estatuto oficial de la Society para que Freud lo firmara. Esta reunión le produjo mucho placer. Le regalaron una reproducción del gran libro que contiene, entre otras, las firmas de Isaac Newton y Charles Darwin.

El 19 de julio Stefan Zweig trajo a Salvador Dalí para visitar a Freud, y el famoso pintor le hizo en el acto un boceto, afirmando que surrealísticamente el cráneo de Freud traía a la memoria la imagen de un caracol. Más adelante describió esta visita en su autobiografía e hizo imprimir dos retratos de Freud que

había pintado. Al día siguiente Freud escribió a Stefan Zweig:

Realmente debo agradecerle que haya traído al visitante de ayer. Porque hasta ahora yo me había inclinado a considerar a los surrealistas, que al parecer me han adoptado como su santo patrono, como locos absolutos (digamos en un 95 por ciento, como ocurre con el alcohol). Este joven español, con sus cándidos ojos fanáticos y su innegable maestría técnica, ha cambiado mi valoración. Realmente sería muy interesante investigar analíticamente cómo llegó a crear ese cuadro.

En cuanto a su otro visitante, el candidato¹, tengo ganas de no hacerle las cosas demasiado fáciles, para poner a prueba la intensidad de su deseo y para lograr una medida mayor de sacrificio voluntario. El psicoanálisis es como la mujer, que quiere ser ganada pero sabe que no la valorarán mucho si no ofrece resistencia. Si su J. pasa mucho tiempo reflexionando puede recurrir después a otro, a Jones o a mi hija.

Me dicen que usted se olvidó algunas cosas al irse, guantes, etc., usted sabe que esto significa una promesa de volver.

El 1.º de agosto se celebró en París el Congreso Psicoanalítico Internacional; era el último que se reuniría por varios años. Fue en esta ocasión cuando surgió una neta diferencia de opiniones, esencialmente sobre la cuestión del análisis profano, entre los colegas de Europa y América. Cada uno de los grupos nombró una comisión para encontrar una solución satisfactoria de las diferencias. La comisión europea se reunió en presencia de Freud, en su casa, el 4 de diciembre, cuando él formuló sus bien conocidas

1. Edward James, el poeta.

opiniones. Se volvió a reunir también con la presencia de Freud, el 20 de junio de 1939, aunque esta vez él estaba demasiado enfermo como para intervenir mucho. Felizmente el problema quedó archivado cuando sobrevino la guerra, ya que las relaciones entre los dos continentes han sido excelentes. Fue el último Congreso en que estuvo Eitingon; se trasladó a Londres para hacer a Freud la que sería su última visita, y luego volvió a Palestina.

A la llegada de Freud a Londres, la Comisión del Scientific Institute, conocido generalmente por las iniciales Y. I. V. O., expresó el deseo de presentarle sus respetos¹; él contestó en seguida.

Tuve un gran placer al recibir el saludo de ustedes. Sin duda ustedes saben que yo reconozco con gusto y orgullo mi judaísmo, aunque mi actitud con respecto a cualquier religión, inclusive la nuestra, es críticamente negativa.

Tan pronto como me recupere en alguna medida de los recientes sucesos de Viena y del cansancio de mi agotador viaje tendré el gusto de verlos.

Hizo varias tentativas de concertar esta entrevista, pero su salud no se lo permitió hasta el 7 de noviembre de 1938. Jacob Meitlis publicó un relato completo de la conversación. Freud habló extensamente de sus puntos de vista sobre Moisés y el misticismo y las advertencias que había recibido de fuentes judías para que no los publicara. Pero para él la verdad era sagrada y no podía renunciar al derecho que tenía, como hombre de ciencia, de darla a conocer. Poco después de esto envió al doctor Meit-

1. El había sido Presidente Honorario de la Sección de Viena desde 1919.

lis una carta de recomendación para Norteamérica. En otra carta escribió: «Los judíos siempre hemos sabido respetar los valores del espíritu. Conservamos nuestra unidad a través de las ideas, y es gracias a ellas que hemos sobrevivido hasta hoy».

En el siguiente mes de agosto, un mes antes de que Freud muriera, fue invitado a reemplazar al doctor Moses Gaster, que había muerto, como Presidente de la Y.I.V.O. de Londres. Él replicó:

«En razón de la activa oposición que suscitó mi libro *Moisés y el monoteísmo* en los círculos judíos, tengo mis dudas sobre si sería beneficioso para la Y.I.V.O. poner mi nombre en un cargo como ese ante los ojos del público. Le dejo a usted la decisión».

A fines de ese año Freud se había restablecido tanto como para poder atender diariamente cuatro análisis, y continuó haciéndolo, con unas pocas interrupciones, hasta que estuvo cerca del fin. Ni siquiera el clima inglés justificó su mala fama en ese otoño y se agregó a la calurosa recepción que había tenido Freud. En noviembre hubo una temperatura propia de junio: 18°C., y recuerdo a Freud en su jardín diciendo encantado: «parece mayo». A fin de diciembre, sin embargo, descendió a 4°C. bajo cero, y hubo una Navidad «blanca» al viejo estilo.

Freud había logrado dar los toques finales a la tercera parte de su libro sobre Moisés antes de la operación, y en agosto estaba impreso en Amsterdam; de esa edición en alemán se vendieron unos dos mil ejemplares en el verano que siguió.

El otro trabajo de esos últimos años, *Esquema del psicoanálisis*, nunca fue terminado. Freud había pensado, años atrás, escribir una breve introducción como ésta, pero cuando, en 1928, se publicó mi

librito titulado *Psicoanálisis*, le gustó tanto que me agradeció que le hubiera ahorrado el trabajo de escribir uno similar. Ahora, no obstante, renacía su primitiva intención, pero principalmente con el propósito de ocupar su tiempo libre; siempre le aguijoneaba el deseo de escribir. Lo comenzó durante la espera de Viena, y en septiembre había escrito setenta y tres páginas; a fin de noviembre no había escrito más que esto. No dejaba de decir cuánto le avergonzaba no escribir más que repeticiones, sin ninguna idea nueva, y pensaba que este trabajo, una vez terminado, no tendría ningún valor. Se publicó en el *Zeitschrift*, un año después de la muerte de Freud. Es una valiosa serie de ensayos, de mucho más valor de lo que Freud había manifestado.

En el año posterior a su muerte apareció el artículo *Desdoblamiento del yo en el proceso de defensa*, que Freud había escrito en la Navidad de 1937. Es breve, pero tiene importancia. Freud sostenía que era un error considerar el yo como una síntesis unitaria; a veces podía ocurrir en la primera infancia un desdoblamiento del yo en relación con la actitud frente a la realidad, y este desdoblamiento podía profundizarse en el curso de los años. Refería el fragmento de una historia clínica para ilustrar como podía ocurrir esto.

Nos acercamos al fin. Lo que producía ansiedad ahora era el hecho de que en los dos últimos años las áreas sospechosas ya no eran leucoplasias precancerosas, sino recurrencias directamente malignas del cáncer mismo. En Navidad Schur extrajo un secuestro óseo, aquel sobre cuya existencia Freud tenía dudas, y esto le produjo bastante alivio. Pero al mismo tiempo apareció una hinchazón, que poco

a poco llegó a tener un aspecto cada vez más amenazador. A principios de febrero Schur estaba seguro que se trataba de una recurrencia, aunque no podía convencer a Exner de este diagnóstico. Se decidió llamar a Wilfred Trotter, la autoridad máxima de su tiempo en cancerología. Yo lo acompañé para presentárselo a Freud, quien lo había visto por última vez en el Congreso de Salzburgo, cuarenta y un años atrás. Lo examinó el 10 de febrero, y nuevamente el 21 y el 24 del mismo mes, pero también tenía dudas sobre el diagnóstico y recomendó que se lo mantuviera en observación. Schur y Ana estaban desesperados. La observación diaria durante años los había vuelto a ambos más expertos de lo que podía serlo ningún extraño. Schur escribió urgentemente a Pichler, quien respondió el 15 de febrero aconsejando que se aplicara electrocoagulación seguida por tratamiento con radium. Se hizo venir al Profesor Lacassagne, Director del Instituto Curie de París; hizo un examen el 26 de febrero. Sin embargo, no estaba de acuerdo con el tratamiento de radium. Una biopsia había descubierto una recurrencia indudablemente maligna, pero los cirujanos decidieron que era inaccesible y ya no se podía seguir operando. Ahora el caso tenía el título fatal: «cáncer inoperable, incurable». El fin estaba cerca. Sólo quedaba el tratamiento paliativo, y con este propósito se recurrió a la administración diaria de rayos Roentgen. Lacassagne volvió a venir de París el 12 de marzo para dirigir los preparativos especiales para esto. Los viajes para hacer el tratamiento en casa del doctor Finzi, en Harley Street, era sumamente agotadores, pero el tratamiento tuvo cierto éxito en el sentido de contener el avance del mal.

Freud informó a Eitingon sobre su estado, y le

dijo que el tratamiento le daría algunas semanas de vida durante las cuales podría continuar sus sesiones analíticas. El 20 de abril le escribió su última carta, que consistía en unas pocas líneas.

El 19 de marzo vino a visitar a Freud uno de sus discípulos favoritos, Hartmann. Esta visita era la última. Marie Bonaparte también estuvo en Londres desde el 5 hasta el 18 de febrero, desde el 25 de febrero hasta el 1 de marzo, y desde el 13 hasta el 19 de marzo. Después de estas visitas, Freud le escribió: «Quiero decirle otra vez cuanto lamento no haber podido dedicarme más a usted mientras usted nos visitó. Tal vez las cosas serán más fáciles la próxima vez que usted venga —si no hay guerra porque mi dolor ha mejorado últimamente. El doctor Harmer, que acaba de verme encuentra que el tratamiento ha tenido una indudable influencia sobre el aspecto de la zona dolorosa».

Ella volvió a Londres el 31 de marzo, y se quedó hasta el 1 de abril, pero esta visita fue seguida por una carta mucho menos optimista.

No le he escrito durante un largo tiempo, y sin duda usted sabe por qué; mi letra se lo hará evidente. No me encuentro bien; la culpa es al mismo tiempo de la enfermedad y de los efectos del tratamiento, en una proporción que no puedo determinar. La gente que me rodea ha tratado de envolverme en una atmósfera de optimismo; el cáncer está reduciéndose; las reacciones al tratamiento son temporarias. Yo no creo nada de todo esto, y no me gusta que me engañen.

Usted sabe que Ana no asistirá al Congreso de París porque no puede dejarme¹. Cada vez dependo más de ella y menos de mí mismo. Sería muy oportuna algu-

1. El Congreso de los analistas de habla francesa.

na enfermedad que se intercalara para dar término al cruel proceso. ¿De modo que puedo tener la esperanza de verla en mayo?...

Con esto la saludo afectuosamente; pienso mucho en usted.

Ella vino en ocasión del último cumpleaños de Freud y se quedó con él durante tres días, que parecen haber sido más agradables. Freud escribió después: «Todos disfrutamos especialmente de su visita, y la perspectiva de volver a verla pronto es espléndida, aunque no traiga nada de S.¹.

»Imagínese, Finzi está tan satisfecho que me ha dado una semana entera de vacaciones del tratamiento. Con todo yo no he notado el gran progreso y me atrevo a pronosticar que el tumor aumentará otra vez en el intervalo, como ya ocurrió en otra interrupción anterior».

Marie Bonaparte volvió a Londres el 2 de junio, por un par de días, y después recibió la última carta que le escribiría Freud: «Anteayer estuve a punto de escribirle una larga carta para darle mis condolencias por la muerte de vuestra vieja Tatoum² y para decirle que en su próxima visita tendría mucho interés en escuchar lo que usted pudiera relatarme de sus nuevos escritos, y agregar una palabra cada vez que me sintiera en condiciones de hacerlo. Las dos noches que siguieron destruyeron cruelmente mis esperanzas. El radium ha comenzado a penetrar otra vez, con dolor y efectos tóxicos, y mi mundo es nuevamente lo que era: una pequeña isla de dolor que flota en un mar de indiferencia.

»Finzi sigue asegurándome que está satisfecho.

1. Segredakei, que solía vender antigüedades griegas en París.
2. Una perra favorita.

La última vez que me quejé me contestó con estas palabras "Al final estará satisfecho también usted". Así me induce engañosamente, sólo a medias contra mi voluntad, a seguir teniendo esperanzas y entre tanto, a seguir sufriendo».

Marie Bonaparte vino a ver a Freud dos veces más, el 29 de junio por un par de días, y, por última vez, desde el 31 de julio hasta el 6 de agosto.

Freud estaba muy ansioso por ver antes de morir su libro sobre Moisés publicado en inglés, de modo que mi esposa, que lo estaba traduciendo, aceleró el trabajo y el libro se publicó en marzo, dándole una satisfacción a Freud. Escribió a Hanns Sachs: «El *Moisés* no es una despedida despreciable». Por supuesto, recibió una gran cantidad de cartas que se referían al libro, incluyendo una de H. G. Wells y otra de Einstein.

La Sociedad Psicoanalítica de Inglaterra celebró su vigésimo aniversario, en marzo, con un banquete; y en esta ocasión recibí la última carta que habría de enviarme Freud.

Marzo, 7, 1939

Estimado Jones:

Todavía me parece curioso con qué poco presentimiento consideramos los hombres el futuro. Cuando, poco antes de la guerra, usted me habló de fundar una Sociedad Psicoanalítica en Londres, yo no pude prever que un cuarto de siglo más tarde viviría tan cerca de esa Sociedad y de usted y menos aún pude imaginar que fuera posible que, a pesar de estar tan cerca, yo no pudiera participar de esta celebración.

Pero, como somos impotentes ante el destino, tenemos que aceptar lo que éste nos depara. Así pues debo contentarme con enviar a la Sociedad que celebra su

aniversario —y desde lejos, estando tan cerca— un saludo cordial y los más afectuosos deseos. Los acontecimientos de los últimos años han hecho de Londres la sede principal y el centro del movimiento psicoanalítico. Ojalá la Sociedad que está cumpliendo esta función la desempeñe de la manera más brillante.

Ihr alter,

Sigm. Freud.

La explicación de que haya añadido aquí su nombre de pila a la firma es que se había enterado de que en Inglaterra sólo los pares del reino firman con el apellido solo; era una de las peculiaridades de Inglaterra que le divertían mucho.

El 20 de febrero había escrito a Arnold Zweig una carta en que le refería el incierto desarrollo de su enfermedad, y el 5 de marzo le escribió por última vez. Le aconsejaba que emigrara a Norteamérica y no a Inglaterra. «Inglaterra es en muchos sentidos mejor, pero es muy difícil adaptarse a ella, y usted no me tendría a mí presente por mucho tiempo. América me da la impresión de un Antiparaiso, pero tiene tanto espacio y tantas posibilidades, que finalmente uno llega a sentirse parte de ella. Einstein le dijo hace poco a un amigo que al principio América le parecía la caricatura de un país, pero ahora se siente perfectamente cómodo allí... Ya no hay ninguna duda de que tengo una nueva recurrencia de mi querido viejo cáncer, con el que he compartido mi existencia durante dieciséis años. En esa época no podíamos predecir cuál de los dos sería más fuerte».

En abril Freud sufrió un golpe que le resultó difícil sobrellevar. Dependía mucho de su médico personal, Schur, que lo atendía diariamente y en cuyas opiniones tenía extrema confianza, además de pro-

fesarle gran afecto. Sin embargo, Schur mismo se veía enfrentado ahora a un doloroso dilema. Había sido incluido en la cuota de inmigración a los Estados Unidos, y si no aceptaba pondría en peligro su propio futuro y el de sus hijos. Decidió aceptar, y hacer un viaje a Norteamérica, donde haría los primeros trámites para ser reconocido como ciudadano naturalizado. Partió el 21 de abril y volvió el 8 de julio. El doctor Samet lo reemplazó por un tiempo, y luego el doctor Harmer, con la colaboración de Exner, que tenía a su cargo la atención directa del paciente. Durante su ausencia, Schur recibió, a intervalos regulares, noticias que no traducían una evolución seriamente desfavorable hasta que volvió.

A su regreso encontró que el estado de Freud había cambiado mucho. Tenía, en general, un aspecto mucho peor, había perdido peso y evidenciaba algunos signos de apatía. Una ulceración cancerosa había atacado la mejilla y la base de la órbita. Hasta su mejor amigo, el sueño imperturbable que durante tanto tiempo le había ayudado, lo estaba abandonando. Ana debía continuar su hábito de aplicar localmente ortoforno varias veces en el curso de la noche.

Uno de los últimos visitantes fue uno de los primeros amigos analíticos de Freud, Hanns Sachs, que vino en julio, sabiendo que daría la despedida final al hombre a quien llamaba su «maestro y amigo». Sachs quedó particularmente impresionado por dos observaciones. Una era la de que, a pesar del sufrimiento causado por la dolorosa enfermedad, Freud no mostraba el más mínimo signo de queja o de irritabilidad; sólo una plena aceptación de su destino, al que se había resignado. La segunda observación era que aún en ese estado podía interesarse por la si-

tuación en Norteamérica y demostraba estar ampliamente informado sobre las personalidades y los acontecimientos en los círculos analíticos de ese país. Como seguramente lo deseaba Freud, la despedida final tuvo un tono amistoso pero desprovisto de emoción.

Freud, como todos los buenos médicos, era reacio a tomar drogas. Como le dijo una vez a Stefan Zweig. «Prefiero pensar en medio del tormento a no estar en condiciones de pensar con claridad.» No obstante, ahora consentía ocasionalmente en tomar una dosis de aspirina, el único calmante que aceptó hasta poco antes del fin. Y de algún modo se las arregló para continuar con su trabajo analítico hasta fines de julio. El 1 de septiembre lo visitó por última vez su nieta Eva, la hija de Oliver; Freud tenía especial afecto a esta criatura encantadora, que moriría en Francia cinco años después.

En agosto todo se vino abajo en forma muy rápida. Un síntoma desalentador era el olor desagradable que producía la herida, a tal punto que cuando le trajeron a su perra favorita para que lo visitara, el animalito se refugió en un extremo distante de la habitación. Fue ésta una experiencia descorazonadora, que reveló al enfermo el extremo al que había llegado. Se estaba debilitando mucho; pasaba el tiempo en su rincón de enfermo, en el estudio, desde donde podía contemplar sus amadas flores del jardín. Leía los diarios y siguió con atención la situación mundial hasta el fin. Cuando fue inminente la segunda guerra mundial, él confiaba en que significaría el fin de Hitler. El día que estalló hubo un raid aéreo —que resultó una falsa alarma— mientras Freud estaba tendido en su silla, en el jardín; no lo perturbó en absoluto. Observó con

bastante interés el cuidado con que se ponían a salvo sus manuscritos y su colección de antigüedades. Pero cuando una emisión radiofónica anunció que ésta sería la última guerra, y Schur le preguntó si él lo creía, sólo pudo responder: «De cualquier manera es la última para mí». Le resultaba casi imposible comer nada. El último libro que pudo leer *La piel de zapa* de Balzac, a propósito del cual hizo el siguiente comentario irónico: «Es justamente el libro que necesito. Trata del hambre». Más bien se refería, en realidad, a ese reducirse gradualmente, volverse más y más pequeño, que el libro describe de un modo tan punzante.

Pero en medio de toda esta agonía no hubo nunca ni el menor signo de impaciencia o irritabilidad. La filosofía de la resignación y la aceptación de una realidad que no se puede modificar triunfaron hasta el fin.

El cáncer se abrió camino a través de la mejilla hasta la cara externa y el estado séptico aumentó. El agotamiento era extremo y el sufrimiento indescriptible. El 19 de septiembre me llamaron para que me despidiera de él y yo lo llamé por su nombre, mientras dormitaba. Abrió los ojos, me reconoció y levantó la mano, para dejarla caer luego con un gesto sumamente expresivo en el que estaba encerrado un mundo de significados: saludos, buenos deseos, resignación. Decía de la manera más simple que es posible: «El resto es silencio». No hubo necesidad de cambiar una palabra. En un segundo volvió a dormirse. El 21 de septiembre Freud le dijo a su médico: «Querido Schur, usted recordará nuestra primera conversación. Usted me prometió que me ayudaría cuando yo ya no pudiera soportar más. Ahora es sólo una tortura y ya no tiene ningún sen-

tido». Schur le apretó la mano y le prometió que le daría sedantes adecuados; Freud le agradeció, diciéndole: «Cuéntele a Ana nuestra conversación». No había ni emocionalismo ni autocompasión; sólo la realidad. Fue una escena inolvidable.

A la mañana siguiente Schur administró a Freud una dosis de morfina. Para una persona que se encontraba en tal grado de agotamiento como Freud, y para quién, además, los sedantes eran tan absolutamente extraños, la pequeña dosis bastaba. Lanzó un suspiro de alivio y se hundió en un pacífico sueño; evidentemente sus reservas estaban llegando al fin. Murió poco antes de la medianoche del día siguiente, el 23 de septiembre de 1939. Su larga y difícil vida había llegado al término; sus sufrimientos habían pasado. Freud murió como vivió: como un realista.

El cuerpo de Freud fue cremado en Golders Green en la mañana del 26 de septiembre, en presencia de un gran número de personas, entre ellos Marie Bonaparte y los Lampls. Sus cenizas reposan allí en una de sus urnas griegas favoritas. La familia me pidió que pronunciara la oración fúnebre. Stefan Zweig pronunció en esa ocasión un discurso en alemán que sin duda era más elocuente que el mío, pero que no podía haber sido sentido más profundamente.

ÍNDICE

I. El reencuentro (1919-1920)	7
II. Divergencias (1921-26)	53
III. Progreso y desdicha (1921-1925)	95
IV. Fama y sufrimiento (1926-1933)	143
V. Los últimos años transcurridos en Viena (1934-1938)	220
VI. Londres: el fin (1938-1939)	246

**Terminóse de imprimir
en diciembre de 1970
en los talleres de
GRÁFICAS DIAMANTE
Zamora, 83, Barcelona**

TÍTULOS PUBLICADOS
EDICIONES DE BOLSILLO

1. *Historias de cronopios y de famas*, Julio Cortázar (E.D. H.A.S.A.)
2. *Teoría de las ideologías*, Eugenio Trias (Ed. Península)
3. *Los cachorros*, Mario Vargas Llosa (Ed. Lumen)
4. *Arte y sociedad*, Herbert Read (Ed. Península)
5. *Justine*, Lawrence Durrell (E.D. H.A.S.A.)
6. *Exilados*, James Joyce (Barral Editores)
7. *Historia social del movimiento obrero europeo*, Wolfgang Abendroth (Ed. Estela)
8. *Realismo y utopía en la Revolución Francesa*, Babeuf (Ed. Península)
9. *Guerra del tiempo*, Alejo Carpentier (Barral Editores)
10. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo I, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
11. *Parábolas para una pedagogía popular*, C. Freinet (Ed. Estela)
12. *Las palmeras salvajes*, William Faulkner (E.D. H.A.S.A.)
13. *De los espartaquistas al nazismo*, Claude Klein (Ed. Península)
14. *Autopista*, Jaime Perich (Ed. Estela)
15. *Una teoría científica de la cultura*, Bronislaw Malinowski (E.D. H.A.S.A.)
16. *La Francia burguesa*, Charles Morazé (Ed. Lumen)
17. *La canción de Rachel*, Miguel Barnet (Ed. Estela)
18. *Otras voces otros ámbitos*, Truman Capote (E.D. H.A.S.A.)
19. *Diccionario para ociosos*, Joan Fuster (Ed. Península)
20. *Versión Celeste*, Juan Larrea (Barral Editores)
21. *Tener y no tener*, Ernest Hemingway (E.D. H.A.S.A.)
22. *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*, Pierre Deyon (Ed. Península)
23. *Poetas ingleses metafísicos del s. XVII*, Maurice y Blanca Molho (Barral Editores)
24. *Contra la medicina liberal*, Comités d'Action et Santé (Editorial Estela)
25. *Sobre literatura rusa*, A. M. Ripellino (Barral Editores)
26. *Los vagabundos eficaces*, P. Deligny (Ed. Estela)
27. *Ferdinand*, Louis Zukofsky (Barral Editores)
28. *Historia del primero de Mayo*, Maurice Dommanget (Ed. Estela)
29. *Las cabezas trocadas*, Thomas Mann (E.D. H.A.S.A.)
30. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo II, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
31. *Los piratas*, Gilles Lapouge (Ed. Estela)
32. *Besos de madre*, Friedmann (Ed. Lumen)

33. *Los ídolos*, Manuel Mujica Láinez (E.D.H.A.S.A.)
34. *Los que nunca opinan*, Francisco Candel (Ed. Estela)
35. *La luna se ha puesto*, John Steinbeck (E.D.H.A.S.A.)
36. *Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación*, Carlos Castilla del Pino (Ed. Península)
37. *Me gusta estar aquí*, Kingsley Amis (Ed. Lumen)
38. *Balthazar*, Lawrence Durrell (E.D.H.A.S.A.)
39. *Psicoanálisis y política*, Herbert Marcuse (Ed. Península)
40. *La arquitectura modernista*, Oriol Bohigas (Ed. Lumen)
41. *La celosía*, Alain Robbe-Grillet (Barral Editores)
42. *Entre el autoritarismo y la explotación. Una candela bajo el viento*, A. I. Solzhenitsyn (Ed. Península)
43. *La nueva ley sindical*, Juan N. García Nieto, Santiago Marimón, Albert Busquets (Ed. Estela)
44. *La contrarrevolución en África*, J. Ziegler (Ed. Lumen)
45. *Los chuetas mallorquines, siete siglos de racismo*, Baltasar Porcel (Barral Editores)
46. *La comuna de París*, 1.^{er} volumen, H. Lissagaray (Ed. Estela)
47. *La comuna de París*, 2.^o volumen, H. Lissagaray (Ed. Estela)
48. *Cómo se vende a un presidente*, Joe McGuinnis (Ed. Península)
49. *El señor de Bembibre*, Enrique Gil y Carrasco (Barral Editores)
50. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo III, Ernest Jones (Editorial Anagrama)